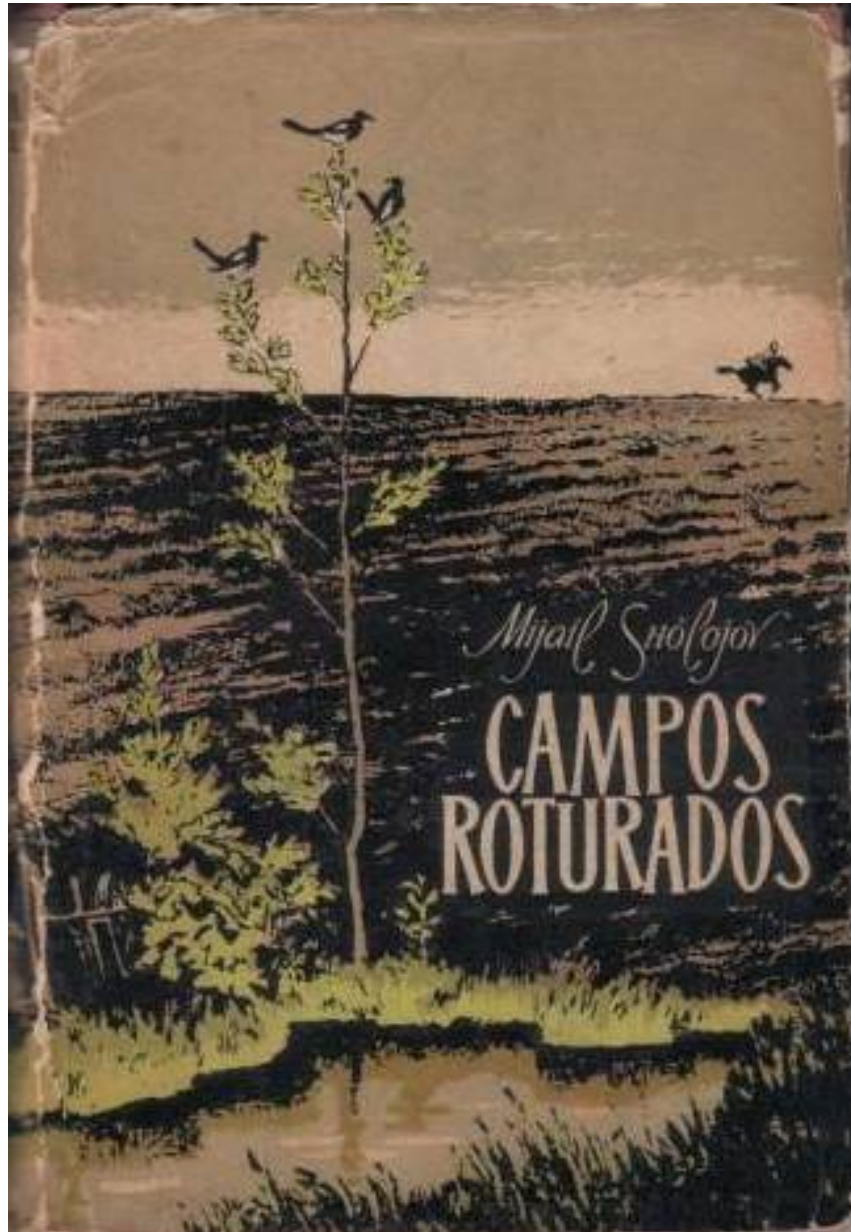


CAMPOS ROTURADOS

M. Sholojov



CAMPOS ROTURADOS

M. SHOLOJOV



EDICIONES PUEBLOS UNIDOS

MONTEVIDEO — URUGUAY

Traducción de
Preslit - Moscú.

Versión digital: Partido Comunista Obrero Español

<http://www.pcoe.net>

I

Los cereales despiden una suave fragancia al recibir los primeros soplos del deshielo. A mediodía, si hace sol, llega a los rincones abrigados del viento el perfume triste de la corteza de los árboles, mezclado a la dulce humedad de la nieve derretida y al intenso olor que sube de la tierra traspasando su manto de muertas hojas. Un aroma delicado y múltiple persiste sobre los huertos hasta la penumbra del anochecer, hasta que la luna verdosa desliza su cuarto creciente entre las ramas desnudas, hasta que las liebres empiezan a sembrar sus brincos de terciopelo sobre la nieve...

Luego el viento trae a los jardines, desde las crestas de la estepa, el amargo soplo del ajeno agostado por la helada. Los perfumes y los ruidos del día se desvanecen. Como una loba gris, llega por el oriente la noche, y pasa sobre las avenas locas, sobre los matorrales rojizos, sobre los surcos abiertos en otoño, dejando tras sí por la estepa, sombras de crepúsculo.

Una noche de enero, el año 1930, por el camino de la estepa, llegó un jinete a las afueras del caserío Gremiachi-Log. Detuvo cerca del río su cansada montura, que traía los flancos llenos de rizada escarcha, y echó pie a tierra.

Sobre la negrura de los huertos que se extendían a ambos lados del estrecho callejón y sobre los islotes de los tilos, se veía la luna alta, en cuarto menguante. El camino era todo oscuridad y silencio. Allá lejos, al otro lado del río, aullaba sonoramente un perro. Una lucecita amarilla parpadeaba. El jinete aspiró a pleno pulmón el aire helado. Se quitó sin prisa uno de los guantes y encendió un cigarrillo. Luego ajustó la cincha, tentó por debajo de la manta la piel sudorosa y caliente del caballo, y de un salto quedó otra vez montado

sobre la silla. Vadeó el pequeño riachuelo, que ni aún en invierno se helaba. El caballo, cuyas herraduras resonaban sordamente en las lajas del fondo, quiso beber, pero su dueño le obligó a apretar el paso, y el animal sacudido por el hipo, comenzó a subir la pendiente de la ribera.

Al oír voces y el crujido de un trineo sobre la nieve, el jinete detuvo nuevamente su caballo. Este, atento, irguió las orejas y volvió la cabeza. El pretal, el arzón y la alta silla cosaca, con sus plateadas incrustaciones, brillaron de pronto en la sombra, iluminados por un rayo de luna. El jinete soltó las riendas, se tapó la cara rápidamente con un baehlyk (capuchón) " de pelo de camello que llevaba echado hacia atrás, y tomó un trote largo. Cuando adelantó al trineo se puso otra vez al paso, pero sin quitarse el capuchón.

Al entrar en la aldea, preguntó a una mujer que pasaba:

—Eh, comadre, ¿puedes decirme donde vive aquí Iakov Ostrovnov ?

—¿Iakov Lukich?

—El mismo.

—¿Ve usted esa casa con tejado de tejas, detrás del tilo? Pues ahí vive.

—Ah, ya. Gracias.

El jinete se apeó ante la casa indicada. Hizo pasar a su caballo por el portillo de la valla, y acercándose a una ventana golpeó suavemente los cristales con el mango de su fusta.

—¡Patrón! ¡Iakov Lukich! Sal un momento.

Sin nada en la cabeza, y con la chaqueta echada sobre los hombros, el patrón bajó las escaleras de la puerta mirando de hito en hito al desconocido.

—¿A quién me trae el diablo por aquí? —preguntó con una sonrisa medio tapada por sus bigotes grises.

—¿No lo adivinas, Lukich? Tienes que albergarnos esta noche a mí y a mi caballo.

—Pues no, querido camarada, no caigo en la cuenta. ¿No serás del ejecutivo del radio, por casualidad? ¿O quizás de la sección agraria? Espera... La voz parece que la conozco.

El desconocido, arrugando en una sonrisa sus labios afeitados alzó el capuchón.

—¿Te acuerdas de Polovtsev?

Iakov Lukich miró espantado a su alrededor y, lívido, balbuceó:

—¡Su Excelencia!... ¿ Pero de dónde viene?... ¡Mi capitán! El caballo, sí, vamos a instalarlo en seguida... en la cuadra... y tantos años como han pasado...

—¡Vamos, no hables tan fuerte!... Sí, ya hace tiempo que no nos hemos visto... ¿Tienes una gualdrapa? ¿No hay gente extraña en tu casa?

El recién llegado entregó las bridas al patrón. El caballo, poco obediente a la mano que no conocía, estiró el cuello, levantó la cabeza, y arrastrando de mala gana las patas traseras se dejó conducir a la cuadra. Pero allí, al sentir el olor familiar de otro animal, dio un fuerte resoplido, y sus cascos resonaron claramente contra el suelo. La mano extraña se posó sobre el testuz, unos dedos hábiles le quitaron el bocado, cuyo metal insípido le había martirizado las encías, y el caballo, agradecido, hundió la cabeza en el heno.

—Le he aflojado la cincha, por ahora puede quedarse así. Ya le quitaré la silla y todo cuando se enfríe un poco —decía el amo de la casa, lleno de solicitud, mientras le echaba una manta al caballo.

Le había bastado una mirada a la silla, a la cincha y a los estribos, para comprender que el huésped venía de lejos y que aquel día había hecho una larga jornada.

—¿Tienes grano, Iakov Lukich?

—Sí, un poco. Cuando haya bebido, le daré. Vamos adentro. No sé ya cómo llamarle... ¿ Igual que hace años ? He perdido la costumbre, y además es incómodo...

El patrón sonreía en la sombra con gran turbación, aún sabiendo que el otro no podía ver su sonrisa.

—Llámame por mi nombre y el patronímico, según costumbre. ¿No lo has olvidado? —preguntó el huésped saliendo de la cuadra.

— ¿Cómo había de olvidarlo? Hemos hecho juntos la guerra contra los alemanes, y la otra también... Muchas veces he pensado en usted, Alejandro Anisímovich. Desde que nos perdimos de vista en Novorossiisk, no volví a tener noticias. Yo creía que se había ido usted a Turquía, con los cosacos.

Entraron en la cocina, donde hacía demasiado calor. El huésped se quitó el capuchón y el gorro de piel blanca, dejando al descubierto un cráneo recio y anguloso, sembrado de escasos cabellos rubios. Echó un vistazo a la habitación, y entornando sus ojillos azules, profundamente hundidos bajo su frente abrupta y pelada —una frente de lobo— saludó amablemente a las campesinas sentadas en el banco: el ama de casa y su nuera.

—¿Qué tal vivís madrecitas?

—¡Gracias a Dios! —respondió con tono de reserva la mujer del patrón, lanzando a su marido una mirada interrogativa que quería decir: "¿A quién nos traes aquí y cómo hay que recibirle?"

—Danos de cenar —ordenó sin más ni más el amo, ofreciendo a su huésped un sitio en la mesa del comedor.

El huésped comió sopa de coles y tocino y delante de las mujeres, habló del tiempo, de sus antiguos camaradas. Su recia mandíbula inferior, que parecía tallada en piedra, se movía pesadamente. Masticaba despacio, como un buey tumbado de fatiga. Después de cenar se levantó; hizo una corta oración ante los iconos adornados con polvorientas flores de papel y sacudiéndose las migas de pan que habían caído sobre su vieja blusa remendada, dijo:

—¡Gracias por tu hospitalidad, Iakov Lukich! Y ahora hablemos. La patrona y su nuera levantaron la mesa rápidamente y obedeciendo a un gesto de cejas de Iakov Lukich, fueron a la cocina.

II

El secretario del comité de radio, un hombre algo cegato y de ademanes lentos, se sentó a la mesa mirando de reojo: Davidov. Después, entornando sus ojos hinchados, se puso a examinar los papeles del recién venido.

Fuera, el viento silbaba en los hilos telefónicos. Una urraca picoteaba sobre la grupa de un caballo atado por la brida a una valla. El viento sacudía la cola del pájaro, le hacía batir el aire con las alas. Pero la urraca volvía de nuevo a posarse sobre la grupa del viejo jamelgo indiferente a todo y paseaba alrededor sus ojillos rapaces con aire de triunfo

Jirones de nubes flotaban sobre la stanitsa. A veces, por una rasgadura, caían oblicuos rayos de sol, y aparecía un trozo de azul tan brillante como en verano y entonces la curva de Don, visible desde la ventana, el bosque que se extendía a otro lado y la cresta lejana, con un minúsculo molino de viento en el horizonte, adquirirían la dulzura conmovedora de un dibujo.

—¿Con que fue una indisposición lo que te retuvo en Eostov? Pues... los otros ocho de los Veinticinco Mil⁽¹⁾ llegaron hace tres días. Hubo un mitin. Los delegados de los koljoses los han agasajado.

El secretario movió los labios, pensativo.

—La situación ahora es particularmente complicada. En nuestro radio la colectivización no llega más que a un 14,8 %. La mayoría pertenece a las asociaciones de cultivadores. Los kulaks y los ricachos no han entregado aún todo el trigo al stock. ¡Faltan hombres! ¡Nos hacen mucha falta! Los koljoses habían pedido cuarenta y tres obreros, y habéis venido solamente nueve.

Y entornando sus párpados hinchados, el secretario observó a Davídov, pero con una mirada nueva, escrutadora y penetrante, que se clavaba en las pupilas como tratando de adivinar qué clase de hombre tenía delante.

—Entonces, camarada, ¿tú eres cerrajero? Muy bien. ¿Has trabajado mucho tiempo en Putílov? ¿Quieres un pitillo?

—Nueve años hará. Desde la desmovilización.

Davídov extendió la mano para coger un cigarrillo. El secretario, al notar sobre su muñeca el azul desvaído de un tatuaje, sonrió con el borde de sus labios caídos.

—"Nuestro orgullo". ¿Has servido en la marina?

—Sí.

—Ya se ve; llevas ahí un ancla...

—Entonces era joven, sabes... sin pelo de barba y algo tonto... Me dejé hacer esto.

Davídov, molesto, se bajó la manga. "Qué vista para lo que no hace falta —pensó— y el almacenaje del trigo, poco le faltó, para no verlo."

El secretario hizo una pausa. Su inexpresiva sonrisa de amabilidad desapareció repentinamente de su cara abotargada y enfermiza.

—Bueno, camarada, vas a irte hoy mismo como delegado del comité de radio, para proceder a la colectivización total. ¿Has leído la última disposición del comité regional? ¿La conoces? Pues vas a ir al Soviet rural de Gremiachi. El tiempo apremia, descansarás después. Lo que importa es el 100 % de colectivización. Hay allí un artel enano, pero debemos crear koljoses gigantes. En cuanto esté formada la columna de agitadores te la enviaremos. Mientras tanto, tú te pones en camino y a base de apretarles los tornillos a los kulaks, pero con prudencia, crea el koljós. Las economías de todos los campesinos pobres y medios deben entrar en él. Después ya crearéis un fondo socializado de semillas para todas las tierras colectivizadas en 1930. Actúa con cautela Al campesino medio, ni tocarle. La célula comunista de Gremiachi cuenta tres miembros. El secretario de la célula y el presidente del Soviet son buena gente, antiguos guerrilleros rojos—. Movié los labios y añadió: —Con todo lo que de aquí se deduce. ¿Comprendes? No están fuertes en política, pueden meter la pata. Si tienes dificultades, dirígete al radio.

Todavía no tenemos teléfono, es un fastidio. Otra cosa: el secretario de la célula está condecorado con la Bandera Roja. Es algo brutal, un hombre lleno de ángulos y... todos agudos.

El secretario golpeó con los dedos la cerradura de su cartera. Viendo que Davíдов se levantaba, añadió vivamente:

—Espera, aún tengo que decirte otra cosa: mándanos todos los días un boletín por correo montado, y a ver si procuras que se muevan un poco los compañeros. Ve ahora a hablar con el jefe de la sección de organización, y ¡en marcha! Yo voy a decir que te den los caballos del Ejecutivo del radio. Conque, entendido, te las arreglas para subir al 100 % la colectivización. Por el porcentaje se juzgará tu trabajo. Vamos a crear un koljós gigantesco con dieciocho soviets rurales. ¿Qué dices? Un Putílov agrícola rojo, ¿comprendes?...

Y sonrió satisfecho de su comparación.

—Me decías hace un instante que era preciso ser prudente con los kulaks. ¿Qué quiere decir eso exactamente? — preguntó Davíдов.

—Muy sencillo —explicó el secretario con una sonrisa protectora—. Hay el kulak que ha dado su parte de trigo al almacén, y el que se obstina en no cederla. Tratándose de este último no hay problema: artículo 107, y ya está listo. En cuanto al primero, la cosa no es tan fácil. ¿Qué harías tú, por ejemplo ?

Davíдов reflexionó.

—Le impondría una nueva contribución.

—¡Ca, de ninguna manera! Así no adelantaremos nada. De este modo minaríamos su confianza en nuestras medidas. ¿Y qué diría el campesino medio? "He aquí lo que es el Poder soviético. Coge al mujik, y le hace dar vueltas como una peonza. Lenin nos enseñó a tener seriamente en cuenta el espíritu de los campesinos... ¡Y tú hablas de una "nueva contribución". Eso, amigo, es una chiquillada.

Davíдов se puso todo rojo.

—¿Una tontería? ¿Entonces, qué?... Stalin, según tú, se habrá equivocado, ¿no es eso?

—¿Qué tiene que ver aquí, Stalin?

— He leído su discurso en la conferencia de los marxistas, no recuerdo cuáles... En fin, esos que se ocupan de las tierras ... ¿Cómo demonios se llaman? ¿Los terrarios ?

—¿Los agrarios?

—Eso, los agrarios.

—¿Y qué?

—Nada, di que te traigan la Pravda, con ese discurso.

El jefe de oficina trajo el periódico. Davídov empezó a hojearlo, rebuscando ávidamente con la vista. El secretario lo miraba con una sonrisa de expectación.

—Aquí está. ¿Qué dices de esto? "No se podía admitir la expropiación de los kulaks, mientras nos atuviésemos a la limitación de su..." Y más adelante... Escucha: "¿Y ahora? Ahora es distinto. Tenemos la posibilidad de entablar una ofensiva resuelta contra los kulaks, de romper su resistencia, de liquidarlos como clase..." Como clase, ¿te enteras? ¿Y por qué no imponerles una segunda tasa de trigo? ¿Por qué no aplastarles de una vez?

El secretario se puso repentinamente serio.

—Más adelante dice que es la masa de campesinos pobres y medios que entran en el koljós la que expropia a los kulaks ... ¿Es cierto o no? Lee y verás.

—Bueno, bueno. ..

—¡No hay "bueno, bueno" que valga! —dijo enfadado el secretario con voz trémula—. ¿Tú, qué es lo que propones? Una medida administrativa para todos los kulaks sin distinción. Y eso en un radio donde la colectivización apenas pasa del 14 %, en un radio donde el campesino medio se dispone tan sólo a ingresar en el koljós. ¡ Se rompe uno la cabeza por menos de nada, si no anda uno con tiento en este asunto! Gente como tú, sin conocer nada de la situación local llegan y...

El secretario se contuvo y continuó más bajo:

—¡ Con esas ideas, buenas tonterías vas a hacer!

—Mira, eso depende...

—¡ Puedes creerme! Si tal medida fuese necesaria y oportuna, el comité regional ya nos habría dado orden de aniquilar al kulak. En tal caso, encantados. Lo hubiéramos hecho en un dos por tres. La milicia y todo el aparato administrativo están a nuestra disposición. Pero por ahora sólo aplicamos, a través

de los tribunales, el artículo 107 a los kulaks acaparadores de trigo, los castigamos en parte, económicamente...

—Según tú, los jornaleros, los campesinos pobres y medios, ¿están contra la expropiación del kulak? ¿En favor del kulak? Porque, en fin, qué crees, ¿hay que ponerlos contra el kulak?

Con un gesto brusco el secretario cerró el broche de su cartera, y dijo secamente:

—Tú puedes interpretar a tu modo las palabras del jefe, pero es la junta del radio, yo soy personalmente quien tiene que responder. Trata, pues, de aplicar, allí donde te enviamos, nuestra línea política, la nuestra y no la que tú inventas. Perdona, pero no tengo tiempo de discutir... Necesito arreglar otros asuntos todavía.

Se levantó. Una oleada de sangre subió de nuevo a las mejillas de Davidov. Se contuvo, no obstante, y dijo:

—Seguiré la línea del partido... Pero a ti, camarada, no andaré con rodeos para decirte, como obrero: tu línea no es justa, es políticamente falsa, no hay duda.

—Yo respondo de ello... Y tu modo de hablar "a lo obrero", es más viejo que...

Sonó el teléfono. El secretario se lanzó al receptor.

Varias personas invadieron la habitación. Davidov fue a buscar al jefe de la sección de organización.

"Este cojea de la pata derecha" —pensaba al salir del comité".

"Voy a releer el discurso de los agrarios. ¿Me habré equivocado, por casualidad? No, chico, de ninguna manera. Tu tolerancia deja libre las manos del kulak. En el comité del distrito decían: es un hombre que sabe desenvolverse, y sin embargo los kulaks deben trigo. Apretar los tornillos al kulak es una cosa, pero otra cosa es arrancarle de raíz y todo, como a un saboteador. ¿Y por qué no encabezas a la masa?"

Así proseguía Davidov en su mente la discusión con el secretario. Y, como siempre sucede, los argumentos de más peso llegaban demasiado tarde. En el comité de radio, nervioso, sofocado, había hecho las primeras objeciones que se le habían venido a la cabeza. Le hubiera hecho falta más sangre fría. Y metiendo los pies en los charcos helados, tropezando con las

boñigas endurecidas, siguió adelante por la plaza del mercado.

"Lástima que hayamos terminado tan pronto, porque te hubiera hecho morder el polvo", dijo en voz alta Davídov. Y se calló, avergonzado de ver sonreír a una mujer con quien se cruzó en aquel instante.

Davídov fue en un salto a la "Casa del Cosaco y del Campesino" para recoger su maletín. Casi se echó a reír pensando que su bagaje principal, aparte de dos mudas, unos calcetines y un traje, se componía de destornilladores, alicates, una gruesa lima, un compás, una escuadra, una llave inglesa y otras herramientas comunes que había traído de Leningrado.

"¡Para maldita la cosa me van a servir! Yo pensé que iba a instalarme en un koljós, y que siempre tendría algún tractor que reparar. ¡Y aquí ni tractores hay!... Tendré que pasearme por el radio en calidad de representante. Bueno, le regalaré todo a algún herrero del koljós, y sanseacabó".

Esto decía para sí Davídov tirando su maleta en el trineo. Los bien alimentados caballos del Ejecutivo del radio arrancaron sin esfuerzo, arrastrando el trineo, cuyo respaldo estaba pintado de grandes flores llamativas.

Apenas salió de la stanitsa, Davídov se sintió traspasado de frío. En vano escondía la cara en el cuello pelado de su gabán; en vano se encasquetaba la gorra hasta los ojos: el viento y la escarcha se le metían por el cuello, por las mangas, dejándole aterido todo el cuerpo. Los pies sobre todo, calzados con viejas botas Skorodod, le dolían mucho a causa del frío.

Desde la stanitsa hasta Gremiachi-Log, la carretera — veintiocho kilómetros — sigue una cima desierta. El camino, rojizo a causa del estiércol deshelado, pasaba por la cumbre de la cima. A ambos lados, la nieve virgen se extiende hasta perderse de vista. Bajo esta blancura, los matorrales de artemisas se curvan tristemente al borde de la carretera, en las cuestas de los barrancos. La nieve, barrida por el viento no puede sostenerse allí, pero, en cambio, se acumula en el lecho de las torrenteras.

Davíдов corrió largo rato agarrado al trineo, para calentarse los pies. Luego saltó otra vez al asiento, se acurrucó y se quedó medio dormido.

El trineo hacía crujir la nieve. Los caballos, con un ruido seco, hundían sus herraduras en la costra blanca. La volea del carcha, las alas de las cornejas volando sobre la carretera, Davíдов veía, entre sus párpados entornados y llenos de escarcha las alas de las cornejas volando sobre la carretera, resplandeciendo al sol en relámpagos azules. De nuevo se apoderaba de él un dulce sopor.

Se despertó con el corazón contraído de frío. Abrió los ojos y vio, entre sus pestañas cubiertas de lagrimillas irisadas, el sol glacial, la inmensidad majestuosa de la estepa, un cielo gris plomizo en el horizonte y, sobre la capucha blanca de un talud cercano, un zorro de pelo rojizo, de reflejos ígneos. El animal cazaba ratones. Se incorporaba sobre las patas traseras, daba una voltereta en el aire y, cayendo sobre las patas delanteras, empezaba a escarbar la nieve. Un polvillo plateado chispeaba a su alrededor. La cola lenta y suave resbalaba sobre la nieve, como una lengua de fuego.

Antes del anochecer llegaron a Gremiachi-Log. En el gran patio del soviet había un trineo vacío, de dos caballos. Unos siete cosacos fumaban agrupados junto a la puerta. Los caballos de Davíдов con los pelos tiesos por el sudor helado, se detuvieron ante los escalones.

—¡Salud, ciudadanos! ¿Queréis decirme dónde está aquí la cuadra?

—¡Buenas! —respondió por todos un viejo cosaco, llevándose la mano a su gorro de liebre—. La cuadra ahí está; es ese cobertizo de cañas.

—¡Vamos allá! —dijo Davíдов al cochero.

Echó pie a tierra, y siguió al trineo frotándose las mejillas con los guantes. Los cosacos se dirigieron también hacia la cuadra. Lo que les sorprendió era que el recién llegado, hombre corpulento que tenía aires de empleado y que pronunciaba la g de un modo fuerte, a lo ruso, siguiese al trineo en vez de entrar en el soviet.

Del fondo de la cuadra salían cálidas tufaradas de estercolero. El cochero del ejecutivo detuvo a los caballos.

Davidov, con ademán seguro, empezó a quitar las correas de la volea. Los cosacos se miraban unos a otros. Un viejo que llevaba puesta una pelliza de mujer, se sacudió el hielo del bigote y dijo entornando los ojos maliciosamente:

—¡Cuidado con las coces, camarada!

Davídov, después de haberle quitado la retranca al caballo, se volvió al viejo y sonrió dejando ver que le faltaba un diente de delante.

—He sido ametrallador, padrecito. ¡Y no eran caballejos como esos los que montaba!

—Y ese diente que te falta, ¿no te lo habrá saltado algún burro? —preguntó otro individuo, negro como un cuervo y con una barba rizada que le tapaba las mejillas.

Los cosacos se echaron a reír sin mala intención. Davídov, quitándole la collera al caballo, replicó vivamente:

—No, el diente lo perdí hace tiempo, un día que pesqué una cogorza. Y, además es mejor así; las mujeres no tendrán miedo de que las muerda. ¿Verdad, abuelo?

La broma fue aceptada. El viejo fingiéndose desolado, dijo moviendo la cabeza:

—Yo, chico, he dejado ya de morder...

El cosaco de la barba negra relinchaba como un potro, abriendo la boca hasta las orejas y mostrando una espléndida dentadura. No hacía más que llevarse las manos al cinto rojo que ceñía su chekmen⁽²⁾, como si tuviera miedo de estallar a fuerza de reírse.

Davídov ofreció cigarrillos a los cosacos, encendió uno, y se dirigió al soviet.

—Anda, anda, que el presidente está ahí. El secretario de nuestro partido también está —decía el viejo sin apartarse una pulgada de Davídov.

Los cosacos le seguían, terminando sus pitillos en dos chupadas. Les había gustado mucho que el recién llegado, en vez de entrar directamente al soviet, con la cartera bajo el brazo y sin mirar a nadie, como hacían los funcionarios del radio, se hubiera puesto a desenganchar él mismo, ayudando al cochero y demostrando que sabía tratar con caballos.

Pero no obstante, les extrañaba.

No pudiendo contenerse más, el hombre de la barba negra dijo:

—¿Cómo es que no desdeñas el ocuparte de los caballos? ¿Es eso propio de un funcionario? Y el cochero, entonces, ¿para qué está?

—Vamos, que nos hemos quedado pasmados —dijo francamente el viejo.

Davíдов no tuvo tiempo de contestar.

—¡Es un herrero! —exclamó desilusionado un cosaco jovencito de pequeña talla y bigote rojo, señalando las manos de Davíдов, cuyos dedos estaban llenos de manchas plomizas y viejas cicatrices producidas por el manejo de los metales.

—Soy cerrajero —corrigió Davíдов—. Y vosotros, ¿qué es lo que venís a hacer al soviét ?

—Por curiosidad —respondió por todos el viejo, deteniéndose ante el primer escalón. Sentimos curiosidad por saber a qué has venido. Si es otra vez por lo del trigo...

—Se trata del koljós...

El viejo lanzó un largo silbido lleno de decepción y fue el primero en volver los talones.

* * *

La habitación de planta baja despidió una bocanada de calor. Olía a piel de carnero mojada y a ceniza de madera. Delante de la mesa, frente a Davíдов, un hombre corpulento, de hombros cuadrados, estaba ocupado en levantar la mecha de la lámpara. La orden de la Bandera Roja lucía sobre su chaqueta kaki. Davíдов adivinó inmediatamente que era el secretario de la célula de Gremiachi-Log.

—Soy el delegado del comité de radio. ¿Eres tú el secretario de la célula, camarada?

—Sí, soy yo. Nagulnov. Siéntate, camarada; el presidente del soviét vendrá en seguida.

Dio un golpe en el tabique con el puño cerrado y volvió hacia Davíдов. Era ancho de pecho y tenía unas piernas de jinete, arqueadas como tenazas. Sus cejas negras se juntaban sobre

dos ojos amarillentos de pupilas desmesuradas, que parecían llenas de asfalto. Podría pasar por guapo, si no fuera por su nariz corta y respingona, de aletas rapaces, y por su mirada un tanto turbia.

De la habitación contigua salió un pequeño cosaco regordete, con un gorro de piel de cabra derribado hacia la nuca. Iba vestido con un capote militar y con el tradicional pantalón largo remetido en las medias de lana blanca.

Aquí está el presidente del soviet, Andrei Razmetnov.

El presidente sonrió, se atusó los bigotes rubios y rizados y, con aire digno, tendió la mano a Davídov.

—¿Y usted quién es? ¿El delegado del radio? Bien... ¿Sus papeles? ¿Los has examinado Nagulnov? ¿Vendrá sin duda para la colectivización?

Examinaba a Davídov con un descaro ingenuo. Sus ojos, claros como un cielo de verano, parpadeaban a menudo. Su cara cetrina, no afeitada hace mucho, cruzada en la frente por una cicatriz azul, revelaba una impaciencia mal disimulada.

Davídov, sentado ante la mesa, hablaba de las tareas designadas por el Partido para los dos meses de campaña de colectivización total. Propuso reunir al día siguiente a los campesinos pobres y al activo.

Nagulnov, al exponer la situación, habló de la toz⁽³⁾ de Gremiachi-Log.

Razmetnov le escuchaba también atentamente, con la mejilla apoyada en la palma de la mano. De cuando en cuando intercalaba una frase. Visiblemente excitado, Nagulnov decía:

—Tenemos aquí lo que se llama una asociación para el cultivo en común de la tierra. Pues bien, camarada obrero, eso es reírse de la colectivización, y nada más. Una pura pérdida para los soviets. Dieciocho familias miserables forman la asociación. ¿Y qué sacan? Es una verdadera burla. Todos sus bienes reunidos suman cuatro caballos y una pareja de bueyes, eso para dieciocho familias y ciento siete bocas que mantener. ¿Cómo van a hacer para salir adelante? Se les concede, naturalmente, créditos a largo plazo para que compren herramientas y bestias de tiro. Los créditos los toman, pero no podrán pagarlos ni en largo plazo.

En seguida le explicaré el por qué: si tuviesen un tractor, sería distinto, pero no se lo han dado. El buey, ya se sabe, no enriquece pronto al hombre. Y debo añadir que llevan muy mala política. Si en mí estuviera, ya los hubiera disuelto hace tiempo, porque se agarran al Poder soviético como un ternero enclenque, que mama y mama sin parar y no crece nunca. Y hay entre ellos algunos que piensan: "Bah, siempre nos darán lo que nos falte y nada pueden quitarnos por nuestras deudas, porque nada tenemos". De ahí viene la falta de disciplina. El tos ese no medrará mucho. Ah; sí, es una idea muy bonita reunir a todo el mundo en un koljós. La vida será un paraíso. Sólo que, debo decírselo, los cosacos son gente rutinaria y habrá que doblegarles...

—¿Hay alguno de vosotros en la asociación? —preguntó Dávídov echando una mirada a su interlocutor.

—No —respondió Nagulnov—. En 1920 entré en la comuna. Más tarde aquello se deshizo, porque nadie pensaba más que en sí mismo. He renunciado a mis bienes por odio a la propiedad. Los bueyes y las herramientas se los di a la comuna vecina, N° 6. Esa todavía se sostiene. En fin, a la hora presente, ni mi mujer ni yo tenemos nada. Razmetnov no podía hacer lo mismo, porque está viudo y no tiene más que su madre, una viejecita. Entrar en la comuna le hubiera ocasionado una porción de molestias. "Nos trae aquí a su madre para que se la cuidemos —hubieran dicho—, pero él al campo no va". Cuestión delicada. El tercer miembro de nuestra célula, que ahora está de viaje, es manco. Una trituradora le cortó el brazo. No se atreve a entrar en el artel. Bastantes bocas, dice, tienen ya que mantener.

—Sí, nuestro toz, es una verdadera desgracia —confirmó Razmetnov—. El presidente, Arkadi Losev es un mal administrador. ¡Mire a quien eligieron! Hay que confesar que ha sido una metedura de pata confiarle ese puesto.

—¿Por qué? —preguntó Dávídov, que estaba recorriendo con la vista el registro de bienes de los campesinos ricos.

—Porque —dijo Razmetnov sonriendo—; ese hombre está enfermo. Su vocación sería más bien el comercio: cambiar y revender, no sabe otra cosa. Ha arruinado por completo a la Asociación. Habían comprado un toro y se le ocurrió cambiarlo

por una motocicleta. A su gente la engatusó, y a nosotros no nos pidió consejo. Un día, sin más ni más, llega a la estación con la moto. Bueno, no salíamos de nuestro asombro. Una moto... y nadie que supiera hacerla andar. Y, además, ¿para qué iba a servirnos a nosotros una moto? Y risas y lágrimas. La llevó a la stanitsa. La gente entendida la examinó y después dijo: "Os saldrá más barato pintarla y tirarla después". Le faltaban unas cuantas piezas que no se podían hacer más que en la fábrica. En mi opinión, el presidente que necesitan en la asociación es Iakov Lukich Ostrov-nov. ¡ Ese sí que es una cabeza! Un hombre que trae de Kras-nodar trigo candéal de calidad superior, que no teme a la sequía, un hombre que sabe mantener la nieve sobre sus campos y que tiene siempre la mejor cosecha. Y animales de raza. Es verdad que gruñe un poco, cuando hay que pagar la contribución, pero no importa, es un buen administrador. Se le ha concedido un certificado de elogio.

—Sí, pero es un pato salvaje, siempre solo, siempre a distancia —dijo Nagulnov, moviendo la cabeza, con aire de duda.

—No, no —dijo con aire convencido Razmetnov—. Ese hombre es de los nuestros.

III

La misma noche en que el capitán Polovtsev, antiguo jefe de la centuria donde había servido Ostrovnov, llegó a casa de este último, tuvieron una larga conferencia.

Ostrovnov tenía en la aldea fama de hombre sensato, prudente y astuto como un zorro. Y sin embargo no supo quedarse al margen de la lucha furiosa que alteraba los campos. Los acontecimientos le arrastraron en su remolino. Desde aquel día su vida resbaló por una pendiente peligrosa—

La noche aquélla, después de cenar, sacó su petaca de tabaco, y sentándose sobre el baúl, doblando una pierna enfundada en media de gruesa lana, comenzó a desembuchar todo lo que, desde hacía años, llenaba de amargura su corazón.

—¿Qué quiere usted que le diga, Alexandr Anisímovick? Hoy día la vida no tiene nada de agradable ni de alegre. Fíjese, los cosacos empezaban a estar mejor, a enriquecerse un poco. Por los años 26 y 2,7 los impuestos, eran, por decirlo así, soportables. Hoy todo anda manga por hombro. ¿Y en su stanitsa? ¿Se habla también de colectivización?

—Sí, también se habla —respondió brevemente el huésped humedeciendo con la punta de la lengua una hoja de papel de fumar, mientras miraba de reojo a su interlocutor.

—¿Entonces esta canción hace verter lágrimas en todas partes? De mí le contaré, volví aquí en 1920, después de la retirada. Había dejado todos mis bienes y dos pares de caballos en la costa del Mar Negro. Encontré la casa vacía. Desde entonces he trabajado de día y de noche. La primera vez, los camaradas me hundieron con la requisita del trigo: lo limpiaron todo. De los golpes que siguieron a éste, ya he perdido la cuenta. Sin embargo, la cuenta no es difícil. Nos cogen todo, pero nos dejan un recibo, para que no se nos olvide.

Ostrovnov se puso en pie. Metió la mano detrás del espejo y sonriendo irónicamente bajo su bigote recortado, sacó un rollo de papeles.

—Aquí están los recibos de lo que entregué el año 21: trigo, carne, manteca, cuero, lana, aves, bueyes enteros que yo mismo conduje al almacén. Y éstas son las hojas de la contribución para el impuesto agrario único, para la contribución voluntaria, y todavía faltan los recibos del seguro... Yo he pagado hasta por el humo de mi chimenea, por haber tenido animales en el establo... Pronto reuniré un saco de estos papelotes. En una palabra, Alexandr Anisímovick, yo vivía, la tierra me alimentaba y yo alimentaba a los que me rodeaban. Aunque más de una vez me despellejaron la piel pronto me volvía a salir. Primero tuve un par de bueyes. Crecieron. Di uno al Estado, para carne. Para reemplazarlo, vendí la máquina de coser de mi esposa. Más tarde, el año 25, mis vacas me dieron otras dos. Tenía entonces dos parejas de bueyes y dos vacas. No me quitaron el derecho a votar, y me clasificaron para el porvenir como campesino medio acomodado.

—¿Y caballos tienes? —preguntó interesado el huésped. —Un momento, a eso voy. Le compré a una vecina una potranca, hija de una yegua del Don, pura sangre, la única que quedaba en el pueblo. Una potranca preciosa, bonita como una muchacha. Inútil para el servicio militar, por demasiado pequeña, pero rápida como no hay otra. La premiaron en la exposición del distrito, como animal de raza, y le dieron un diploma. Yo comencé a hacer caso de lo que decían los agrónomos, del distrito, alterné las cosechas, cuidé mi tierra como a una mujer enferma. Tuve el mejor maíz del pueblo, la mejor cosecha. Seleccionaba mis semillas, retenía la nieve sobre los sembrados. Sembraba el trigo tremesino en las tierras que tenía preparadas desde el otoño... Mis barbechos eran siempre los primeros. Total, que me convertí en un cultivador modelo. Hasta recibí una carta de felicitación de la dirección agrícola del distrito. Ahí la tengo.

El huésped volvió la vista hacia el sitio indicado por el dedo de Ostrovnov y vio en la pared, al lado de los iconos y del retrato

de Voroshilov, una hoja sellada y encuadrada en un marco. Pues sí, me enviaron el diploma y el agrónomo llevó muestras de mi trigo candeal a Eostov para enseñárselas a las autoridades —continuó Ostrovnov no sin orgullo—. Los primeros años sembraba cinco hectáreas.. Cuando me sentí con fuerzas, elevé la cifra: doce, y luego veinte, y luego veintiocho hectáreas. Yo trabajaba con mi mujer y con mi hijo. Sólo dos veces, en los momentos difíciles, alquilé un jornalero. ¿Qué nos decía entonces el Poder soviético? ¡Siembra lo más posible! Y yo sembraba, y de tanto sembrar, ¡vive el cielo, hasta herniado me quedé! Y ahora, Alexandr Anisímovich, ya ve, estoy temblando, palabra. Temo que por mis hectáreas me hagan pasar por el ojo de una aguja, y me traten como a un kulak. Y fue el presidente de nuestro soviet, el camarada Razmetnov, comúnmente llamado Andriusha, el antiguo guerrillero rojo, quien me ha hecho caer en la tentación..." Siembra, siembra, Ostrovnov —me decía—, siembra todo lo que puedas. .. Ayuda a los soviets. Tienen necesidad de trigo, mucho trigo". Yo dudaba. Ahora me estoy temiendo que todo ese máximo se me va a venir encima como un nudo corredizo.

—¿Y aquí la gente se inscribe en el koljós? —preguntó el huésped.

Estaba en pie junto a la estufa, las manos a la espalda, los hombros anchos, cabezudo, macizo todo él como un saco de trigo.

—¿En el koljós? Hasta ahora no nos han molestado mucho con eso. Pero mañana habrá una reunión de pobres. Hoy la han anunciado. Desde navidades los de aquí no hacen más que gritarnos: "Entrad en el koljós, entrad". Pero todo el mundo se ha negado categóricamente. Ni uno solo se ha inscrito. Nadie se desea el mal a sí mismo, ¿verdad? Mañana empezarán otra vez con la misma música. Parece ser que ha llegado un obrero del radio, que va a meter a todos de cabeza en el koljós. Nuestra vida se ha acabado. Acrecentaba mi hacienda a costa de callos en mis manos y de jorobarme... Pero ahora tendré que meterlo todo en la olla común, los animales, el trigo, las aves y hasta la casa ¿no cree? Juzgue usted mismo, Alexandr Anisímovich; yo

llevaré al koljós dos bueyes (afortunadamente he vendido un par al trust de la carne), una yegua con su potrillo, todos mis útiles de trabajo, el trigo. Otro no llevará más que sus piojos. Se hará con todo un fondo común, y se repartirán los beneficios. En fin, ¿no es para desesperarse?... El otro se habrá pasado la vida calentándose al fuego, soñando en un buen bocado, mientras que yo... ¿Pero de qué sirve hablar? (Y Ostrovnov hizo un gesto como si se cortara el cuello con el filo de su mano rugosa). Bueno. se acabó. ¿Y a usted cómo le va? ¿Está empleado o trabaja por su cuenta?

El huésped se acercó a Ostrovnov, se sentó sobre una banqueta y se puso a liar otro cigarrillo, con los ojos fijos en la petaca. Ostrovnov no apartaba los suyos del cuello de la chaqueta vieja, que su huésped llevaba tan ceñida al cuello que las venas se le hinchaban a ambos lados de la nuez.

—Tú has servido en mi centuria, Ostrovnov... ¿Te acuerdas de lo que yo decía a los cosacos a propósito del Poder soviético? Era en Ekaterinodar, durante la retirada. Ya les advertí yo entonces, ¿recuerdas? "Os equivocareis amargamente, muchachos. Los comunistas os apretarán los tornillos. Os daréis cuenta un día, pero será tarde".

Hizo una pausa. En sus ojos azulados, las pupilas se contrajeron hasta no ser más grandes que cabezas de alfileres. Y sonrió sutilmente.

—¿No tenía yo razón? No he podido escapar de Novoro-ssisk con los nuestros... No lo conseguí, fuimos traicionados y abandonados por los voluntarios y por los aliados. Entonces me incorporé al Ejército Rojo. Mandé un escuadrón, en el frente polaco... Pero existía una comisión depuradora de antiguos oficiales y me destituyeron, fui arrestado, y enviado ante un tribunal revolucionario. Los "cantaradas" me hubieran liquidado sin duda o me hubieran mandado a un campamento de concentración. ¿Y sabes por qué? Porque un perro cosaco, un paisano mío, me había denunciado como participante en la ejecución de Podtielkov. Camino del tribunal, consigo evadirme... Estuve oculto mucho tiempo bajo un nombre falso. En 1923, vuelvo a mi stanitsa. Había conservado un papel que atestiguaba mis servicios en un escuadrón del Ejército Rojo... Caí entre buena gente... En fin, puse mi vida a salvo.

Al principio me hicieron ir al distrito, a la junta política de la cheka del Don. Salí del paso como pude... Me hice maestro de escuela. Lo he sido hasta hace poco... Pero ahora todo cambia. Voy por asuntos a Ust-Joperskaia y he venido a verte como viejo camarada del regimiento.

—¿Ha sido usted maestro?... Sí... sí... Usted sabe de letra, conoce usted la ciencia de los libros... ¿Y qué va a pasar ahora, diga? ¿A dónde vamos a llegar con esta danza de koljoses.

—Hasta el comunismo, amigo. Y hasta un comunismo de veras. Yo he leído a Marx y el famoso Manifiesto del Partido Comunista. ¿Sabes cómo acabará la historia de los koljoses? Primero el koljós, y después la comuna, es decir, la abolición completa de la propiedad. Tendrás que dar, no solamente tus bueyes, sino tus hijos, que el Estado se encargará de educar. Todo será común: los niños, las mujeres, las tazas, las cucharas. Cuando tengas ganas de comerte una sopa de fideos con menudillos, te servirán kvas⁽⁴⁾. Serás un siervo atado a la gleba.

—¿Y si no consiento?

—No te pedirán parecer.

—¿Cómo es eso?

—Pues así.

—¡Estamos buenos!

—Y ahora soy yo quien te pregunta: ¿podemos seguir viviendo de este modo?

—No... imposible...

—Entonces hay que hacer algo... hay que luchar.

—¿Qué está usted diciendo, Alexandr Anisímovich? Ya hemos tratado de luchar... y nada. Todo inútil. No, no hay que pensar en eso.

—¡Vuelve a probar!

El huésped se acercó a su interlocutor hasta casi tocarle. Después de echar una ojeada a la puerta de la cocina, que estaba cuidadosamente cerrada, y palideciendo de pronto dijo en voz baja:

—Te lo digo francamente: cuento contigo. Los cosacos de mi stanitsa se están preparando para sublevarse. Y no creas que se trata de ninguna locura. Estamos en relación con Moscú, con generales que sirven ahora en el Ejército Rojo, con ingenieros que trabajan en las fábricas, y hasta con el extranjero. ¡Sí, sí! Si nos organizamos a un tiempo y actuamos precisamente ahora, entonces para la primavera, con ayuda de las potencias extranjeras el Don estará libre. Tú sembrarás tu tierra con grano propio, y para ti solo. Espera, me contestarás después. Hay en esta comarca mucha gente que simpatiza con nosotros. Es preciso reunirlos, organizarlos. Por eso voy a Ust-Joperskaia. ¿Eres de los nuestros? Ya contamos en la organización con más de trescientos cosacos del antiguo ejército. Tenemos grupos de combatientes en Dubrovski, Voiskovo, Tu-bianski, Mali-OIjovatsk, y otras aldeas. Hay que formar un grupo así aquí, en G-remiaehi... Ahora, tú dirás.

—Le gente se queja del koljós y de las requisas de trigo...

—Espera, no se trata de los otros sino de ti... ¿Qué respondes?

—Asuntos como éste no se deciden así como así... ¡Demonio, se juega uno la cabeza!

—Reflexiona... Cuando se dé la orden, todos los caseríos a la vez tomarán las armas. Nos apoderaremos de la stanitsa. Los comunistas y los milicianos serán presos, uno a uno, en sus casas. Lo demás se hará solo.

—¿Y con qué?

—¡Encontraremos! Ya te habrá quedado alguna, ¿no?

—Puede... Creo que por ahí anda un fusil viejo... un fusil austríaco...

—Lo esencial es comenzar. Al cabo de una semana, los barcos extranjeros nos traerán cañones y fusiles. Tendremos hasta aviones. ¿Qué dices ?

—¡Déme tiempo para reflexionar, mi capitán! No me fuerce así de pronto...

El huésped, siempre lívido, se apoyó en la estufa de ladrillo y dijo sordamente:

—No te invitamos al koljós y a nadie forzamos. Será lo que tú quieras, pero cuidado con la lengua. Tengo seis balas para ti, y la

séptima...

Sin terminar la frase, hizo sonar el seguro del revolver de ordenanza que llevaba en el bolsillo.

Por lo que respecta a mi lengua, esté usted tranquilo.

Pero su empresa es arriesgada. Y no le ocultaré que da miedo aceptar una cosa así. Por otro lado, la vida se hace imposible...

Decir que si no se hubiese perseguido a los ricos, yo sería ahora el primero del pueblo. ¡Si hubiera libertad, quizá tuviese automóvil! (Dijo esto con amargura, después de un minuto de pausa). Sin embargo, meterse solo en un lío semejante ... Nos van a hacer picadillo...

—¿Solo? ¿Por qué solo? —interrumpió el huésped con acritud.

—Bah, lo he dicho sin pensar... Pero los otros... Vamos, la gente, el pueblo, ¿nos seguirá?

—El pueblo es un rebaño de borregos. Hace falta guiarlos. Bueno, ¿te decides?

—Ya lo he dicho, Alexandr Anisímovich...

—Necesito saberlo exactamente... ¿Te decides o no ?

—Habrá que decidirse, puesto que no hay otra salida. Pero déjeme reflexionar. Mañana le diré mi última palabra.

—Tendrás que decidir también a los cosacos más seguros —dijo Polovtsev dando ya órdenes—. A los que estén de punta con el soviet...

—Con esta vida todos están de punta.

—¿Y tu hijo?

—Diantre, el dedo va donde va la mano. Donde yo vaya irá él.

—¿Qué tal muchacho es, firme?

—Sí, un buen cosaco —respondió el padre con íntimo orgullo.

A falta de cama, le dieron al huésped una gruesa manta gris y una pelliza que extendieron en el suelo, cerca de la estufa, Polovtsev se quitó las botas, pero no se desnudó. Cuando su mejilla sintió el frescor de la almohada de plumas, se quedó inmediatamente dormido.

* * *

Al amanecer, Ostronov despertó a su madre octogenaria, que dormía en el cuartito del rincón, y le contó en resumen

el objeto de la visita de su antiguo jefe. La vieja escuchaba con la mano en la oreja. Sus piernas desnudas, surcadas de venas negras, deformadas en las articulaciones por el reuma, pendían del lecho.

—Madre, ¿me da su bendición? —preguntó Ostrovnov arrodillándose.

—Sí, sí, vete contra ellos, hijo mío. ¡Dios te bendiga! Los tiranos están cerrando las iglesias, los sacerdotes no pueden vivir... ¡Sí, sí, márchate, hijo mío!

Por la mañana, Ostrovnov despertó al huésped.

—Ya estoy decidido... ¡A sus órdenes!

—Entonces lee y firma.

Polovtsev sacó del bolsillo de su chaqueta un papel.

" ¡Dios está con nosotros! Yo, el abajo firmante, cosaco del Gran Ejército del Don, me declaro adherido a la liga para la liberación del Don natal y me comprometo a luchar bajo las órdenes de mi jefe, con todas mis fuerzas y por todos los medios, hasta dar la última gota de mi sangre, contra los comunistas - bolcheviques, enemigos jurados de la fe cristiana y opresores del pueblo ruso. Me comprometo a obedecer in-condicionalmente a mis jefes y comandantes. Me comprometo a sacrificar todos mis bienes en el altar de la patria ortodoxa. En fe de lo cual firmo".

IV

Treinta y dos hombres —los campesinos pobres y el activo de Gremiachi— estaban suspensos de la boca del orador. Davídov no era un artista de la palabra, pero se le escuchaba al principio, con más avidez que a un maestro de la palabra.

—Camaradas: yo soy obrero de la fábrica "Putílov Ro-jo". Nuestro Partido y la clase obrera me envían para ayudaros a organizar el koljós y a aniquilar al kulak, esa sanguijuela que nos chupa la sangre. Seré breve. Es preciso que os agrupéis todos en un koljós, es preciso que la tierra, el material y el ganado, sean bienes comunes. ¿Y por qué hay que entrar al koljós? ¡Porque así no se puede seguir viviendo! Si tenemos dificultades con la cuestión del pan es porque el kulak entierra el trigo y lo deja pudrirse. ¡Nos vemos obligados a arrancárselo a la fuerza! Vosotros ya sé yo que daríais el trigo, pero no lo tenéis. El trigo de los campesinos pobres y medios no basta para dar de comer a la U.R.S.S. Se necesita sembrar más. ¿Pero cómo, no disponiendo más que de un miserable arado ? Solamente el tractor puede sacarnos del apuro... Verdaderamente, yo no sé cuanta tierra labráis aquí en el Don durante el otoño y con un arado...

—No dejando la manquera ni de día ni de noche podrían ararse hasta doce hectáreas, antes del invierno.

—¡Oh! ¿Doce? ¿Y si la tierra es dura ?

—¿Qué hablas ahí? —resonó una aguda voz mujeril—. Un arado necesita tres y hasta cuatro pares de bueyes robustos. Nosotros apenas si tenemos y no todo el mundo, un par de malas bestias a lo sumo, y lo más fácil es que sean bueyes con tetas. Los ricos, esos sí, marchan viento en popa...

—¡No se trata de eso!... Muerde la falda y cállate— gruñó una voz de bajo.

—¡Inteligente! Cántale la cartilla a tu mujer, y no a mí.

—¿Y con el tractor?

Davídov esperó a que se hiciera el silencio para contestar.

—Un tractor, por ejemplo con uno de los nuestros, con buenos mecánicos y trabajando en dos turnos, no tardaría más de veinticuatro horas en labrar las doce hectáreas.

La concurrencia lanzó un " ¡ ah!" de estupor.

—¡ Eso sí!... Con un caballo así dará gusto labrar la tierra —dijo una voz con un suspiro de envidia.

Davídov se pasó las manos por los labios secos de emoción, y continuó:

—Estamos haciendo en la fábrica tractores para vosotros. Pero un campesino pobre o medio no puede él solo comprar un tractor. Tiene las manos cortas. Por esta razón los jornaleros, los campesinos pobres y medios deben juntarse. Un tractor es una máquina, todo el mundo lo sabe, que saldría cara en una parcela pequeña; necesita espacio por delante. Los arteles pequeños sirven de tanto provecho como...

—¡ Menos aún! —gritó una voz de bajo, con gran aplomo, desde una de las últimas filas.

—¿Qué hacer entonces? —continuó Davídov, sin tomar en cuenta la interrupción—. El Partido intenta realizar la colectivización total, para que enganchados al tractor os saque de apuros. ¿Qué dijo Lenin antes de morir? "El campesino no escapará de la miseria más que por medio del koljós. ¡Si no, está perdido! El kulak-vampiro le chupará hasta la última gota". Debéis, pues, ir sin vacilar por este camino. Aliados con los obreros, los koljosianos liquidarán a los kulaks y batirán a todos sus enemigos. Y esta es la verdad. Ahora vamos con vuestra asociación. No es gran cosa vuestra asociación, y anda, ciertamente, bastante mal. ¡No os produce nada!... Es necesario pues transformarla en un koljós, que será el hueso que criará carne...

—¡Espera que voy a interrumpirte! —gritó Demka Ushakov— un hombre picado de viruelas y bizco, ex miembro de la asociación.

—¡Pide la palabra, y luego hablarás! —dijo severamente Nagulnov, que estaba sentado ante la mesa, al lado de Davídov y de Razmetnov.

—Sin necesidad de pedir, diré lo que tenga que decir —replicó Ushakov, torciendo los ojos de tal manera que parecía mirar

al mismo tiempo a la presidencia y al auditorio—, ¿Y entonces cómo, se explican disculpadme, nuestras pérdidas y el que tengamos que vivir a costa del Poder soviético? ¿Cómo, pregunto yo, nos hemos convertido en parásitos de la sociedad de crédito? ¡Gracias a nuestro encantador presidente de la toz! ¡Gracias a Arcasha Menok!

—¡ ¡Mientes contra! —gritó desde los últimos bancos una voz de tenor semejante a la de un gallo.

Y Menok, dando codazos, se dirigió a la mesa presidencial.

—¡Voy a probarlo inmediatamente! Ushakov había palidecido, sus ojos se juntaban en el arranque de la nariz. Sin hacer caso de Razmetnov, que descargaba sobre la mesa su puño sarmentoso, se volvió a Menok: —¡Nada podrás refutar! Dirás que nuestra pobreza viene de ser pocos en el koljós, pero lo que nos arruina son tus cambalaches. Y eso de "contra" me lo pagarás y bien pagado. ¿No fuiste tú el que, sin consultarnos cambiaste el toro por una "motocicleta"? ¿Y a quién se le ocurrió la idea de cambiar las gallinas ponedoras por...

—¡Mientes, mientes! —se defendía Menok avanzando. —¿ Y no fuiste tú el que nos aconsejó cambiar tres becerros y una vaca por un carricoche ? ¡ Chúpate esa! —concluyó Ushakov triunfante.

—¿Acabáis o no? ¿Vais a seguir peleando como dos gallos? —les decía Nagulnov.

Y los músculos de la cara le temblaban bajo la piel bermeja.

—¡Ahora pido yo la palabra! —dijo Menok al llegar por fin a la mesa.

Se había agarrado ya la barba rubia y se disponía a hablar cuando Davídov lo apartó.

—Espera a que yo termine... Haz el favor de no molestarme ahora... Decía, pues, camaradas, que solamente el koljós nos permitiría...

—No necesitamos que nos hagas propaganda. Entraremos todos en el koljós con todo lo que tenemos —interrumpió el antiguo guerrillero rojo Pavel Liubishkin, que estaba sentado junto a la puerta.

—¡Estamos ya de acuerdo!

—¡ Juntos hasta con el diablo podremos i

—Pero hace falta una dirección buena.

La voz de Liubishkin se impuso a los gritos. Se levantó, quitándose su gorro negro, y era tan grande, tan ancho de hombros, que casi tapó la puerta.

—¡Hombre, tiene gracia; venir a hacernos propaganda en favor del Poder soviético! Propaganda a nosotros que lo hemos implantado aquí, durante la guerra, lo hemos sostenido con nuestros hombros para que no se derrumbase. Sabemos muy bien lo que es un koljós y entraremos. ¡Pero dadnos máquinas!... —extendió su mano resquebrajada—. Un tractor es una gran cosa, no hay duda que habéis hecho muy poco, vosotros los obreros, eso es lo que os reprochamos. Que no tiene uno a qué agarrarse, porque trabajar con bueyes es empujar al animal con una mano, y secarse las lágrimas con la otra. Para eso no nos hace falta el koljós... Antes de esta revolución del koljós, yo pensaba escribir a Kalinín, para que nos ayudase a los agricultores a comenzar una vida nueva. Porque entonces, ¿para qué sirve el Partido Comunista ruso? Hemos vencido, bueno, ¿y ahora qué?... Coge el arado como antes, ¿pero y si no tienes una bestia para enganchar? ¿Vas a ir a la puerta de la iglesia a tender la mano? ¿Vas a coger un hacha para cortarles el cuello a los mercaderes soviéticos? Se ha permitido a los ricos alquilar tierras, contratar jornaleros... ¿Eso es la revolución del año 18? ¡No, vosotros le habéis cerrado los ojos a la revolución! Y cuando alguien dice: "¿Por qué nos hemos batido entonces?", los chupatintas que nunca han olido la pólvora, se echan a reír, y detrás de esa risa está toda la peste blanca rascándose de gusto. ¡No, no vengas a engatusarnos con frases bonitas! ¡ Estamos ya de ellas hasta aquí! Danos una máquina, a crédito o con garantía y no una máquina cualquiera sino algo bueno de verdad. ¡Danos ese tractor que dices! Que si no ¿ por qué he recibido eso ?...

Se dirigió a la mesa, por encima de las rodillas de los que estaban sentados, quitándose el cinturón hecho jirones. Luego se levantó la camisa, la sujetó contra el pecho apretándola contra la barbilla, y sobre su vientre oscuro aparecieron unas horribles cicatrices que le distendían la piel.

¿Para qué he recibido yo este regalito de los cadetes?
¡Cochino! —exclamó indignada la viuda Anisia, que estaba sentada junto a Ushakov—. ¿Vas a quitarte también los calzones?

¡Eso quisieras tú! —dijo Ushakov despreciativo, bizcando hacia ella.

—¡Cállate, tía Anisia! ¡A mí no me da vergüenza enseñar mis heridas a un obrero! ¡Que las mire!... Con esta vida que llevo, muy pronto no tendré con qué ocultarlas. ¡Mis calzones! Ganas de llamarlos de alguna manera... Dentro de poco no podré pasar a la luz del día por delante de las muchachas: se morirían de miedo.

Hubo, al fondo de la sala, una explosión de rumores y carcajadas, pero Liubishkin lanzó a su alrededor una mirada severa, y volvió a oírse crepitar dulcemente la mecha de la lámpara.

—¿Me he batido por lo visto contra los cadetes para que los ricos sigan viviendo mejor que yo? ¿Para que ellos coman buenos bocados, y yo pan y cebolla? ¿Es cierto o no, camarada obrero? No tienes que guiñarme el ojo, Makar. Hablo una vez al año y digo lo que me da la gana.

—Sigue, sigue —dijo Davídov sacudiendo la cabeza.

—Sigo. Este año he sembrado más de tres hectáreas de trigo. Tengo tres hijitos, una hermana inválida, una mujer enferma. ¿Y no te he entregado el trigo según el plan, di, Razmetnov ?

—Sí, pero no armes tanto escándalo.

—¡Vaya si armaré! Y mientras tanto, ese kulak, ese Frol el Desgarrado... ¡ese tío mierda!

Nagulnov dio un puñetazo en la mesa.

—¡Vamos, vamos!

—¿Ha cumplido ese con el plan? ¡No!

—El tribunal le ha impuesto una multa y se le ha confiscado el trigo —intercaló Razmetnov, el cual, con los ojos brillantes, escuchaba a Liubishkin, evidentemente complacido. "Quisiera yo verte aquí, con tu cautela", se dijo Davídov, pensando en el secretario del radio.

—Este año aún tendré que llamarle: "Frol Ignatich". Y en la primavera, vendrá otra vez a contratarme de jornalero. Liubishkin tiró a los pies de Davidov su gorro de piel negra.

—¿Para qué me vienes a hablar del koljós? ¡Córtale primero las venas al kulak, y luego iremos! Danos sus máquinas, sus bueyes, danos su fuerza, y entonces habrá igualdad. Porque no se oye más que: " ¡Hay que destruir al kulak!" y él, mientras tanto, se hincha de año en año, hasta taparnos la luz del sol.

—¡Nos darán los bienes de Frol, y Menok los cambiará por un aeroplano! —intercaló Ushakov.

—¡Ja, ja!

—¡Y sin tardar!

—¡ Sois testigos de que me ha insultado!

—¿Pero quieres callarte?... ¡No hay modo de oír!

—¡Es que os callaréis!

—¡ Silencio! ¡ Silencio he dicho!

—¡Esa es precisamente la política de nuestro Partido! — continuó Davidov, después de hacer cesar no sin gran trabajo el tumulto—. Cuando la puerta está abierta, no se necesita llamar, ¿verdad? Claro que hace falta destruir al kulak como clase y entregar sus bienes al koljós. Y haces mal, camarada, guerrillero, en tirar tu gorro bajo la mesa: todavía lo necesitarás para cubrirte. No se puede ya alquilar tierras, ni contratar jornaleros. ¡Se acabó! Hemos tolerado al kulak por necesidad, porque daba más trigo que cualquier koljós. Pero ahora ocurre lo contrario. El camarada Stalin ha estudiado bien toda esa aritmética, y ha dicho: "Es preciso suprimir de nuestra vida al kulak, y dar todos sus bienes al koljós". Te quejaste de no tener máquinas... ¿Y los quinientos millones que se han dado a los koljoses para ponerlos a flote? ¿Qué dices de eso? ¿Lo has oído? No valía la pena de hacer tanto escándalo... Primero vamos a parir al koljós, y luego pensaremos en las máquinas. Y tú quieres comprar la albarda antes que el caballo. ¡Ni más ni menos!

—¡ Vaya con Liubishkin, que quería avanzar de espaldas!

—Jo, Jo . . .

—¡Pero si nosotros estamos encantados con el koljós!

—Bien dicho lo de la albarda, ¿eh ?...

—¡Por mí, esta noche!

—¡Que nos apunte en seguida!

—¡Vamos a expropiar a los kulak!

—¿Quién se inscribe en el koljós? ¡Levantad la mano! — propuso Nagulnov.

Se hizo la cuenta: treinta y tres manos se habían levantado. Un individuo, perdiendo la cabeza, había levantado las dos. El calor hizo que Davíдов se quitara la chaqueta. Se desabrochó el cuello de la camisa, y esperó, con la sonrisa en los labios, a que se hiciera la calma.

—¡Sois conscientes, ese es un hecho! ¿Pero creéis que basta entrar en el koljós, y ya está todo? ¡No, no es bastante! Vosotros, los pobres, sois el sostén del Poder soviético. Vosotros, sois la fuerza y la savia, debéis entrar en el koljós y atraeros al campesino medio, que aún vacila...

—Pero si no quiere ¿qué podemos hacer nosotros? —preguntó Menok—. ¡No se trata de un buey, para llevarlo a la fuerza atado a una maroma!

—Hay que convencerlo. No es un luchador por nuestra causa el que no sabe persuadir a los otros. A propósito, mañana hay reunión. Vota en favor, y persuade a tu vecino campesino medio que haga lo mismo. Y ahora, vamos a discutir la lista de los kulaks. ¿Qué es lo que va a decidirse? ¿Su expulsión del Cáucaso septentrional o qué?

—¡De acuerdo!

—Que se les arranque hasta la raíz.

—No, no hasta la raíz, sino con raíz y todo —corrigió Davíдов y volviéndose a Razmetnov, añadió:— Da lectura a la lista de kulaks. Vamos inmediatamente a sancionar su expropiación.

Razmetnov cogió una hoja y se la dio a Davíдов.

—¿Frol Damaskov merece este castigo proletario?

Todas las manos se levantaron a la vez. Pero Davíдов, al contarlas, notó que uno se abstenía.

—¿Tú no eres del mismo parecer? —dijo alzando las cejas humedecidas por el sudor.

—Yo me abstengo —respondió brevemente un cosaco de apariencia tranquila y gris.

—¿Y por qué razón? —preguntó Davidov.

—Porque es mi vecino y me ha hecho mucho bien. No puedo levantar la mano contra él.

—¡Fuera de aquí inmediatamente! —gritó con voz temblorosa Nagulnov, que se había incorporado como un jinete en los estribos.

—No, eso no se hace, camarada Nagulnov —interrumpió severamente Davidov—. ¡No te vayas, ciudadano! Explica tu punto de vista. Según tú, Damaskov ¿es un kulak o no?

—Yo no comprendo nada. Soy un ignorante y os pido permiso para irme de la reunión.

—No, primero nos vas a explicar los favores que le debes.

—Me ha ayudado siempre, me ha prestado sus bueyes, me ha prestado sus semillas... Pero yo no traiciono al Poder. Yo estoy con el Poder...

—¿Te ha pedido ese hombre que le defiendas? ¿Te ha hecho algún regalito de trigo o de dinero? Confiesa, no tengas miedo —intervino Razmetnov—. Vamos, ¿qué es lo que te ha prometido?

Razmetnov sonrió nerviosamente, enrojando por sus propias preguntas demasiado directas y por aquel a quien se las dirigía.

—O tal vez nada ¿tú qué sabes?

—¡Mientes, Timofei! Eres un hombre vendido —gritó una voz—. ¡Sostienes a los kulaks!

—Llamadme como os dé la gana...

Davidov preguntó a su vez, como poniéndole un cuchillo a la garganta:

—¿Estás con el Poder de los soviets o con los kulaks? No hay que deshonar a la clase de los pobres. Di, francamente ante la asamblea, de parte de quien estás.

—¡No perdamos el tiempo con él! —interrumpió Liubishkin indignado—. Se le puede comprar a él y a sus tripas por una botella. ¿Sabes Timofei? Da pena mirarte.

Timofei Borschev acabó por responder con fingida resignación :

—Estoy por el Poder, ¿ por qué me hostigáis? La culpa de todo la tiene mi ignorancia...

Sin embargo, a la segunda votación, levantó la mano de mala gana. Davídov escribió apresuradamente en su cuaderno de notas: "Timofei Borschev, confundido por el enemigo de clase. Hay que trabajarle".

La asamblea decidió por unanimidad la expropiación de otros cuatro campesinos ricos. Pero cuando Davídov anunció:

"Tito Borodín. ¿Quién vota?" se produjo un silencio impresionante... Nagulnov, confuso cambió una mirada con Razmetnov. Liubishkin se puso a limpiarse la frente con su gorro de piel.

—¿Por qué no decís nada? ¿Qué significa esto?

Davídov, asombrado, contemplaba al auditorio. No pudiendo tropezar con ninguna mirada, volvió los ojos a Nagulnov.

—Lo que hay es esto —comenzó el otro indeciso—. El tal Borodín que en confianza llamamos Tito, se alistó con nosotros como voluntario en la Guardia Roja, el año 1918. Era hijo de pobres, se batió muy bien. Fue herido y se le regaló un reloj de plata por sus hazañas revolucionarias. Estaba en el destacamento de Domenico, Y ahora vas a ver, camarada, el golpe que nos ha dado. A su vuelta, se apegó a sus bienes, lo mismo que un mastín a un hueso. Fue inútil chillarle. Empezó a enriquecerse. Trabajaba día y noche, hecho un puerco, llevando tanto en verano como en invierno el mismo pantalón de tela. Tenía tres pares de bueyes, y le salió una hernia por andar siempre cargando sacos. Pues aún no tenía bastante. Empezó a tomar jornaleros, primero dos y después tres. Compró un molino de viento, después un motor de cinco caballos. Quería montar una almazara. Luego se puso a vender ganado. Hasta se privaba de comer y dejaba que sus obreros se murieran de hambre, cuando trabajaban veinte horas, teniendo que levantarse cinco veces durante la noche para dar de comer a los caballos o para arreglar la paja de los animales. Le hemos hecho venir más de una vez al soviet y a la célula del Partido. Tratábamos de avergonzarle, le

decíamos: "Deja eso, Tito, no te cruces en la marcha de nuestro querido Poder soviético.

¿No has sufrido el martirio por él, en el frente, cuando peleábamos con los blancos ?

Nagulnov lanzó un suspiro y abrió los brazos en señal de impotencia.

—¿Qué hacer cuando un hombre está poseído? Bien se veía que el instinto de la propiedad le devoraba. Le hacemos venir otra vez, le recordamos nuestras luchas, nuestros sufrimientos comunes, razonamos con él, le amenazamos con pisotearle hasta hundirle en la tierra para enseñarle a no cortarnos el camino, a no convertirse en un burgués.

—Abrevia — dijo Davidov impacientado.

La voz de Nagulnov se estremeció, se hizo más sorda.

—No hay manera de abreviar... Es como una llaga abierta... Pues bien, él, es decir, Borodín, nos contesta: "Yo ejecuto las órdenes del Poder soviético, aumento los sembrados. Tengo jornaleros, como la ley me permite: mi cónyuge está averiada por todas partes con sus enfermedades. Antes no era nada, y ahora soy todo. Tengo de todo. ¡Por eso me he batido! Y además el Poder soviético no descansa sobre vuestros hombros. Yo le doy el alimento con mis manos, mientras que vosotros, con tanta cartera, os veo como en el hueco de la mano". Cuando le hablamos de la guerra y de las dificultades que pasamos juntos, una lágrima brilla a veces entre sus párpados, pero no la deja correr. Se vuelve, echa un cerrojo a su corazón y dice: "¡Lo pasado, pasado!" Y como le hemos privado del derecho a votar, ha empezado a moverse, a mandar papeles a la región, a Moscú. Pero, en las instituciones centrales, yo pienso que debe haber revolucionarios viejos que comprenderán que el que ha traicionado, es un enemigo y no merece compasión.

—Bueno, abrevia, sin embargo... —He terminado. No le han hecho caso en el centro y así sigue. Es verdad que ha despedido a sus jornaleros...

—¿Entonces?

Davidov fijó su mirada penetrante en la cara de Nagulnov. Este bajó sus cortas pestañas, requemadas por el sol, y contestó:

—Por eso la gente no dice nada. Te he explicado sencilla-

mente lo que era en el pasado Tito Borodin, hoy un kulak. Davídov, apretando los labios, se puso sombrío.

—¿Entonces por qué intentas apiadarnos con tus historias ? ¿Ha sido guerrillero? ¡Gloria a él! ¿Se ha vuelto un kulak, es decir un enemigo? ¡Pues aplastémosle! Inútil hablar más del asunto.

—No es por compasión de él, lo que digo. ¡No me hagas reproches injustos, camarada!

—¿Quiénes aprueban la expropiación de Borodin?

De una ojeada, Davídov abarcó todo el auditorio. Indecisas, unas después de otras, las manos se fueron levantando.

Después de la reunión, Nagulnov invitó a Davídov a pasar la noche en su casa.

—Mañana le encontraremos una vivienda —dijo buscando a tientas la salida, en el oscuro zaguán del Soviet.

Iban andando, el uno junto al otro, sobre la nieve que crujía bajo sus pisadas. Nagulnov habló en voz baja:

—Camarada obrero, ha sido para mí un gran alivio oír que van a reunir en el koljós toda la propiedad agrícola. Desde mi infancia siento odio contra esa propiedad. Todo el mal viene de ahí, nuestros sabios camaradas Marx y Engels lo han dicho. ¡Hasta bajo el Poder de los soviets ve uno a la gente pelearse, empujarse como cerdos por la pitanza, por esa maldita peste! Y antes, bajo el viejo régimen, ¿qué sucedía? ¡Es terrible sólo pensarlo! Mi padre era un cosaco rico, tenía cuatro pares de bueyes y cinco caballos. Nuestros sembrados eran más que grandes, sesenta, setenta, y hasta cien hectáreas. Eramos muchos en casa, y todos buenos labradores. No necesitábamos ayuda. Fíjate: yo tenía tres hermanos casados. La historia que voy a contarte se me ha quedado grabada en la memoria, y explica que yo me haya hecho enemigo de la propiedad privada. En cierta ocasión el cerdo de un vecino entró una noche en nuestra casa y estropeó varias plantas de patatas. Mi madre lo ve, coge un cazo de agua hirviendo y me dice: "Makar, échalo hacia la valla, que allí le espero". Yo tendría entonces unos 12 años. Me puse, naturalmente a perseguir al cerdo. Y, zas, mi madre le escalda con el agua, de modo que la piel empezó a echar humo. Como era en verano, se le agusanaron las llagas al pobre cerdo, y acabó por reventar. El vecino nos la

juró. Una semana después se nos quemaron en la estepa veintitrés almiars de trigo. Mi padre sabiendo de dónde venía aquello, denunció al vecino. El odio fue tan grande que no podían ya ni verse. En cuanto bebían una copa se armaba la gresca. Los procesos duraron unos cinco años, hasta que hubo un muerto... Al hijo del vecino se lo encontraron asesinado en un pajar en Carnavales, con el pecho agujereado a golpes de biello. Yo pensé, por ciertos indicios, que habrían sido mis hermanos. Se hicieron pesquisas, pero no se encontró a los asesinos. En el proceso verbal se dijo que el chico había encontrado la muerte estando borracho. Desde entonces me marché a la guerra. A veces, estando tumbado bajo el fuego, mientras que los obuses alemanes alzaban, entre humo negro, la tierra al cielo, me decía: "¿Por qué estoy aquí? ¿Por la propiedad de quién me expongo así al miedo y a la muerte?" Y bajo un bombardeo tal, quiere uno convertirse en clavo para poderse hundir en el suelo hasta la cabeza. ¡Ay, madrecita! Luego me envenené con los gases. Ahora cuando subo una cuesta, me mareo, me falta el aliento. Aún estando en el frente unas personas inteligentes me abrieron los ojos: volví hecho un bolchevique. Bueno, durante la guerra civil, los sablazos que he dado yo zas, zas, sin la menor compasión. Me hirieron en Kastórnaia, y desde entonces me dan ataques... Hoy, tengo esto...

Nagulnov se llevó la mano a la insignia de la Bandera Roja prendida en su pecho, y un matiz nuevo, de una dulzura inesperada, resonó en su voz.

—Con esto mi corazón se fortalece... Me siento en este momento, querido camarada, como en tiempos de la guerra civil, en la línea. Hay que hacer lo imposible, pero conseguir que todo el mundo entre en el koljós. Eso al menos habremos ganado para la revolución mundial.

—¿Has conocido de cerca a Tito Borodín?— preguntó pensativo Davídov prosiguiendo su marcha.

—¡Ya lo creo! Éramos dos buenos amigos. Si luego reñimos fue precisamente porque él se sentía demasiado apegado a la propiedad. En 1920 estuvimos en la represión de un levantamiento en la región del Donetz. Dos escuadrones y un batallón especial atacaban. Detrás del pueblo quedó un montón de sublevados pasados a cuchillo.

Por la noche Tito vuelve al alojamiento cargado con un gran paquete. Lo sacude, y caen ocho piernas cortadas. "¡Estás loco!, le dice un cama-rada. ¡Lárgate inmediatamente!" Y Tito le responde: "¡Ya no se rebelarán más! Cuatro pares de botas que me vienen al pelo. Tengo calzado para toda la familia". Pone las piernas cortadas sobre la estufa para deshelas. Hecho esto, con ayuda del sable, por la costura corta las botas. Luego carga con las piernas desnudas y las tira en un montón de paja. "Los he enterrado", dice. Si entonces esto se hubiera sabido, a estas horas estaría fusilado. Pero los compañeros no le quisieron denunciar. Más tarde le pregunté si era verdad. "Es verdad, me dijo, no había manera de quitarles las botas, porque las piernas estaban heladas como si fueran de madera. Entonces las corté con el sable. Yo, que soy zapatero, se me rasgaba el corazón pensando que una mercancía de primera calidad se iba a pudrir bajo tierra. Pero ahora es horrible, sabes, me dice... A veces me despierto por la noche y mi mujer tiene que cederme el sitio junto a la pared, porque me da miedo estar al borde de la cama"... Bueno, ya hemos llegado a casa.

Nagulnov entró en el patio y levantó el picaporte de la puerta.

V

Andrei Razmetnov se marchó en 1913 a hacer su servicio militar. La ley exigía entonces que se entrase en filas con caballo propio. Pero, lejos de poder comprarse uno, Razmetnov ni siquiera tenía para el equipo reglamentario. Su difunto padre no le había dejado más que un sable con una funda vieja que era patrimonio de la familia desde antiguo. Jamás olvidaba Andrei la humillación que sufrió. En la asamblea del pueblo, los viejos habían decidido equiparle por cuenta de la comunidad. Le compraron un penco rojizo barato, una silla, dos capotes, dos pantalones, un par de botas... Los viejos le decían: "Te equipamos a costa de la comunidad, Andrei, trata de no olvidarlo. No dejes mal al pueblo, ¿eh? ¡Sirve al zar honradamente!"

Los hijos de los cosacos ricos se pavoneaban mientras tanto en las carreras, luciendo caballos de las cuadras Korolkov o sementales de raza de Provalie, ricamente ensillados, con bridas y arreos, todo ello incrustado de plata...

Las autoridades de la stanitsa se hicieron cargo de la tierra de Andrei. Mientras el joven soldado se batía en el frente para defender la fortuna de otros, la buena vida de los demás, su tierra permaneció arrendada.

Andrei fue condecorado sucesivamente en el frente alemán con tres cruces de San Jorge. El dinero que estas condecoraciones le valieron, lo envió a su mujer y a su madre. Con esto vivieron entonces la nuera y la vieja, cuya vejez amarga de lágrimas, sostuvo Andrei tan sólo en las postrimerías de su vida.

Hacia el fin de la guerra, la mujer de Andrei, que trabajaba desde el otoño en la trilla, fue a visitarle al frente con el poco dinero que había economizado. Se quedó allí días contados (el regimiento de Andrei de cosacos del Don, número II, estaba descansando) y durmió sobre el hombro de su ma-

rído. Las noches huyeron como relámpagos de estío. ¿Mucho tiempo, acaso precisa la mujer para saciar su hambre de felicidad? Volvió con los ojos más claros y en el plazo fijado parió en pleno campo, sin gritos ni lloros, como por descuido, un niño, el vivo retrato de su padre.

El año 18, Razmetnov volvió a Gremiachi-Log por corto tiempo. Reparó la madera podrida del arado y las vigas de los graneros, labró dos hectáreas de tierra. Durante todo un día jugó con su hijo: lo montaba a horcajadas sobre su cuello rechoncho que guardaba el olor del cuartel, galopaba por la habitación y reía a mandíbula batiente. Su mujer notó que a veces las lágrimas inundaban sus ojos límpidos habitualmente ásperos. Palideció y dijo: "¿Es que piensas marcharte, Andrei?—. Mañana, sí. Prepárame los víveres".

Al día siguiente Nagulnov, Liubishkin, Borodin y otros ocho cosacos que habían vuelto del frente se reunieron temprano ante la casa de Andrei. Sus caballos los llevaron hasta más allá del molino de viento. Y durante bastante tiempo se vio revolotear tras ellos el fino polvo de la primavera, levantado por los cascos de los animales.

Aquel día, sobre Gremiachi-Log, sobre las aguas desbordadas del deshielo, sobre la estepa, sobre toda la extensión azul, de sur a norte volaban apresurándose por las alturas espaciosas y desiertas, sin gritos ni voces, bandadas de patos negros.

En Kamenskaia, Andrei se separó de sus camaradas. Con un destacamento de Voroshilov, marchó al frente Morozovskaia-Tsaritsin; Nagulnov, Liubishkin y los otros, se dirigieron hacia Voronezh.

Tres meses más tarde, en Krivaia-Musga, Andrei, ligeramente herido por un casco de granada, supo por un paisano, encontrado por casualidad en el puesto de socorro, que los cosacos blancos de su pueblo, después de haber exterminado en Gremiachi-Log al destacamento de Podtielkov, se habían vengado de él, que había seguido a los rojos, abusando atrocemente de su mujer. Toda la aldea lo había sabido y Eudoxia, para no sobrevivir al deshonor se había matado.

...Un día de helada. Fin de diciembre. Gremiachi-Log. Las casas, los corrales, las cercas, los árboles, están llenos de

escarcha. A lo lejos, detrás de una altura, se oye la batalla. Los cañones del general Guselschikov truenan sordamente. Al atardecer, Andrei llega al pueblo galopando en su caballo blanco de espuma. Todavía se acuerda. Le basta cerrar los ojos y guiar la rápida carrera de su memoria hacia el pasado. El portillo de la cerca rechina. Andrei, sin aliento, entra tirando de la brida del caballo cuyas patas tiemblan de cansancio. Su madre, con la cabeza descubierta, se precipita a su encuentro.

¡Qué daño le hicieron los aullidos siniestros de la vieja, llorando por la difunta!

—¡Oh querido mi-i-o!... Sus ojos claros... cerrados... para siempre...

Razmetnov tuvo la sensación de haber llegado a una casa extraña. Ató el caballo al barandal de la escalera y entró. Sus ojos, hundidos en las órbitas, escudriñaron la habitación desierta, la cuna vacía.

—¿Y el niño ?

La madre, escondiendo el rostro en un delantal, movía la cabeza gris, casi calva. No obtuvo fácilmente la respuesta.

—No supe guardarle, el angelito... Muerto dos semanas después que Dunia... de la garganta.

—No grites... Ah, si al menos... Si al menos pudiera encontrar una lágrima... ¿Quién ha violado a Eudoxia?

—Anikei Deviatkin se la llevó arrastrando al granero... A mí me dio de latigazos... Luego llamó a sus hombres Su cuerpo, tan blanco, quedó amoratado por los golpes... Volvió a casa toda negra... Sólo se le veían los ojos...

—¿Esta ése aquí ?

—No. Se fue.

—¿Hay alguien de su familia?

—Su mujer y el viejo. Andrei, no les hagas daño. Ellos no pueden responder de los pecados ajenos...

—¿Cómo?... ¿Tú eres capaz de decirme eso?

Andrei, con la cara congestionada no podía apenas respirar. Arrancó de golpe los botones de su capote, se desgarró el cuello de la camisa. Con el pecho apoyado sobre el borde de una caldera, bebió a largos tragos, mordiendo el borde. Después se incorporó y preguntó sin levantar los ojos:

—Mamá... ¿qué dejó encargado que me dijeren... antes de morir?

La madre se dirigió al ángulo del fondo, y buscó detrás de las santas imágenes un papel amarillento. Y las palabras de la muerta fueron como su voz querida:

"Andrei mío, me han deshonrado esos malditos, se han reído de mí y de nuestro amor. Ya no volveré a verte, ya no volveré a ver la luz del día. Mi conciencia no me permite vivir con una enfermedad mala. Andrei, encanto mío, ya hace noches y noches que no duermo, la almohada está empapada en lágrimas. Me acuerdo de nuestro amor, me acordaré de él en el otro mundo. Si lo siento es por ti y por nuestro niño y también me da pena que nuestro amor haya sido tan corto. Si traes otra mujer a casa, que tenga, por amor de Dios, compasión de nuestro pequeño. Cuida tú también del pobre huerfanito. Di a mamá que le dé mis faldas, mis chales y mis blusas, a mi hermana menor. Va a casarse y las necesita..."

Andrei cruzó al galope la distancia que le separaba de la casa de Deviatkin. Echó pie a tierra, desenvainó el sable y subió de un salto los escalones.

El padre de Anikei Deviatkin, un viejo de cabellos grises, se santiguó y fue a arrodillarse ante los iconos.

—¡Andrei Stepanovich! —fue lo único que dijo, inclinándose ante Andrei hasta el suelo, y así se quedó, sin decir palabra, sin volver a levantar la cabeza.

—¡Me las pagarás tú por tu hijo!...

Andrei cogió al viejo por la barba, abrió de una patada la puerta, y arrastró a Deviatkin hasta el zaguán. La vieja cayó sin conocimiento cerca de la estufa. Pero la nuera de los Deviatkin, la mujer de Anikei, juntó a todos sus hijos (tenía seis) y se precipitó fuera dando aullidos.

Andrei, pálido como un hueso muerto, lamido por los vientos levantaba ya el sable sobre el cuello del anciano, cuando llorando, gritando, voceando, vino a echarse a sus pies toda una caterva de chiquillos.

—¡Degüéllalos a todos! ¡Son sangre de Anikei! Degüéllame a mí también!— gritaba Avdotia, la mujer de Anikei. Y desabrochándose la camisa rosa, agitando sus flácidos senos de perra prolífica, avanzaba hacia Andrei, en torno

del cual se agitaban los chiquillos a cuál más pequeño...

Andrei lanzando miradas salvajes, retrocedió. Envainó su sable y dando tropezones, se dirigió a su montura. El viejo, llorando de alegría y de terror sufrido le siguió hasta la cerca. Trataba de coger el estribo para besarlo, pero Andrei, retirando el pie, murmuró con voz ronca y la cara vuelta de asco: —¡Tienes suerte!... ¡Si no fuera por los críos!...

Pasó en su casa tres días bebiendo. Borracho, se ponía a llorar. La segunda noche prendió fuego al granero donde Eudoxia se había ahorcado. El cuarto día, sombrío, con la cara hinchada, se despidió dulcemente de su madre. La vieja vio por primera vez en la cabeza que apretaba contra su pecho, hilos de plata mezclados con los cabellos rubios.

Dos años después, Andrei volvió a Gremiachi. Venía del frente polaco. Luego pasó otro año recorriendo el Alto Don con un destacamento de aprovisionamiento. Después se ocupó de su casa. A su madre, que le proponía un nuevo matrimonio, le respondió con el silencio. Ella, una vez, insistió para sacarle una respuesta.

—¡Cásate ya, Andrei! Yo no puedo ni revolver las calderas. Cualquier chica te aceptará encantada. ¿Conque dónde voy a buscarte una novia?

—Yo no quiero casarme, madrecita. Déjame en paz.

—¡No sabes contestar más que eso! Mira esto: los primeros hielos han pasado ya por tu cabeza. ¿Cuándo vas a decidirte? ¿Cuándo estés todo blanco? Y tu madre, ¿te olvidas de tu madre? Yo que contaba con nietos a quienes mimar. He guardado la lana de dos cabras para hacer medias a los pequeños... Lavarlos, bañarlos, ¡lo qué gozaría! Pero ordeñar la vaca, eso sí que ya no puedo, con estos dedos tan torpes.

Y venga a lloriquear:

—¡Mira que haber echado esto al mundo! Cualquiera te tomaría por un buey: mira de lado y muge. ¿Por qué te callas, pedazo de cernícalo ?

Andrei cogía el gorro, y se marchaba sin decir palabra. La vieja no se daba por vencida: todo era conversaciones con las vecinas, murmuraciones, consejos...

—Después de Eudoxia, no traeré a nadie a casa —repetía obstinadamente Andrei.

Entonces la vieja la emprendía con la nuera difunta:

—¡ Me lo ha hechizado esa víbora! —decía a las comadres que encontraba—. Ella se ahorcó y le matará a él también. No quiere ya a ninguna. ¡Buena vida la mía! ¡Ay, mujer, los ojos se me llenan de lágrimas al ver los hijos de los demás! Esos, me digo, tienen al menos un consuelo, mientras que yo parezco un topo en su madriguera...

Aquel mismo año Andrei se entendió con Marina, la viuda del brigada Poyarkov, muerto en Novocharkask. Marina había cumplido cuarenta años, el otoño anterior, pero su carne opulenta y su rostro bronceado conservaban aún la belleza de la estepa.

Era octubre. Andrei estaba recubriendo de tejas la casa de la viuda. Al caer la tarde, Marina le hizo entrar, puso la mesa en un periquete, colocó ante Andrei una escudilla de sopa de coles, le echó sobre las rodillas una servilleta bordada muy limpia, y se sentó frente a él, con la mejilla apoyada en la mano. Andrei, silencioso, miraba de reojo aquella cabeza altanera, rematada por un moño negro y lustroso. Tenía el cabello espeso, duro al parecer como la crin de un caballo, pero junto a las orejas, revoloteaba, indócil y suave, como el cabello de un niño. Marina contemplaba fijamente a Andrei con sus ojos negros, almendrados, ligeramente oblicuos.

—¿Quieres más?— preguntó.

—Bueno, sí —dijo Andrei.

Se limpió los bigotes grises con el reverso de la mano. Iba a ponerse otra vez a comer. Marina, que había vuelto a su sitio, le miraba atentamente como un animalito al acecho. Andrei notó de pronto, en el cuello regordete de la mujer, la pulsación rápida de una vena azul. Sintiendo un azaro inexplicable, soltó la cuchara.

—¿Qué pasa? —dijo ella asombrada, batiendo como alas sus cejas.

—Ya estoy satisfecho. Gracias. Volveré mañana temprano para terminar el tejado.

Marina dio la vuelta a la mesa. Una sonrisa descubrió sus dientes bien colocados, mientras murmuraba apretando contra Andrei sus pechos grandes y tibios:

—¿Y no puede ser que pases la noche en mi casa?

Andrei, desconcertado, contestó solamente:

—Sí, puede que también.

Marina, en revancha a esta respuesta tonta, dobló su macizo talle, haciendo un saludo.

—Gracias de todos modos... Eres muy amable con la pobre viuda... Y yo pecadora de mí, que tenía miedo de que no aceptases...

Sopló la lamparilla, hizo la cama a oscuras, corrió el cerrojo del zaguán y dijo en tono desdeñoso, casi con desprecio.

—Vaya un cosaco que tú eres... Ni que te hubiera hecho un hojalatero de Tambov.

—¿Por qué lo dices? —se ofendió Andrei y hasta paró de quitarse la bota.

—¡Eres como todos! En los ojos pareces audaz y luego no te atreves a pedir nada a una mujer. ¡Vamos, pensar que has ganado cruces en la guerra!

Con las horquillas entre los dientes, hablaba en voz casi ininteligible, mientras se deshacía las trenzas.

—¿Te acuerdas de mi marido Misha? Era más pequeño que yo. Tú eres justamente de mi talla. Pues yo lo quería sobre todo por su audacia. En la taberna no cedía al más fuerte. Aunque estuviese sangrando por las narices nunca se declaraba vencido. Tal vez por eso haya muerto. ¡Ah, bien sabía él por qué le quería yo!

Andrei recordó lo que contaban los cosacos, compañeros del regimiento del marido de Marina, y testigos de su muerte. Durante un reconocimiento, atacó al mando de sus hombres a una patrulla de soldados rojos, dos veces más fuerte. Una ametralladora Lewis desmontó a cuatro cosacos y puso a los otros en fuga. Separado de los suyos y perseguido, Mijail Poyarkov mató a tres soldados rojos que le daban alcance. Como primer jinete del regimiento, se hubiera salvado de las balas si su caballo no hubiera caído al tropezar en un agujero. Poyarkov se fracturó una pierna, y allí terminó el bravo brigada. Andrei sonrió recordando el relato de esta muerte.

Marina se había acostado ya. Respirando anhelosamente se apretó contra Andrei. Media hora más tarde, continuando la conversación empezada, murmuró:

—Yo quería a Misha por su audacia... A ti, te quiero como eres... porque sí...

Y apoyó contra el pecho de Andrei su pequeña orejita ardiente. En la penumbra, Andrei creyó ver brillar sus ojos, llameantes y rebeldes como los de un caballo reacio, todavía sin domar.

Un poco antes del alba, Marina preguntó:

—¿Vendrás mañana a terminar el tejado?

—¡Pues claro! —dijo Andrei extrañado.

—No es preciso...

—¿Y eso?

—Porque se ve que no eres del oficio. El tío Chukar lo hace mejor que tú.

Marina soltó una carcajada.

—¡Te he llamado adrede!... No tenía otro medio de atraerte. Chico, no es por decirlo, ¡pero me has hecho unos estropicios! Habrá que rehacer el trabajo de punta a punta...

Dos días después, el tío Chukar recomenzó la tarea, no sin criticar ante la patrona el trabajo de Andrei.

Desde entonces Andrei fue a visitar todas las noches a Marina. ¡Qué dulce le pareció el amor de esta mujer diez años mayor que él! Tan dulce como una manzana silvestre quemada por los primeros hielos...

El pueblo se enteró pronto de sus relaciones. Cada cual lo comentó a su manera. La madre de Andrei lloró y lamentó hablando con las vecinas. " ¡Qué vergüenza! ¡Liarse con una vieja!" Después optó por callarse.

Niurka, la hija del vecino, con quien Andrei bromeaba y travesaba a veces, evitó mucho tiempo encontrarse con él, pero habiéndose tropezado cara a cara, durante la corta de leña, palideció, y sin tratar de disimular las lágrimas que asomaban a sus ojos, le preguntó sonriendo:

—¿Te ha enganchado la vieja, no?

—¡Hasta dejarme sin aliento! —dijo Andrei tratando de bromear.

—¡Como si no pudieras encontrar otra más joven! —replicó Niurka apartándose.

—Pero mírame a mí cómo estoy ya —dijo Andrei quitándose la gorra para mostrar su cabeza sembrada de canas.

—¡Y yo, tonta de mí, que me enamoré de ti con canas y todo! ¡Qué hombre! Adiós.

La muchacha se alejó con la cabeza alta, como ofendida.

—No apruebo tu conducta, Andrei —espetó Makar Nagulnov—. Esa mujer hará de ti un pequeño propietario... Vamos, no te enfades, comprenderás que es una broma.

Un día, la madre, en un acceso de indulgencia, le dijo:

—Cásate con ella como Dios manda, y que haga un poco de nuera, hombre.

—No hace falta —respondió evasivamente Andrei.

Marina parecía haber rejuvenecido veinte años. Recibía de noche a Andrei con sus ojos ligeramente oblicuos iluminados por una luz interior. Abrazaba a su amante con una fuerza viril. Hasta el alba sus mejillas de salientes pómulos conservaban un color de cereza madura. Parecía que había vuelto a la edad moza. Bordaba para Andrei bolsas de tabaco, espiaba cada uno de sus gestos, trataba de complacerle en todo. Y pronto despertaron en ella, con temible violencia, los celos y el temor de perder a su amante. No iba a las reuniones más que para vigilarle de cerca, para ver si se divertía con las chicas jóvenes, para ver si miraba a alguna de ellas. Al principio, esta tutela inesperada molestó a Andrei. Regañó con Marina, hasta llegó a pegarla. Después se habituó, y su orgullo de hombre se sintió halagado. Marina enterneciéndose le regaló todos los trajes de su marido. Y Andrei, harapiiento hasta entonces, se puso sin el menor escrúpulo, a título de sucesor legítimo, los anchos pantalones de paño, las camisas y las blusas —demasiado pequeñas para él— del difunto brigada. En la casa, ayudaba a sus querida. Salía a cazar y le traía ya una liebre, ya un rosario de perdices. Marina no abusaba nunca de su poder para vejar a la madre de Andrei. aunque, en su fuero interior, le guardaba cierto rencorcillo.

Por lo demás, ella se las arreglaba en la granja sin ayuda de nadie. Podía muy bien pasarse sin un hombre. Muchas veces, Razmetnov la había visto, con secreta satisfacción, levantar una carga de cincuenta kilos; o bien, montada en la segadora mecánica, abatir bajo sus alas trémulas oleadas de espigas. Estaba dotada de una gran destreza y de una fuerza

masculina. Hasta el caballo lo aparejaba como los hombres, apoyando el pie en la collera, y apretando la cincha de un tirón.

Con los años, su amor por Marina se ancló sólidamente en su corazón. De vez en cuando pensaba en su primera mujer, pero este recuerdo ya no le escocía como antes. Sin embargo, aún palidecía al encontrarse con el primogénito de Anikei Deviatkin, emigrado a Francia, tan grande era el parecido que tenía con su padre.

Y luego el trabajo, la lucha por el pan de cada día, las preocupaciones cotidianas, reabsorbían su cólera: el dolor sordo, a veces agudo, se atenuaba, como le ocurría con aquella herida de la frente que un oficial húngaro le había hecho, de un sablazo.

* * *

Al salir de la reunión de los campesinos pobres, Andrei se fue derecho a casa de Marina. Le estaba esperando hilando lana. La rueca sonaba con un runrún adormecedor en el cuartito excesivamente recalentado de techo bajo. Un cabritillo travieso y rizado golpeaba el suelo con sus minúsculas pezuñas tratando de subirse a la cama.

Razmetnov, irritado frunció el ceño:

—¡Para un momento esa máquina! Marina levantó del pedal de la rueca su pie calzado con una babucha puntiaguda. Se estiró con deleite, irguiendo su espalda grande como una grupa de yegua.

—¿Y qué hubo en la reunión?

—Mañana empezamos a destripar a los kulaks.

—¿De veras?

—Toda la asamblea de pobres va a entrar hoy mismo en el koljós.

Sin quitarse la chaqueta, Andrei se tendió sobre la cama cogiendo en brazos al cabritillo, un paquete de lana caliente.

—Haz mañana tu declaración.

—¿Mi declaración? —preguntó Marina, extrañada.

—Sí, tu instancia de adhesión al koljós.

Marina, enrojeciendo de pronto, empujó bruscamente la rueca contra la estufa.

—¡Pero hombre, estás loco! ¿Qué voy a hacer yo allí?

—Escucha, Marina, no hay discusión posible. Es preciso que seas del koljós. Porque si no dirían de mí: "Ese tira de los otros, pero a su Marina la deja fuera". No tendría la conciencia tranquila.

—¡No iré! ¡Aunque así sea no iré!

Marina pasó por su lado. El olor de su cuerpo cálido, empapado en sudor, envolvió a Andrei.

—Entonces, te lo advierto: tendremos que separarnos, cada uno por su camino.

—¿Vienes con amenazas?

—No te amenazo, pero no puedo hacer otra cosa.

—Muy bien, vete... Voy a darles mi vaca y después, ¿qué me quedaría a mí? Tú mismo vendrás a pedirme de comer.

—La leche será común.

—¿Las mujeres también, a lo mejor?

—De buena gana te zurraba, pero no tengo ganas.

Andrei echó de la cama al cabritillo, tendió la mano a su gorro y se enrolló alrededor del cuello, como una serpiente, su bufanda de lana.

"¡Maldita sea!... Habrá que ir convenciendo y suplicando a cada uno. Hasta Marina se revuelve. ¿Qué va a suceder mañana en la asamblea general? Si les apuramos mucho nos romperán la cara", pensaba furioso mientras atravesaba los jardines camino de su casa. Permaneció mucho tiempo despierto, dando vueltas en la cama. Oyó a su madre levantarse dos veces para echar un ojo a la masa. En una granja, un gallo alborotador lanzó un grito infernal.

Andrei pensaba con inquietud en el día de mañana, en la reforma inminente de la agricultura. Temía que Davíдов, que le había parecido seco y duro, alejase del koljós, por alguna torpeza, a los campesinos medios. Pero se acordó de su figura rechoncha, fuerte como un bloque, de sus mejillas aradas por hondas arrugas, de sus ojos burlones e inteligentes. Se acordaba de cómo, en la reunión, Davíдов se había inclinado hacia él, a espaldas de Nagulnov y soplándole a la cara el áspero aliento de su boca desdentada le había dicho mientras hablaba Liubíshkin: "El guerrillero

es mozo tosco, pero le habéis abandonado, no le habéis educado. ¡esa es la verdad! ¡Hay que trabajarle!"

Este recuerdo llevó a Razmetnov a una conclusión reconfortante. "No, ese hombre hará bien las cosas. Más bien será a Nagulnov a quien habrá que acortarle las riendas. Porque es capaz de hacer una de las suyas... Si una correa le hace cosquillas en el trasero no dejará sano el carricoche. ¡Eso puedo jurarlo!... El carricoche... ¿Qué carricoche?... Nagulnov... Borodin... mañana..."

El sueño, llegando con paso de lobo, embotaba su conciencia. Andrei se dormía. Una sonrisa resbalaba de sus labios, como cae una gota de rocío del borde de una hoja.

VI

Davídov, que había llegado hacia las ocho de mañana al soviét, se encontró ya allí a los catorce campesinos pobres de Gremiachi-Log.

—Ya hace un buen rato que te esperamos —dijo Liubishkin con una sonrisa. Y apretó vigorosamente la mano de Davídov.

—Estamos impacientes —explicó el tío Chukar.

Era él quien, abrigado con una pelliza blanca de mujer, había bromeado con Davídov, en el patio del soviét, el día de su llegada. Se consideraba desde entonces como viejo amigo de Davídov, a quien trataba, no como los otros, sino con una cordial familiaridad. Antes que Davídov entrase estaba diciendo: "Se hará todo según decidamos con Davídov. Anteayer charlamos, largo y tendido. Claro que hubo sus bromas, pero hablamos sobre todo de cosas serias, discutimos los planes, la organización del koljós. Es hombre alegre... Como yo..."

Davídov reconoció a Chukar por su pelliza blanca y sin darse cuenta, le hirió profundamente:

—¿Tú aquí, abuelo? Ya ves, anteayer no te hizo mucha gracia mi llegada, cuando supiste a qué venía, ¡Hoy te veo hecho todo un koljosiano!... ¡Bravo!

—Tenía prisa... No tenía tiempo... Por eso me marché —balbuceó el tío Chukar esquivándose.

Decidieron dividirse en dos grupos para proceder a la expulsión de los kulaks. El primer grupo comenzaría por la aldea alta, el segundo por la aldea baja. Pero Nagulnov, a quien Davídov había propuesto que se pusiese a la cabeza del primer grupo, rehusó abiertamente. Perdió su aplomo ante el fuego cruzado de las miradas y llamó aparte a Davídov.

—¿Qué significa eso? —preguntó fríamente éste.

—Prefiero ir con el otro grupo a la parte baja del pueblo.

—¿Pero qué más da?

Nagulnov se mordió los labios, volvió la cabeza y dijo:

—Hubiera preferido... De todos modos lo vas a saber. Mi mujer Lushka... se acuesta con Timofei, el hijo de Frol Damaskov, el kulak. ¡Yo no quiero ir! Habría chismorreos. Iré a la parte baja y Razmetnov que vaya arriba.

—¡Como hagas caso de cuentos, estás lúcido! Pero no insisto. Te llevaré conmigo en el segundo grupo.

Davíдов recordó de pronto haber visto aquella misma mañana, al tomar el desayuno, que la mujer de Nagulnov tenía encima de una de las cejas una equimosis de color amarillo verdoso. Sacudiendo la cabeza como si le hubiera caído salvado en el cuello, preguntó:

—¿Has sido tú quien le ha hecho ese cardenal? ¿Es que la pegas?

—No, yo no.

—Entonces, ¿quién?

—El.

—¿Qué él?

—El otro, ya te lo he dicho, Timofei, el hijo de Frol...

Davíдов, asombrado, se quedó callado un momento.

—¡Bueno, al diablo con vuestras historias! —dijo al fin irritado—. No entiendo nada. Vamos, ya hablaremos más tarde de eso.

Nagulnov, Davíдов, Liubishkin, el viejo Chukar y otros tres cosacos salieron del soviet.

—¿Por quién empezamos ? —preguntó Davíдов sin mirar a Nagulnov.

Después de su conversación anterior, sentían los dos, cada cual a su modo, cierto malestar.

—Por Borodin.

Echaron a andar en silencio por la calle. Rostros curiosos de comadres se asomaban a las ventanas. La chiquillería intentó seguirles, pero Liubishkin cortó del seto una larga vara, y los pequeños, adivinando lo que iba a pasar, se escabulleron.

Llegados a la casa de Borodin, Nagulnov dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—La dirección del koljós la instalaremos aquí. La casa es espaciosa. De los graneros podemos hacer cuadras.

Realmente, la casa era muy grande. Borodín la había comprado en 1922, el año del hambre, por una vaca estéril y cincuenta kilos de harina, en la vecina aldea de Tubiansk. Toda la familia de los antiguos propietarios había muerto, y nadie pensó en procesar a Borodin por aquella bribonada. Desmontó la casa, la transportó a Gremiachi, la techó de nuevo, construyó hangares de madera, una cuadra, y se instaló a vivir allí. Una inscripción en viejos caracteres eslavos, debida al pincel de un pintor fantasioso, se destacaba en la cornisa pintarrajeada de ocre: "T. K. Borodin, año de gracia de 1923".

Davíдов examinaba la casa con curiosidad. Nagulnov entró el primero en el recinto. Al ruido del picaporte, un enorme mastín gris salió de un cobertizo. Sin ladrar, se irguió sobre las patas traseras, enseñando su vientre peludo, de una blancura deslumbrante. Jadeaba, gruñía sordamente. Dando saltos y arqueando el lomo intentó varias veces romper la cadena que lo sujetaba, pero no pudo conseguirlo. Entonces corrió hacia la cuadra, haciendo sonar el anillo de su cadena, que resbalaba sobre el alambre tendido hasta allí.

—¡ Maldito can! Si pudiera se nos echaría encima, y cualquiera escaparía —masculló el viejo Chukar, mirando al perro con miedo y por si acaso sin separarse mucho de la cerca.

Entraron en tropel en la casa. La mujer de Borodin, alta y delgada, estaba dándole de beber a un ternero en un cubo. Después de lanzar a los visitantes una mirada de malévola suspicacia, contestó a su saludo gruñendo algo así como: " ¿ Qué diablos os trae por aquí ?"

—¿Está en casa Tito? —preguntó Nagulnov.

—No.

—¿Dónde está?

—No sé—, desabrida, cortó la mujer.

—¿Y sabes a lo que venimos? —preguntó enigmáticamente el viejo Chukar.

Nagulnov le fulminó con la mirada de tal modo, que el viejo se tragó la saliva, tosió para tranquilizarse, y se fue a sentar sobre un banco, no sin antes recogerse con aires de importancia los faldones de la pelliza.

—¿ Están aquí los caballos? — preguntó Nagulnov, fin-

giendo no darse cuenta de la hostil acogida.

—Sí.

—¿Y los bueyes?

—No. ¿Pero qué queréis a estas horas?

—No podemos decírtelo... —comenzó de nuevo Chukar.

Pero esta vez Liubishkin, retrocediendo hacia la puerta, le tiró de la pelliza, y el viejo bruscamente arrastrado hacia el zaguán no tuvo tiempo de terminar la frase.

—¿Dónde están los bueyes?

—Se los ha llevado Tito.

—¿Adonde ?

—Ya te he dicho que no sé.

Nagulnov guiñó un ojo a Davídov y salió. Al pasar junto a Chukar le puso el puño en la barba, diciendo:

—¡Cállate!, hasta que te pregunten.

Después a Davídov:

—Esto va mal. Hay que encontrar los bueyes. ¡Con tal de que no los hayan escamoteado!

—Nos arreglaremos sin ellos.

—¿Qué dices? —contestó horrorizado Nagulnov—. Sus bueyes son los mejores del pueblo. Así de altos, no llega uno de puntillas a los cuernos... ¡Ah, no, eso nunca! Hay que encontrar a Borodín, y a los bueyes también.

Después de un coloquio en voz baja con Liubishkin, se dirigieron hacia el establo, y de allí al cobertizo y al granero. Cinco minutos después, Liubishkin, armado de un palo, hizo retroceder al mastín haciéndole entrar en un rincón del cobertizo mientras Nagulnov sacaba de la cuadra un gran caballo. Le colocó la brida, se agarró a la crin y saltó encima.

La mujer de Borodín, en jarras, corrió a la puerta y empezó a aullar:

—¿Qué haces Nagulnov? ¿Por qué te metes como dueño en la cuadra de tu vecino? Espera que mi marido vuelva... ¡Te va a cantar las cuarenta!

—¡No alborotes, comadre! Yo le diría también algo a tu hombre, si estuviera en casa. ¡Camarada Davídov, ven por aquí!

Davídov, desorientado por la conducta de Nagulnov, se acercó.

—Aquí hay huellas de bueyes, que conducen a la carretera. Esto quiere decir que Borodin ha olido el peligro y se ha marchado a feriar las bestias. Los trineos están todos en el cobertizo. La comadre miente. Vosotros id a rematar a Kochetov. Mientras tanto yo me llegaré a Tubiansk. No ha podido ir sino allí... Cortarme una vara para sacudirle al penco...

Nagulnov, atravesando la era, se dirigió hacia el camino. El polvo blanco que levantaba se iba depositando lentamente sobre los setos y sobre las hierbas altas, dejando todo cubierto de un brillo plateado y deslumbrador. Las huellas de los bueyes y junto a ellas las de un caballo, llegaban a la carretera y luego se borraban. Nagulnov recorrió al galope unos quinientos metros en dirección a Tubiansk.» Volvió a encontrar por el camino, sobre la sábana de nieve, las mismas huellas recubiertas por la ventisca y seguro de no haberse equivocado de ruta, aminoró el paso. Hizo así cerca de mil quinientos metros, y, ante una nueva extensión de nieve, comprobó que las huellas habían desaparecido. Detuvo bruscamente el caballo y saltó a tierra para ver si la nieve fresca había cubierto las pisadas. La nieve, de una blancura virginal, estaba intacta. No lejos de allí se veían pequeñas huellas, en forma de cruz, dejadas por las urracas. Nagulnov blasfemó y desanduvo lo andado, mirando a ambos lados del camino. Los bueyes habían abandonado la carretera, a poca distancia de una pradera. Nagulnov, que había pasado primero al trote largo, no había advertido nada. Pero volvió a encontrar las marcas de las pezuñas en seguida. Se figuró que Borodin había tomado todo derecho, por la colina, hacia Voiskovoi.

"Sin duda ha ido a casa de algún conocido", se dijo contentiendo al caballo y haciéndole seguir las huellas. En la otra vertiente de la colina, por el lado de la Barranca Muerta vio sobre la nieve una boñiga fresca, apenas cubierta por una delgada película de hielo. Se metió la mano en el bolsillo y agarró la fría culata de sus revólver. Descendió al paso por la barranca. Aún caminó otros quinientos metros antes de descubrir, tras un bosquecillo de encinas desnudas, dos bueyes sin yugo y un jinete. Este,

encorvado sobre la silla, empujaba a los animales con la aijada. Por encima de su hombro subía una bocanada azul de humo de tabaco y se disipaba en el aire.

—¡Media vuelta a la derecha!

Borodin detuvo su yegua que había empezado a relinchar. Volvió la cabeza, escupió su colilla. Lentamente fue a colocarse delante de sus bueyes y dijo sin levantar la voz:

—¿Qué hay? ¡Eh!... ¡Alto allá!

Nagulnov se acercó. Borodin lo acogió con una larga mirada.

—¿Adonde ibas?

—Quería vender mis bueyes. No te lo oculto.

Borodin se sonó. Se limpió sus largos y lacios bigotes como los de un mongol, con la bufanda. Los dos hombres estaban frente a frente. Sus caballos se olfateaban relinchando. El rostro de Nagulnov, quemado por el viento, se había puesto rojo, iracundo. Borodin parecía tranquilo.

—Vuelve tus bueyes a la granja —ordenó Nagulnov apartándose.

Borodin dudó un momento... Manoseaba las riendas, con la cabeza inclinada, como traspuesto, los ojos medio cerrados. Vestido de gris, con su capuchón echado por la cara, parecía un buitre dormido. "Si lleva algo escondido, tendrá que desabrocharse el capote", pensaba Nagulnov sin quitarle los ojos de encima. Pero Borodin, como volviendo en sí, blandió la aijada. Los bueyes emprendieron el camino de regreso.

—¿Me los vais a quitar? ¿Vais a expropiarme? —preguntó Borodin después de un largo silencio.

Y bajo el capuchón echado sobre las cejas, sus ojos de córnea azulada relampaguearon.

—Tu lo has querido —dijo Nagulnov, incapaz de contenerse más—. Te llevo como a un guardia blanco ruso.

Borodin se encogió de hombros y no habló palabra hasta que llegaron al pie de la colina. Luego preguntó:

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Deportarte. ¿Qué es esa punta? ¿Qué llevas bajo el capote?

—Un trabuco.

Borodin, mirando de reojo a Nagulnov, levantó el faldón del capote. La culata mal desbaratada y grasienta de un trabuco

asomaba por una de sus bolsillos.

—Dámelo.

Nagulnov tendió la mano, pero Borodín la apartó tranquilamente.

—¡No, no te lo daré!

Sonrió, mostrando bajo sus bigotes caídos unos dientes amarillentos de tabaco, y fijó en Nagulnov sus ojos penetrantes como los de un turón, pero alegres.

—¡No te lo daré! ¿Me quitáis todo y queréis que os dé también mi tabuco? Un kulak necesita un tabuco, en los periódicos no sale nunca sin él... Con esto, quién sabe, puedo ganarme el pan.

Reía moviendo la cabeza. Su mano no se apartaba del arzón. Nagulnov no insistió. "Ya te ablandaré yo en el pueblo", se dijo.

—Estoy seguro de que te estás preguntando: "¿Por qué habrá cogido éste el fusil? ¿No es cierto, Nagulnov? —prosiguió Borodín. Es que lo tengo desde... El diablo sabrá desde cuándo... Ah, sí, desde la sublevación de los blancos... ¿Te acuerdas? De allí lo traje. Lo encontré en un rincón. Se estaba enmoheciendo. Entonces, qué demonio, lo limpié, lo engrasé. "Puede servirme, me decía yo, contra un animal salvaje o contra un ladrón..." Pero ayer me entero de que ibais a sacudirles las pulgas a los kulaks... ¡Ah, si llego a saber que empezáis hoy, ya me las hubiera arreglado yo, respecto a los bueyes, anoche mismo!...

—¿Quién te lo dijo?

¡Como que voy a decírtelo! La tierra estaba llena de rumores. El caso es que esta noche decidimos, mi mujer y yo, poner a buen recaudo los bueyes. En cuanto al tabuco... Lo traje para enterrarlo en la estepa, para que no pudierais encontrarlo en la casa. Luego me dio lástima... Y, en fin, ahora tú me haces volver a la fuerza. ¡Sentí temblor hasta en las piernas! —decía animado, con ojos burlones, empujando al caballo de Nagulnov con el pecho de su yegua.

—Bromearás después —dijo Nagulnov—. Mientras tanto, cuidadito.

—¡Ja! Ahora es el momento oportuno para bromear... Me había conquistado una vida tranquila, había defendido un

poder justo, y ahora me aprietan el gañote.

La voz de Borodin se quebró. Desde este instante guardó silencio, sujetando adrede su montura para que Nagulnov se le adelantase. Pero éste, siempre en guardia, tiraba también de las riendas. Los bueyes iban muy adelante de ellos.

—¡Aviva, aviva! —decía Nagulnov, que observaba a Borodin, con reconcentrada atención, apretando en su bolsillo la culata de su revólver.

¡Es que lo conocía a este Borodin! Lo conocía como nadie.

—Vamos, no te quedes atrás. Si piensas matarme, te vas a quedar con las ganas. No tendrás tiempo de disparar.

—¡Qué asustadizo te has vuelto! —dijo Borodin sonriendo. Y aguijoneando a su caballo se adelantó al galope.

VII

El grupo de Andrei Razmetnov llegó a casa de Frol Damasliov cuando la familia estaba comenzando a almorzar. Los sentados a la mesa eran: Frol en persona, viejecillo caduco, de barba puntiaguda, que tenía la aleta izquierda de la nariz desgarrada (siendo niño, se había caído de un manzano, desfigurándose la cara, y de ahí venía su apodo de "El Desgarrado"); su mujer, una vieja de aspecto imponente; su hijo Timofei, que tendría unos veintidós años, y una hija casadera.

Timofei, que era buen mozo, el vivo retrato de su madre, se levantó de la mesa. Se limpió con un trapo los labios rojos sombreados por un bigotillo, entornó sus ojos descarados y, con la desenvoltura que le daba el ser el mejor acordeonista del pueblo y el favorito de las chicas — dijo a los recién llegados :

—Entren, entren, siéntense, queridas autoridades.

—No tenemos tiempo de sentarnos.

Andrei sacó un papel de su cartera.

—La asamblea de campesinos pobres ha decidido, ciudadano Frol Damaskov, expulsarte de esta casa y confiscar todos tus bienes y tu ganado. De modo que acaba de comer, y desaloja. Nosotros vamos a hacer el inventario.

Soltando la cuchara, Frol se levantó.

—¿Y eso por qué?

—Te suprimimos como la clase de los kulak —le explicó Ushakov.

Frol haciendo crujir sus botas de fieltro con suela de cuero, se dirigió a la sala para buscar un papel.

—Mira este certificado, lo has firmado tú mismo, Andrei.

—¿ Qué certificado ?

—De haber entregado el trigo según el plan,

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿por qué me echáis de mi casa y confiscáis mis bienes?

—Los pobres lo han decidido así, ya te lo he dicho antes.

—¡Estáis cometiendo un atropello! Papá, me voy corriendo al ejecutivo del radio. ¿Dónde está la silla?

—Irás a pie, si quieres. Yo no te doy caballo.

Audrei, sentándose cerca de la mesa, sacó una hoja de papel y un lápiz. La nariz desgarrada de Prol se había puesto azul, la cabeza le temblaba. Estaba en pie y se desplomó de pronto, moviendo dificultosamente la lengua negra e hinchada.

—¡Canallas! ¡Hijos de mala madre! ¡Robad, desollad a la gente!

—¡Levántate, papá, por amor de Dios! —gritó la muchacha.

Hecha un mar de lágrimas sostenía al viejo por los sobacos. Frol volvió en sí, se levantó, se tendió sobre un banco, y se puso a escuchar con indiferencia a Ushakov y al tímido grandullón de Ignatenok, que dictaba a Andrei:

—Una cama de hierro con bolas blancas, un edredón, tres almohadas y otras dos camas de madera.

—Un aparador con vajilla. ¿Hay que enumerar todas las piezas?... No, las inscribiremos en bloque.

—Doce sillas, un sofá con respaldo, un acordeón...

—¡El acordeón no te lo llevas! —dijo Timofei arrancárselo de las manos a Üshakov—, ¡No te acerques, bisojo, que te rompo las narices!

—¡Soy yo el que hoy te va a sacudir!

—¡Danos las llaves de los baúles, patrona!

—No les des nada, mamá. Que rompan las cerraduras si se creen con derecho.

—¿Tenemos derecho a eso? —preguntó Demid Molchu-nov conocido por no hablar más que en casos de necesidad extrema.

Trabajaba en silencio, fumaba en silencio con los cosacos reunidos en la calle los días de fiesta, asistía en silencio a las reuniones, respondía rara vez a las preguntas y sonreía confuso y azorado. El vasto mundo estaba para Demid lleno de ruidos excesivamente sonoros. No cesaban nunca, ni siquiera de noche. No le dejaban escuchar la calma, rompían el sabio

silencio que baña a veces la estepa y el bosque, hacia el otoño. A Demid no le gustaba el estrépito humano. Vivía apartado, en los confines del pueblo. Era un muchacho trabajador, reputado como el más forzado de la localidad. Pero su destino, le hacía continuamente malas jugadas; era para él una madrastra.

Durante cinco años había estado de criado en la granja de Damaskov. Después se casó y se estableció por su cuenta.

Apenas instalado le ardió la casa. Un año después otro incendio no le dejó más que los arados apestando a humo. Luego su mujer le abandonó: "He vivido contigo dos años y no me has dicho dos palabras. ¡Estoy harta ,vive solo! ¡Incluso en el bosque, con un oso, me divertiré más! Contigo, acabaría por perder la razón. Como que ya empiezo a estar un poco tocada."

¡Pensar que había comenzado a acostumbrarse a Demid! Los primeros meses, es verdad, había llorado: "Vamos, Demid, háblame un poco! ¡Dime cualquier cosa!" Demid se contentaba con sonreír, con su sonrisa de niño, rascándose el pecho velludo. Y a veces, cansado por la insistencia de su mujer, no podía resistir más, y decía con una voz de bajo, que le salía de lo más profundo de su ser: "¡Eres una verdadera urraca!", y se marchaba. La opinión pública había hecho de Demid, no se sabe porqué, un hombre orgulloso, astuto, de esos "que saben lo que hacen". Quizá porque durante toda su vida había permanecido apartado de la gente bulliciosa.

Por eso cuando Andrei oyó sobre sí la voz tronante de Demid, levantó la cabeza.

—¿Derecho? —preguntó mirándole como si le viera por primera vez—. ¡Claro que tenemos derecho!

Demid, que andaba torpemente y manchaba el suelo con sus viejas zapatillas de lona mojadas, se dirigió hacia la sala. Sonriente, apartó con la mano, como quien aparta una rama a Timofei que estaba en pie junto a la puerta y,

pasando al lado del aparador, cuya vajilla tintineó lastimeramente, se acercó al baúl. Se puso en cuclillas y empezó a dar vueltas al enorme candado. Un minuto después, el candado, todo torcido, estaba sobre el baúl. Menok, estupefacto, contemplando a Demid, exclamó con admiración:

—¡De buena gana cambiaría yo mis fuerzas con las de éste!

Andrei apenas tenía tiempo de anotarlo todo. Desde el cuarto grande y desde la sala, Ushakov, Menok y Vasilisa, la sola mujer del grupo de Andrei, gritaban interrumpiéndose mutuamente:

—¡Una pelliza de mujer!

—¡Una chaqueta!

—¡Tres pares de botas nuevas, con sus chanclos!

—¡Cuatro piezas de paño!

—Mira, Andrei, hay tantas cosas aquí que un carro no bastaría. Hay tela de indiana, y satén negro, y otra porción de cosas...

Cuando iba hacia la sala, Andrei, oyó en el vestíbulo las lamentaciones de la chica, los gritos del ama y la voz apaciguadora de Ignatenok. Abrió la puerta de par en par.

—¿Qué pasa aquí?

Con la cara toda hinchada de llorar, la chata hija de Frol, apoyada contra la puerta, aullaba como si la estuvieran desollando. Su madre se agitaba a su alrededor, dando suspiros. Ignatenok, todo rojo, sonriendo con embarazo, tiraba de las faldas de la muchacha.

—¿Qué estás haciendo ahí, condenado ?

Andrei, ciego de ira, le dio tal empujón a Ignatenok, que éste cayó de espaldas, con las piernas por alto.

—Estamos en plena batalla política, se toma la ofensiva contra el enemigo, y tú, mientras tanto, andas sobando a las chicas por los rincones. Voy a denunciarte, y verás...

Ignatenok, aterrado, se incorporó de un salto.

—Eh... Espera, espera. ¿Sobarla yo?... ¡En eso estaba pensando!... Mira, mira lo que está haciendo: se está poniendo la falda número nueve... Y porque yo protestaba, vienes tú y me sacudes un golpe.

Hasta entonces no había visto Andrei que la chica, habiendo logrado sacar del cuarto un gran lío de ropa, sin que la viesan, se había puesto ya varios vestidos de lana, uno encima de otro. Metida en su rincón se bajaba las faldas, torpemente y con dificultad, porque apenas podía moverse con tanta ropa. Sus ojillos tristes, húmedos, rojos como los de un conejo, asquearon a Andrei. Cerró la puerta dando un portazo.

—¡Déjala en paz! Que se lleve lo que ha tenido tiempo de echarse encima. Tráete lo demás.

El inventario de la casa tocaba su fin.

—¡Las llaves del pajar! —exigió Andrei.

Frol, negro como un carbón, hizo un gesto con la mano.

—No hay llaves.

—¡Vete a forzar la puerta! —ordenó Andrei a Demid.

Este se dirigió hacia el pajar. El candado, que pesaba cinco libras, no pudo romperse sino a golpes de hacha.

—¡Cuidado con el dintel! ¡No vayas a destrozarlo, que ahora el cobertizo es nuestro!... ¡Cuidado! ¡Cuidado! —aconsejaba Ushakov a Demid.

Se pusieron a medir el grano.

—¿Si lo pasáramos ya por el tamiz?... Mira, el cedazo está sobre el cajón del trigo —dijo Ignatenok, loco de alegría.

Se rieron de él y siguieron embromándole mientras llenaban de trigo los celemines.

—Aún podremos entregar al stock unos doscientos puds —decía Ushakov, hundido en el trigo hasta las rodillas.

Lo removía con la pala, hundía en él las manos, lo dejaba correr por entre los dedos.

—Es oro puro... Pero bien se ve que ha estado enterrado ...

Menok y otro muchacho del grupo hacían de amos en la cuadra. Menok, acariciándose la barba rubia, señalaba las boñigas, salpicadas de granos de maíz no digeridos:

—¿Cómo no van a trabajar estos bueyes si los alimentan con puro grano? Mientras que nosotros, en la Asociación, no les damos más que heno.

Del granero salían voces animadas, risas, polvo de trigo, a veces una palabrota...

Andrei volvió a la casa. El ama y su hija habían recogido en un saco las cacerolas y la vajilla. Frol, con los brazos cruzados sobre el pecho, como un muerto, seguía acostado en el banco.

Timofei ya sometido, lanzó una mirada de odio y se volvió hacia la ventana.

En la alcoba, Andrei vio a Demid sentado sobre los talones. Se había puesto las botas de fieltro, con suela de cuero, de Frol... No vio a Andrei porque estaba ocupadísimo metiendo una cuchara de sopa en un bote de miel. Y con los ojos voluptuosamente entornados, chasqueando la lengua, se llevaba la cuchara a la boca, no sin constelar su barba de espesas gotas doradas.

VIII

Nagulnov y Borodin volvieron a la aldea hacia mediodía. Durante su ausencia, Davídov había hecho el inventario de dos casas de kulaks y había expulsado de ellas a sus propietarios. Después regresó a casa de Borodin, y se puso a medir el trigo con Liubishkin. El viejo Chukar dio de comer a los carneros y se alejó prontamente al ver que Borodin se acercaba.

Borodin andaba por el patio con la chaqueta desabrochada y la cabeza descubierta. Primero se había dirigido hacia el granero, pero Nagulnov le gritó:

—¡Quieto, o te encierro!

Nagulnov estaba irritado, inquieto: sus mejillas se estremecían más que de ordinario... No había visto a Borodin tirar el tabuco. Por eso al llegar y preguntarle: "¿Dónde está tu tabuco? Tienes que dárnoslo o te lo quitaremos", el otro se había sonreído.

—¿Bromeas o qué? Sin duda has soñado que yo tenía uno. No le encontraron nada bajo el capote, y hubiera sido insensato ir a buscar el arma entre la nieve. Nagulnov, indignado consigo mismo, contó lo ocurrido a Davídov, el cual observó a Borodin con curiosidad:

—Devuélvenos el arma, ciudadano —dijo acercándose a él—. Así te quedarás más tranquilo.

—Yo no tenía arma ninguna. Nagulnov lo dice porque me guarda ojeriza.

Borodin sonreía maliciosamente con sus ojos de garduña.

—Bueno, te arrestaremos y te mandaremos al radio.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Qué pensabas? ¿Que íbamos a tener en cuenta tu pasado? ¡Ah, no!... Tú ocultabas el trigo, tú preparas...

—¿Detenerme a mí? —repitió Borodin, replegándose sobre sí mismo como para saltar y respirando anhelosamente.

Toda su fingida alegría, su sangre fría, su seguridad en sí mismo, se desvanecieron de pronto. Las palabras de Davíдов hicieron estallar en él su ira acumulada. Dio un paso hacia Davíдов, que retrocedió, y tropezó con un yugo que estaba tirado en medio del patio, se agachó y sacó el hierro puntiagudo.

Nagulnov y Liubishkin se lanzaron hacia Davíдов. El viejo Chukar emprendió la fuga. Sus piernas se enredaron en los faldones demasiado largos de su pelliza, y cayó, gritando como un salvaje:

—¡ Socorro, socorro! ¡Que nos asesinan!

Davíдов sujetó a Borodin por la muñeca izquierda. Con la mano derecha, Borodin le dio un golpe en la cara. Davíдов se tambaleó pero siguió en pie. De la herida abierta, brotó profusamente la sangre, dejándole medio ciego. Soltó a Borodin y, titubeando se cubrió los ojos con la mano. Un segundo golpe le tendió sobre la nieve. En este instante Liubishkin sujetó a Borodin por la cintura, pero a pesar de sus fuerzas no consiguió dominarlo. Borodin se le escapó y corrió hacia la era. Nagulnov lo alcanzó cuando iba a entrar y le asestó un golpe en la nuca plana cubierta de pelos, con la culata de su revólver.

La mujer de Borodin no hizo sino aumentar la confusión. Viendo que Liubishkin y Nagulnov corrían tras su marido, se lanzó al cobertizo y soltó al mastín. El animal, haciendo sonar su collar de hierro, cruzó de un salto el patio y atraído por los gritos de espanto del viejo Chukar, se lanzó sobre él. Jirones de piel de cordero y de lana, arrancados a la pelliza, volaron entre una nube de polvo. En un abrir y cerrar de ojos el viejo se puso en pie, defendiéndose frenéticamente a patadas y tratando de arrancar una estaca de la cerca. Arrastró varios metros al perro furioso que se le había agarrado al cuello y que le hacía tambalearse. Por fin, con un esfuerzo desesperado, consiguió arrancar una estaca. El mastín huyó ladrando, después de haber desgarrado en dos la pelliza.

Rejuvenecido de pronto, el viejo Chukar gritó con voz ronca, los ojos desorbitados:

—Dame tu levólver, Nagulnov. ¡Déjame que les quite la vida, a ese canalla y a su patrona, antes que se me pase el arrebató!

Habían metido a Davídov en la casa y le estaban cortando el pelo alrededor de la herida, de donde salían burbujas de sangre negra. En el patio, Liubishkin enganchaba dos caballos al trineo de Borodin. Nagulnov escribía rápidamente:

Al camarada Zajarenko, agente de la Guepeu del radio: Le envió al kulak Borodin, Tito Konstantinovich, vil elemento contrarrevolucionario. Mientras hacíamos el inventario de sus bienes, ha agredido al camarada Davídov, de la movilización de los "Veinticinco Mil", al cual por dos veces golpeó en la cabeza con una barra de hierro.

Declaro, además, que Borodin tenía un trabuco de modelo ruso, que no pude cogerle en vista de las condiciones, temiendo una efusión de sangre. Borodin sin que nos diéramos cuenta lo tiró en la nieve. En caso de que el arma se encontrase la enviaríamos como pieza de convicción.

El secretario de la célula del P. C. de Gremiachi, condecorado en la Bandera Roja-

M. Nagulnov.

Metieron a Borodin en un trineo. Pidió de beber y dijo que llamaran a Nagulnov. Este le gritó desde los escalones de la puerta:

—¿Qué quieres?

—¡Makar, acuérdate! —le gritó Borodin agitando como un borracho sus manos atadas—. ¡Me las pagarás! Nuestros caminos volverán a juntarse. Me has pisoteado, pero después me tocará a mí. ¡De todas formas te mataré! ¡Nuestra amistad ha muerto!

Nagulnov hizo un gesto con la mano.

—¡Marcha, contrarrevolucionario!

Los caballos arrancaron alegremente.

IX

Al atardecer, Razmetnov despidió a su grupo de iniciativa, formado por campesinos pobres. Envió a la casa de Borodin, donde se reunía todo lo confiscado a los kulaks, un carro cargado con las cosas de que había sido expropiado Gaiev. Hecho esto, se marchó al soviet. Había quedado en encontrarse allí con Davídov, una hora antes de la asamblea general, que debía celebrarse a la caída de la tarde.

Desde el zaguán, Andrei vio luz en el cuarto del rincón. Abrió la puerta de par en par y entró. Al ruido, Davídov inclinado sobre un cuaderno, levantó la cabeza envuelta en una venda blanca.

—¡Hola, Andrei! ¿Ya estás aquí? —dijo sonriendo—. Siéntate... Estamos haciendo la cuenta del trigo encontrado a los kulaks. ¿Qué tal te ha ido ?

—Bien... ¿ Por qué tienes la cabeza vendada ?

Nagulnov, que estaba confeccionando una pantalla con una hoja de periódico, respondió de mala gana:

—Un golpe de Borodin. Se lo he mandado a Zajarenko.

—Ten paciencia, te lo contaremos todo—, y Davídov empujó el ábaco hacia Nagulnov.

—Anda, sigue... ciento quince... ¿Está? Ciento ocho...

—¡Un momento, un momento! —interrumpió Nagulnov con voz inquieta, empujando cuidadosamente las bolas con la punta del dedo.

Andrei se quedó mirándolos. Le temblaban los labios y dijo con voz sorda:

—Se acabó, no trabajo más.

—¿Cómo que no trabajas más? ¿Qué no trabajas dónde?

Nagulnov apartó de sí el ábaco.

—No vuelvo más a expropiar a nadie. ¿Por qué desorbitas los ojos? ¿Es que quieres darnos el espectáculo de un ataque ?

—Estás borracho —dijo Davídov mirando atentamente y con inquietud a Andrei, cuyo rostro expresaba una decisión malévolamente.

—¿Qué te pasa? Explícate.

El tono tranquilo de su voz atemorada puso a Andrei fuera de sí. Temblando de rabia tartamudeó:

—No me han enseñado... no me han enseñado... a hacer la guerra a los niños... En el frente era otra cosa. Allí le larga uno un sablazo a cualquiera... ¡Ah, y además... iros a la mismísima!... Para mí, se acabó...

Como la vibración de una cuerda tirante, su voz subía, subía como si fuera a romperse. Pero, después de lanzar un suspiro semejante a un estertor, Andrei bajó repentinamente el tono:

—¿Acaso consiste en esto nuestra tarea? Yo no soy un verdugo, yo tengo corazón... Yo he estado en la guerra, ya lo sé...

Y de nuevo se puso a gritar:

—¡Gaiev tiene once chicos! Y aquellos gritos que daban cuando entramos... Los pelos se me pusieron de punta. Empezamos a echarles... Entonces yo cerré los ojos, me tapé los oídos, y me marché... al establo. Las mujeres aullaban como a muertos... A la nuera y a los pequeños tuvieron que rociarles con agua fría... Nada, que me dejéis en paz...

—Llora, llora, eso te aliviará —le aconsejó Nagulnov, frotándose con la mano el músculo temblón de su mejilla y fijando en Andrei sus ojos llameantes.

—Hay para llorar, ya lo creo... Cuando pienso que mi hijo...

Andrei se paró en seco, enseñando los dientes, y con un movimiento brusco se volvió de espaldas a la mesa.

Se hizo el silencio.

Davídov se levantó lentamente de su silla... La parte de la cara que tenía descubierta se puso lívida, cadavérica y su oreja palideció. Se acercó a Andrei, le agarró por los hombros y sin esfuerzo, le hizo volverse. Después, con el aliento entrecortado y los ojos fijos en Andrei, cuyo rostro parecía haberse dilatado le dijo así:

—Tú te apiadas de ellos... Les compadeces. Bien... Y ellos, ¿han tenido ellos piedad de nosotros? ¿Han hecho las lágrimas de nuestros hijos llorar a nuestros enemigos? ¿Se han apiadado ellos de nuestros huérfanos? Entonces, ¿qué?... Después de la huelga echaron a mi padre de la fábrica y luego le deportaron a Siberia. Con mi madre quedamos cuatro criaturas ... Yo, el mayor, tenía nueve años entonces. No había qué comer. Entonces mi madre, ¡pero mírame, hombre!, mi madre tuvo que darse a la vida para no dejarnos morir de hambre. A sus clientes los llevaba a casa... Vivíamos en un sótano. No teníamos más que una cama... Los chicos dormíamos en el suelo detrás de una cortina. Yo tenía nueve años... También venían borrachos... Yo, a mis hermanitos, para que no llorasen, les cerraba la boca... ¿Quién enjugó nuestras lágrimas? ¿Me escuchas? Y por la mañana yo cogía aquel maldito rublo... Davídov, apretando convulsivamente los dientes, levantó el puño hasta la nariz de Andrei.

—...aquel maldito rublo que mi madre había ganado, y corría a comprar pan.

De pronto, con feroz violencia, dejó caer el puño sobre la mesa.

—Y tú —gritó— ¿cómo puedes tener piedad de ellos?

El silencio volvió a reinar de nuevo. Nagulnov, agarrado al borde de la mesa, lo sujetaba como un águila a su presa. Andrei callaba. Davídov, respirando entrecortadamente, dio unos pasos por la habitación; luego, rodeando con sus brazos los hombros de Andrei, se sentó junto a él en el banco, y con voz rota le dijo:

—¡Qué tonto eres! ¿Tiene sentido común venir aquí vociferando? "Yo no trabajo más... las criaturitas... dan tanta pena ." Vamos, recapacita un poco. Hablemos. ¿Te compadeces de las familias de los kulaks expulsados? Pero si los expulsamos es para que no impidan construir nuestra vida... en la cual no existirán estas porquerías... Tú el representante del Poder soviético en Gremiachi... ¡Y yo tengo que hacerte la propaganda!

Hizo un esfuerzo para sonreír.

—Nosotros expulsamos a los kulaks, muy bien... Los mandamos a Solovki. ¡Pero no temas, no se morirán! Si trabajan se les dará de comer. Y cuando hayamos terminado de organizarnos, sus pequeños no serán ya hijos de kulaks. La clase obrera les habrá reeducado.

Cogió un paquete de cigarrillos, y le temblaban tanto los dedos que tardó largo rato en sacar uno.

Andrei, sin apartar los ojos de la cara de Nagulnov, que iba cubriéndose de una palidez mortal, se levantó. Entonces Nagulnov dio un salto y como proyectado por un trampolín fue a caer a su lado.

—¡Víbora! —bufó apretando los puños—. ¿Así sirves tú a la revolución? Tienes lástima... Pues mira, yo... Podrías poner en fila miles de viejos, de viejas y de mocosos... Dime que es necesario acabar con ellos... que es necesario para la revolución... y yo los segaría a todos con mi ametralladora... ¡Los aniquilaría a todos! —aulló Nagulnov con voz salvaje.

Sus pupilas dilatadas brillaron de furor; le salía espuma por la boca.

—¡No grites! —dijo Davidov inquieto—. ¡Siéntate! —Andrei tiró la silla y se acercó apresuradamente a Nagulnov que, pegado a la pared, la cabeza echada hacia atrás, los ojos desencajados, lanzó un grito penetrante:

—Te voy a cortar en pedazos...

Pero ya empezaba a desplomarse, buscando con la mano izquierda la vaina del sable y la derecha crispada sobre el puño imaginario del arma.

Andrei apenas tuvo tiempo de agarrarle. Todos los músculos del cuerpo de Nagulnov se tendían horriblemente, las piernas parecían agarrotadas por un resorte de acero.

—Es un ataque— tuvo tiempo de gritar Andrei a Davidov—. ¡Agárrale por los pies!

La escuela estaba ya atestada cuando llegaron. Mucha gente no había podido encontrar sitio. Cosacos, mujeres y muchachas, se apretujaban en el corredor y en los escalones de la entrada. La puerta, abierta de par en par despedía bocanadas de vapor mezcladas al humo del tabaco.

Nagulnov, lívido, con los labios magullados, llenos de san-

gre cuajada, fue el primero en pasar. Las cáscaras de girasol, escupidas al suelo, crujían bajo su martilleante paso. Los cosacos, dejándole paso, le observaban con reserva. La presencia de Davídov levantó un murmullo.

—¿Es ése Davídov? —preguntó en voz alta una muchacha que tenía puesto un chal de flores, señalando a Davídov con el pañuelo lleno de pepitas de girasol.

—Ese del abrigo... El bajito.

—No es alto, pero bien sólido. ¡Fíjate, vaya un cuello de toro!—Nos lo han mandado para aumentar la raza— dijo echándose a reír y mirando a Davídov con sus redondos y entornados ojos grises.

—Es cuadrado de espaldas, el hombre de los Veinticinco Mil... Lo bien que sabrá apretar éste, hijas mías —decía con desengaño una mujer, arqueando sus cejas pintadas.

La voz ronca y desagradable de un mozalbete replicó:

—¡A nuestra Natalka con tal de que lleve pantalones!

—¿Le han picoteado ya en la cabeza? Va vendado...

—Le dolerán las muelas.

—No, es Borodin...

—¡Eh, chicas! ¡Palomitas! ¿Qué tenéis que mirar tanto a un forastero ?

Un cosaco nada joven, bien afeitado, encerró en un abrazo a todo un grupo de muchachas y las empujó contra la pared. Hubo una explosión de gritos. Los puños de las chicas tamborileaban sordamente sobre las espaldas del cosaco.

Davídov, antes de llegar a la puerta de la clase, nadaba en sudor. De la multitud se desprendía un olor mixto de aceite de las pepitas de girasol, de cebolla, de mal tabaco y de eructos de mijo. Las muchachas y las mujeres jóvenes esparcían a su alrededor un olor a ropa guardada largo tiempo en el baúl y a pomadas. En la escuela había un sordo rumor de abejas. Y la misma gente se movían como un negro e hirviente torbellino que recordaba a un enjambre de abejas.

—¡Ya son frescas, ya, las chicas de vuestro pueblo! —dijo Davídov, azorado, al subir a la tarima.

Dos pupitres arrimados el uno al otro ocupaban el estrado. Davídov y Nagulnov se sentaron. Andrei abrió la sesión. La presidencia fue elegida sin dificultad.

—Tiene la palabra el delegado del Comité de radio del Partido, el camarada Davídov, que hablará del koljós.

Andrei se calló. El murmullo de las conversaciones fue apagándose poco a poco. Davídov se levantó, se arregló un poco el vendaje. Habló media hora, y al final estaba ya medio ronco. El auditorio guardaba silencio. El aire era sofocante. Al mortecino resplandor de las lámparas, Davídov veía las caras sudorosas de las primeras filas; todo lo demás desaparecía en la penumbra. Ni una sola voz le interrumpió. Pero cuando, después de terminar, alargó la mano hacia el vaso de agua, se desencadenó una avalancha de preguntas.

—¿Todo será de todos?

—¿Y en la casa, qué?

—Eso del koljós ¿es para una temporada o para siempre ?

—¿Y qué se va a hacer con los campesinos individuales?

—¿No les quitarán la tierra, eh?

—¿Tendremos que comer en un pesebre común?

Davídov contestaba a todo sosegadamente, sin cansarse. Cuando se trataba de preguntas complicadas respecto a la agricultura. Nagulnov y Andrei venían en su ayuda. Se leyó el estatuto tipo, pero las preguntas no cesaban de llover.

En el centro de la sala, un cosaco cubierto con un gorro de piel de zorra y vestido con una pelliza negra abierta del todo, se levantó para pedir la palabra. La luz de la lámpara iluminaba de un modo oblicuo el gorro, y los pelos rojizos de la piel de zorra, parecía que se encendían y humeaban.

—Yo soy un campesino medio, y os diré, ciudadanos, que indudablemente el koljós es una buena cosa; sólo que hay que pensarlo bien... No se trata de entrar así, de sopetón... El delegado del Partido nos ha dicho: "Tenéis que reunir vuestras fuerzas y vuestros bienes en común. Será lo más ventajoso. El mismo Lenin lo ha dicho". El camarada delegado no entiende gran cosa de agricultura; en su vida de obrero no ha tenido que marchar tras el arado, y apuesto a que no sabe de qué lado hay que arrimarse a un buey. Por eso está equivocado en algunas cosas. Para el koljós, en mi opinión, lo que hay que hacer es esto: los trabajadores que tengan ganado entrarán en un koljós, los pobres en otro: a los que tengan posibles se les pondrá aparte; y a los

gandules se les expulsará para que la Guepeú les enseñe a trabajar. Porque no basta meter a todo el mundo así en montón. Eso no serviría de nada. Sería como en la fábula: el cisne bate las alas para echarse a volar, el cangrejo le tira hacia atrás, y el pez se hunde en el agua.

Una risa contenida recorrió toda la asamblea. En el fondo de la sala, una muchacha lanzó un grito agudo. Inmediatamente se levantó una voz indignada:

—¡Escandalosa!... ¡Hala, largo de aquí!...

El del gorro, después de haberse enjugado la frente y los labios con un pañuelito, continuó:

—Hay que escoger los hombres como un buen labrador escoge sus bueyes. Los elige del mismo tamaño y de fuerzas iguales. ¿Qué ocurriría, si unciera uno así y otra asá? El más fuerte iría demasiado aprisa, el débil se quedaría atrás, y luego el fuerte tendrá que pararse. ¡Buena labor saldría!... El camarada dice: "Todo el mundo al koljós, menos los kulaks". ¿Qué resultaría? Resultaría lo de la fábula...

Liubishkin se levantó, se retorció despiadadamente sus negros bigotazos y se volvió hacia el orador.

—Hablas bien a ratos, Kuzma... ¡Si yo fuera mujer no me cansaría de escucharte! (susurro de risas). Tratas de convencer a la asamblea como si fuera Pelagueia Kuzmicheva... Estalló una carcajada. La llama de la lámpara se alargó como el agudo dardo de una serpiente. Todo el mundo comprendió la alusión. Hasta los ojos de Nagulnov se iluminaron en una sonrisa. Davídov iba a preguntar las causas de esta hilaridad, cuando Liubishkin, dominando el ruido, continuó:

—¡Tu voz no deja de ser la tuya, pero la canción te la han enseñado! Para ti estará bien que se escoja la gente de ese modo. Te han debido enseñar eso cuando eras socio de Frol el Desgarrado. Os quitaron el motor el año pasado, ¿verdad? Y ahora a tu Frol le han dado lo suyo no te digo más que eso... Habéis formado en derredor de su motor un koljós, pero un koljós de kulaks... ¿Te has olvidado ya del precio que nos hacías pagar por la trilla? ¿No os quedabais con la octava parte? A ti tal vez también ahora te gustaría hacer eso, arrimarte a los ricachos...

El alboroto fue tal, que a Andrei le costó trabajo restablecer un poco el orden. Las exclamaciones crepitaban como una granizada.

—¡Buen resultado os ha dado vuestro arte!

—¡Vuestros piojos, no hay tractor que pueda espachurarlos!

—El kulak te ha endurecido el corazón.

—¡Lámelo!

—Una cabezota como la tuya sirve para machacar girasoles.

Nikolai Lushia, campesino medio, poco pudiente, pidió la palabra. Nagulnov le advirtió:

—Nada de debates, ¿eh? La cuestión está clara.

—¿Qué es eso? ¿Y si yo quiero discutir el caso? ¿O no tengo yo derecho a hablar contra tu opinión?... Bueno, lo que yo quiero decir es que el koljós es voluntario: uno entra si le hace tilín y si no, se queda en la puerta. Pues nosotros nos quedamos a la puerta para ver qué pasa.

—¿Qué quieres decir con "nosotros?" —preguntó Davídov.

—Hombre, pues los campesinos...

—Eh, tú, habla por ti. Cada cual tiene su lengua.

—Puedo también hablar por mi cuenta. Por mí mismo estoy hablando. Quiero ver en qué para el koljós éste. ¿Marcha bien? Me inscribo. ¿Mal? No entro ni a tiros. Tonto es el pez que se mete en el garlito.

—Tiene razón.

—Esperaremos hasta ver.

—Vida nueva, que otros la tanteen.

—¡Qué historia! ¿Se trata de una chica, para andar con tientos ?

—Tiene la palabra Ajvatkin. Puedes empezar.

—Yo hablaré de mí, queridos ciudadanos. Vivíamos juntos mi hermano Pedro y yo, y siempre regañando... Tan pronto las mujeres se tiraban del moño, que no había manera de separarlas, como éramos nosotros los que empezábamos a mamporros. ¡Y ahora queréis vosotros juntar a todo el pueblo! No habrá manera de entenderse. Empezará la pelea en cuanto nos pongamos a trabajar. Iván me habrá reventado los bueyes, yo no habré tenido cuidado de sus ca-

ballos. Todo el mundo tendrá la boca llena de reclamaciones. Será necesario que la milicia se instale a vivir aquí... El uno habrá ganado más, el otro menos. El trabajo no es igual para todos... La fábrica es otra cosa. Allí, terminadas las ocho horas, toma uno su bastoncito y a la calle.

—¿Has trabajado tú en una fábrica?

—No, camarada Davídov, pero lo sé.

—¡Qué has de saber! Y si no has estado en la fábrica, sino has visto nada, haces mal en hablar. Patrañas de los kulaks, todos esos cuentos del obrero que coge su bastón...

—Bueno, pero en cuanto termina la jornada, se marcha, sin bastón si quieres... Nosotros, para labrar la tierra tenemos que levantarnos al amanecer. Antes que se haga de noche, ha sudado uno la gota gorda cuarenta veces y tiene uno en los pies ampollas como huevos de gallina. Por la noche, imposible dormir, hay que llevar los bueyes a pastar... Porque si no han comido lo bastante no tiran del arado... Yo, pongo por caso, trabajaré en el koljós hasta echar el bofe, y otro, Koliba por ejemplo, se tenderá a dormir en el surco. El Poder soviético puede decir que no hay gandules entre los pobres, que eso lo han inventado los kulaks, pero no es verdad. Koliba se ha pasado la vida entera sin hacer nada. Todo el pueblo sabe que una vez se tumbó al lado de la estufa con los pies fuera... A la mañana siguiente amaneció con una cadera abrasada y los pies cubiertos de escarcha. Tenía tal galbana que ni siquiera por su bien fue capaz de levantarse. ¿Cómo podría yo trabajar con semejante ser? Ah, no, yo no me inscribo en el koljós.

—Tiene la palabra Maidannikov. Cuando quieras.

Un cosaco de pequeña estatura, vestido con pelliza gris, se abrió camino lentamente a través de la concurrencia. Su viejo casco de jinete de Budionni descollaba entre los gorros de piel y las gorras de visera. Llegado al pie de la tribuna, volvió la espalda a la presidencia y se metió sin prisa la mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Es que nos vas a leer tu discurso? —le preguntó Ushakov sonriendo.

—¡Quítate el gorro!

—Tienes que recitar de memoria.

—Este, sabéis, todo tiene que apuntarlo en un papel.

—¡Ja, ja! ¡Es que uno sabe de letra!

Maidannikov sacó un cuadernillo grasiento y se puso a hojear rápidamente las páginas cubiertas de garabatos.

—Esperad a reiros... A lo mejor lloráis —dijo con tono enfadado—. Sí, voy a deciros lo que os conviene... Ya han hablado varios, pero ninguno ha dicho nada sensato. Es que pensáis poco en la vida...

Davídov aguzó el oído. Los de las primeras filas comenzaron a sonreír. Se produjo un murmullo.

—Yo soy campesino medio —comenzó Maidannikov con tono firme, sin turbarse—. El año pasado sembré cinco hectáreas. Tengo, vosotros lo sabéis como yo, un par de bueyes, un caballo, una mujer y tres hijos. Mi mano de obra, aquí está: mis diez dedos. Tocante a la recolección he recogido noventa puds de trigo candeal, dieciocho de cebada, veintitrés de avena. Necesito sesenta puds para alimentar a mi familia, y unos diez para el corral. La avena es para el caballo. ¿Qué me queda para vender al Estado? Treinta y ocho puds, ¿eh? Pongamos un rublo diez por término medio, y sacaré cuarenta y un rublos justos. Contemos también que entre unas gallinas que vendo y unos patos que me compran en la ciudad, me gane otros quince rublos.

Levantando la voz y con una mirada melancólica:

—¿Puedo yo con este dinero, calzarme, vestirme, comprar jabón, pan y cerillas? Y luego, que herrar las cuatro patas del caballo cuesta sus buenos cuartos, ¿eh? ¿Por qué no decís nada? Contestad: ¿puedo yo continuar en esta forma? Y menos mal si hay cosecha buena o mala. ¿Pero si todo se pierde? ¿Entonces que será de mí? Seré un pobre viejo, nada más. Y en tal caso, con qué derecho, cristo y recristo, queréis separarme del koljós, ¿eh? ¿Estaré peor dentro? Imposible... Y lo mismo ocurre poco más o menos con todos los campesinos medios... Esperad, os voy a decir por qué ponéis vosotros tantos estorbos y trastornáis la cabeza a los otros...

—¡Adelante, Maidannikov, pégales duros a esos sinvergüenzas! —gritó Liubishkin entusiasmado.

—Pues claro, que les pegaré... ¡ Ah, van a tener que rascarse!... Cuerno, si estáis en contra del koljós es porque vuestra vaca y vuestra casucha os impide ver la luz del día. Cada cual piensa: es una miseria, cierto, pero es mía. El Partido Comunista os empuja hacia una vida nueva, y vosotros sois como el ternero ciego: cuando se le lleva a la vaca para que mame, cocea, da topetazos. Pero si no chupa la teta, se muere sin remedio. Y nada más. Yo voy a hacer hoy mismo la solicitud de admisión al koljós y aconsejo a los demás que hagan otro tanto. Los que no estén de acuerdo, que no estorben a los demás.

Andrei se levantó.

—Ciudadanos, la cosa está clara. Las lámparas se apagan, se hace tarde. Los que estén por el koljós, que levanten la mano. Votan solamente los jefes de familia.

De doscientos diecisiete votantes, sesenta y siete levantaron la mano.

—¿Nadie en contra?

Ni una sola mano se levantó.

—¿De modo que no queréis ingresar en el koljós? —preguntó Davidov—. ¿Entonces el camarada Maidannikov decía la verdad?

—¡No queremos! —gritó una voz gangosa de mujer.

—¡Vuestro Maidannikov, no es un modelo para nosotros!

—Nuestros padres y nuestros abuelos han vivido sin...

—No nos fuerces...

Y cuando cesaron las interrupciones, una voz calmada, preñada de rencor, lanzó desde las últimas filas, desde la oscuridad donde brillaban de cuando en cuando los puntos rojos de los cigarrillos:

—No hay necesidad de empujarnos como si fuéramos unos tragaldabas. Borodin te ha hecho una sangría, y otra se te puede hacer...

Se hizo un silencio impresionante. Davidov tuvo la sensación de recibir un latigazo. Se quedó más de un minuto en pie completamente inmóvil, mudo, con la boca entreabierta y cada vez más pálido. Al fin exclamó con voz ronca:

—¿Quién habla ahí? ¡Un enemigo! No me han sangrado bastante... viviré todavía lo necesario para ver enterrar a

todos los de tu casta... Y si hace falta estoy dispuesto a dar por el Partido... por mi Partido, por la clase obrera, toda mi sangre. ¡Te enteras víbora kulaquil? ¡Toda, hasta la última gota!

—¿Quién ha gritado? —interrogó Nagulnov, echando medio cuerpo hacia adelante.

Andrei, dando un salto, se tiró del estrado. En las filas de atrás crujió un banco, una veintena de hombres salieron ruidosamente al corredor. En el centro de la sala la gente empezaba también a levantarse. Un cristal voló hecho añicos. El viento frío se coló por la brecha haciendo remolinear el vapor como una nube blanca.

—Seguramente ha sido Timofei, el hijo de Prol el Desgarrado...

—¡Hay que echarles del pueblo!

—No, ha sido ese pequeño de Akim. Hay aquí cosacos de Tubianskoe.

—¡Qué pandilla de tunantes! ¡Fuera con ellos!

La reunión terminó bien pasada la medianoche. Se habló en pro y en contra del koljós hasta agotarse las voces. Ya nadie veía claro. Los contrincantes se juntaban en diversos lugares y hasta al lado del estrado y se agarraban de los brazos para demostrar su justeza. El propio compadre y vecino de Maidannikov, de una violenta sacudida le desgarró la camisa hasta el ombligo. No faltó nada para llegar a las manos. Ushakov, saltando por encima de las cabezas y los bancos había volado en ayuda de Maidannikov, pero Davídov separó a los dos compadres. Ushakov fue el primero en lanzar su dardo contra Maidannikov:

—A ver, Maidannikov, echa la cuenta y dinos cuanto tendrás que arar para comprarte otra camisa.

—Cuenta tú cuántas veces tu mujer ha...

—Eh, eh... Por bromas semejantes haré que te echen de la reunión.

En el fondo de la sala, Demid, dormía tranquilamente en un banco, como un animal, la cabeza expuesta al viento que soplaba por debajo de la puerta, pero envuelta en el faldón de su capote para no oír tanto el alboroto. Las viejas, que habían venido a la reunión con su labor, dormitaban

como las gallinas en su percha, dejando caer las agujas y los ovillos. Muchos se habían marchado ya.

Y cuando Menok, -que había tomado la palabra repetidas veces, quiso de nuevo abogar por el koljós, no salió de su garganta más que un ruido semejante al graznido de un ganso encolerizado. Se llevó la mano a la nuez, hizo un gesto lleno de amargura, pero no pudo contenerse y al sentarse, sin palabras, explicó a Ajvatkin, enemigo jurado del koljós, lo que sería de él después de la colectivización: con la uña ahumada del pulgar, juntó otra uña y... ¡Cris! Por toda respuesta, Ajvatkin escupió, soltando un juramento en voz baja.

X

Terminada la reunión, Maidannikov se dirigió hacia su casa. Allá en lo alto las constelaciones centelleaban como un brasero mal apagado. El silencio era tal que a lo lejos se oía resquebrajarse la tierra helada, crujir una rama cubierta de escarcha. Ya en casa, Maidannikov fue a ver a sus bueyes y les echó una mezquina brazada de heno en el pesebre; después, recordando que al día siguiente tendría que conducirlos al establo común, les dobló la ración, diciendo en alta voz:

—En fin, llegó el momento de separarse... ¿Quieres echarte atrás, tú, calvorota ?... Durante cuatro años, hemos trabajado el cosaco para su buey, el buey para su cosaco... Y nada hemos conseguido... Tú no comías lo que hubieras querido, y yo tampoco me hartaba. Este es el motivo de que te cambie por una vida en común. ¡Vamos, que pones una cara! Cualquiera diría que me comprendes.

Dio un empujón con el pie a su buey de labor, apartó de sí el baboso hocico y, al encontrarse su mirada con el ojo glauco del animal, recordó de pronto lo mucho que cinco años antes lo había deseado. La vieja vaca recibió al toro tan en secreto que ni el pastor ni Maidannikov lo había advertido. Llegado el otoño, no se vieron durante mucho tiempo señales de que hubiera sido fecundada. Maidannikov se quedaba helado al verla.

—¡Maldita bestia! sigue estéril.

Pero a fines de noviembre se hinchó, como todas las vacas viejas, un mes antes del parto. Cuántas veces, durante las heladas noches de cuaresma, se había despertado Maidannikov sobresaltado, y poniéndose precipitadamente sus botas de fieltro había corrido en calzoncillos al establo para ver si la vaca había parido ya. El frío era tan crudo que el ternero se hubiera helado antes de que su madre acabara de lamerle...

En los últimos días de la Cuaresma, Maidannikov no dormía casi. Una mañana, Amia, su mujer, entró toda radiante, incluso solemne.

—La vaca se "rompe". Es de esperar que la cosa ocurra esta noche.

Maidannikov se acostó temprano, completamente vestido y sin apagar su linterna. ¡Fue a ver el animal siete veces! Por fin, la octava vez, antes del alba, oyó al llegar a la puerta del establo un gemido profundo y doloroso. La vaca estaba expulsando la envolturas fetales; un ternero minúsculo de blanco hocico, temblaba que daba pena, buscando con sus fríos labios el pezón. Maidannikov recogió la placenta para que la vaca no se la comiera ⁽⁵⁾. Cogió al ternero en brazos, lo envolvió en el faldón de su capote, lo calentó con su aliento y echó a correr hacia la casa.

—¡Un buey! —gritó gozoso.

Auna se persignó devotamente.

—¡Gloria a ti, Señor! Tú nos has visto en la miseria y has tenido misericordia.

Ah, sí, lo que es de miseria, Maidannikov, que solo tenía un caballo, estaba ya hartado. Pero el buey, cuando creció, trabajó honradamente para su amo, desgastando sin cesar sus pezuñas por campos y caminos, ya arrastrase el arado o la carreta.

Contemplando a su buey, Maidannikov sintió de pronto que se le hacía un nudo en la garganta y que los ojos empezaban a picarle. Lloró y se creyó consolado al salir del establo. El resto de la noche se lo pasó fumando.

¿Qué iba a ocurrir en el koljós? ¿Comprenderían todos como comprendía él que ésta era la única solución, que no había otra? Por penoso que fuera llevar y poner en manos de la comunidad los animales que han crecido con los chiquillos en la isba, no se podía hacer otra cosa. ¡Ah este maldito cariño que tiene uno por su propiedad, había que aplastarlo, impedir que llegase al corazón!...

Así pensaba Maidannikov acostado al lado de su mujer que roncaba. Con los ojos abiertos, cegados por las tinieblas, contemplaba los negros huecos de la oscuridad. Y seguía pensando: "¿Adónde llevaremos los corderos, los cabritos? Los pobres necesitan una casa caliente... hay que cuidarles y atenderles... ¿Cómo distinguir a estos condenados animales que tanto se parecen? Los confundirán las madres y la gente. ¿Y las vacas? ¿Cómo recoger el forraje? ¿Cuánto se desperdigará! ¿Y si la gente, asustada por las dificultades, se dispersa al cabo de una semana? Entonces yo no tendré ya ninguna razón para vivir aquí. Me marcharé de Gremiachi y me iré a la mina para siempre".

Amanecía cuando Maidannikov se durmió, pero hasta en sueños se sentía abrumado. La decisión de ir al koljós le costó lo suyo. Gimiendo y sangrando, rompía el cordón umbilical que le unía a su propiedad, a sus bueyes, a su parcela de tierra natal...

Por la mañana, después de haber almorzado redactó trabajosamente su instancia, con la frente fruncida, lustrosa de sudor.

"Al camarada Makar Nagulnov, célula del P. C. de Gremiachi.

DECLARACIÓN

El abajo firmante, Kondrat Kristoforovich Maidannikov, campesino medio, solicita ser recibido en el koljós, con mi mujer, mis hijos, mi propiedad y mis animales: Pido ser admitido en la nueva vida, por estar de acuerdo con todo. — Maidannikov".

—¿Ingresas? —le preguntó su mujer.

—Ingreso.

—¿Y llevarás a los animales?

—Naturalmente... ¿Pero por qué gritas, tonta del bote? ¿No he gastado ya bastante saliva para convencerte? ¿Ya empiezas otra vez? ¿No decías que estabas de acuerdo?

—Kondrat, no es más que por la vaca... Tengo el corazón encogido por causa de élla... Estoy de acuerdo... Pero, qué quieres, me da mucha pena —decía élla sonriendo y enjugándose las lágrimas con el delantal.

Al ver las lágrimas de su madre, la más pequeña de las criaturas, una niña de cuatro años, rompió también a llorar.

Maidannikov sacó del establo la vaca y los bueyes, montó a horcajadas en su caballo, y se dirigió hacia el río. Los bueyes después de haber saciado su sed, querían volverse a la casa; pero Maidannikov, invadido por una sorda irritación, les cerró el camino y les hizo marchar al soviet.

Las mujeres, pegadas a las ventanas, observaban; los hombres miraban por encima de los setos. Maidannikov sentía un gran malestar. Pero desde un recodo de la carretera, vio cerca del soviet una multitud de bueyes, de caballos, de carneros amontonados como en una feria. Liubishkin desembocó por una callejuela cercana, arrastrando una vaca medio derrengada, detrás de la cual trotaba un ternero con una cuerda al pescuezo.

Liubishki intentó bromear:

—Hombre, podíamos atarlos por la cola para llevarlos todos juntos.

Pero él mismo permaneció triste, pensativo. Tenía en la mejilla un arañazo reciente, testimonio de lo que le había costado traer su vaca.

—¿Quién te ha puesto así la cara?

—No tengo por qué negarlo: ha sido mi mujer, el demonio de mi mujer. Se arrojó a la vaca como una poseída.

Liubishkin, mordiéndose la punta del bigote, rezongó malhumorado:

—Se lanzó al asalto como un tanque. ¡La batalla que tuvimos a la puerta del establo! Vergüenza me daba delante de los vecinos. Cayó sobre mí con un palo, figúrate. "¿Ah, con que ahora, le digo yo, persigues a un guerrillero rojo? ¡Nosotros, para que lo sepas, les hemos zurrado la badana hasta a los generales!" Y, zas, le suelto un revés en los morros. Para los mirones, chico, el gran espectáculo...

Desde el soviet se dirigieron a la granja de Borodín, Desde muy temprano, doce campesinos medios, habiendo mudado de parecer durante la noche, habían hecho su solicitud y ahora traían su ganado.

En el patio de Borodín, Nagulnov y dos carpinteros cortaban madera de aliso para los pesebres. Los pesebres del primer establo colectivo de Gremiachi-Log.

XI

Maidannikov, armado con un pico, estaba trabajando la tierra endurecida por el hielo. Estaba cavando hoyos para colocar estacas. Junto a él se afanaba Liubishkin. El sudor le corría por debajo de su gorro de piel, suspendido como una nube de tormenta sobre su rostro abrasado. Con la boca abierta, abatía su pico jadeando de furor. Los terrones de tierra helada, volaban en todos sentidos, salpicando el muro. Pronto estuvo listo el establo. Metieron en él veintiocho bueyes escogidos por una comisión.

Nagulnov, vestido solamente con camisa color caqui que se le pegaba a los sudorosos hombros, entró en el cobertizo.

—No has tenido que darle mucho al hacha para empapar de ese modo tu camisa. Para trabajar, Nagulnov, no vales gran cosa —dijo Liubishkin moviendo la cabeza—. ¡Mírame a mí!... Es un buen pico éste de Borodín... Hala, ponte en seguida la pelliza, que si no vas a coger frío y a lo mejor la dañás.

Nagulnov se endosó su pellejo de cordero. Sus mejillas llenas de manchas encarnadas, iban perdiendo lentamente el color.

—Es consecuencia de los gases. En cuanto trabajo o subo una cuesta, me ahogo, y el corazón me da unos golpetazos... ¿Es la última casilla? Esto va bien. ¡Vaya instalación, que tenemos!

La mirada febril de Nagulnov recorrió la larga hilera de bueyes alineados delante de los nuevos pesebres, que olían a madera recién cortada.

Mientras instalaban las vacas en el establo descubierto, llegó Andrei acompañado de Ushakov. Cogió a Nagulnov del brazo y se lo llevó.

—Oye, supongo que no estarás enfadado por la escena de ayer... De tanto oír llorar a los niños, me acordé de mi pequeño y se me encogió el corazón...

—¡Había para hacerte no sé qué, so gallina!

—¡Bueno, se acabó! Ya veo en tu cara que no me guardas rencor...

—Ya has hablado bastante, charlatán. ¿Pero adónde vas? Hay que transportar el heno. ¿Dónde está Davidov?

—En el soviet con Menok. Están examinando las solicitudes de admisión al koljós. Yo me voy... Me queda todavía por expropiar a toda una familia de kulaks, los Lapshinov... Nagulnov sonrió...

—Y cuando llegues allí empezarás otra vez, ¿eh?

—¡No tengas miedo! ¿Quién podría ayudarme?... Fíjate lo que pasa: ¡Parece que estamos en pleno combate! Los unos traen sus animales, los otros transportan el heno. Y hasta hay quien ha traído ya las simientes. A éstos los he despedido: las simientes no las queremos hasta más tarde... Bueno, ¿a quién puedo llevar conmigo?

—Llévate a Kondrat Maidannikov... ¡Eh, Kondrat! Ven aquí. Vas a echar una mano al presidente para expropiar a los Lapshinov. ¿Tú no tienes miedo, eh? Porque... los hay que rehúsan... conciencias delicadas, por el estilo de Timofei Borschev... Lamerle a uno los zapatos, de eso no tiene vergüenza... Pero apropiarse de lo que antes ha sido robado, le da remordimiento...

—¿Por qué no he de ir? Sí que iré. ¡ Con gusto!

Ushakov se reunió con ellos. Salieron los tres juntos. Andrei, mirando de reojo a Maidannikov, le preguntó:

—¿Por qué pones esa cara tan fúnebre? Deberías alegrarte. ¡Mira qué animado está el pueblo! Parece un hormiguero.

—No hay que alegrarse demasiado pronto. Las dificultades serán grandes —replicó secamente Maidannikov.

—¿ Cuáles ?

—Las siembras, el cuidado de los animales. Ya lo has visto: tres hombres trabajan, y otros diez repantigados en el heno liando cigarrillos.

—Todo el mundo trabajará... No se ha hecho más que empezar. Cuando no haya nada que llevarse a la boca, se fumará menos. ¡;|

En el recodo de la carretera vieron un trineo tumbado de lado. Cerca de él, sobre un montón de heno desparramado, los bueyes desuncidos mascaban bistorta, cuyo verde resaltaba sobre la nieve. Un mozalbete, el hijo de Sermón Kuzhenkov, que acababa de entrar en el koljós, recogía perezosamente el heno con una horquilla.

—¡Parece que estás muerto! ¡ Si vieras a tu edad cómo me movía yo! ¿Así se trabaja? ¡Trae aquí la horquilla!

Ushakov arrancó la herramienta al muchacho, que sonreía, y con un ajajá, levantó de una vez todo un haz de heno.

—¿Cómo te has arreglado para volcar? —preguntó Maidannikov examinando el trineo.

—Pues nada, que he tropezado al bajar.

—Corre a buscar un hacha. Ahí mismo en casa de los Donetski.

Levantaron el trineo, volvieron a poner en su sitio los montantes. Ushakov cargó el montón de heno y lo peinó con dos golpes de rastrillo.

—¡Ay Kuzhenkov, Kuzhenkov! Debían de darte de palos con una estaca, y sin que tuvieras derecho a rechistar. Mira cómo se han llenado la panza tus bueyes. ¿No podías haberles puesto su parte ahí contra el seto? ¿Quieres que reventen los animales de tanto comer?

El muchacho se echó a reír y aguijó a los bueyes.

—Ya no es de nosotros todo esto, es del koljós.

—¿Habéis visto semejante sinvergüenza?

Ushakov, los ojos oblicuos, miró a Maidannikov, luego a Andrei, y soltó un juramento de los gordos.

Mientras hacían el inventario de los bienes de Lapshinov, unas treinta personas invadieron el patio. Cosacos pocos, mujeres sobre todo, vecinas.

Cuando Lapshinov, un viejo grandullón, de cabellos grises y barba puntiaguda, fue invitado a abandonar su casa, se produjo un murmullo en la multitud.

—Caray, he aquí uno que hacía su agosto... y ahora, hala, a la calle.

—La gracia que le hará...

—Será un golpe muy duro para él... ¿Eh?

—A cada uno le duele lo suyo.

—Seguramente no le gusta pero cuando bajo el otro régimen, hacía desahuciar a Trifonov, porque le debía dinero, no podía figurarse esto.

—¡Se ha llevado su merecido!

—Eso es lo que se merece ese diablo, ese cabrón barbudo!
¡Sí que le han calentado, sí!

—Es pecado reírse de la desgracia ajena, mujercitas...
Nunca se sabe lo que nos espera.

—¡ Anda éste! Nosotros no tenemos ni tierras ni terrones, con que no hay miedo de que nos molesten.

—Por una segadora que me había prestado dos días el verano pasado, me hizo pagarle diez rublos, precio de amigo, decía él. ¡Si eso es tener conciencia!

Lapshinov viejo tenía desde hacía tiempo fama de tener dinero. Se sabía que antes de la guerra había ya hecho una fortunita, porque no desdeñaba la práctica de la usura a intereses desorbitantes y comprar a hurtadillas el producto de los robos. Durante algún tiempo corrieron rumores de que los caballos hurtados encontraban buena acogida en sus cuadras. Gitanos y mercaderes de caballos venían a verle de cuando en cuando, generalmente de noche. Decíase que luego encauzaba a los caballos por la carretera adelante, y los llevaba a Tsaritsin-Taganrog-Uriupinskaia. El pueblo sabía que en otro tiempo Lapshinov iba, dos o tres veces al año a la ciudad para cambiar en oro sus billetes de Banco. Hasta se había tratado, en 1912, de "aligerarle la bolsa", sólo que Lapshinov era diestro y vigoroso: rechazó a sus agresores y huyó al galope. Pero tampoco él tenía las manos cortas. De joven le habían pescado en la estepa con unas gavillas robadas. De viejo había cesado totalmente de distinguir lo propio de lo ajeno: aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían. Era, además, tan avaro que si encendía un cirio de un copek ante la imagen de San Nicolás, lo apagaba en seguida y se lo metía en el bolsillo persignándose devotamente. De esta manera el mismo cirio podía servirle todo un año. A los que le reprochaban su

mezquindad y su roñosería para con Dios, les contestaba: "¡Dios sabe más que vosotros, imbéciles! Lo que él quiere es el honor, y no el cirio. El no tiene interés en que me meta en gastos. Fue él mismo quien expulsó a los mercaderes del templo".

Lapshinov acogió con calma la noticia de que los campesinos ricos serían expropiados. No podía sentir ningún temor: todo lo que tenía de valioso estaba hacía tiempo en lugar seguro. El mismo ayudó a levantar el inventario, dando golpes con el pie para hacer callar a su vieja, que no paraba de lamentarse y pasado un minuto decía con voz resignada:

—Cállate, mujer. Dios tendrá en cuenta nuestras pruebas. El Señor es misericordioso, todo lo ve...

—¿No verá también por casualidad dónde has metido tu pelliza nueva? —preguntó Ushakov, con aire no menos grave que el patrón.

—¿Qué pelliza?

—La que tenías el domingo pasado en la iglesia.

—Yo no tenía ninguna pelliza nueva.

—Sí tenías, y ahora la has escondido...

—¿Qué dices? Pongo a Dios por testigo de que no la tenía.

—¡Dios te castigará, abuelo! Te aplastará como a una chinche.

—Te juro por Cristo... Mira, estás equivocado... —decía Lapshinov haciendo la señal de la cruz.

—¡Cargas tu conciencia con otro pecado!

Los guiños que hacía Ushakov a la multitud eran contestados con sonrisas por hombres y mujeres.

—¡Estoy limpio de pecado, lo juro!

—¿Y el abrigo de pieles que has escondido? Tendrás que responder de él, el día del juicio final.

—¡Cómo! ¿Por haber ocultado mi propia pelliza? —bramó Lapshinov.

—Sí, por haberla enterrado.

—¡Para eso tendría que tener Dios un juicio como el tuyo, charlatán! Y el no interviene en estos negocios... Yo no tengo ninguna pelliza. ¿No te da vergüenza burlarte de un viejo? Deberías enrojecer ante Dios y ante los hombres.

—¿Y a ti —intercaló Maidannikov—, no te dio vergüenza cobrarme tres medidas de hija por dos que me habías prestado para simiente?

La voz de Maidannikov, baja y ronca, no se oía apenas con el ruido. Pero Lapshinov se volvió a él con una viveza juvenil.

—Maidannikov, tu padre era un hombre de bien, pero tú... Aunque no fuera más que por respeto a su memoria, deberías apartarte del pecado. La Sagrada Escritura dice: "No empujarás al que cae". ¿Y tú, qué es lo que haces? ¿Cuándo te he cobrado yo tres medidas de hija por dos? ¿Has olvidado al Señor? ¡Dios lo ve todo...!

—A lo mejor querías que te diéramos el hijo por nada, so andrajoso —gritó exasperada la mujer de Lapshinov.

—¡No escandalices, mujer! El Señor ha sufrido, y nos manda que nosotros suframos también. El llevó la corona de espinas y lloró lágrimas de sangre...

Lapshinov se enjugó una lágrima turbia con el reverso de la manga. Las voces de las mujeres se apaciguaron. Hubo suspiros. Andrei, que había acabado de escribir, dijo con tono severo:

—Vamos, abuelo, ya te estás largando. Tus lágrimas no pueden conmovernos. Has hecho mucho mal a la gente, y ahora nosotros vamos a arreglarte las cuentas, sin Dios. ¡Fuera de aquí!

Lapshinov cogió de la mano a su hijo, un muchacho tartajoso medio idiota, le puso una gorra de orejeras, y salió. La multitud se precipitó en pos de ellos. En el establo, el viejo se arrodilló sobre los faldones de su abrigo. Con la frente ensombrecida, se persignó, e inclinándose hasta dar con la cara en tierra, saludó a los cuatro puntos cardinales.

—¡Vamos, marcha, marcha! —ordenó Andrei.

Pero la multitud rezongó sordamente.

Resonaron algunos gritos.

—¡Déjale al menos que se despida de su casa!

—¡Oye, Andrei, no hay que exagerar! Este hombre tiene ya un pie en la sepultura y tú...

—¡Debía tener ya los dos, que no se merece otra cosa! —rugió Maidannikov.

El viejo Gladilin, mayordomo de la parroquia, le interrumpió:

—¡Qué celoso te muestras ante las autoridades! Merecías tú y tus semejantes que os rompiesen la cara.

—¡Te voy a dar un golpe, cabeza de melón, que ni volver podrás a casa!

Lapshinov saludaba, se persignaba, hablaba en voz alta para que todo el mundo le oyese. Conmovía los corazones sensibles de las mujeres.

—¡Adiós, creyentes! ¡ Adiós hermanos! ¡Que Dios os tenga en su santa guardia!... Disfrutar de mis bienes... He vivido... y he trabajado honradamente...

—¡Y has comprado los objetos robados! —gritaba Ushakov desde los escalones de la puerta.

—He ganado mi pan con el sudor de mi frente...

—Has arruinado a la gente, has practicado la usura, has robado tú mismo, confiésalo. Deberíamos agarrarte por el pescuezo, hijo de tal, y aplastarte contra el suelo.

—El pan de cada día, y ahora al final de mi vida...

Las mujeres gimoteaban conteniendo los sollozos y llevándose a los ojos las puntas de los pañuelos. Andrei fue a levantar a Lapshinov para echarlo fuera. Le había gritado ya: "Basta de propaganda, o si no...", cuando se promovió un tumulto en la escalinata de la puerta.

La mujer de Lapshinov salió de la cocina, llevando en una mano un cesto con huevos de ganso y en la otra una oca resignada, cegada por la nieve y por el sol. Ushakov no tuvo dificultad en quitarle el cesto a la vieja, pero al volátil lo agarró con las dos manos, y no lo soltaba.

—¡ Quita de ahí, sinvergüenza, quita de ahí!

—¡La oca ahora es del koljós! —gritaba Ushakov atrapando la oca del cuello.

La mujer de Lapshinov tiraba de las patas de la oca y cada uno tiraba furiosamente para su lado.

—¡ Devuélvemela, bizco!

—¡No te la devolveré!

—¡ Suelta te digo!

—¡La oca ahora es del koljós! —gritaba Ushakov, atragantándose...

—Para la primavera empollará... Suéltala o te doy una patada... Empollará, digo... Vosotros ya habéis comido lo vuestro...

La vieja, desgredada, echando espuma por la boca, se afirmaba con el pie a la jamba de la puerta, resoplaba y jadeaba, tirando del animal.

La oca había comenzado por gritar quejumbrosamente, después se había callado. Ushakov la tenía acogotada, pero el ave seguía batiendo frenéticamente las alas. Las plumas blancas revoloteaban por los escalones como copos de nieve. Parecía ya que Ushakov iba a arrancar de las manos huesudas de la tía Lapshinov el volátil medio espachurrado, cuando de repente el frágil cuello de la oca, se rompió con un leve crujido. La vieja cayó de espaldas, con las faldas por la cabeza rodando con estrépito los peldaños de la escalera. Ushakov no teniendo en la mano más que la cabeza de la oca, y lanzando un ¡ah! de sorpresa se desplomó sobre el cesto colocado tras él, espachurrando los huevos.

Una formidable explosión de risotadas desprendió los carámbanos de la cornisa. Lapshinov se levantó, se encasquetó el gorro hasta los ojos y, tirando furiosamente del brazo a su hijo, indiferente a todo, lo arrastró casi corriendo.

La vieja se puso en pie, azul de rabia y de dolor. Mientras se sacudía las faldas tendió la mano hacia la oca decapitada, que aún se estremecía cerca de los escalones. En este momento un galgo rojizo, que rondaba por allí, viendo chorrear la sangre, saltó con los pelos erizados sobre el ave, y se la llevó, delante de las mismísimas narices de la vieja Lapshinov, en medio de los silbidos y de los gritos de la chiquillería.

Ushakov tiró en pos de la vieja la cabeza de la oca, cuyos ojos, redondos y amarillos, contemplaban todavía a la gente con asombro, y entró de nuevo en la casa. Mucho tiempo después, las carcajadas de la muchedumbre seguían oyéndose en el patio y en la calle, perturbando y alborotando a los gorriones posados en las ramas desnudas.

XII

La vida se encabritaba en Gremiachi-Log como un caballo reacio se encabrita ante un difícil obstáculo. Durante el día los cosacos se reunían en las casas y en las calles para discutir los asuntos del koljós. Cuatro noches seguidas hubo reuniones que duraron hasta el canto del gallo.

Nagulnov, en estos cuatro días, adelgazó como si hubiera pasado una larga enfermedad. Davídov conservaba como de ordinario, una calma aparente, pero las profundas arrugas que daban a su rostro una expresión de testarudez, se habían hundido todavía más. Terminó por inculcar seguridad a Andrei, inclinado tan pronto a entusiasmarse, como a ceder a pánicos sin fundamento. Andrei recorría la aldea, inspeccionaba los establos comunes, y una sonrisa burlona y confiada iluminaba sus ojos un tanto adustos. A Menok, que hasta que fuera elegido un consejo de administración estaba a la cabeza del koljós, se complacía en decirle:

—¡Les torceremos los cuernos! ¡Tendrán que entrar todos en el koljós!

Davídov notificó al radio, por correo montado, que solamente un treinta y dos por ciento de los campesinos había dado su adhesión, pero que se continuaba trabajando con ritmos de choque.

Los kulaks, expulsados de sus casas, fueron recogidos por parientes y amigos. Frol el Desgarrado, que había enviado a su hijo al distrito en busca del procurador, se había instalado en casa de su compadre Borshev, el mismo que en la reunión de los pobres se había abstenido de votar. Era allí, en las dos pequeñas habitaciones de la casa, donde los kulaks más activos se reunían.

Para escapar a los oídos y a las miradas indiscretas, sólo venían de uno en uno, o de dos en dos, generalmente de día a través de los huertos y de las granjas, a fin de no llamar

la atención. Se reunían allí: David Gaiev y el rematado pillo de Lapshinov, convertido después de haber sido expropiado en "un inocente que pedía limosna en nombre de Cristo". Ostrovnov aparecía de tarde en tarde para tantear el terreno. También algunos campesinos medios, adversarios decididos de la colectivización, como Nikolai Liushnia y otros rondaban por los alrededores de aquel "cuartel general". Sin contar a Borschev iban por allí hasta dos de los campesinos pobres, Vasili Atamanchukov, un cosaco grandullón, sin cejas, siempre silencioso, con la cabeza y la cara lisas como un huevo y Nikita Joprov, antiguo artillero de la guardia, compañero de armas de Podtielkov. Durante la guerra civil, se había escabullido durante mucho tiempo del servicio militar, y al fin había caído, en 1919, en el destacamento de castigo mandado por el coronel kalmuko Ashtimov. Esto fue lo que decidió su vida ulterior bajo el régimen soviético. Tres hombres del pueblo: Iakov Ostrovnov, su hijo y el viejo Lapshinov, lo habían visto en Kushevka, cuando la retirada, en 1920, luciendo el galón blanco de corneta. Lo habían visto acompañado de tres cosacos kalmukos, llevando a unos obreros de la estación del ferrocarril al "interrogatorio" de Ashtimov... ¡Cómo se le había quemado la sangre más tarde, cuando volvió de Novorossisk a Gremiachi-Log, al saber que los Ostrovnov y Lapshinov estaban aún vivos! ¡Qué zozobras pasaba este artillero de la guardia, de talla hercúlea, en aquellos rudos años de arreglo de cuentas con la contrarrevolución! El, que en casa del maestro herrador, sostenía un caballo cualquiera cogiéndolo por el casco de una de sus patas traseras, temblaba ahora como una hoja tardía de encina, atacada por la helada, sin más que ver la maliciosa sonrisa de Lapshinov. Temía a éste último más que a nadie.

—¡No causes la pérdida de un alma cosaca, abuelo! — balbuceaba moviendo los labios con dificultad—. No me delates.

Lapshinov le tranquilizaba con fingida indignación:

—¡Qué dices, Nikita! ¡Cristo sea contigo! ¿Acaso no llevo yo una cruz ? El Salvador ha dicho: "Ten piedad del prójimo como de ti mismo". Ni lo pienses siquiera, no diré nada. Pueden cortarme un miembro, que no despegaré los

labios. Yo soy así... Pero tú también, por tu parte, si las cosas se ponen mal, tendrás que echarme una mano. Si a veces me atacan en la reunión, o si las autoridades se me echan encima... Tienes que defenderme, llegado el caso... Ayuda mutua. Y el que a hierro mata a hierro muere. ¿No es verdad? Ah, sí, a propósito, quisiera pedirte que me ayudaras un poco en la labranza. Dios me ha dado un hijo algo tocado; no me sirve para nada... Y contratar a un hombre, eso cuesta caro...

Y año tras año, Nikita Joprov, "echaba una mano" a Lapshinov. Labraba sus tierras gratuitamente, recogía su cosecha, ayudaba en la trilla. Cuando volvía a casa se sentaba ante la mesa, hundía entre sus manos férreas su ancha cara de rojizos mostachos, y pensaba: "¿Hasta cuándo va a durar esto?... ¡Lo mataré, lo mataré!"

Ostrovnov no lo abrumaba con reclamaciones, no lo amenazaba, sabiendo que cualquier cosa que le pidiese Joprov no osaría jamás negársela, ni una botella de aguardiente ni algo aún de más valor. Tratándose de aguardiente, Ostrovnov venía muy a menudo a tomar un vaso, no sin agradecerlo con un: "gracias por la atención".

—¡Así te ahogue! —pensaba Joprov con odio, apretando bajo la mesa sus enormes puños.

Polovtsev seguía viviendo en casa de Ostrovnov en el cuartillo ocupado hasta hacía poco por la abuela. Esta se había instalado permanentemente junto a la chimenea. Polovtsev fumaba sin cesar, tendido sobre su estrecha cama, con sus desnudos y musculosos pies apoyados en los ladrillos calientes. De noche vagabundeaba frecuentemente por la casa dormida. (Ni una puerta rechinaba, todos los goznes estaban cuidadosamente engrasados). A veces, vestido con una pelliza corta, el cigarrillo apagado, iba a inspeccionar su caballo, escondido en el granero del salvado. El animal, cansado de su inactividad, acogía a su amo con un relincho ahogado, como si se diera cuenta de que no era el momento oportuno de expresar sus sentimientos a plena voz. El amo lo acariciaba. Sus dedos rígidos, dedos de hierro, le palpaban las articulaciones. Una vez, una noche muy oscura, lo sacó del granero y partió al galope por la estepa. Regresó antes del amanecer.

El caballo estaba todo empapado, como bañado en sudor; sus flancos se estremecían; fuertes temblores lo sacudían todo.

Por la mañana Polovtsev dijo a Ostrovnov:

—He estado en mi stanitsa. No me han olvidado allá... Los cosacos están dispuestos, no esperan más que una orden.

Por mandato suyo, en la segunda asamblea general de campesinos de Gremiachi, Ostrovnov tomó la palabra para declarar que él entraba en el koljós, invitando a los demás a hacer otro tanto. Por su discurso, positivo y sensato, y por las treinta y una adhesiones que arrastró, causó a Davidov una alegría indecible.

Ostrovnov había hablado bien del koljós, pero al día siguiente fue por las casas convidando a beber con el dinero de Polovtsev a los campesinos medios, hostiles al koljós, todos ellos gente segura. El mismo había bebido un poco y hablaba de modo muy diferente.

—¿Cómo? ¿No caes en la cuenta, hermano? Yo tengo que entrar por fuerza en el koljós, no puedo hablar en contra de él. En otro tiempo vivía bien, podrían expropiarme. Pero tú ¿qué obligación tienes? ¿No has visto el yugo? En el koljós te harán andar a puyazos, quieras o no.

Y se puso a recitar en voz baja el parrafito que traía aprendido de memoria sobre el levantamiento próximo, sobre la socialización de las mujeres. Y si el interlocutor se mostraba crédulo, agriado y dispuesto a todo, él lo convencía lo exhortaba, amenazaba con ajustarle las cuentas cuando los "nuestros" llegasen del extranjero. Y acababa por obtener lo que quería: una adhesión a la "liga". Todo marchaba a pedir de boca. Ostrovnov recintó una treintena de cosacos, a los cuales prohibió terminantemente hablar a quienquiera que fuese de su adhesión a la "liga" o de sus conversaciones con él. En cuanto a los expropiados y a aquellos que les rodeaban, Polovtsev y Ostrovnov tenía en ellos una fe inquebrantable; de modo que, considerando su reclutamiento como cosa fácil, lo habían dejado para lo último. Ostrovnov fue al "cuartel general" para acabar la obra emprendida y sufrió un descalabro... Arrebujado en su capote, llegó a casa de Borshev a la caída de la tarde. En la

habitación inhabitada ardía una estufa. Todos estaban reunidos. Timofei Borschév, el amo de la casa, arrodillado ante la chimenea, estaba echando al fuego una rama seca. Frol el Desgarrado, Lapshinov, Gaiev, Liushnia, Atamanchukov y el artillero Joprov, estaban sentados unos en los bancos y otros en un rincón, sobre un montón de calabazas rayadas de negro y naranja como la banda de San Jorge. El hijo de Frol el Desgarrado, Timofei, que había vuelto aquel mismo día del distrito, permanecía en pie de espaldas a la ventana. Estaba contando la severa acogida del procurador que, en lugar de atender su queja, había hablado de arrestarle y de enviarle de nuevo al radio. Ostrovnov entró y Timofei paró de hablar, pero su padre le animó a que siguiera.

—Es de confianza, Timofei. No hay nada que temer.

Timofei, acabó su relato, orillándole los ojos.

—¡Qué perra vida! Si hubiera ahora una pandilla... Yo montaría a caballo y empezaría a sangrar comunistas.

—Verdad que se ha hecho muy dura la vida— confirmó Ostrovnov—. ¡ Y si al menos las cosas quedaran así!

—¿Qué más nos puede ocurrir ya? —refunfuñó Frol el Desgarrado—. Contigo no se han metido y puedes hablar... En tiempos del zar tú y yo estábamos poco más o menos en las mismas condiciones. Y ahora, ya ves, tú echas buenas carnes mientras a mí me dejan sin camisa...

—No estoy hablando de eso... Lo que temo es...

—¿Qué temes!

—La guerra... ¡Sí, la guerra!

—¡Envíanosla, Señor! ¡Concédenos esa gracia, San Jorge Victorioso! Aunque fuere ahora mismo. En las Actas de los Apóstoles se dice...

—¡ Nos batiríamos con estacas, como el año 19!

—¡Yo los acogotaría vivos!

Atamanchukov, herido en la garganta durante un combate junto a la stanitsa de Pilonovskaia, hablaba con voz fina e ininteligible como si estuviera tocando una flauta de pastor:

—La gente está furiosa, se pelearía hasta con los dientes.

Ostrovnov insinuó prudentemente que se preparaba algo en los pueblos vecinos; que en ciertos sitios hasta se daba a los comunistas una buena lección según la usanza cosaca,

como antaño se había hecho con los atamanes indeseables agentes de Moscú: la cabeza metida en un saco, y ¡puf! al agua. Hablaba en voz baja, con mesura, pesando cada palabra. Hizo notar incidentalmente que el Cáucaso Septentrional se hallaba en efervescencia; que las mujeres estaban ya socializadas en los pueblos del bajo Don; que los comunistas eran los primeros en acostarse con las mujeres de los otros, a vista y sabiendas de todo el mundo, y que se esperaba un desembarco en primavera. Lo sabía por un oficial conocido suyo, que había servido en el mismo regimiento y había pasado, una semana antes, por Gremiachi. Ostrovnov no disimuló más que una cosa: y era que este oficial permanecía aún oculto en su casa.

Nikita Joprov, hasta entonces silencioso, preguntó:

—Tú dime Ostrovnov una cosa, nosotros nos sublevamos, machacamos a los comunistas, ¿y después? Resistiremos a la milicia, ¿pero qué haremos cuando envíen a la tropa contra nosotros? ¿Quién tomará el mando? Entre nosotros no hay oficiales, somos ignorantes... Adivinamos nuestro camino guiándonos por las estrellas... Pero las tropas en la guerra no marchan a la ventura. Encuentran su ruta marcada sobre los planos; su estado mayor se encarga de hacer mapas. Nosotros tendremos manos pero no cabeza.

—¡Habrà cabeza! —afirmó Ostrovnov con calor—. Vendrán oficiales. Y más instruidos que los comandantes rojos. Jefes procedentes de las viejas escuelas militares... que han estudiado las ciencias nobles. Los rojos, ¿qué jefes tienen ellos? Mirad a Nagulnov. Capaz de rebanar una cabeza, sí; ¿pero mandar un escuadrón? ¡Jamás! Hombre, si no sabe consultar un mapa...

—¿Y de donde vendrán esos oficiales?

—¡Los parirán las mujeres! —dijo Ostrovnov, con rabia—. Y tú, Joprov, ¿por qué te pegas a mí como una lapa? "De donde vendrá, de dónde vendrán..." ¿Lo sé yo?

—Llegarán del extranjero, no cabe duda —afirmaba Frol el Desgarrado, lleno de esperanza.

Saboreaba el placer de la catástrofe próxima, la dulzura de la sangre de la venganza, dilatando la única aleta de su nariz, para aspirar mejor el aire ahumado.

Joprov se levantó, empujó con el pie una calabaza, se atusó sus largos bigotes y dijo reposadamente:

—Puede ser, no digo que no... Pero me parece a mí que los cosacos de hoy en día saben demasiado. Las rebeliones les han salido caras... No, no se lanzarán. El Kuban no apoyará la rebelión.

Ostrovnov, riendo socarronamente bajo sus canosos bigotes, se empeñaba en sostener:

—¡Marcharán como un solo hombre! El Kuban se alzaría todo él... Y cuando se pelea, ocurre siempre lo mismo, primero soy yo quien estoy debajo, con los hombros, en tierra, pero un instante después vuelvo a ponerme encima, y mato al otro.

—No, hermanos, haced lo que queráis pero yo no estoy de acuerdo —dijo Joprov galvanizado por un acceso de resolución— Yo no me pondré contra las autoridades, y no aconsejaré a nadie que lo haga. Y tú haces mal, Ostrovnov, en empujar a la gente... El oficial que ha dormido en tu casa, no se sabe quién es ni de dónde viene. Enturbiará el agua y desaparecerá, y luego seremos nosotros los que pagaremos. Durante la guerra, eran ellos los que nos echaban contra los soviets. Distribuían galones a los cosacos, fabricaban oficiales en un dos por tres, pero ellos se emboscaban en la retaguardia, en los cuarteles del Estado Mayor y se paseaban con señoritas finas... Cuando el saldo de cuentas, ¿te acuerdas quién tuvo que pagar por lo que todos habían hecho?... En Novorossisk, los rojos degollaban a los kalmucos en los muelles, mientras que los oficiales y otros nobles tomaban el barco para escapar al extranjero, a los países templados. Todo el ejército del Don se había amontonado en Novorossisk, que parecía aquello un rebaño de carneros. ¿Y los generales dónde estaban?... ¡Eh! Y a propósito quería preguntarte: ese excelentísimo que ha pasado la noche en tu casa, ¿no se oculta en tu casa por casualidad? Una vez o dos te he visto llevar agua al granero. ¿Quién diablos pedirá de beber ahí dentro? me preguntaba yo. Y luego otra vez oí relinchar a un caballo... Joprov veía con satisfacción que la cara de Ostrovnov tomaba el mismo tinte gris de sus bigotes. El miedo y la tur-

bación de todos era visible. Una alegría feroz henchía el pecho de Joprov hasta hacerlo estallar. Mientras hablaba, escuchaba sus propias palabras como si fueran de otro.

—No hay ningún oficial en mi casa —dijo sordamente Ostronov—. Sería mi yegua la que relinchó. Yo no he llevado nunca agua al granero, mondas tal vez... tenemos allí un cerdo.

—Los relinchos de tu yegua los conozco yo de sobra. Pero, en fin, a mí ni me va ni me viene. Respecto a vuestro proyecto, yo no estoy de acuerdo, conque ya comprenderéis...

Joprov se encasquetó el gorro y echando una mirada a su alrededor se dirigió hacia la puerta. Lapshinov le cortó el paso. Con la barba trémula y los brazos absurdamente separados, le preguntó:

—¿Vas a denunciarnos, judas? ¿Te has vendido? ¿Y si nosotros dijéramos que has sido de la expedición punitiva de los kalmucos?

—¡Nada de bromas, abuelo! —dijo Joprov con fría rabia acercando su formidable puño a la nariz del viejo—. Primero me denunciaría yo mismo... He pertenecido a la expedición, les diría, tenía el grado de corneta, juzgadme, ¡pero abrid el ojo! Y tú, so canalla... tú...

Le faltó el aire. Su enorme pecho silbaba como el fuelle de una fragua.

—¡Tú me has chupado la sangre! Hoy me toca a mí divertirme un poco.

De un puñetazo en la cara, tumbó a Lapshinov y salió dando un portazo, sin mirar al viejo tendido en el suelo.

Timofei Borshev trajo un cubo vacío. Lapshinov se arrojó al lado. De sus narices brotaba sangre negra, como de una vena cortada. En medio del silencio perdido no se oían más que los gemidos del viejo Lapshinov que rechinaba los dientes y el ruidillo de los hilos de sangre que caían desde su barba contra la pared del cubo.

—¡Ahora sí que estamos perdidos del todo! —dijo Gaiev, el de familia numerosa.

Liushnia se levantó inmediatamente y, sin despedirse, con la cabeza descubierta, se marchó con precipitación.

Atamanchukov lo siguió sin apresurarse, diciendo con su voz fina y ronca:

—Dispersémonos: nada bueno hay que esperar. Ostronov se quedó callado unos momentos. Su corazón, como hinchado, parecía habersele subido a la garganta. Respiraba con dificultad. La sangre le afluía a la cabeza. Un sudor frío perlaba su frente. Ya se habían marchado muchos cuando él se levantó. Con cara de asco, evitó mirar al viejo Lapshinov, que seguía inclinado sobre su cubo, y dijo en voz baja a Timofei:

—Vente conmigo.

El otro, sin decir palabra, se puso la chaqueta y el gorro. Salieron. En la aldea se extinguían las últimas luces.

—¿Adónde vamos? —preguntó Timofei.

—A mi casa.

—¿Para qué?

—Más tarde lo sabrás. ¡Date prisa!

Ostronov pasó adrede por delante del soviét. No se veía luz. Las ventanas estaban negras. Llegaron a la granja. A pocos pasos de la puerta, Ostronov tiró del brazo a Timofei y se detuvo.

—Espera aquí un momento. Te llamaré.

—Muy bien.

Ostrovnov llamó. Su nuera descorrió el cerrojo.

—¿Eres tú, padre ?

—Sí, soy yo.

Cerró cuidadosamente la puerta tras sí y, sin entrar en la cocina, se dirigió al cuarto pequeño. Llamó con los nudillos. Una voz de bajo, ligeramente ronca, preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, Alexandr Anisímovich. ¿Se puede?

—Adelante.

Polotsev estaba escribiendo ante la ventana tapada con un pañuelo negro. Cubrió la hoja escrita con la palma de su mano grande y venosa y volvió la cabeza.

—¿Y qué ? ¿Cómo va eso?

—Mal... ¡ Una desgracia!

—¿Qué hay? ¡Dí pronto!

Polotsev se puso de pie de un salto. Se metió en el bolsillo la hoja escrita, se abotonó rápidamente el cuello de la chaqueta y, todo rojo, los ojos inyectados en sangre, se encorvó, se recogió sobre sí mismo como un fiero preparándose para saltar.

Embrollándose, Ostrovnov le puso al corriente. Polotsev, le dejó hablar sin pronunciar palabra. Desde el fondo de sus órbitas, sus ojillos azulados miraban de hito en hito a Ostrovnov. Iba enderezándose poco a poco, apretando y abriendo los puños. Por fin, contrayendo horriblemente sus labios afeitados, dio un paso hacia Ostrovnov.

—¡Canalla!... ¿Quieres perderme entonces, cretino? ¿Quieres que fracase toda la empresa? ¡Ya la has hundido a medias con tu estúpida imprudencia! ¿Qué te había mandado yo?... ¡Tantear primero a cada uno individualmente! ¡Y tú vas y te lanzas como un toro!

El susurro ahogado de su voz de bajo hizo palidecer a Ostrovnov, aumentando su terror y su confusión.

—¿Qué hacer ahora? ¿Nos ha denunciado ya el Joprov ése? ¿No?... ¡Habla, idiota! ¿No? ¿Adónde ha ido? ¿Lo seguiste?

—No... Alexandr Anisímovich, bienhechor nuestro; estamos perdidos ahora...

Ostrovnov se cogió la cabeza entre las manos. Una lágrima resbaló, haciéndole cosquillas, por su tostada mejilla hasta el bigote, pero Polovtsev no hizo más que rechinar los dientes.

—¡Eh! ¡Mujeruca! Es hora de hacer algo y no de... ¿Está tu hijo en casa?

—No sé... He traído a un hombre.

—¿Quién?

—El hijo de Frol.

—¡Ah! ¿Por qué lo has traído?

Sus miradas se cruzaron. Al momento se comprendieron sin palabras. Ostrovnov fue el primero en apartar la vista. Cuando el otro le preguntó "¿Es de fiar?", movió la cabeza afirmativamente.

Polovtsev descolgó con gesto furioso su pelliza, sacó de

debajo de la almohada su revólver, recién limpio, y miró el tambor. El níquel de las balas lanzó un reflejo.

Mientras se abotonaba, mandó con voz neta, como en pleno combate:

—Coge un hacha. Llévanos por el camino más corto, ¿Cuánto se tarda a pié?

—Está cerca, ocho o diez casas...

—¿Tiene familia?

—Su mujer.

—¿ Vecinos ?

—De un lado está el granero, del otro el jardín.

—¿Y el soviet?

—Lejos de la casa...

—Bien. ¡En marcha!

Mientras que Ostrovnov iba a buscar el hacha a la leñera, Polovtsev, agarrando del codo a Timofei, le dijo en voz baja:

—¡Me obedecerás incondicionalmente! Cuando lleguemos allá, cambiando la voz dirás que vienes del soviet con un papel. Es preciso que él mismo abra la puerta.

—Ándese con cuidado, camarada... no sé como llamarle, yo no le conozco... Ese Joprov es fuerte como un buey. No cogiéndole de sorpresa, es capaz de matarle sin más que sus puños —dijo Timofei en tono desenfadado.

—¡Cállate! —le interrumpió Polovtsev, tendiendo la mano hacia Ostrovnov—. Dame eso. Guíanos.

Se colgó al cinto, ocultándola bajo la pelliza, el mango de fresno del hacha, que aún conservaba la humedad de la palma de Ostrovnov, y salieron.

Tomaron por el sendero sin decir palabra. Al lado del macizo cuerpo de Polovtsev, Timofei parecía un adolescente. El capitán andaba a zancadas. Timofei se esforzaba por distinguir su rostro en la oscuridad; pero ésta y el cuello levantado de la pelliza de Polovtsev se lo impedían.

Saltaron el seto y entraron en la era.

—Poned los pies exactamente donde yo, para que no quede más que una huella —dijo Polovtsev en voz baja.

Avanzaron sobre la nieve inmaculada, poniendo cada cual el pie donde el otro lo levantaba. Cerca del portillo del patio,

Ostrovnov se llevó la mano al costado izquierdo, y musitó con angustia.

—¡Señor!

Polotsev señaló la puerta:

—¡Llama!

Timofei, más bien que oírlo, adivinó la orden en sus labios. Dulcemente hizo sonar el pestillo y oyó en el mismo instante cómo los dedos del hombre desconocido del gorro blanco, que permanecía a la derecha de la puerta rompían y desgarraban con furia los broches de la pelliza.

Timofei llamó otra vez. Lleno de terror miró Ostrovnov a un perrito que salió del patio. Pero el animal, aterido de frío, dio un ladrido imperceptible, lanzó un aullido lastimero y se alejó hacia el cobertizo.

* * *

Joprov volvía a su casa con la frente preñada de cavilaciones. El paseo le calmó un poco. Su mujer le sirvió.

Después de comer sin apetito, dijo tristemente:

—De buena gana me comería ahora una sandía en escabeche. Ella sonrió.

—¿Para despejarte un poco, eh?

—No, hoy no he bebido nada. Mañana mismo voy a declarar a las autoridades que he servido en un destacamento de castigo. No puedo más.

—¡Hombre, vaya una idea! Pero te veo muy agitado hoy. ¿Tienes algún motivo?

Sin responder, Joprov daba tirones a sus espesos bigotes rojizos. En el momento de acostarse, dijo seriamente:

—Prepárame galletas como para un viaje. Voy a ponerme a la sombra.

Y después, sin escuchar las exhortaciones de su mujer, se quedó largo tiempo con los ojos abiertos, pensando: "Voy a denunciarme y a denunciar a Ostrovnov. ¡Qué los encierren también a esos pillos! ¿A mí qué pueden hacerme? ¡No van a fusilarme! Cumpliré mis tres años, iré a cortar leña a los Urales y volveré de allí limpio. Nadie podrá reprocharme mi pasado. Se acabó, ya no trabajaré para nadie por un pecado.

Diré francamente por qué me alisté con Ashitimov. Es muy sencillo: yo quería escapar del frente, a nadie le gusta exponer su cabeza a las balas. Que me juzguen. Hace ya tanto tiempo de eso, que tal vez no me traten muy severamente. ¡Lo diré todo! Yo no he fusilado a nadie. En cuanto a pegar... eso sí... He dado de latigazos a los cosacos desertores y también a algunos que llamaban bolcheviques... Yo entonces era un completo ignorante, no sabía el porqué ni el cómo de las cosas".

Se quedó dormido. Los golpes que dieron a la puerta interrumpieron pronto su primer sueño. Esperó. "¿Quién puede ser a estas horas?"

Llamaron otra vez. Todo malhumorado se levantó, echando reniegos. Quiso encender la lámpara, pero su mujer, María, que también se había despertado, cuchicheó:

—Me figuro que será para otra reunión. ¡No enciendas! Ya no puede uno estar tranquilo ni de día ni de noche... ¡Se han vuelto locos los muy malditos!

Joprov salió descalzo al zaguán.

—¿Quién es ?

—Soy yo, Nikita, vengo del Soviet.

Joprov experimentó algo parecido a la inquietud, una sombra de alarma y preguntó:

—¿Pero quién eres tú? ¿Qué quieres?

—Soy yo, Kuzhenkov, Nikolai. Te traigo un papel del presidente. Dice que tienes que venir inmediatamente al soviet.

—Échalo por debajo de la puerta.

Silencio que duró apenas un segundo... Bajo el bonete de piel blanca, una mirada imperiosa, amenazante, y Timofei, desorientado un momento, encontró la solución:

—Tienes que firmar. Vamos, abre.

Se oyeron los pasos impacientes de Joprov, que arrastraba por la tierra apisonada del zaguán sus pies desnudos. Luego sonó el cerrojo al descorrerse. En el marco de la puerta, la silueta de Joprov se destacó toda blanca, sobre un fondo oscuro. En este instante, Polovtsev avanzó el pie izquierdo sobre el umbral, blandió el hacha y con el reverso, golpeó a Joprov entre los ojos.

Como un buey al golpe de la maza, Joprov se desplomó de rodillas, y luego lentamente hacia atrás.

—¡Adentro! ¡Echad el cerrojo! —ordenó Polovtsev en un imperceptible susurro.

Sin soltar el hacha, busca a tientas la puerta de la alcoba. Cuando la encuentra la abre de par en par. Una voz de mujer, pregunta alarmada:

¿Has tirado algo, Nikita?... ¿Quién está ahí!

Polovtsev deja caer el hacha y se arroja con las manos extendidas hacia el lecho.

—¡Dios mío! ¿Quién? Socor...

Timofei, que se ha dado un golpe contra la jamba de la puerta, entra corriendo, y oye tumulto, gritos ahogados, en el rincón.

Polovtsev se ha arrojado sobre la mujer. Le aplasta una almohada contra la cara. Le ata las manos con una toalla. Sus codos resbalan sobre los pechos jadeantes de la mujer, cuyo esbelto torso cede bajo su peso. Polovtsev siente el calor de su cuerpo vigoroso, que trata de desasirse; siente los golpes acelerados de su corazón que late como el de un pájaro prisionero. Súbito, violento como una quemadura, se enciende en él el deseo, que no dura más que un segundo. Pero rugie y lleno de furia mete la mano bajo la almohada y desgarrar la boca de la mujer a viva fuerza. Bajo sus dedos corvos, el labio elástico se extiende, cede, se desgarrar. El dedo está bañado en sangre caliente, pero el grito sordo y prolongado de la mujer ha cesado: en la boca tiene una enagua, hundida hasta la garganta.

Polovtsev deja a Timofei cuidando de la mujer atada y vuelve al zaguán. Su respiración es ronca como la de un caballo atacado de muermo.

—¡ Un fósforo!

Ostrovnov enciende uno. A su pálida luz, Polotsev se inclina sobre Joprov, que está tendido boca arriba. El antiguo artillero, con las piernas absurdamente replegadas sobre su cuerpo, tiene la cara pegada contra el suelo. Todavía respira. Su ancho pecho convexo se levanta por sacudidas, y a cada respiración, el bigote se empapa en un charco rojo. El fósforo se apaga. Polovtsev tienta a oscuras, en la frente de Joprov, el sitio donde le ha golpeado. El hueso cruje bajo sus dedos. La hinchazón cubre el párpado del ojo izquierdo.

—Dejad que me marche... No puedo resistir la sangre... balbucea Ostrovnov.

La fiebre le hace temblar, las piernas se le doblan, pero Polovtsev, sin contestar, le ordena:

—Trae el hacha... Está ahí dentro, junto a la cama. Y agua. Con el agua Joprov recobra el sentido. Polovtsev le pone una rodilla sobre el pecho. Su voz es un murmullo que silba:

—¿Nos has denunciado, traidor? ¡Confiesa!... ¡Eh, tú, un fósforo!

El rostro de Joprov, su ojo medio abierto, se ilumina de nuevo durante unos segundos. La mano de Ostrovnov tiembla y hace temblar la minúscula llama. En el zaguán, sobre los manojos de cañas que penden del techo, oscilan manchas amarillentas. El fósforo, a punto de apagarse, le quema las uñas a Ostrovnov. Pero él no siente el dolor. Polovtsev repite dos veces la pregunta, luego se pone a retorcerle los dedos a Joprov. El herido gime, y de pronto da una vuelta y queda acostado sobre el vientre. Lentamente, penosamente, se encoge, se levanta. Polovtsev, que ya no puede más, trata de tirarlo otra vez de espaldas, pero el artillero, gracias a sus fuerzas de oso, logra ponerse en pie. Con la mano izquierda sujeta a Ostrovnov por la cintura, con la derecha agarra a Polovtsev por la garganta. El otro encoge entre los hombros el cuello, que Joprov busca con sus dedos fríos, y grita:

—¡Luz, luz!... ¡Maldita sea!... ¡Luz he dicho!

En la oscuridad sus manos no pueden encontrar el hacha. Timofei, asomando por la cocina, sin darse cuenta de lo que pasa, dice casi en voz alta:

—¡Eh, vamos!... Dadle un hachazo en las costillas y veréis si habla.

El hacha está en manos de Polovtsev. Con un esfuerzo prodigioso logra desasirse de Joprov y, con el filo del hacha esta vez, descarga un golpe, dos golpes. Joprov se desploma. Su cabeza da contra un banco. Un cubo cae al suelo. El ruido suena como una detonación.

Polovtsev, rechinando los dientes, acaba al hombre tendido en el suelo. Con el pie, busca la cabeza y golpea, golpea. Se oye el borboteo de la sangre. Polovtsev obliga a Ostrovnov

a entrar de nuevo en el cuarto, cierra la puerta tras él y dice a media voz:

—¡So gallina!... Coge a la mujer por la cabeza. Es preciso que sepamos si ha tenido tiempo de hablar. Tú, chico, sujétale las piernas.

Polovtsev se echa con todo su peso sobre la mujer atada. Huele a sudor. Articulando cada palabra, pregunta:

—Tu marido, cuando volvió de la reunión, ¿fue al soviet o a otra parte?

En la penumbra ve dos ojos enloquecidos de espanto, hinchados de lágrimas no derramadas, una cara tumefacta por la asfixia. Se siente mal, ansia salir de aquí al aire libre, aire, aire. Asqueado y lleno de odio, aprieta sus dedos tras las orejas de la mujer. Sacudida por un dolor espantoso, pierde un momento el conocimiento. Después, al volver en sí, escupe violentamente la mordaza empapada en saliva caliente, pero no grita, implora, con un débil murmullo jadeante:

—¡Piedad, piedad de mí! ¡Lo diré todo!

Cree vislumbrar a Ostrovnov. ¿No es compadre suyo? Han bautizado juntos, hace siete años, al hijo de su hermana. La infeliz mueve difícilmente, como una tartamuda, sus labios mutilados, desgarrados:

—¡Compadre, querido!... ¿Por qué?

Polovtsev, espantado, le cierra la boca con la palma de la mano.

Con sus labios sanguinolentos, intenta aún, en un sobresalto de esperanza, besar aquella palma. Quiere vivir. Tiene miedo.

—¿Fue tu marido a alguna parte? ¿Si o no?

Ella dice que no con la cabeza, Ostrovnov quiere sujetarle las manos a Polovtsev.

—Vuestra... Vuestra Alteza... Alexandr Anisímovich... No la toquéis... No la toquéis... La amenazaremos, no dirá nada... Nada... Nunca...

Polovtsev lo rechaza. Por primera vez en estos momentos difíciles, se enjuga con el dorso de la mano el sudor que le corre por la cara, y piensa: "Nos denunciará mañana mismo. Pero es una mujer, una cosaca... ¡Qué vergüenza

para un oficial! ¡Al diablo!... Voy a taparle los ojos para que no vea lo último..."

Le ata la camisa por encima de la cabeza. La mirada del hombre se detiene un momento sobre el bello cuerpo de esta mujer de treinta años que no ha tenido hijos. Está acostada de lado, con las piernas ligeramente dobladas, como un gran pájaro blanco abatido...

Polovtsev ve de pronto en la penumbra cómo sus senos desnudos y su vientre, comienzan a relucir cubriéndose inmediatamente de las emanaciones del sudor. "Ha comprendido por qué yo le tapaba la cabeza. ¡Al diablo!..."

Y, resollando, Polovtsev descarga el filo del hacha sobre la camisa que cubre el rostro.

Ostrovnov adivina el cuerpo de su comadre atravesado por una larga convulsión. El olor de la sangre fresca sube hasta sus narices... Tambaleándose llega hasta la estufa. Un terrible estremecimiento lo sacude, le revuelve dolorosamente las entrañas...

Sobre los escalones de la puerta, Polovtsev vaciló como ebrio y pegó los labios a la barandilla, cubierta por un polvillo de nieve, que empezó a sorber ávidamente. Franquearon el portillo.

Timofei se quedó atrás, tomó por la travesía, se dirigió hacia la música de un acordeón, que se oía hacia el lado de la escuela. La juventud se estaba divirtiendo. Timofei, dando pellizcos a las chicas, se abrió paso hasta el centro del círculo y pidió al músico que le prestara su instrumento. —Timofei —le dijo una muchacha—, tócanos el Zíngano, como tú sabes, con floreos.

Timofei, que estaba cogiendo el instrumento de las manos de su propietario, lo dejó caer... Se echó a reír, tendió de nuevo la mano y de nuevo lo dejó caer, no habiendo acertado a colocarse la correa en el hombro izquierdo. Sus dedos no le obedecían. Los agitó, se echó a reír y devolvió el instrumento.

—¡Ya la pescó!

—Fijarse, chicas ¿no parece que está borracho?

—Como que hasta se ha vomitado en la chaqueta. ¡Bonito se ha puesto!

Las muchachas se apartaron de Timofei. El propietario del acordeón limpió con aire de mal humor la nieve que cubría el fuelle y comenzó, sin seguridad ninguna, la canción del Zíngano.

Uliana Ajvatkina, la más alta de las chicas, "hecha para un soldado de la guardia", según decían en el pueblo, se puso a bailar, con los brazos en jarras, repiqueteando en el suelo con los tacones bajos de sus zapatos.

"Hay que quedarse aquí hasta el amanecer", pensó Timofei como si se tratara de otra persona. "Así, en caso de que se hagan pesquisas, nadie tendrá nada que decir."

Se puso en pie e imitando, esta vez con toda intención, los andares de un borracho, fue tambaleándose a descansar su cabeza sobre el caliente regazo de una muchacha que estaba sentada en el umbral de la escuela.

—Búscame los piojos, guapa...

Ostrovnov, con las entrañas vacías, verde como una hoja de col, apenas entró en la granja se dejó caer en el lecho y no volvió a levantar de la almohada la cabeza. Oyó a Polovtsev enjabonarse las manos, verter agua, resoplar, retirarse después a su cuarto. Hacia media noche, Polovtsev despertó .al ama de la casa:

—¿Tienes "vsvar", vieja? Dame un vaso.

Bebió (Ostrovnov, con la cabeza hundida en la almohada le miraba de reojo), cogió una pera cocida, le dio un mordisco, y se alejó envuelto en el humo de su cigarrillo, pasándose la mano por el pecho, gordo y liso como el de una mujer.

En su cuchitril, Polovtsev tendió los pies desnudos hacia los ladrillos todavía calientes. Le gusta calentarse de noche los pies retorcidos por el reumatismo. Este reumatismo lo atrapó el invierno de 1916, atravesando a nado el Bug, para servir con alma y vida a S. M. el Emperador y defender a su patria. Desde entonces, al capitán Polovtsev le gusta estar al calor, con los pies metidos en unas buenas botas de fieltro...

XIII

Durante la semana que había pasado en Gremiachi-Log, Davídov vio alzarse ante él, como una muralla, una multitud de problemas... Por la noche, cuando volvía del soviet o de la Dirección del koljós, instalado en la espaciosa casa de Borodín, paseaba largo rato por el cuarto, fumaba, leía Pravda y el Molot que el cartero le había traído. Sumido en sus reflexiones, pensaba en la gente de Gremiachi, en el koljós, en los sucesos del día. Como un lobo acorralado, intentaba escaparse del círculo de ideas ligadas al koljós; pensaba en su taller, en sus amigos, en su trabajo; se entristecía figurándose que muchas cosas habrían cambiado durante su ausencia; que no podría ya nunca pasarse noches enteras estudiando la disposición de un motor, para imaginar un nuevo método de transformar la caja de velocidades; se decía que otro estaría ahora trabajando en su torno, probablemente aquel Godschmidt que tenía siempre un aire tan seguro de sí mismo; que sin duda se habían olvidado de él, después de haber pronunciado, para despedir a los Veinticinco Mil, tantos discursos inflamados de entusiasmo.

Y de pronto su pensamiento volvía a Gremiachi, como si alguien, con gesto firme, hubiera hecho girar el conmutador para imponer una nueva corriente a su pensamiento. No era al salir para la aldea, tan ingenuo como hubiera podido creerse: pero la lucha de clases, con sus embrolladas madejas y sus infinitas triquiñuelas, no se la había figurado tan compleja como le pareció desde el primer día de su llegada a Gremiachi.

No acertaba a comprender de dónde venía aquella voluntad tenaz de casi todos los campesinos medios para negarse a entrar en el koljós, a pesar de las inmensas ventajas que ofrecía la explotación colectiva. No daba con la clave que le hubiera permitido conocer bien a muchas personas y sus relaciones entre ellas, Borodín, ayer guerrillero rojo, hoy kulak y enemigo, Timofei Borshev, un pobre, tomando

abiertamente la defensa de un kulak. Ostrovnov, agricultor inteligente, que conscientemente tendía al koljós, y la actitud de franca hostilidad que Nagulnov tenía para con él. Todos los habitantes de Gremiachi desfilaban por la imaginación de Davídov... Y había en ellos muchas cosas que Davídov no comprendía, como si estuviera cubierto por una especie de velo invisible, impalpable.

La aldea le parecía algo así como un motor complicado, de un modelo totalmente nuevo. Davídov reconcentraba su atención para estudiar todos los detalles, para percibir las menores fallas en la cotidiana, incansable e intensa palpitación de aquel ingenioso mecanismo.

El misterioso asesinato de Joprov y de su mujer le hizo presentir, en la máquina aquella, la actuación de un resorte secreto. Adivinaba confusamente un lazo de casualidad entre la muerte de este campesino pobre y la colectivización, elemento nuevo que asaltaba impetuosamente los carcomidos muros de la explotación parcelaria. La mañana en que se descubrieron los cadáveres de los Joprov, tuvo una larga conversación con Nagulnov y con Andrei. Estos se perdían igualmente en conjeturas. Joprov era un pobre; en otro tiempo había ido con los blancos. En la vida pública no intervenía, y permanecía imantado, no se sabía por qué extremo, al kulak Lapshinov. La teoría formulada por alguien, de que lo habían matado para robarle, era absurda, puesto que no se habían llevado nada: además de que en su casa no había nada que llevarse. Andrei eludió el problema.:

—Debe ser cuestión de faldas. Habría catado la mujer de otro, y eso será lo que le costó la vida.

Nagulnov callaba. No le gustaba hablar a la ligera. Pero cuando Davídov lanzó la hipótesis de que alguno de los kulaks podía muy bien estar complicado en el asesinato, proponiendo expulsarlos inmediatamente de la aldea, Nagulnov le apoyó resueltamente:

—¡Tiene que haber sido uno de ellos, no cabe duda! Hay que mandar a toda esa piara de marranos a los países fríos.

Andrei se encogió de hombros:

—Expulsarlos, sí, no queda otro remedio. Impiden a la gente entrar en el koljós. Pero no tienen la culpa de que a

Joprov le hayan matado. No era de los suyos. Claro que se las entendía con Lapshinov, no digo que no... Pero si trabajaba siempre en su casa, era forzado por la necesidad. No podemos echar la culpa de todo a los kulaks; eso, amigos, sería exagerar. Pensad de ellos lo que queráis, yo os repito que ahí anda una mujer por medio.

Del radio llegaron el juez de instrucción y el médico. Se hizo la autopsia a los cadáveres, los vecinos de Joprov y Lapshinov fueron interrogados. Pero el juez no consiguió dar con el cabo que hubiera permitido descubrir a los culpables y las causas del asesinato.

El día siguiente, 4 de febrero, la asamblea general del koljós decidió por unanimidad la expulsión de las familias kulaks del Cáucaso Septentrional. La asamblea confirmó la elección, por sus mandatarios, de un consejo administrativo del koljós, en el cual entraban Ostrovnov (cuya candidatura fue calurosamente sostenida por Davídov y Andrei, a pesar de las objeciones de Nagulnov), Liubishkin y Ushakov. Menok salió también elegido, aunque no fácilmente. Davídov, el quinto candidato, pasó sin discusión. Esta elección fue facilitada por un papel, enviado la víspera por la Unión Agrícola, en el cual se decía que el comité de Radio, de acuerdo con aquella, apoyaba para la presidencia del consejo administrativo del koljós, la candidatura del camarada Davídov, delegado del comité.

La asamblea general discutió largamente el nombre que debía darse al koljós. Por fin Andrei pronunció un verdadero discurso.

—Yo rechazo el nombre de Cosaco Rojo... Es un nombre muerto y comprometido. Antiguamente, para meter miedo a los chicos, los obreros los amenazaban diciéndoles que venía el cosaco. Yo propongo, queridos camaradas, y ahora compañeros del koljós, que demos al camino que ha de llevarnos al socialismo, a nuestra explotación colectiva, el nombre del camarada Stalin. Todos sabemos que siempre ha marchado de frente, sin torcerse a un lado ni a otro, y que nosotros le seguimos en avalancha hacia ese socialismo que tan caro nos es a todos, por el cual hemos olvidado nuestra juventud y hemos empapado nuestras manos en nuestra propia sangre y en la sangre de los demás, sin perdonar

nada. Estaba visiblemente emocionado, la cicatriz de su frente enrojecía. Durante un segundo, sus ojos llegaron a empañarse, pero se rehizo, y con voz más dura prosiguió:

—¡Hagamos votos, queridos hermanos, porque nuestro camarada Stalin, viva y dirija largo tiempo! Yo propongo que nos levantemos y nos descubramos en su honor. El

auditorio se puso en pie: calvas descubiertas que relucen, alborotadas pelambreras de distintos colores.

—Debemos, sí, llevar su nombre —continuó Andrei. Y además, voy a contaros un hecho verídico. Cuando defendíamos a Tsaritsin, yo mismo he visto y oído, en primera línea, al camarada Stalin. Estaba entonces con Voroshilov en el Consejo Militar Revolucionario: iba de paisano, pero os garantizo que sabía lo que tenía entre manos, ya lo creo. Durante la revista, en la línea de fuego, venía a hablarnos, a nosotros combatientes, sobre la firmeza y...

—Te apartes de la cuestión, Andrei —interrumpió Davídov.

—¿Sí? Entonces no he dicho nada, pero insisto firmemente en el nombre que propongo.

—Todo eso es muy conocido. Yo estoy también porque demos el nombre de Stalin a nuestro koljós... Pero, ya lo sabéis, es un nombre que obliga —repetía Davídov—. ¡No hay que deshonrarlo! Tendremos que ganar en velocidad a todos los demás.

—En eso estamos radicalmente de acuerdo —dijo el viejo Chukar.

—¡Sin duda! —prosiguió Andrei, con una sonrisa—. Queridos camaradas, como presidente del soviet declaro que no puede encontrarse para el koljós mejor nombre que el del camarada Stalin. Yo por mi parte pondría ese nombre a todos los koljoses. Nuestro Partido Comunista está tan firme y compactamente agrupado en torno al camarada Stalin, y tanto le quiere, que realmente no podría encontrarse un nombre mejor. Y ahora os diré que, el año 19, cerca de la aldea de Topolka, yo vi a nuestra infantería roja apoderarse del dique del Tsulima, cerca del molino...

—Bueno, ya sales otra vez con tus recuerdos —dijo Davídov fastidiado—. Preside la reunión como se debe y al grano, al grano.

—Pido mil perdones... ¡ Votad ciudadanos! Pero cuando piensa uno en las cosas de la guerra, creedme, se siente una comezón... Tiene uno tal gana de contar cosas...
Andrei sonriendo con aire culpable se sentó.
Quedó decidido por unanimidad que se daría al koljós el nombre de Stalin.

* * *

Davídov seguía viviendo en casa de los Nagulnov. Dormía sobre un cofre separado de la cama de los esposos por una cortinilla de indiana. El primer cuarto lo ocupaba la dueña de la casa, una viuda sin hijos. Davídov se daba cuenta de que molestaba a Nagulnov, pero la actividad febril y las preocupaciones de los primeros días no le habían dejado respiro para buscar un alojamiento.

Lushka, la mujer de Nagulnov, estaba siempre muy atenta con Davídov, pero éste, desde que supo por el mismo Nagulnov que era amante de Timofei Damaskov, el hijo del Desgarrado, no podía ocultar su aversión hacia ella y se sentía violento en aquella casa.

Por la mañana, Davídov, sin meter baza en la conversación, miraba frecuentemente a Lushka con el rabillo del ojo. No tendría más de veinticinco años. Sus mejillas ovales estaban cubiertas de diminutas pecas, y este abigarramiento recordaba un huevo de urraca. ¡Pero qué singular belleza, atractiva e impura, en sus ojos negros como el betún, en todo su cuerpo esbelto y un tanto flaco! Sus cejas suaves y redondas estaban siempre un poco levantadas, como si continuamente estuviese esperando una noticia buena. Sus labios lustrosos, que no cubrían por completo la herradura bien soldada de sus dientes, guardaban en las comisuras una sonrisa siempre dispuesta a dilatarse. Solía andar balanceando los hombros, como si tuviera miedo de que alguien le hiciera por detrás alguna travesura, de que alguien estrechara en un abrazo sus esbeltas espaldas de muchacha. Vestía como todas las cosacas de Gremiachi, iba tal vez un poco más limpia.

Una mañana temprano, Davídov, a través de la cortina oyó a Nagulnov que decía:

—Tengo unas ligas en el bolsillo de mi pelliza. ¿Se las encargaste tú a Semión? Llegó ayer de la ciudad y me ha dicho que te las dé.

—¿De veras, Makar?

La voz de Lushka, todavía cálida de sueño, se estremeció de gozo...

Saltó de la cama en camisa, corrió hacia la pelliza de su marido, colgada de un clavo y sacó de un bolsillo no unas ligas ordinarias, que aprietan los muslos, sino unas ligas como se llevan en la ciudad, azules, prendidas a una faja.

Davídov la vio reflejada en el espejo: estaba de pie, probándose la nueva adquisición y alargando su cuello delgado de muchacha para mirarse la pierna finamente torneada. Davídov veía en el espejo cómo sonreían sus ojos súbitamente animados y el ligero rubor que coloreaba sus mejillas pecosas. Mientras admiraba la media negra, bien tirante sobre su pan-torrilla, se volvió hacia Davídov y, en el escote de la camisa, sus senos bronceados, firmes y puntiagudos, separados hacia abajo como las tetas de una cabra, se estremecieron. Vio a Davídov por encima de la cortina, se tapó el cuello con la mano izquierda y, sin volverse, continuó sonriendo. Sus ojos entornados decían sin el menor azoramiento: "¡Mira que hermosa soy!"

Davídov se dejó caer otra vez sobre su baúl, haciéndole crujir. Estaba todo rojo.

—¡Demonio! A lo mejor va a creer que la espiaba —dijo para sí, echándose hacia atrás el pelo de un negro brillante con la mano—. Y ahora va a pensar que me gusta...

—Al menos delante de un extraño no debías pasearte en cueros, gruñó malhumorado Makar al oír el confuso carraspeo de Davídov.

—No se ve.

—Sí, se ve.

Davídov tosió detrás de su cortina.

—Bueno, mejor. Que me mire todo lo que quiera —dijo Lushka indiferente, metiéndose la falda por la cabeza—. Y no hay extraño que valga, Makar. Extraño hoy, mañana mío, como yo quiera.

Se echó a reír y, de un salto, se metió otra vez en la cama.

—¡ Tú eres bueno como un santo! Nunca haces nada malo, nunca... ¡Un verdadero corderito!...

No habían apenas traspasado la puerta de la calle, después del desayuno, cuando Davidov le dijo a su amigo:

—¡Vaya una mujercita que tienes! —Eso a ti no te importa —contestó el otro en voz baja, sin mirar a Davidov.

—No, a quien te importa es a ti. Yo me mudo de casa hoy mismo. Me subleva veros a los dos así. ¡Un hombre de combate como tú, dejarse dominar por tal mujer! Tú mismo me has dicho que se acostaba con Timofei, el hijo del Desgarrado.

—¿Entonces, qué? ¿Según tú, debería pegarle?

—Pegarle no, pero influir sobre ella. Te lo diré francamente: yo soy comunista, pero en cuanto a eso tengo los nervios delicados. ¡La hubiera mandado a paseo! Hombre, te desacredita ante la masa, y tú no dices ni pío. ¿Dónde pasa las noches? Cuando volvemos de las reuniones, no está nunca en casa. Yo no me meto en vuestros asuntos particulares...

—¿Estás casado?

—No. Y ahora que he visto tu vida conyugal, me quedaré soltero hasta el fin de mis días.

—La mujer para ti es como una propiedad.

—¡Vete al demonio, anarquista abortado! Propiedad, propiedad ... Todavía existe, ¿verdad? ¿Entonces por qué intentas abolirla? ¿Existe la familia? Y tú... Tú fomentas el libertinaje, la tolerancia. Voy a plantear la cuestión en la célula. El campesino debe tomar ejemplo de ti. ¡Sí, bonito ejemplo!

—Muy bien, la mataré.

—¡ Qué disparate!

—Mira, escucha —rogó Nagulnov parándose en medio del camino—. No te metas en este asunto... Yo lo arreglaré, ya verás... Pero ahora tengo otras cosas que hacer. ¡Y que esto no es de ayer sabes! Pero he aprendido a llevarlo con paciencia. Esperaré todavía algún tiempo, y después... Es que la tengo aquí, en el corazón, qué quieres... Si no hace tiempo ya que...

Y para cambiar la conversación:

—¿Adonde vas? ¿Al soviet?

—No, voy a casa de Ostrovnov. Tengo ganas de verlo en su propia granja y charlar con él. Es un campesino muy avisado. Debíamos nombrarle administrador del koljós. ¿Qué dices a eso? Necesitamos un administrador, y uno que sepa hacer sonar cada copek como un rublo. Ostrovnov me parece que es de esos.

Nagulnov hizo un gesto de contrariedad.

—¿Siempre el mismo estribillo! ¿Entonces vosotros, Andrei y tú no sabéis ya arreglaros sin él? El koljós lo necesita como a un arzobispo... Yo me opongo. Conseguiré su expulsión del koljós. Dos años seguidos hubo que imponerle una sobrecarga a ese cochino ricacho... Antes de la guerra era un kulak, y nosotros ahora vamos a hacerle subir...

—Ostrovnov es un campesino inteligente. ¿Entonces, según tú, yo defiendo a un kulak?

—Hombre, si no le hubiéramos cortado las alas, ya hace tiempo que sería un verdadero kulak.

Se separaron sin haberse puesto de acuerdo, muy descontento el uno del otro.

XIV

Febrero...

Los fríos muerden, agrietan la tierra. El sol se levanta en una blanquecina incandescencia helada. Allí donde los vientos han lamido la nieve, la tierra cruje ruidosamente por la noche. Los túmulos de la estepa están surcados de grietas sinuosas, como los melones demasiado maduros., Detrás de la aldea, los campos cubiertos de nieve despiden reflejos deslumbrantes. Los álamos, más allá del río, parecen cincelados en plata.

Por las mañanas, de las chimeneas de las casas se alzan en filas, cañones anaranjados y rectos de humo. Y en la era, la paja de las espigas de trigo, a causa del frío, recuerda con su aroma al agosto azul, al ardiente hálito del viento seco, al cielo de verano.

Vacas y bueyes vagan dentro de los fríos cercados hasta el alba. Al amanecer no se encuentra ni una sola brizna de hierba en los pesebres. Los corderos y los cabritillos se guardan en la casa: mujeres medio dormidas les llevan de noche a sus madres, y luego vuelven a traerlos, entre los pliegues de sus faldas, al calor humoso de los interiores. De la lana rizada de los cabritillos se desprende un perfume sutil de aire puro de invierno, de heno cortado, de dulce leche de cabra.

La nieve en el camino es gruesa como sal, granulosa y quebradiza. Las medianoches son tan silenciosas, el cielo helado parece tan abandonado en medio del polvo centelleante de las estrellas, que pudiera creerse que la vida había abandonado al mundo.

Pasa un lobo, por la estepa azul, sobre la nieve intacta. Sus patas alfombradas no dejarán huellas en la inmensidad blanca, y allí donde sus garras arrancan un trocito de tierra helada, queda solamente un rasguño diamantino.

Por la noche, si una yegua preñada relincha de pronto, sintiendo afluir la leche a sus mamas de terciopelo, su relincho se oye varias veristas a la redonda.

Febrero...

El silencio azul antes del alba.

La Vía Láctea desierta palidece.

En las ventanas oscuras de las casas flamean resplandores rojos: son los reflejos de los hornos que se encienden.

Un pico hace tintinear el hielo frágil del río.

Febrero...

Ostrovnov ha despertado a su mujer y a sus hijos antes del alba. Han encendido el horno. Semión, el hijo de Ostrovnov afila los cuchillos en una piedra de afilar. El capitán Polovtsev ha sujetado cuidadosamente con una banda sus medias de lana y se ha puesto unas botas de fieltro.

Se dirigen los tres al aprisco.

Ostrovnov tiene dos cabras y diecisiete ovejas. Semión sabe cual de ellas debe ser cubierta, cual otra está ya parida. Escoge a los carneros y a las ovejas, los mete uno a uno en el establo caliente. Polovtsev, con su gorro de piel blanca encajado hasta los ojos, agarra a un carnero por la fría espiral de sus cuernos, lo derriba en tierra y, tumbándose sobre él, le corta el pescuezo, de donde brota un arroyo de sangre negra.

Ostrovnov es un hombre práctico. No quiere que la carne de sus carneros sirva para alimentar, en el comedor de alguna fábrica, a los obreros o a los soldados rojos. Estos carneros son de los soviets. Pero los soviets, durante diez años, lo han oprimido de impuestos y contribuciones, impidiéndole redondear sus negocios, vivir con holganza. El Poder soviético y él son dos enemigos jurados. Iakov Lukich ha tendido toda su vida a la riqueza como un niño al fuego. Ya en vísperas de la revolución comenzaba a prosperar, pensaba meter a su hijo en la escuela de alumnos - oficiales de Novocherkask. Tenía el proyecto de montar una almazara. Había ahorrado ya algún dinerillo, contando emplear a tres trabajadores, y su corazón desfallecía ante esta visión milagrosa. Soñaba con abrir un pequeño comercio, con adquirir el molino abandonado de un terrateniente que no había tenido fortuna... Se veía entonces, en sueños, no ya vestido con sus anchos calzones de piel del

diablo, sino luciendo un traje de buen paño, con su cadena de oro cruzada sobre el abdomen, y las manos sin callos, blancas y suaves después de haber perdido, como la serpiente la piel, sus uñas negras de suciedad. El hijo estaría ya hecho un coronel, y se habría casado con una señorita instruida. Ostrovnov iría un día a buscarlo a la estación, no en carricoche, sino en auto, como el propietario Novapavlov...

¡Qué no habría soñado en aquellos tiempos inolvidables, cuando la vida brillaba y crujía entre sus dedos, como un billete de banco!

Sopló el viento glacial de la revolución, produciendo inauditos trastornos, y la tierra tembló bajo los pies de Ostrovnov, que sin embargo no perdió la cabeza. Supo discernir de lejos, con su lucidez y astucia acostumbradas, la proximidad del mal tiempo. Sin que sus vecinos ni las gentes de la comarca se diesen cuenta, liquidó apresuradamente gran parte de sus bienes... Vendió su máquina de vapor comprada en 1916, enterró en un cofrecillo treinta piezas de oro de diez rublos y una bolsa de cuero llena de monedas de plata. Vendió lo que le sobraba de ganado; redujo sus sembrados. Se preparó. La revolución, la guerra, los frentes de batalla habían pasado sobre él como un negro torbellino pasa sobre las hierbas de la estepa. Se dobló, claro que se dobló, pero resistió sin quebrarse ni derrumbarse. La tempestad sólo arranca los álamos y los robles; las hierbas y las verbenas se inclinan, se doblan hasta el suelo, para enderezarse otra vez inmediatamente. ¡Sólo que Ostrovnov no podía ya "enderezarse"! Y por eso estaba en contra del Poder de los soviets; por eso vivía, triste como un buey castrado, sin la alegría embriagadora del trabajo creador. Por eso Polovtsev le atraía más que su misma mujer, le era más querido que su propio hijo. ¡Oh, marchar con él para rehacer la vida que, antaño, brillaba y crujía entre sus dedos como un brillante billete de cien rublos, o bien, renunciar a la vida!

Por eso Ostrovnov, miembro del consejo de administración del koljós Stalin de Gremiachi, degollaba catorce carneros. "Antes echárselos a ese perro negro que, a los pies del capitán Polovtsev lamía ávidamente la sangre negra y hu-

meante, que entregarlos al aprisco colectivo, para que engorden, se multipliquen y nutran al poder enemigo", pensaba Ostrovnov.

El capitán Polovtsev, hombre instruido, tenía mucha razón al decir: "¡El ganado, hay que degollarlo! ¡Hay que hacer vacilar la tierra bajo los pies de los bolcheviques! ¡Que los bueyes perezcan por falta de cuidado! Ya encontraremos otros cuando nos aleemos con el poder. Nos los enviarán de América y de Suecia. ¡Sitiaremos a los bolcheviques por hambre, los aniquilaremos con la destrucción y la rebeldía! No te preocupes por tu yegua, Ostrovnov... Es hasta mejor que los caballos sean socializados... Para nosotros resultará cómodo y ventajoso... Cuando, una vez rebelados, ocupemos las aldeas, será más sencillo sacarlos de las cuadras comunes que ir a buscarlos de casa en casa..."

¡Palabras de oro! ¡El capitán Polovtsev tiene la cabeza tan firme como las manos!

Ostrovnov se quedó un momento en el cobertizo, mirando a Polovtsev y a Semión, que estaban despellejando los carneros colgados de una viga. Una linterna iluminaba claramente los vellones blancos. La operación de despellejar era fácil. Ostrovnov contemplaba a un carnero degollado, que pendía con el cuello para abajo, y con la piel vuelta hasta el ombligo. Sus ojos tropezaron con la cabeza negra, tirada junto al cubo, y sintió un estremecimiento, como si le hubieran dado un golpe en el hueco de las rodillas. Se quedó pálido.

En el ojo amarillo del animal, en su pupila enorme todavía no empañada, vivía aún el horror de la muerte. Ostrovnov se acordó de la mujer de Joprov, de su terrible tartamudeo: "¡Compadre, querido!... ¿Por qué?"

Ostrovnov miró con asco la carne de un color lila-rosado, los haces de músculos. Como entonces, el áspero olor de la sangre le dio náuseas, le hizo vacilar.

—¡No puedo soportar la carne, Señor! —dijo apresurándose a salir—. No puedo ya ni siquiera olerla.

—¿Por qué diablos has venido? ¡Nos arreglaremos sin ti, remilgoso! —contestó Polovtsev con una sonrisa.

Y con sus dedos sanguinolentos, que apestaban a grasa de carnero, lió un cigarrillo.

Terminaron con el tiempo justo para el almuerzo. Los carneros degollados fueron suspendidos en el cobertizo. Polovtsev se encerró en su cuartucho: de día no salía nunca. Le llevaron una sopa de coles con trozos de carnero y torreznos. Apenas la nuera regresó con la escudilla vacía, la puerta del cercado rechinó.

—¡Padre! ¡Es Davídov! —gritó Semión que fue el primero en verle.

El padre se puso más pálido que la harina. Davídov, ya en el zaguán, se estaba sacudiendo la nieve de los zapatos. Tosía ruidosamente, andaba con pie firme, levantaba los pies con seguridad.

"Estoy perdido", pensó Ostrovnov. "Con sólo verle andar, a ese perro, comprende uno que se cree amo de toda la tierra. ¡No parece sino que está en su casa! De seguro me viene a detener por lo de Joprov... ¡Estoy perdido! ¡Debe saberlo todo, el muy bribón!"

Llaman a la puerta. Una voz enronquecida de tenor:

—¿Se puede?

—Adelante...

Ostrovnov quería hablar alto, pero su voz se deshizo en un murmullo.

Davídov esperó un momento y abrió la puerta. Ostrovnov no se levantó de la mesa. No podía... Hasta tuvo que levantar sus pies trémulos, para que no se oyera el ruido de sus talones, que temblaban contra el suelo.

—¡Buenos días, patrón!

—¡Buenos días, camarada! —respondieron a un tiempo Ostrovnov y su mujer.

—Está helando.

—Sí, hace frío.

—Pero el trigo, al menos, no se helará ¿eh?

Davídov se metió la mano en el bolsillo y sacó de él un pañuelo negro como el hollín, y lo escondió en el puño para sonarse.

—Pase, pase, camarada —decía Ostrovnov persuasivo.

"¿Pero a qué viene asustarse de esa manera? ¡Qué hombre más raro!" pensaba Davídov, asombrado de verle palidecer, moviendo trabajosamente sus labios temblorosos.

—Bueno, ¿qué dices del trigo?

—No, no debía helarse... Está bien cubierto... En los sitios donde el viento ha soplado la nieve, pudiera ser...

"Comienza por el trigo, para decir después: ¡Andando! ¿No habrán denunciado a Polovtsev? ¿Tal vez un registro?", pensaba Ostrovnov.

Poco a poco iba reponiéndose del susto. La sangre se le subió de golpe a la cara. El sudor le brotó de todos los poros, perló su frente, corrió por sus bigotes grises, por su barba erizada.

—Bienvenido, pase al cuarto grande.

—He venido para hablar contigo, ¿cómo es tu patronímico?

—Iakov, hijo de Luka.

—¿Iakov Lukich? Pues bien, Iakov Lukich, tú, en la reunión del koljós, has hablado muy bien, muy sensatamente. Claro que tienes razón en decir que el koljós tiene también necesidad de máquinas complicadas. Pero en cuanto a la organización del trabajo, en eso sí que te has equivocado... Pensamos designarte para el puesto de administrador. He oído hablar de ti, como de un labrador instruido...

—...Pero no se quede ahí, camarada. Gasha, calienta el samovar. ¿O no querría usted tomar un platito de sopa? ¿Una raja de sandía en escabeche? Vamos, entre. Nos lleva usted a una vida nueva...

Ostrovnov se ahogaba de contento; le parecía que le habían quitado una montaña de encima del pecho.

—Sí, yo he trabajado como labrador perito, es verdad lo que dice usted... He querido apartar a nuestros vecinos ignorantes, de las viejas rutinas de nuestros abuelos... ¿Cómo labraban? ¡Saqueando la tierra! Tengo una carta de felicitación del distrito... Semión, trae la carta con el marco. No, déjalo, iremos nosotros.

Ostrovnov condujo al visitante hacia la sala grande, no sin haber guiñado el ojo a Semión. Este comprendió en seguida y fue al pasillo a cerrar el cuarto de Polovtsev. El miedo le sobrecogió: la habitación estaba vacía. Entonces fue a la sala. Polovtsev, con sus medias de lana, estaba en pie detrás de la puerta. Hizo una seña a Semión para que se marchase

y pegó al tabique su oreja nerviosa, erguida como la de una fiera. "No tiene miedo de nada, este demonio", pensó Semión al alejarse.

La gran sala estaba deshabitada en invierno. Cada año amontonaban en un rincón, sobre el suelo pintado, las semillas de cáñamo. Cerca de la puerta, había un cubo con manzanas maceradas. Polovtsev se sentó en el borde del cubo. Oía cada palabra de la conversación. Una claridad rosa, crepuscular, entraba por las ventanas cubiertas de escarcha. A Polovtsev se le enfriaban los pies, pero continuaba sentado, sin moverse, escuchando ávidamente, con el corazón encogido de odio, la vocecilla ronca de su enemigo, de quien solamente la puerta le separaba. "Ah, bribón, te has puesto ronco en tus mítines ... Yo te he... ¡Ah! Si fuera posible, ahora mismo..." Polovtsev apretaba los puños contra su pecho. Las uñas se le clavaban en las palmas.

Y detrás de la puerta: —Lo que yo digo, querido director del koljós, es que no sirve para nada trabajar a la moda de antes. Así, por ejemplo, el centeno, ¿por qué se le deja helar de modo que una hectárea no da más que veinte puds a lo sumo?... Y ya es mucho, porque hay quien no recupera ni la semilla. Mis espigas, en cambio, son tan espesas, que a través de ellas no se puede pasar. A veces, montaba yo en la yegua, y figúrese que juntaba las espigas por encima del arzón. ¡Espigas que no cabrían en la mano! Todo porque yo conservaba la nieve, porque le daba de beber a la tierra. Hay ciudadanos que cortan el girasol de raíz, por avaricia... Así tendremos para combustible, dicen... No se les ocurre que, cortando solamente la cabeza de los girasoles, los tallos retienen la nieve, no la dejan resbalar hasta las barrancas, y el viento apenas si puede pasar a través... En primavera, esa tierra valdrá más que cualquier labranza que se haya hecho en otoño... Pero si no se retiene la nieve, entonces, qué diantre, se derrite en menos de nada y se convierte en agua de borrajas que no aprovecha al hombre ni a la tierra.

—Efectivamente, es cierto.

—¡No en vano, camarada Davídov, me ha concedido nuestro bendito Poder soviético un certificado de elogio... Yo sé,

como y porqué... Los agrónomos, a veces pueden equivocarse, pero hay mucha verdad en su ciencia. Un ejemplo: yo estaba suscrito a una revista de agricultura. Tenían allí, en la revista esa, a uno de esos hombres instruidos, de esos que enseñan a los estudiantes... Bueno, pues escribía que el trigo no se huela, sino que parece porque la tierra desnuda, que no está cubierta de nieve, se agrieta y rompe al agrietarse la raíz de las espigas.

—¿Ah, sí? No sabía.

—Y es verdad lo que escribe. Yo estoy de acuerdo con él. Hasta he hecho una prueba para convencerme. Cavo un poco, ¿y qué veo? Todas las raicillas, delgadas como un pelo, las mismas por donde el grano chupa la sangre de la tierra, rotas, desgarradas. El grano, que no tiene ya de qué alimentarse, muere. Cortarle las venas al hombre... ¿podrá vivir? Pues lo mismo pasa con el grano.

—Tienes razón, Iakov Lukich, hay que conservar la nieve. Déjame esas revistas agronómicas, que les eche un vistazo. "¡De poco te va a servir! Para lo que te queda de vida...", pensaba Polovtsev sonriendo.

—Y luego en otoño, ¿cómo se retiene la nieve? Hay que sujetarla con vallas. Yo me inventé un vallado de ramas secas. Es necesario, además, combatir las arroyadas que nos hacen perder más de mil hectáreas por año.

—Muy verdad es eso. Pero lo que yo quisiera saber es cómo calentaríamos los establos. Que no salga caro, pero al mismo tiempo algo que esté bien.

—¿Los establos? Yo me encargo. Lo primero es que las mujeres embadurnen los cañizos. Si no hay con qué, pondremos estiércol entre dos filas de empalizadas.

—Bien, bien... ¿Y para el remojo de las semillas?

Polovtsev quiso instalarse mejor en su cubo, pero la cobertera resbaló y cayó al suelo con estrépito. Sus dientes rechinaron cuando oyó a Davíдов preguntar:

—¿Qué se ha caído por ahí ?

—Debe ser el gato que hace alguna de las suyas. Este cuarto, en invierno, lo tenemos deshabitado. Venga, voy a enseñarle un cáñamo de primera calidad. Me lo han traído de encargo. Todo el invierno lo guardamos en esta sala. Entre.

Polovtsev se precipitó hacia la puerta del pasillo. Esta, que estaba cuidadosamente untada con grasa de ganso, no rechinó, dejándolo pasar sin el menor ruido...

Davíдов salió de casa de Ostrovnov, con un paquete de revistas bajo el brazo, contento de su visita y más convencido que nunca de la utilidad de Ostrovnov para el koljós.

"Con hombres como éste cambiaríamos el pueblo en un año. ¡Qué cabeza la de este mujik! ¡Y, además, le gusta la lectura!-Lo que es de administración y de labores, vaya si sabe. No comprendo porqué Nagulnov lo mira de través. No cabe duda de que al koljós le prestará grandes servicios", pensaba Davíдов dirigiéndose hacia el soviet.

XV

Fue como si Ostrovnov hubiera dado la señal. La gente de Gremiachi empezó a matar ganado todas las noches. Tan pronto anochece se oía el balido ahogado de una oveja, el gáñido agónico de un cerdo degollado, el mugido breve de una ternera. Tanto los campesinos individuales, como los que habían entrado en el koljós, daban muerte a sus animales: Bueyes, ovejas, cerdos, hasta vacas, no había piedad para ninguno. Se mataban incluso los animales reservados para la reproducción... En dos noches el ganado de Gremiachi quedó reducido a la mitad. Los perros arrastraban los despojos por los caminos; los graneros y los cobertizos se llenaban de carne. En dos días, la cooperativa despachó unos treinta quintales de sal, mercancía que llevaba en depósito dieciocho meses.

"¡Matemos el ganado! Ya no es nuestro". "Matemos el ganado, de todos modos nos lo cogerán para el aprovisionamiento de carnes." "Matemos a nuestros animales, porque en el koljós no tendremos ni un bocado de carne que llevarnos a la boca." Tales eran los rumores que se extendían por la aldea.

La gente se atracaba de carne. Todos, desde el más joven hasta el más viejo, tenían indigestiones. A la hora de la comida las mesas se curvaban bajo el peso de asados y guisotes. Los comensales, con la boca sucia de grasa, regoldaban como durante las cenas en conmemoración de los muertos. Una embriaguez de saciedad empañaba los ojos.

El viejo Chukar fue uno de los primeros en matar una ternera. Con ayuda de su cónyuge, intentó colgar de una viga al animal, para que fuera más fácil despellejarlo. Se esforzaron durante mucho tiempo y en vano. La ternera pesaba demasiado, y la mujer se hizo daño en los riñones cuando trataba de levantar al animal. Durante toda una semana tuvo que venir una curandera para aplicarle en la espalda un marmita caliente.

Al otro día por la mañana, Chukar se hizo él mismo la comida y, fuese por la pena que le daba su vieja, fuese por simple glotonería, devoró tal cantidad de pechuga de ternera cocida que durante varios días se vio en la imposibilidad de salir de casa y hasta de abrocharse los pantalones. A cada momento, a pesar del frío, desaparecía entre los girasoles plantados detrás del cobertizo. Los que pasaban al lado de su casucha medio derruida, veían a veces el peludo gorro del viejo, inmóvil en "medio de los altos tallos de los girasoles. Luego Chukar salía de su escondrijo y se iba hacia su casa, sosteniéndose con ambas manos el pantalón desabrochado y sin mirar a la callejuela. Llegaba hasta la puerta, arrastrando a penas los pies, cuando de pronto, como acordándose de una cosa urgente, volvía apresuradamente a los girasoles. Su gorro de piel reaparecía, inmóvil e imponente por encima de las zarzas. ¡Y con el frío que hacía! El viento arremolinaba la nieve en la huerta, formando en torno del viejo montones blancos y puntiagudos.

La tarde del segundo día, Andrei, enterado de que la matanza del ganado tomaba un carácter general, corrió a casa de Davidov:

—¿ Descansas ?

—Leo.

Davidov tenía en la mano un libro de cubierta amarilla. Dobló la página que estaba leyendo y sonrió pensativo:

—¡Este sí que es un libro! ¡No lo puede uno soltar! — dijo echándose a reír, abriendo la boca mellada y separando mucho los brazos.

—¡Tú leyendo novelas! ¡O versos! Y mientras tanto en el pueblo...

—¡Imbécil! ¡Novelas! ¡Versos, dices!

Davidov, sin parar de reír, hizo sentarse a Andrei frente a sí, en una banqueta, y le puso el libro entre las manos.

—Es el informe de Andreiev a los militantes comunistas de Rostov. ¡Vale por diez novelas, no te digo más!... Me he puesto a leer, y hasta de comer me he olvidado... Y lo malo, demonio, es que a esta hora todo estará frío...

En la cara cetrina de Davidov se dibujó un gesto de mal-

humor y de hastío. Se puso en pie, se dio un tirón a los pantalones, que le estaban algo cortos, y se dirigió a la cocina.

—¿Pero quieres oírme? —gritó Andrei furibundo.

—¡Cómo no, hombre! En seguida.

Davídov trajo de la cocina una escudilla llena de sopa de coles ya medio fría. Se metió en la boca un enorme cacho de pan, y empezó a mascar moviendo mucho los carrillos. Callado fijó sus ojos grises, fatigados, medio ocultos entre las pestañas, en Andrei. Sobre la sopa se habían cuajado unos círculos amarillentos de grasa, entre los cuales flotaba una cáscara de pimienta, brillante como una llama.

—¿Es de carne la sopa? —preguntó pérfidamente Andrei, apuntando hacia la escudilla su índice manchado de tabaco.

Davídov, medio atragantándose, dijo que sí con la cabeza, sonriendo con satisfacción.

—Y la carne, ¿de dónde es?

—No sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque han matado en el pueblo la mitad del ganado.

—¿Quién?

Davídov empezó a dar vueltas y más vueltas a un pedazo de pan que tenía entre los dedos, y al fin lo soltó.

—¡Diablos! (la cicatriz que Andrei tenía en la frente se puso amoratada). ¡Vaya un presidente del koljós!... ¿Quién? Tus mismos koljosianos. Y los individuales también. ¡Se han vuelto locos! No perdonan nada, y hasta, fíjate si es canallada, ¡hasta matan los bueyes de labor!....

—Tienes la maldita costumbre de... vociferar como en pleno mitin —dijo Davídov sonriendo y volviendo a su sopa de coles—. Vamos, explícame la cosa tranquilamente, sin sulfurarte... ¿Quiénes son los que degüellan a los animales, y por qué los degüellan?

—¿Y yo cómo lo voy a saber? —Tú tienes que empezar siempre por gritar, por armar escándalo... No hay más que cerrar los ojos para imaginárselo inmediatamente el año de gracia de 1917.

—¡La cosa no es para menos! Andrei contó todo lo que sabía de la matanza que acababa de comenzar. Hacia el fin de su relato. Davídov tragaba casi sin masticar. De su tono burlón no quedaba ni recuerdo; las ojeras se le habían llenado de

arrugas; su rostro parecía repentinamente envejecido.

—Vas a convocar inmediatamente una reunión general. Le dirás a Nagulnov... No, yo mismo iré a verle.

—Y la reunión, ¿ para qué ?

—¿ Cómo que para qué ? Prohibiremos degollar el ganado. Los culpables serán expulsados del koljós y juzgados. ¡Es que la cosa tiene mucha importancia! Son los kulaks otra vez, que quieren atascarnos las ruedas... Anda, coge un pitillo, y lárgate... Por cierto que me he olvidado de jactarme...

En el rostro de Davídov se dibujó una sonrisa de felicidad, dando un tono cálido a su mirada. Por mucho que apretase los labios para permanecer serio, no podía disimular su alegría.

—Acabo de recibir un paquete de Leningrado... Me lo envían mis compañeros...

Se agachó, sacó de debajo de la cama una caja pequeña y, rojo de contento, levantó la tapa. Dentro había, todo revuelto, cajetillas de cigarrillos, una caja de galletas, libros, una pitillera de madera tallada, y una porción de rollos y paquetitos.

—Los camaradas han pensado en mí, me han mandado esto... Cigarrillos de los nuestros, de Leningrado... Hasta chocolate, ¿ves?... Yo, ¿para que lo quiero?... Se lo daremos a los chicos... En fin, lo que importa es la atención. ¿No es verdad? Lo esencial es que se hayan acordado... Viene también una carta...

La voz de Davídov tomó una dulzura extraña; era la primera vez que Andrei lo veía tan turbado y feliz. Su emoción acabó por contagiar a Andrei, y deseoso de decirle algo agradable, lo único que se le ocurrió fue:

—Muy bien. Tú eres un magnífico muchacho y por eso te lo han enviado. ¡Y mira que hay cosas ahí! ¡ Se habrán gastado más de un rublo!

—No se trata de eso. Ya sabes tú que yo soy... ¿cómo lo diría?... un huérfano... No tengo mujer, no tengo a nadie. Y de pronto, zas, recibo un paquete. Es para conmovearse. .. ¡Y mira las firmas que hay al pie de la carta!

Con una mano Dávídov alargaba una cajetilla de cigarrillos, en la otra tenía una carta esmaltada de numerosas firmas. Le temblaban los dedos.

Andrei encendió un cigarrillo de Leningrado y preguntó:

—¿Y qué? ¿Estás contento con tu nueva habitación? ¿Qué tal la patrona? ¿Cómo te las has arreglado para la cuestión del lavado? Si quieres puedes llevarle tu ropa a mi vieja, que ella te la lavará. ¿Qué dices? O bien entiéndete con la patrona... Mira esto: tu camisa no se puede coger ni con pinzas... y apesta como un caballo sudoroso.

Dávídov enrojeció hasta ponerse como un tomate.

—Sí, eso es verdad... yo vivía en casa de Nagulnov y no era muy agradable, sabes... los remiendos me los hacía yo solito, y la ropa también me la lavaba a veces... pero lo cierto es que, desde que estoy aquí no me he bañado todavía... no hay jabón en el kiosco...

Le pedí a la patrona... Y ella tampoco tiene jabón... Voy a escribir a los compañeros para ver si me mandan unas pastillas. La vivienda no está mal. No hay chiquillos, se puede leer sin que le molesten a uno, y en general...

—Bueno, llévale la ropa a mi madre, ella te la lavará. Y no tengas reparos, sabes. Es buena como el pan, mi vieja.

—Ya me arreglaré, no te preocupes, gracias. Habrá que construir un baño para el koljós. Eso sí... Bueno, anda, organiza la reunión.

Andrei terminó el cigarrillo y se marchó.

Dávídov, por hacer algo, puso en orden los paquetes de la caja, suspiró, se arregló el cuello sucio de su jersey amarillo oscuro y, después de alisarse un poco el pelo peinado hacia atrás, se vistió.

Al pasar por delante de casa de Nagulnov, entró a verle. Este le recibió con el entrecejo fruncido, la mirada distraída.

—Degüellan el ganado... Les da lástima su propiedad... Ni describir se puede la agitación que hay entre la pequeña burguesía... —murmuró después de haber estrechado la mano a Dávídov.

Y luego, volviéndose a su mujer, le dijo severamente:

—Lushka, sal de aquí... Vete con la patrona... No puedo hablar delante de ti.

Con aire triste, Lushka se marchó a la cocina.

Desde que Timofei se había marchado del pueblo con las familias kulaks, erraba como un alma en pena. Ojeras azules, de un azul de lago melancólico, sombreaban sus ojos hinchados. La nariz se le había aguzado como a una muerta. Seguramente le causaba una gran pena esta separación de su amado.

Cuando salieron los kulaks camino de las regiones polares, estuvo paseando todo el santo día sin ocultarse en lo más mínimo por los alrededores de la granja de los Borschev, en espera de Timofei. Y cuando a la caída de la tarde, los carros partieron de Gremiachi, llevándose a las familias kulaks con todo su ajuar, Lushka lanzó un grito estridente y se desplomó sobre la nieve, presa de un ataque nervioso. Timofei saltó del carro para acudir a ella, pero su padre lo hizo volver con un severo apóstrofe. Y siguió adelante, volviéndose frecuentemente hacia Gremiachi y mordiéndose los labios blancos, enardecidos de odio.

Las dulces palabras murmuradas por Timofei han partido como las hojas de los álamos: Lushka no volverá a oírlas nunca más. ¿Cómo no secarse de aburrimiento? ¿Cómo no atormentarse? ¿Quién le dirá ahora, hundiendo en sus ojos una mirada amorosa: "¡Qué bien te sienta esa falda verde, Lushka! ¡ Estás más elegante que la mujer de un oficial del antiguo régimen!" O bien las palabras de aquella canción-cilla popular:

Adiós encanto, adiós preciosa, me traes loco por lo garbosa. Con sus lisonjas y con su impudor amoroso, solamente Timofei había podido conmover el alma de Lushka. Desde entonces su marido no había sido para ella más que un extraño.

Nagulnov, sin sulfurarse, le hablaba tranquilamente con abundancia de palabras:

—Pásalos aquí, los pocos días que te quedan de vivir conmigo. Después coge tus trastos, tus ligas y tus tarros de pomada y lárgate adonde te parezca bien. ¡Queríéndote como te quería, he pasado mucha vergüenza, y me he aguantado! Pero ahora se me ha acabado la paciencia. Tú

andabas liada con el hijo de un kulak, yo no decía nada. Pero cuando vi que tú delante mismo de los campesinos conscientes y organizados llorabas por él, me harté y se acabó. Contigo, hija, no sólo no duraría yo hasta la revolución mundial, sino que estoy expuesto a reventar de un momento a otro. En mi vida, tú eres una carga superflua que llevo sobre los lomos. ¡Y ahora voy a quitármela de encima! ¿Comprendes?

—Comprendo —respondió Lushka, y se calló.

Aquella tarde Davídov había tenido con Nagulnov una conversación confidencial.

—¡Te ha deshonrado tu mujer por completo! ¿Cómo vas a hacer ahora para mirar de frente a los miembros del koljós?

—Bueno, ya empiezas otra vez...

—¡Eres un cernícalo! ¡Un cabeza dura!

El cuello de Davídov se había puesto rojo, las venas de la frente se le hinchaban.

—¡No hay manera de hablar contigo! (Nagulnov paseaba por la habitación, hacía crujir sus falanges, sonreía con una punta de malicia). Ah, no se necesita mucho para que en seguida me digas en plena cara: "¡Anarquista! ¡Trotskista!" ¿Sabes mi opinión respecto a las mujeres, y por qué sufría yo esta asquerosa situación? Creo habértelo dicho ya: No es que ella me trastorne la cabeza. ¿Dime, has pensado alguna vez en la cola de la oveja?

—¡No! —dijo Davídov estupefacto por el curso inesperado que tomaba la conversación de Nagulnov.

—Pues mira, yo sí he pensado. ¿Por qué diablos la naturaleza le habrá colgado una cola a la oveja? No le sirve para nada, al parecer. Un buey, un caballo o un perro, bueno va... Pueden espantarse con ella las moscas. ¿Pero la oveja? Con sus ocho libras de grasa, empieza a moverla, la cola, y no puede espantar ni una sola mosca. La cola le da calor, en verano se le pegan los cardos...

—¿Pero qué tienen que ver todas esas colas?

Davídov iba a enfadarse otra vez, pero Nagulnov continuó imperturbable:

—Bueno, pues le han colgado eso, digo yo, por... por pudor, para ocultar su vergüenza... No es muy cómodo, pero ¿qué harías tú en su lugar? Pues lo mismo me ocurre a mí:

la mujer, una esposa, yo la necesito como la oveja su cola. Yo no veo más que la revolución mundial. La espero, como a una novia... Mientras que las mujeres, ¡puaj! les escupo, y punto redondo. La mujer, es así. No puede uno pasarse sin ella... Porque hay que ocultar la vergüenza. Yo soy un hombre lleno de savia, aunque parezca una carraca, y en caso de necesidad puedo quedar bien. Pero si le gusta caer que se ahogue. Le he dicho francamente: ¡Diviértete si tienes necesidad pero ten cuidado con traerme algo en la falda o con agarrar una enfermedad mala! ¡Por qué te retuerzo el pescuezo!. .. "Y tú, camarada Davídov, tú no comprendes nada de todo esto. Tú eres como un metro plegable, de acero. Y la revolución la entiendes también de distinta manera... En fin, ¿qué tienes tú que reprocharme por los pecados de mi mujer? A ella le llega también para mí... Pero que se haya liado con un kulak y que haya llorado por él, por un enemigo de clase, eso sí, es una canallada, y cualquier día de estos voy a echarle de casa. En cuanto a pegarle, me falta valor. Entro en una vida nueva, y no quiero ensuciarme las manos. Tú, apuesto a que la habrías zurrado, ¿eh? Pero entonces, ¿qué diferencia habría entre tú, comunista, y un funcionario cualquiera de los tiempos pasados? Esos, han pegado siempre a sus mujeres. Conque ya ves. No, camarada, no me hables de Lushka. Ya arreglaré yo mismo esta cuestión, y tú estás de más en este asunto. Una mujer, no creas, es una cosa seria. De ella dependen muchas cosas. Nagulnov, con una sonrisa soñadora en los labios, continuó impetuosamente:

—Cuando hayamos roto todas las fronteras, yo seré el primero en declarar: "¡Andad y buscaos mujeres de otra sangre!" Todo se mezclará, no habrá ya en el mundo esa vergüenza de los cuerpos blancos que se creen superiores a los cuerpos amarillos y a los cuerpos negros, como si el tener la piel de tal o cual color fuera un crimen. Entonces seremos todos de un agradable color tostado y todos iguales. Pienso en esto algunas veces durante la noche...

—Vives soñando: —dijo Davídov descontento. Hay en ti una porción de cosas que no comprendo. En cuanto a los odios de raza, conformes, pero lo demás... En las cuestiones

de la vida corriente no estoy de acuerdo contigo. ¡En fin, de todos modos, que el diablo te lleve! Ahora que yo no vivo más en tu casa, eso sí que no.

Davídov sacó de debajo de la mesa su maleta (los instrumentos, que no le habían servido para nada, hicieron un ruido sordo) y salió. Nagulnov lo llevó hasta su nuevo alojamiento, la casa del koljosiano Filimonov, que no tenía hijos. Por el camino hablaron de las siembras, pero no volvieron a las cuestiones de familia ni de moral. Sus relaciones, que ya no eran muy calurosas, se enfriaron más desde aquel momento...

Esta vez Nagulnov acogió también a Davídov con la mirada baja y evasiva, pero en cuanto Lushka se marchó comenzó a hablar con más animación.

—¡Están degollando el ganado, esos sinvergüenzas! Prefieren eso antes que entregar sus animales al koljós. Yo, por mi parte, hago esta proposición: hoy mismo se pondrá a votación en la asamblea general una disposición ordenando el fusilamiento de todos esos matarifes.

—¿Qué-e?

—¡Qué los fusilen, digo! ¿A quién hay que pedírselo? El Tribunal del pueblo no tiene ese derecho, sabes. En cuanto apiolarán a dos o tres asesinos de vacas preñadas, los otros se darían cuenta. No hay que andarse con contemplaciones. Davídov tiró la gorra encima del baúl y se puso a pasear de arriba abajo por la habitación. Estaba perplejo y de mal humor.

—Tú con tus exageraciones de siempre... ¡No se puede contigo, Nagulnov! Vamos, reflexiona un poco: ¿Debe fusilarse a un hombre porque ha matado a una vaca? ¡No hay ley que mande eso! El decreto del Comité Ejecutivo central dice claramente: dos años de prisión... El culpable puede ser expropiado... los incorregibles deportados... Pero tú pides inmediatamente la pena capital. Realmente, eres no se cómo...

—¡Cómo soy! Pues no soy nada particular. Tú no sabes más que medir, hacer planos. ¿Y con qué van a hacerse las siembras? Con qué animales si los que no han entrado en el koljós degüellan a sus bueyes?

Nagulnov se acercó a Davídov y apoyó ambas manos en los anchos hombros de su amigo. Le llevaba casi la cabeza a Davídov. Mirándolo de arriba abajo, dijo:

—Semión, querido Semión, ¿por qué tienes la cabeza tan dura?

Y casi gritando:

—¡Estamos perdidos si no hacemos las siembras! ¿No lo comprendes? ¡Hay que fusilar a dos o tres pillos de esos, y nada más! Hay que fusilar a los kulaks. El golpe viene de ellos. Hay que pedir autorización a las autoridades superiores.

—¡ Imbécil!

—Bueno, ya soy otra vez "imbécil"...

Nagulnov bajó tristemente la cabeza, pero volvió a alzarla en seguida, como un caballo que ha sentido la espuela, y gritó con voz de trueno:

—¡Lo destruirás todo! Tenemos que defender a toda costa nuestras posiciones como durante la guerra civil; el enemigo nos ataca por todos lados, y tú... pero con hombres como tú terminaremos por perder la revolución mundial. ¡Sois vosotros, cabezas duras, los que nos haréis fracasar! Allá lejos, los burgueses torturan al pueblo obrero, aniquilan a los chinos rojos, degüellan a todos los negros del mundo y tú, aquí tratas con blandura al enemigo. ¡Es vergonzoso! Yo me desespero pensando cómo los burgueses se ensañan con nuestros hermanos en el extranjero. ¡Por eso no puedo leer los periódicos!... ¡Se me revuelven las tripas! Y tú... ¿no piensas en nuestros hermanos pudriéndose en los calabozos del enemigo? ¿No tienes compasión de ellos?

Davídov, revolviéndose los pelos grasientos y negros, dio un resoplido espantoso.

—¡El diablo te lleve! ¡Claro que tengo compasión! ¿Pero a qué gritas? Tú estás tocado y quieres contagiar a los otros. En la guerra, no era por los ojos de Lushka por lo que yo combatiera la contrarrevolución. En fin. ¿Qué es lo que propones? ¡Medita un poco! ¡No se trata de fusilar! Mejor harías en trabajar a las masas, en explicarles nuestra política. Fusilar, eso sería muy fácil. Y tú, siempre el mismo. A la menor cosa, ya está, caes en el extremo. ¿Dónde has estado hasta ahora?

—Allí donde tú.

—Justamente... Esa pandilla nos la ha dado con queso... ahora se trata de arreglar otra vez las cosas, y no de fusilamientos. Se acabaron los ataques de histerismo. Ponte a trabajar de nuevo. Ni que fueras una señorita. Peor aún que una señorita que se pinta las uñas.

—¡Las mías están pintadas de sangre roja!

—Claro, como las de todos los que han hecho la guerra sin ponerse guantes.

—Semión, no sé cómo puedes tratarme de señorita.

—¡Bah!, es una manera de hablar.

—Retira esa palabra —rogó humildemente Nagulnov.

Davíдов lo contempló en silencio, y después soltó una carcajada.

—Bueno, la retiro. Cálmate y vamos a la reunión. Tenemos que hacer agitación en grande contra la matanza de ganado.

—Yo he pasado todo el día de ayer corriendo de casa en casa para hacer entrar en razón a la gente.

—Ese es buen método. Hay que continuar, y no tú solo, sino todos nosotros.

—Ya estamos otra vez en lo mismo... Ayer precisamente, me decía yo al salir de casa de un vecino: "Parece que he logrado convencerlo". No había aún traspuesto la puerta cuando oigo chillar a un cerdo que estaban acuchillando. ¡Y yo qué había perdido una hora hablando de la revolución mundial y de comunismo a ese cochino propietario! ¡Y de qué manera le hablé! Cómo que más de una vez hasta a mí se me vinieron las lágrimas a los ojos. No, es inútil tratar de convencerlos... Hay que darles en la cabeza repitiendo : "¡No escuches al kulak, bribonazo! ¡No te contagies de su pasión por la propiedad! ¡No degüelles tu ganado, so canalla!" Cree que degüella un buey, y en realidad está clavándole un cuchillo en la espalda a la revolución mundial.

Davíдов se obstinaba:

—Sí, a algunos habrá que pegarles, pero a otros habrá que convencerlos.

Entraron en el recinto. Caía una nieve aguanosa, y los copos que cubrían la nieve anterior, endurecida, se derretían

sobre los tejados. En medio de una oscuridad completa llegaron a la escuela. Solamente la mitad de los ciudadanos de Gremiachi habían venido. Andrei dio lectura al decreto del Comité Ejecutivo Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre las medidas que deben tomarse para luchar contra la criminal matanza del ganado. Davidov habló después, y planteó sin rodeos la cuestión:

—Ciudadanos, tenemos veintiséis adhesiones al koljós. Las estudiaremos mañana en la asamblea. Los que han mordido el anzuelo de los kulaks y han degollado sus animales antes de entrar en el koljós, no serán admitidos, por supuesto.

—¿Y los que son ya miembros del koljós y matan el ganado? —preguntó Liubishkin.

—¡Los expulsaremos!

Se oyó un ¡ah! unánime. A través de la muchedumbre corrió un sordo murmullo.

—¡Entonces, disolved el koljós! Porque no hay una sola casa en la aldea donde no se haya matado algún animal! —gritó Borschev.

Nagulnov, los puños en alto, se revolvió contra él.

—¡Cállate la boca tú, compinche de kulak! No te metas en los asuntos del koljós, nos arreglaremos sin ti. ¿No has degollado tú mismo un buey de tres años?

—Yo soy el dueño de mi ganado.

—Pues mañana cuando te meta en chirona, vas a ver, de qué te sirve ser dueño.

—¡Eso es demasiado!... Eso, la verdad, es ya demasiado fuerte—, vociferaba una voz ronca.

Había poca gente, pero la asamblea no fue por eso menos borrascosa. Los aldeanos se separaron en silencio. Ya en la calle, divididos en pequeños grupos, se pusieron a cambiar impresiones.

—¡Ha sido el diablo quien me ha aconsejado matar dos ovejas! —deploraba Kuzhenkov hablando con Liubishkin—. ¡Y ahora vais a arrancarme esa carne de la garganta!

—Yo también la he hecho buena —dijo Liubishkin dando un profundo suspiro—. Le he cortado el cuello a una cabra. Y ahora a ver qué digo yo en la reunión. ¡Esa condenada de mi mujer! ¡Maldita sea!... Ella fue la que me obligó a

pecar. ¡Mátala, me decía, mátala! ¡Las ganas que tenía de comer carne esa bruja! Espera que vuelva a casa, y verás si te quito las ganas de meterte en camisa de once varas.

—No le sentará mal,.. No le sentará mal —aconsejaba el viejo Akim Besjebnov, compadre de Liubishkin—. La cosa no es muy agradable, ¿eh?, para ti que eres miembro del koljós.

—Justamente —suspiraba Liubishkin, tropezando con los terrones en la oscuridad y sacudiéndose de los bigotes unos copos de nieve.

—Y tú, Akim, tu buey manchado, lo mataste también, ¿verdad? —preguntó con una tosecilla, Ushakov, vecino de Besjebnov.

—Sí, también. ¡No había otro remedio! El animal se había roto una pata. ¡El maldito manchado! No sé qué demonios iba a hacer a la cueva, el caso es que se cayó dentro y se rompió una pata.

—Claro, que duda cabe... Al amanecer os vi yo, a tu nuera y a ti, empujándolo a latigazos en esa dirección...

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué estás diciendo? —murmuró el viejo Akim, tan asustado que se plantó en medio de la callejuela, parpadeando en la oscuridad de la noche.

—¡Vamos, vamos! —le decía Ushakov en tono animoso.

—¿Te vas a quedar ahí como una carreta atascada? Tú empujaste al buey hacia la cueva...

—¡ Se cayó él solo! Es un pecado eso que estás diciendo... ¡Un pecado grandísimo!

—Tú eres listo, pero no más listo que un buey. El al menos se puede lamer hasta debajo de la cola, y tú no podrías hacer otro tanto, ¿eh? Ya veo, ya. Te habrás dicho: "Lo dejo cojo, y truco hecho".

Un viento húmedo soplaba borrascosamente sobre el pueblo. Los sauces y los álamos crujían a orillas del río. Opacas tinieblas cubrían el caserío. Las voces ahorradas por la humedad resonaron largo rato por los caminos. El invierno sacudía sus últimas escarchas...

XVI

Davídov y Andrei volvían juntos de la reunión. Caían grandes copos de nieve medio derretida. Aquí y allá un resplandor agujereaba las tinieblas. Ladraba un perro, y sus ladridos desgarrados por el viento llenaban el pueblo de melancólica tristeza. Davídov recordando lo que decía Ostrovnov sobre la necesidad de conservar la nieve, suspiró: "¡No, este año, tenemos otras preocupaciones en la cabeza! ¡Y sin embargo, de cuánta nieve se cubrirían los campos con una tormenta semejante! ¡Da pena sólo de pensarlo!" —¿Si pasáramos por la cuadra! —propuso. Andrei— Echaríamos un vistazo a los caballos del koljós. —Vamos.

Doblaron por una callejuela. Pronto apareció una lucecita; era la linterna colgada junto al depósito de heno de los Lapshinov, transformado en cuadra. Entraron en el patio. Bajo el sobradillo, a la puerta de la cuadra, había seis o siete cosacos.

—¿Quién está de servicio? —preguntó Andrei.

—Maidannikov —respondió uno de los cosacos apagando sobre su bota el cigarrillo.

—¿Y por qué tanta gente? —inquirió Davídov—. ¿Qué hacéis aquí?

—Nada, camarada Davídov, echando un cigarro.

—Acabamos de traer el heno. Nos pusimos a fumar y a charlar a ver si pasa la tormenta.

Se oye la masticación rítmica de los caballos en los pesebres separados. Un olor a sudor, a estiércol y a orines se mezcla a la ligera fragancia que despide el heno de la estepa. Un collarón, una retranca o unas correas cuelgan enfrente de cada pesebre. El pasillo, bien barrido, está cubierto con arena de río.

—¿Maidannikov! —llamó Andrei.

—¡Va! —respondió una voz desde el fondo de la cuadra. Maidannikov lleva un haz de paja ensartado en una horquilla. Entra en el cuarto departamento, contando desde la puerta, hace levantar con el pie a un caballo bayo que está allí tendido, extiende la paja sacudiéndola.

—¡Date la vuelta, demonio! —grita malhumorado. Y amenaza con el mango de la horquilla al animal medio dormido.

El caballo, asustado, golpea el suelo con sus cascos, da un resoplido, tiende los hocicos al pesebre y al parecer renuncia definitivamente a tenderse de nuevo. Apestando a cuadra y a paja, Maidannikov se acerca a Dayídov, alargándole su mano rugosa y fría.

—¿Qué hay, camarada Maidannikov? —Vamos tirando camarada presidente del koljós. Davídov sonrió.

—Por qué me tratas tan oficialmente de: "¿Camarada presidente del koljós?"

—Es que en este momento estoy en ejercicio de mis funciones.

—¿Por qué están esos a la puerta? —Pregúnteselo a ellos.

La voz de Maidannikov rebosa despecho e irritación. —En cuanto llega la hora de preparar la pajaza para la noche, se presentan aquí. No pueden olvidarse de la propiedad individual. Son los antiguos amos de los caballos, y vienen aquí a preguntarme: "¿Le has puesto heno a mi bayo?"; "¿Le has dado paja a mi alazán?", "¿Sigue ahí mi yegüecita?" Y dónde iba a estar, porque no me la habré tragado, pero no paran de darme la lata: "¿Quieres que te eche una mano?"... Y cada uno no piensa más que en darle un poco más de paja al suyo... ¡En fin, un desastre! Se necesita una orden prohibiendo a los que no tienen nada que hacer que vengan a vagabundear por aquí. —¿Oyes?

Andrei lanzó una mirada a Dayídov, y meneó la cabeza con aire contrito. Davídov, con tono severo, ordenó:

—¡Mándales a paseo, y nada más! Que no se quede nadie

aquí excepto el que esté de guardia y sus ayudantes, ¿Cuánto heno echas? ¿Pesas las raciones?

—No. Mido a ojo, unos ocho kilos por cabeza.

—¿Y les haces la pajaza a todos?

—¿Y cómo puedes dudarlo?

Maidannikov agitó furiosamente su casco. Sobre el cuello de su capote cayeron unas ramitas de verdasca.

—Nuestro administrador Ostrovnov ha venido por aquí al atardecer... Me dijo que preparase la pajanza con hierba seca. Vamos, que... Y decir que ese hombre pasa por enterado, y le manda a uno semejantes idioteces... ¡Mira, Davidov! Todo esto es puro forraje. Carneros y cabras se lo comerían todo hasta la última brizna... ¡Y él quería que esta hierba la pisotearan los caballos! Yo empecé a explicarle, pero él me cerró el pico: "No eres tú quién para enseñarme".

—Bueno, bueno, no uses esa paja. Tienes razón. Mañana le cantaré la cartilla —prometió Davidov.

—Aún hay otra cosa. Se han llevado el montón de heno que estaba junto al pozo. ¿Por qué, digo yo?

—Ostrovnov me ha dicho que ese heno era peor. Quiere dar el malo en invierno, y guardar el mejor para el tiempo de la labranza.

—Si es así, bien está —advirtió Maidannikov—. Pero en cuanto a la hierba, no deje de decirle algo.

—Bueno, anda, toma un cigarrillo... de Leningrado... (Davidov carraspeó). Los compañeros de la fábrica me han mandado unos paquetes... ¿Todos los caballos están buenos?

—Gracias. Lumbre, me hace el favor... Los caballos están buenos. La noche pasada uno de los de Lapshinov, el amblador, estaba un poco mal. Gracias a que lo notamos a tiempo. Los demás bien. Es decir, hay uno, una especie de demonio, que se empeña en no acostarse. Pasa toda la noche en pie, según me dicen. Mañana les pondremos a todos herraduras nuevas en las patas de delante. Ha helado mucho últimamente, y los garfios de las herraduras se han desgastado. Bueno, hasta la vista, todavía no he terminado mi tarea.

Andrei fue a acompañar a Davidov. Charlando recorrieron

una manzana, pero al torcer a la callejuela que iba a casa de Davídov, Andrei se paró ante la valla del campesino individual Luka Chebakov, y tocando en la espalda a su compañero, murmuró;

—¡Mira!...

Una silueta negra se destacaba a tres pasos de ellos, cerca del portillo. Andrei se abalanzó súbitamente y sujetó al hombre con la mano izquierda, mientras con la derecha empuñaba la culata de su revólver.

—¿Eres tú, Luka?

—¿Usted, Andrei Stepanovich?

—¿Qué tienes en la mano derecha? Dame eso. ¡Y pronto!

—Vamos, vamos, ¿qué se figura usted, camarada Razmetnov?

—Trae acá, he dicho, o te pego un tiro.

Davídov, guiado por las voces, se acercó entornando los ojos como un miope.

—¿Qué le quitas?

—Dame eso, Luka. ¡Mira que disparo!

—Bueno, tome... ¿Por qué se ha puesto así?

—Nos estaba acechando con esto. ¡So canalla! ¿Qué hacías ahí de noche con un cuchillo en la mano? ¿Esperabas a alguno? ¿No sería a Davídov? Habla: ¿Por qué estabas ahí con ese cuchillo? ¡Contrarrevolucionario! ¿Quieres convertirte en asesino?

Había sido preciso el ojo avezado de un cazador como Andrei para distinguir en la mano del hombre agazapado contra la cerca, una hoja blanca. Y se lanzó a desarmarlo. Y lo desarmó. Pero cuando empezó a interrogar, con voz anhelante, al estupefacto Luka, este último abrió la cerca y, cambiando de voz, dijo:

—¡Ah, siendo así no puedo callarme! Vais a sospechar de mí cosas que no hay... ¡Dios me libre, Andrei Stepanovich! Venga.

—¿Adonde?

—Al establo.

—¿Para qué?

—Venga, comprenderá en seguida porque salí a la calle con un cuchillo...

—Vamos a ver —propuso Davídov, entrando el primero.—
¿Por dónde se pasa?

—Sígueme.

En el establo había una linterna encendida, colocada sobre un taburete. Acurrucada al lado, estaba la mujer de Luka, guapa mujer de cara redonda y cejas finas. Al ver gente extraña, se levantó asustada, ocultando cerca de la pared dos herradas de agua y una cubeta. Un cerdo bien cebado removía en un rincón su lecho de paja fresca. Con la cabeza hundida en un enorme barreño tragaba glotonamente.

—Esta es la explicación —farfulló Luka todo confuso, señalando al animal—. íbamos a matar al cochino sin que nadie se enterase... Mi mujer le estaba dando de comer, y yo iba a poner manos a la obra, cuando oímos voces en el camino. "Hay que ir a ver, me dije, nunca sabe uno, podría oírnos alguien." Y salí como estaba, la camisa arremangada, en mandil, y con el cuchillo en la mano. ¡Y aparecen ustedes! ¿Qué es lo que habéis creído? ¿Es que sale nadie en mandil, con la camisa arremangada, para degollar a un hombre?

Luka, sonriendo azorado, se quitó el delantal y gritó a su mujer, con una cólera contenida:

—¿Qué estás ahí esperando como una tonta? ¡Echa al cerdo!

—No lo mates —dijo Andrei un tanto confuso—. Acaban de decidir en la asamblea que no se permite...

—Estéense tranquilos... Se me han quitado las ganas...

Hasta llegar a su casa Davídov fue burlándose cariñosamente de Andrei:

—¡Has impedido un atentado contra la vida del presidente del koljós! ¡Has desarmado a un contrarrevolucionario! ¡Ha sido, no cabe duda, una hazaña de guerra! ¡Ja, ja, ja!

—En todo caso, le he salvado la vida a un cochino —respondía Andrei.

XVII

Al día siguiente, en la sesión cerrada de la célula de partido de Gremiachi, se tomó por unanimidad la decisión de socializar todo el ganado, grande y pequeño, perteneciente a los miembros del koljós Stalin. Y lo mismo las aves de corral.

Al principio Davidov se opuso resueltamente a la socialización de ganado menudo y de las aves, pero Nagulnov declaró rotundamente que si la asamblea general del koljós no votaba esta decisión, las siembras de primavera se verían comprometidas, pues todo el ganado sería degollado y las aves también. Andrei lo apoyó, y Davidov cedió después de unos momentos de vacilación.

Decidieron además, y se anotó en el acta de la reunión, que se haría una enérgica campaña de agitación contra la matanza criminal del ganado; para esto todos los miembros del partido se comprometían a hablar con los campesinos aquel mismo día. En cuanto a perseguir judicialmente a los campesinos culpables de haber degollado sus animales, debían por ahora abstenerse y esperar el resultado de la campaña de agitación.

—Así habría menos peligro para los animales. Si no, llegada la primavera, no se oirá en todo el pueblo mugir un solo buey ni cantar un solo gallo —decía muy satisfecho, Nagulnov, guardando el acta en una carpeta.

La asamblea del koljós aceptó de buena gana la socialización de ganado. Las bestias de carga y las vacas lecheras eran ya de propiedad colectiva, y la medida no atañía más que al ganado menudo, ovejas y cerdos. Pero la cuestión de las aves de corral suscitó grandes discusiones. Las mujeres sobre todo hicieron una gran oposición. Pero su resistencia acabó por vencerse. Nagulnov contribuyó a ello en gran parte. Apretando sus largas manos contra la insignia de

la Bandera Roja que decoraba su pecho, decía con tono inspirado:

—¡Buenas mujeres, queridas amigas! No os apeguéis así de ese modo a las gallinas y a los gansos. Ya que habéis dejado ir el cuerpo, dejad también la cola. ¡Vamos, dejadles que también se unan al koljós! En primavera, traeremos una incubadora que nos fabricará polluelos por centenares. Hay una máquina que puede hacerlo, la incubadora se llama. Os saca los polluelos del huevo que da gloria verlos. No digáis que no, por favor. Las gallinas seguirán siendo vuestras, pero las guardaremos en el gallinero común. ¡Las gallinas no deben ser propiedad de nadie, comadres mías! ¿Y qué os producen vuestras gallinas? ¡Si ahora ni siquiera ponen! ¡Y en primavera, qué de jaleos! Si no es la una, gallina digo, que hace un estropicio en la huerta, será la otra, tres veces maldita, que pierde un huevo en el cobertizo o una tercera que se la lleva el zorro... ¡En fin, no sabe uno las cosas que pueden pasarles! Y a cada paso hay que ir al gallinero, para ver cuál ha puesto un huevo y cuál no. ¡Y volvéis de allí llenitas de piojos de gallina, que es una peste! Y en el koljós, ¿cómo vivirán vuestras gallinas? Pues tan ricamente. Estarán maravillosamente cuidadas. Se las confiaremos a un viejo, a un viudo, por ejemplo al abuelo Akim Besjbnov... No tendrá más que hacer sino tentarlas todo el santo día, subirse a las perchas del gallinero... Es una ocupación muy divertida y nada difícil, lo mejor para un viejo. Nunca, nunca jamás puede salir una hernia en tal oficio. Vamos, comadres, no hay más que decir que sí. Después de haber reído, suspirado, parloteado, las mujeres acabaron por decir que sí.

Inmediatamente después de la reunión, Nagulnov y Dávídov fueron de visita a las casas. Desde las primeras pudieron darse cuenta de que efectivamente había degollado el ganado en todas partes... Hacia la hora de comer, llegaron a casa del viejo Chukar.

—Es un activista. El mismo decía que era necesario cuidar el ganado. Este por lo menos no lo habrá tocado —decía Nagulnov al franquear la puerta del cercado.

El "activista" estaba tendido sobre la cama, con los pies por alto. Tenía la camisa arrollada hasta su enmarañada barbucha. Una olla de barro capaz de seis litros, vuelta boca abajo, pesaba sobre el vientre hundido y pálido, cubierto de una pelusa de lana gris. A cada lado le habían aplicado dos ventosas como dos sanguijuelas. El viejo Chukar no tuvo una mirada para sus visitantes. Sus brazos cruzados sobre el pecho como los de un muerto, temblaban. Sus ojos, desorbitados, enloquecidos, por el dolor, viraban lentamente, Nagulnov creyó notar en la casa un tufillo a cadáver.

La voluminosa mujer de Chukar estaba de pie junto a la estufa. A la cabecera del enfermo se agitaba, ligera y gris como un ratón, la curandera Mamichija, reputada en toda la comarca por su habilidad para aplicar ventosas y marmitas, encajar huesos, hacer sangrías y conjurar las enfermedades de la sangre y provocar abortos con una aguja de hacer calceta. Era ella, la Mamichija, quien trataba en estos momentos al infortunado Chukar.

Davídov entró, y se quedó con los ojos desencajados.

—¡Buenos días, abuelo! ¿Qué tienes en la panza?

—Me due-le... el vien-tre... —articuló trabajosamente el viejo y en seguida lanzó una queja, con una vocecilla aguda. Después chilló como un gozquecillo:

—¡Quítame la marmita! ¡Quítamela, bruja! ¡Ay, ay! Me va a estrellar la barriga.

—¡Paciencia, paciencia! En seguida aliviará —susurraba la curandera, esforzándose sin lograrlo, por despegar el borde de la marmita hundida en la piel.

De pronto el viejo Chukar aulló como una fiera, apartó a la Mamichija de una patada, agarró con sus dos manos la marmita. En este momento, Davídov vino en su ayuda, separó a la viejecilla y, cogiendo un rodillo, asestó un golpe sobre el fondo del puchero, que estalló en pedazos. El aire escapó a través de las rendijas con un silbido. Se oyó un ruido de tripas, y Chukar sintiéndose aliviado, se despegó sin trabajo las ventosas.

Davídov, miró de reojo aquel vientre que mostraba entre los cascotes del puchero, un enorme ombligo azulado, y se dejó caer sobre un banco, ahogándose en un incontenible acceso

de risa. Las lágrimas le corrían por las mejillas, el gorro se le había caído al suelo, mechones de pelo le tapaban los ojos.

El viejo Chukar era hombre que no se moría así como así. Aún estaba la curandera lamentándose por causa de la marmita rota, cuando el enfermo se bajó la camisa y se levantó. La Mamichija se lamentaba a voz en cuello:

—¡Pobre, pobre de mí! ¡El Maligno que me ha roto la marmita! Eso es lo que gano yo cuidando a seres como tú, ¡vejestorio!

—¡Vete, tía vieja, vete, y de prisita! —dijo Chukar, señalando la puerta con el dedo—. Por poco me haces reventar. Debía haberla roto sobre tu cabeza, la marmita. ¡Sal de aquí, o llego a un homicidio! Soy capaz de todo, cuando llega el caso.

—¿Qué has hecho para atrapar ese dolor de tripas? —preguntó Nagulnov, en cuanto salió la curandera.

—¡Ah, mis buenos amigos!... Creí que esta vez tomaba el portante de veras... Hace dos días que no he salido de casa y que no tengo tiempo ni de abrocharme los pantalones ... ¡Se me abrió una diarrea que ni contenerme podía! Cualquiera creería que tenía la piel agujereada... como una espumadera... Nada, que salía como del agujero de un ganso: a cada segundo...

—¿Una indigestión de carne?

—De carne, sí...

—¿Mataste la ternera?

—Maté la ternera... ¡Ah, de poco me ha aprovechado!

Nagulnov tosió, envolvió al viejo en una mirada llena de odio y dijo entre dientes:

—¡El tío viejo! No era una marmita lo que había que ponerle en el vientre, sino un caldero de los grandes... ¡Para que te aspirase entero, con tripas y todo! Espera que te echemos del koljós, y entonces sí que tendrás diarrea. ¿Por qué mataste la ternera?

—¡La tentación, Makarushka! Cedí a ruegos de mi vieja... Y qué diantre, cuando el cuco se mete en el asunto, se acabó y no hay más... ¿Hay que perdonarme, eh?... Camarada Davídov, hemos sido buenos amigos, no me echéis del koljós... Bastante castigo tengo ya.

—¡No se puede con él! —dijo Nagulnov descorazonado.—
Vamos Davidov. Y tú, vieja carraca, coge un poco de aceite
de fusil, échale sal, y bébetelo, se te quitará como por
encanto.

Los labios del viejo Chukar temblaron ofendidos.

—Sí, búrlate de mí ahora.

—No me burlo. En el ejército era así cómo cuidaban los
cólicos.

—¿Es que yo soy de hierro? ¿De modo que tengo que
tragarme ese aceite con que se untan los fusiles? Ca, pre-
fiero reventar en los girasoles antes que zamparme ese
aceite tuyo.

Al día siguiente, el viejo Chukar, que no había tenido
tiempo de morirse, recorría la aldea cojeando y contando a
todo el que quería oírle que Davidov y Nagulnov le habían
hecho una visita para preguntarle su opinión sobre las repa-
raciones de las herramientas para la siembra y sobre otros
varios asuntos del koljós. Al terminar el relato, el viejo
hacía una larga pausa, liaba un cigarrillo y suspiraba:

—Yo andaba algo malucho y en seguida vinieron a verme.
Cuando faltó yo, las cosas no marchan. Me ofrecieron toda
clase de remedios. "Cuídate, abuelo, me decían, si no, si
llegas a morirte —¡No lo quiera Dios!— ¿qué sería de nos-
otros sin ti?" Y es verdad, estarían perdidos. Cuando la cosa
no marcha, me llaman a la célula: yo les doy consejos, y
todo se arregla. Hablo poco, pero hablo bien. Lo que yo
digo, nunca deja de tenerse en cuenta.

Y tratando de adivinar la impresión producida por su relato,
levantaba hacia su interlocutor unos ojillos sonrientes y
descoloridos.

XVIII

El pueblo, que parecía calmado, tuvo de nuevo sus días de efervescencia... Ya no había matanza de ganado. Durante dos días enteros cabras y ovejas de todo lanaje fueron conducidas a los establos colectivos. Las gallinas las llevaban en sacos. Sobre Gremiachi-Log los gritos de las bestias y los cacareos de las aves, flotaban confundándose en un solo mugido.

El koljós comprendía ya ciento sesenta economías. Se habían formado tres brigadas. El consejo de administración había encargado a Ostrovnov de distribuir a los pobres que carecían de ropa y de calzado, las pellizas, las botas y demás prendas confiscadas a los kulaks. Se hizo previamente una lista y se vio que no era posible satisfacer a todo el mundo.

En el cercado de Borodín, donde Ostrovnov procedía al reparto de ropas, el rumor de las voces no cesaban hasta el crepúsculo.

La gente se descalzaba allí mismo, en la nieve, cerca de un cobertizo, para probarse las buenas botas de los kulaks, poniéndose cazadoras, chaquetas, blusas, pellizas. Los afortunados a quienes la comisión distribuía calzado o ropa a crédito sobre el producto de su futuro trabajo, se desnudaban en el cobertizo y dando exclamaciones de alegría, los ojos brillantes, los rostros cetrinos iluminados por sonrisas temblorosas, ligeramente esbozadas, enrollaban apresuradamente sus trajes remendados y vueltos a remendar, y se ponían los trajes nuevos, con los que no se les veía el pellejo por ninguna parte.

¡Y qué de discusiones, qué de consejos, qué de insultos, antes de la selección definitiva! Davídov dispuso que a Liubishkin le fueran entregadas una chaqueta, un pantalón y un par de botas. Ostrovnov, con el entrecejo fruncido, sacó de un baúl todo un lío de ropa y lo arrojó a los pies de Liubishkin:

—Escoge a conciencia.

Los bigotes del cosaco se estremecieron, las manos le temblaron... Tanto revolvió para escoger la chaqueta, que sudaba como un condenado. Daba mordiscos al paño para comprobar su resistencia, lo miraba a trasluz buscando las huellas de la polilla, lo magullaba entre sus dedos negros sus buenos diez minutos.

En torno a él un coro de voces que gritan:

—¡Vamos, quédate ya con eso! Durará bastante para que tus chiquillos lo aprovechen.

—¿Dónde tienes los ojos? ¿No ves que a esa tela le han dado la vuelta?

—¡Embustero!

—¡Embustero tú!

—¡Cógelo, Pavlo!

—¡Cá, hombre, en la vida! Pruébate otra cosa.

Liubishkin tiene cara de color de ladrillo. Mastica su negro bigote, lanza a su alrededor miradas de fiera acorralada, tiende la mano hacia otra chaqueta. Escoge una. ¡Perfecta desde todos los puntos de vista! Se la pone: las mangas le llegan a los codos, las costuras de los hombros se revientan. Y Liubishkin, emocionado, sonriendo con azaro, sigue rebuscando en el montón. Sus ojos miran a todas partes, como los de un niño en la feria ante la abundancia de juguetes. Tan infantil es la sonrisa que ilumina sus facciones, que dan ganas de acariciarle paternalmente los cabellos, al inmenso cosaco Liubishkin.

No le bastaron las horas que pasó escogiendo. Se puso las botas y el pantalón y conteniendo un suspiro, dijo al sombrío Ostrovnov:

—Mañana vendré por el resto.

Se marchó de allí con un pantalón nuevo y unas estupendas botas, rejuvenecido de golpe en diez años. Tomó adrede por la calle mayor, aunque no era su camino. Se paraba a menudo en las esquinas para encender un cigarrillo o para hablar unas palabras con algunos. Tardó cerca de tres horas en llegar a su casa.

No había caído la noche y ya repetía todo el pueblo: "Han equipado a Liubishkin como para el servicio. El día

entero se ha pasado eligiendo prendas... Ha vuelto a casa vestido de nuevo, con unos pantalones de domingo. Iba pisando como una garza real, le parecía seguramente andar sobre nubes..."

Costó trabajo separar de un baúl a la mujer de Usha-kov. Se puso una falda de lana, plegada, que había pertenecido a la mujer de Borodín, se calzó unos zapatos nuevos, se cubrió los hombros con un chai de flores... Y sólo entonces se notó que la mujer de Ushakov no era fea, y que tenía un buen talle.

¿Y cómo no iba a quedarse la pobrecilla con la boca abierta ante aquellos bienes koljosianos, ella, que en toda su dolorosa vida jamás había comido un buen bocado, jamás había llevado una blusa nueva? ¿Cómo sus labios descoloridos por las constantes privaciones no habían de palidecer en el momento en que Ostrovnov sacaba de un baúl una brazada de vestidos y pañoletas? Cada año echaba al mundo a un hijo que envolvía en mantillas viejas y en jirones de piel de cordero. Habiendo perdido en medio de su continuos trabajos su frescura, su salud y su belleza de antes, llevaba todo el verano una mala falda usada y transparente como un tamiz. En invierno, cuando lavaba su única camisa llena de piojos se quedaba desnuda junto a la estufa, rodeada por sus chiquillos, porque no tenía nada para mudarse...

—¡Eh, buena gente!... Aguarden un poco todavía, que tal vez no me decido por esta falda, a lo mejor la cambio... Si encontrara algo para las criaturas... Para Misha... o para Dunia... —murmuraba con voz extática agarrándose a la tapa del baúl, clavados los ojos en el amontonamiento multicolor de los vestidos.

Davídov, que por casualidad presenciaba esta escena, sintió que su corazón se estremecía... Empujando a la gente, se abrió paso hasta el baúl.

—¿Cuántos hijos tienes, ciudadanita?

—Siete —murmuró la mujer de Ushakov sin atreverse a levantar los ojos, presa de dulce esperanza.

—¿Tienes ropa de chicos? —preguntó en voz baja Davídov a Ostrovnov.

—Sí.

—Dale a esta mujer, para sus pequeños, todo lo que te pida.

—¡Es demasiado para ella!

—¿Qué significa eso? ¿Qué?

Davíдов hizo un gesto de cólera. Ostrovnov se inclinó inmediatamente sobre el baúl.

Detrás de su mujer, Ushakov, de ordinario charlatán y mal hablado, se pasaba la lengua por los labios secos, reteniendo el aliento. Cuando Davíдов pronunció sus últimas palabras, lo miró... De los ojos oblicuos de Ushakov brotaron de pronto las lágrimas como el jugo de una fruta madura, y se precipitó hacia la salida apartando a la gente con la mano izquierda, mientras que con la derecha se tapaba los ojos. Franqueada de un salto la cerca, Ushakov se alejó avergonzado, ocultándose para que no le vieran llorar. Por debajo de la palma, a lo largo de las mejillas, le corrían los lagrimones, uno en pos del otro, claros y relucientes como gotas de rocío.

El viejo Chukar acudió por la tarde a la distribución. Entró como una tromba en el local destinado a la dirección del koljós y casi sin tomar aliento, se dirigió a Davíдов:

—¡Buenas, camarada Davíдов! Me alegro de verte tan bueno.

—Salud.

—Vengo a que me escribas un papel.

—¿Qué papel?

—Un papel para que me den ropa.

—¿Y por qué hay que darte ropa?

Nagulnov, sentado cerca de Davíдов, levantó sus arqueadas cejas.

—¿Quizá por degollar la ternera?

—Cuando el gato duerme no hay que despertarlo, Nagulnov, bien lo sabes tú. Y, ¿cómo, por qué?... ¿Y quién se llevó los golpes cuando expropiamos a Borodín?... Yo y el camarada Davíдов. A él le tocaron un poco en la cabeza, una miseria, nada, Pero a mí, el perro me dejó como nueva la pelliza, ¿eh?... No me quedaron de ella más que unos jirones, lo bastante apenas para envolverme los pies. ¿De modo que yo he pasado lo mío por los soviets y ahora no

me dan nada? Desgracia por desgracia hubiera preferido que Borodín me hiciese cachos la cabeza, pero que me quedase entera mi pelliza. ¡Es que era de mi mujer, la piel aquella!... ¿Sabéis la vida que me ha dado la vieja desde entonces? ¿No, eh? Calláis el pico, no tenéis qué contestar.

—Si no hubieras corrido, tendrías ahora tu pelliza.

—¿Cómo si no hubiera corrido? ¿Pero es que no sabes. Nagulnov, lo que hizo la condenada bruja de Borodín? Azuzó el perro contra mí: "¡Agárralo, Serco, gritaba, muérdele! Es el peor de todos". El camarada Davídov puede decir si es verdad o no.

—Aunque eres viejo, mientes como un sacamuelas.

—Camarada Davídov, dí si no es verdad.

—Hombre, de veras que no me acuerdo...

—Pues eso gritaba, por el Dios del cielo lo juro. Naturalmente que me entró el canguelo y eché a correr. Todavía, si hubiera sido un mastín como los otros... Pero no... peor que un tigre, como lo digo.

—Nadie lo azuzó contra ti, estás inventando.

—Vamos, Makarushka esfuérsate por recordar. Tú mismo tenías mieditis, que te se cambió la cara. Claro ¡cómo te ibas a recordar!... En aquel momento llegué hasta pensar: "Nagulnov, me dije, va a salir por pies". De que el maldito animal me arrastró, ya lo creo que me acuerdo, y tanto... Si no es por ese perro pongo a Dios por testigo que Borodín no hubiera salido vivo de mis manos. Cuando me pongo a ello soy terrible.

Nagulnov hizo una mueca como si le dolieran los dientes y dijo a Davídov:

—Dale pronto un papel a ver si nos deja en paz.

Pero aquella vez el viejo Chukar se sentía más que nunca inclinado a la conversación.

—Yo, en mis buenos tiempos, los tumbaba a todos a puñetazos...

—¡Pero qué carraca!... ¡Se acabó, ya te hemos oído bastante! Si quieres te daremos un vale para una marmita de veinte litros. Si no, ¿con qué te vas a curar la barriga?

Profundamente ofendido, el viejo Chukar cogió el papel en silencio y se marchó sin decir adiós. Pero la espléndida

pelliza que recibió de manos de Ostrovnov lo puso otra vez de un humor excelente. Sus ojillos se entornaban de contento. Se cogía con dos dedos, como si estuviera pellizcando sal, el faldón de su nueva prenda, lo alzaba como una mujer alza la falda para atravesar un charco, chasqueaba la lengua y se pavoneaba ante los cosacos.

—¡Vaya pelliza que me he ganado! ¡Y bien ganada! Todo el mundo lo sabe: cuando expropiamos a Borodín, él se echó sobre el camarada Davídov, con un hierro en la mano. "Ya se la ha cargado mi amigo", pensé yo... Y de un salto corrí a socorrerle, como un héroe, y aparté al otro. Si no es por mí, a estas horas Davídov no existe.

—Pues lo que dicen es que tú ibas huyendo de un perro, que te caíste y que el mastín te mordió las orejas como a un gorrino —intercaló uno de los circunstantes.

—¡Embustes! ¡Qué gente! Miente sin fruncir siquiera las cejas. ¿Qué es un mastín, vamos a ver? Un animal estúpido y vil. Que nada entiende...

Y el viejo Chukar desviaba hábilmente la conversación hacia otras cuestiones.

XIX

Es de noche...

Al norte de Gremiachi-Log, allá lejos, detrás de los repliegues de las oscuras colinas de la estepa, más allá de los barrancos y de los valles, más allá de los continuos bosques, se encuentra la capital de la Unión Soviética. Sobre ella, una inundación de luces eléctricas. Su palpitante resplandor azul, que parece el reflejo de un inmenso y silencioso incendio, flota por encima de las altas casas, eclipsando la claridad inútil de la luna y de las estrellas de medianoche.

Separada de Gremiachi-Log por mil quinientos kilómetros, Moscú enfundada en piedra continúa viviendo de noche: las locomotoras lanzan largos silbidos penetrantes, las sirenas de los automóviles evocan el sonido de un gigantesco acordeón, los tranvías pasan con un estrépito de hierro, rechinando y trepidando.

Detrás del mausoleo de Lenin, más allá de la muralla del Kremlin, la bandera roja, sacudida por el frío viento, gualdrapea en el cielo. Iluminada desde abajo por una blanca incandescencia de luz eléctrica, arde y borbotea, roja como sangre que corre. El recio viento cambia de dirección. Durante un momento la pesada tela cuelga inmóvil del palo; luego se extiende otra vez, y flota ya a Oriente, ya a Occidente, llamando a la rebelión, a la lucha...

Hace dos años, Maidannikov, venido a Moscú para asistir a un congreso de soviets de toda Rusia, había ido por la noche a la Plaza Roja. En cuanto vio el mausoleo y la bandera escarlata resplandeciendo victoriosamente en el cielo, se quitó con presteza su gorro de antiguo soldado de la caballería roja. Descubierta y con su capote desabrochado, se había quedado largo rato inmóvil...

En Gremiachi-Log, por el contrario, un profundo silencio pesa sobre la noche. Alrededor brillan las alturas desiertas, que la nevada cubre con un blanco plumón de cisne.

Los valles, los repliegues del terreno, los campos de ma-
leza, están sumergidos en una sombra de un azul oscuro. La
Osa Mayor casi toca el horizonte. La antena de la T. S. H.,
cerca del soviet rural, parece un cirio negro, que se eleva
hacia el firmamento sombrío, abrumador, inaccesible. El
agua de un manantial gotea con un susurro brujo, corriendo
hacia el río. Se ven caer en la corriente los astros que han
dejado de brillar en el mundo.

Presta atento oído, amigo, en el silencio de la noche y oirás
a la liebre roer una rama con sus dientes, amarillos de savia,
a la luz de la luna. Una gota de resina helada brilla
débilmente en el tronco de un cerezo. Arráncala y mira: la
bolita de resina, como una ciruela madura e intacta, está cu-
bierta por una ligera bruma gris. De cuando en cuando una
vaina de hielo cae de una rama, y la noche envuelve con su
silencio su caída cristalina. Las yemas de los cerezos,
cubiertas de menudos carámbanos, que los niños llaman
"lágrimas de cuclillo", están inmóviles, como muertas...

Reina silencio absoluto...

Y tan sólo al amanecer, cuando desde el norte, bajo una
nube, llegaba el viento de Moscú, aventando con sus frías
alas la nieve, suenan en Gremiachi-Log las voces matinales
de la vida: las ramas de los álamos empiezan de pronto a
murmurar. Las perdices que invernan en los alrededores y
vienen de noche a comer en las eras cuchichean llamándose
unas a otras. Cuando llegue el día volarán a los zarzales, a
las arenosas pendientes de las barrancas, dejando cerca de
los graneros de salvado, sobre la nieve, las huellas de sus
patas, constelaciones de pequeñas cruces y de briznas de
paja. Los terneros mugen llamando a sus madres; los gallos
colectivizados, furiosos, empiezan a alborotar. En el aire se
vislumbra el humo de las boñigas quemadas, humo ligero y
áspero que se esparce por todo el pueblo...

Mientras la noche envuelve todavía a Gremiachi, Mai-
dannikov es, sin duda, el único hombre que no duerme.
Tiene la boca amarga de tabaco, la cabeza le pesa como si
fuera de plomo. Siente náuseas...

Medianoche. Maidannikov se imagina el resplandor triun-
fante que flota sobre Moscú. Ve el vuelo amenazador y

enfurecido de la bandera roja desplegada sobre el Kremlin, sobre un mundo inmenso donde gimen, más allá de la Unión Soviética, millones de trabajadores como él. Maidannikov recuerda lo que su difunta madre le decía una vez, para secar sus lágrimas de niño...

—No llores, Kondrat; no irrites a Dios, hijito. Ya hay bastantes pobres en la tierra que lloran cada día y se quejan a Dios de sus miserias, de los ricos que se lo han cogido todo. Pero es que Dios ha mandado a los pobres que sufran. Y acabará por enfadarse, en vista de que los pobres y los hambrientos no paran de llorar. Recogerá todas las lágrimas, hará con ellas una niebla espesa, y la echará por el mar azul y por el cielo para que no puedan verle. Y entonces los barcos navegarán perdidos sobre las aguas, chocarán contra una piedra muy mala que hay bajo el mar, y se irán a pique. O si no el Señor hará rocío con las lágrimas y el rocío salado caerá una noche sobre todos los trigos de la tierra, los nuestros y los de los países lejanos. Las lágrimas amargas quemarán las espigas nacientes, el hambre y la peste asolarán al mundo... Conque, ya ves, los pobres no deben quejarse nunca para no atraer la desgracia... ¿Has comprendido, hijito?

Y acababa diciendo con voz severa:

—Reza, Kondrat, reza. Tu oración llegará más pronto hasta Dios.

Y el niño interrogaba a su devota madre:

—¿Y nosotros, mamita, somos pobres? ¿Papá es un pobre?

—Sí, hijo mío.

Kondrat caía de rodillas ante el icono del viejo rito, rezaba y se frotaba los ojos hasta que estuvieran bien secos, para que aquel Dios gruñón no viera sus lagrimitas...

Maidannikov está acostado, repasando todas las circunstancias de su vida como si examinara las mallas de una red. Cosaco del Don por parte de su padre, y ahora convertido en un koljosiano. Mucho ha reflexionado durante sus noches, largas y numerosas como los caminos de la estepa. Su padre, durante el servicio militar, ha azotado y acuchillado, como todos los de su centuria, a los tejedores huelguistas de Ivanovo-Vosnesensk, defendiendo así los intereses de los fabricantes.

Murió el padre, creció Kondrat, y en 1920, acuchillaba a los blancos de Polonia y a los de "Wrangel, para defender su propio poder, el Poder de los soviets, el poder de aquellos mismos tejedores de Ivanovo-Vosnesensk, contra la invasión de los fabricantes y de sus mercenarios.

Ya hace mucho tiempo que Maidannikov no cree en Dios; cree en el Partido Comunista que conduce a los trabajadores del mundo entero hacia la libertad, hacia un porvenir azul. Ha llevado todos sus animales a los establos del koljós, todas sus aves, hasta la última pluma. Piensa que solamente el que trabaja tiene derecho a comer el pan y a pisar la hierba. Está sólidamente y para siempre soldado al Poder soviético. Y sin embargo, de noche, no puede dormir... Y es que aún siente pena por el ganado que ha entregado voluntariamente... Esta pena se le enrolla al corazón como una víbora, lo hiela de tristeza y de aburrimiento...

En otros tiempos todo el día estaba ocupado: por la mañana había que dar de comer y de beber a los bueyes, a la vaca, a las ovejas, al caballo; a mediodía coger en el granero el heno y la paja, con cuidado de no perder la menor brizna; por la tarde, arreglarlo todo de nuevo. Hasta de noche había que visitar varias veces los establos para echar un vistazo a los animales, recoger el heno caído a sus pies, volver a echarlo en los pesebres. En tales menesteres el corazón del amo se llenaba de satisfacción. Y ahora el establo de Maidannikov está vacío, muerto. No hay animales que cuidar. Los pesebres están vacíos, las puertas enrejadas se quedan abiertas. No se oye un cacareo en toda la noche, nada permite ya adivinar la aurora...

El aburrimiento sólo desaparece cuando Maidannikov está de guardia en las cuadras del koljós. Durante el día cualquier pretexto es bueno para marcharse de casa con tal de no ver el cercado desierto, con tal de no ver los ojos dolorosos, hundidos, de su mujer, que ahora duerme a su lado, respirando tranquilamente. Su hija, la pequeña Jristíshka, acostada sobre la estufa, rebulle, mueve los labios, murmura palabras confusas: "Espacio padrecito... espacio, más espacio..." Está sin duda soñando, sueños puros e ingenuos de niño. Su vida es fácil, su respiración

sosegada. Con una caja de cerillas vacías tiene bastante para divertirse. Hará con ella un trineo para su minúscula muñeca de trapo. Este trineo la entretendrá hasta la noche, y el día siguiente le traerá la sonrisa de otro nuevo juego.

Maidannikov rumia sus propias meditaciones, y enredado en ellas forcejea como el pez en las mallas de la red.

"¡Cuándo me dejas, maldita pena!... ¿Por qué me persigues así?... Entro en la cuadra, veo los caballos de los otros, y nada... Pero en cuanto llego al mío, en cuanto distingo su grupa rayada de negro, su oreja izquierda marcada, me da tal alegría que en ese momento lo quiero más que a mi mujer. Y luego la comezón que siente uno de echarle heno del mejor, del más fino. Y a los otros le pasa lo mismo: cada cual se interesa por su caballo, sin ocuparse de los demás. Sin embargo, ya no hay tuyo ni mío, porque todo es nuestro... Pero... Kuzhenkov, estaba de guardia ayer... pues no se molestó en llevar los caballos al abrevadero. Mandó en su lugar a un muchacho. Este saltó sobre uno de los caballos y condujo a los otros en tropel hasta el río. Luego los trajo en la misma forma, sin ver si todos habían bebido. Y no vayas a quejarte, eh, porque te arman un escándalo... La causa de todo es que le ha costado a uno demasiado trabajo ganarlo. Los que estaban hasta el cuello, éstos, claro, no lo sienten tanto... Tengo que decirle mañana a Davídov cómo da Kuzhenkov de beber a los caballos. Ah, si así los cuidan, cuando llegue la primavera no podrán ni tirar de un rastrillo. Mañana, a primera hora, iré a ver cómo tratan a las gallinas; las comadres cuentan que ya han reventado siete. ¡Una lástima! Y entonces, ¿de qué ha servido recoger las aves de corral? Debieran al menos dejar un gallo en cada casa, para hacer de reloj. En la cooperativa no hay géneros, y Jristinshka con los pies descalzos. Vamos, que hay para llorar. Pero no me atrevo a pedirle nada a Davídov... No, mejor que pase este invierno en la estufa, que en cuanto llegue el verano ya no le harán falta zapatos...

Maidannikov piensa en las privaciones del país, que está llevando a cabo su plan quinquenal. Aprieta los puños, sobre la gruesa tela que le sirve de manta y apostrofa a los obreros de Occidente que todavía no están con los comunistas:

"¡Nos habéis vendido por un poco más de jornal que os dan vuestros patronos! Nos habéis vendido, hermanitos, por llevar una vida cómoda... ¿Cómo es que no tenéis todavía un Poder soviético? ¿Cómo, se explica vuestro retraso, eh? Si llevaseis una vida perra, ya hubierais hecho vuestra revolución, pero hasta ahora no os han hecho daño, no hacéis más que rascaros, pero sin tomar impulso y además no marcháis al unísono, vaciláis... Pero ya os darán donde os duela, y entonces gritaréis. ¡Es que veis, a través de la frontera, el trabajo que nos cuesta a nosotros montar nuestra vida? ¿Las privaciones que sufrimos, medio descalzos, medios desnudos, apretando los dientes a pesar de todo, y trabajando? ¡Es una vergüenza que estéis esperando a que todo se arregle, para venir luego a sentaros a la mesa! Si pudiera levantarse un mástil lo bastante alto para que se viese desde todas partes, yo treparía hasta arriba, y os gritaría lo que os merecéis..."

Maidannikov se queda dormido. El cigarrillo se le cae de los labios, y le hace un agujero en la única camisa que tiene. El dolor de la quemadura lo despierta. Se levanta, echando juramentos en voz baja. Busca a tientas una aguja para dar unas puntadas, porque si no, Ana no parará de refunfuñar a causa del maldito agujero... Pero la aguja no aparece, y Maidannikov vuelve a dormirse.

Al amanecer va al establo para hacer sus necesidades... De repente oye un clamor extraño: los gallos colectivizados, que pasan la noche bajo el mismo techo, gritan allá dentro todos juntos. Las diversas voces forman un coro imponente. Maidannikov, asombrado, abre los ojos, escucha durante dos minutos aquel escándalo continuo y, cuando el último cacareo se extingue, sonrío, con la cara hinchada de sueño: "¡El jaleo que arman esos endiablados!... ¡Una verdadera música de instrumentos de viento! Bien servido está el vecino: ya no hay sueño ni tranquilidad que valga, mientras que antes se oía un grito aquí otro allá, en todos los rincones del pueblo... ¡Sin ton ni son!... ¡Ah, lo que es la vida!... Y Maidannikov vuelve a su casa, dispuesto a continuar su interrumpido sueño.

Por la mañana, después del desayuno, fue a dar una vuelta por el corral.

—¿Qué vienes a hacer aquí tan de mañana? —le preguntó con voz colérica el viejo Akim Besjlebnov.

—Vengo a verte, y también a las gallinas. ¿Qué tal le va, abuelo?

—¡Ay, no me hables!... Esto no es vida... Ahora no sé que hacerme...

—¿Por qué?

—¡Este gallinero me aplana!

—A ver, explícate...

—No tienes más que pasarte un ratito en ese rincón, y verás lo que es bueno... Estos gallos del demonio se pelean todo el santo día, que ya no puedo con mi alma de correr tras de ellos. ¡Y hasta las gallinas! Como son hembras, pues se agarran del moño, y hala, ya estamos batallando. Ca, hombre, un negocio así, que se lo den al diablo... Hoy mismo voy a decirle a Davídov que me mande a otra parte, prefiero trabajar en las colmenas.

—Ya se acostumbrarán los bichos, abuelo.

—Sí, pero mientras no se acostumbren, el viejo Akim puede reventar. Y, además, ¿es este oficio para un hombre? ¿Eh? ¡Al fin y al cabo yo soy un cosaco, qué demonio!... He hecho la campaña de Turquía. ¿Y ahora qué? ¡Pues aquí me tienes de general en jefe de las gallinas! Dos días llevo apenas, y ya no me dejan en paz los chiquillos. Cuando vuelvo a casa, se me plantan en medio del camino y empiezan a berrear: "¡El tío Palpa gallinas, el tío Palpa gallinas!" Yo, respetado antes por todo el mundo, tendré que acabar mis días con ese mote de Palpa gallina. ¡Nunca, nunca jamás!

—No hagas caso, abuelo Akim. Los chicos ya se sabe...

—¡Si no fueran más que los chicos! Pero ahora también empiezan las mujeres a darme matraca. Ayer a mediodía, cuando iba a casa para el almuerzo, veo a Nastenka Donetzkova que estaba sacando agua del pozo. "¿Te la arreglas bien con tus gallinas?", va y me dice. "Me las arreglo bien", voy y le digo. "¿Ponen ya algunas?", me pregunta. "Hay algunas que ponen, comadre, pero no muchas. Y de pronto la yegua ésa va y se pone a reír a carcajadas. "Cuidado, me dice, y arréglate para tener un cesto lleno de huevos antes de la labranza, porque si no, te

harán por fuerza que las montes tú, a las gallinas".

Yo he pasado ya la edad de oír bromas semejantes. No, La verdad, es un empleo humillante.

El viejo iba a añadir algo cuando, bajo el cobertizo dos gallos entablaron furioso combate: de la cresta del uno brotó un chorro de sangre, del cuello del otro voló un puñado de plumas... El viejo Akim, armado con una caña, corrió a separar a los combatientes.

A pesar de la hora matinal, las oficinas del koljós estaban llenas de gente. En el patio, un trineo de caballos esperaba a Davidov, que iba a partir para el radio. El caballo de Lapshinov, ya ensillado, escarbaba la nieve con los cascos; a su lado estaba Liubishkin apretándole la cincha. También él iba a Tu-bianski para entenderse con el koljós de allí sobre la cuestión de la máquina seleccionadora.

Maidannikov entró en la primera habitación. El contador, recién llegado de la stanitsa, hojeaba los libros expuestos sobre la mesa. Sentado frente a él, Ostrovnov más demacrado y sombrío últimamente, escribía. Unos cuantos koljosianos, encargados del transporte de heno, aguardaban en pie. Dubtsov, picado de viruelas, jefe de la tercera brigada, y Menok, discutían en un rincón con el único herrero de la aldea, Ipólit Shaly. En el cuarto contiguo se oía la voz fuerte y alegre de Andrei.

Acababa de llegar y apresurándose contaba entre risas a Davidov.

—Cuatro viejucas se presentaron esta mañana en mi casa, muy tempranito. Uliana, la madre de Ignatenok, venía a la cabeza del rebaño. ¿Tú la conoces? ¿No? Es una buena mujer, que pesará sus ciento veinte kilos, con una verruga en la nariz. Bueno, pues llegan, y Uliana venía hecha una furia, parecía una tormenta a punto de estallar. ¡ Si vieras cómo le bailaba la verruga! No hace más que entrar y cae sobre mí como una tromba: "Pedazo de esto, pedazo de lo otro..." ¡Había que oírla! Precisamente en aquel momento tenía yo visita, y la mujer, dale que dale no paraba de insultarme. Entonces, como era natural, le dije en tono severo: "Cierra el pico y calla, o te mando detener por ultrajar a las autoridades. Vamos, le pregunto, ¿qué motivos tienes para rugir de esa manera?" Y ella entonces: "¿Conque ahora la tomáis con las viejas? ¿Cómo os atrevéis a burlaros de nuestra vejez?" Me costó lo indecible saber lo que pasaba.

Corría el rumor, según ellas me dijeron, de que todas las viejas de más de sesenta años, incapaces de trabajar, serían encargadas, en primavera, por la administración del soviét... (A Andrei se le hincharon de risa los carrillos). A falta de máquinas de esas para empollar huevos, las viejas serían encargadas de empollarlos. Esto era lo que las había puesto fuera de sí. La tía Uliana gritaba como si la desollasen: "Estás aviado... ¡Vamos, sentarme a mí sobre los huevos! ¿A mí? ¡Todavía no han puesto las gallinas los huevos que yo empolle!... ¡Antes os molería a golpes y después me ahogaría en el río!" No creas que fue cosa fácil hacerla atender razones." Calma, calma, Uliana, le digo... Y, además, nuestro río no lleva bastante agua para que te ahogues. Todas esas son patrañas de los kulaks". He aquí lo que ocurre. El enemigo trata por todos los medios de entorpecer nuestra marcha. Quise saber de dónde procedían semejantes invenciones, y me enteré de que una monja, llegada anteayer de Voiskovoi, había venido con el cuento... Ha pasado la noche en casa de Timofei Borshev. Por lo visto ha dicho que el recoger todas las gallinas era para enviarlas a la ciudad, donde servirían para tallarines; y, además, que iban a fabricar para las viejas, sillas especiales, con paja y todo, y que luego las obligarían a empollar los huevos. Y las que se rebelasen, a ésas las atarían a la silla.

—¿Y dónde está ahora esa monja? —preguntó vivamente Nagulnov que escuchaba el relato.

—Se ha largado. Fue lista: dio el golpe, y hasta más ver...

—Estas urracas, hay que detenerlas y embarcarlas para... ya sabéis para dónde. Si le echo yo la mano encima, le levanto las faldas hasta la cabeza y le doy una zurra que se acuerda... ¡También tú! Eres el presidente del soviét, y dejas que cualquiera pase la noche en el pueblo. ¡Muy bonito!

—¡Qué diablo, no puedo vigilarlos a todos!

Sentado delante de la mesa, Davídov, con una pelliza echada sobre el gabán, recorría por última vez el plan de labores primaverales aprobado por la asamblea del koljós. Sin levantar la cabeza, dijo:

—La calumnia es uno de los trucos más viejos del enemigo. El parásito intenta envilecer todo lo que construimos. Y nosotros

a veces le ayudamos, por ejemplo, en el caso de las aves de corral.

—¿Cómo? —dijo Nagulnov, dilatando las aletas de la nariz.

—Pues colectivizando las aves.

—¡No es verdad!

—¡Sí es verdad! No deberíamos desparramar nuestros esfuerzos. Las semillas no están aún preparadas, ¿verdad? ¡Y ya estamos ocupándonos de colectivizar las aves! ¡Qué tontería!... ¡Los puños me mordería yo!... ¿Qué van a decirme en el radio cuando sepan que ese fondo de semillas no está aún preparado?... ¡La cosa es bien desagradable!

—Pero dime, ¿por qué no se han de socializar las aves? Si la asamblea ha aceptado...

Davíдов hizo una mueca.

—¡Bah, la asamblea! ¿Cómo no comprendes que eso de las aves no tiene importancia? Tenemos que decidir lo principal: fortalecer el koljós, elevar hasta el 100 % las adhesiones, en fin, hacer la siembra. Escucha lo que te propongo, Nagulnov. Políticamente nos hemos equivocado con esta maldita cuestión de las aves, no cabe duda. Anoche leí bastantes cosas sobre la organización de los koljoses y he comprendido dónde está el error: nosotros formamos un koljós, es decir, un artel... No obstante, nos orientamos hacia la comuna. Eso es, precisamente, una desviación hacia la izquierda. Tienes que reflexionar sobre esto. En tu lugar, puesto que tú eres el que nos hiciste tomar esta decisión, yo reconocería mi error francamente, con valor bolchevique, y daría orden de devolver a la gente las gallinas y todas las demás aves de corral. ¿Qué te parece? Y si tú no lo haces yo mismo cargaré con la responsabilidad en cuanto vuelva. Y ahora me voy. ¡Hasta la vista!

Se encasquetó la gorra, se alzó el alto cuello de piel de su pelliza que había pertenecido a un kulak y que apestaba a naftalina, y dijo cerrando su cartera:

—¡Y ahora las monjas, que andan paseándose por ahí y contando cuentos para poner a las mujeres de punta contra nosotros! La obra del koljós es terriblemente necesaria. Todo el mundo debe entrar. Los viejos como los jóvenes. La mujer también, claro está, tiene su correspondiente

papel en el koljós. Dicho esto, salió dando grandes zancadas. —Vamos, Nagulnov, hay que devolver las gallinas a sus respectivos gallineros. Davídov tiene razón en lo que ha dicho.

Andrei esperando una respuesta, se quedó mirando con su pelliza desabrochada, no paraba de dar vueltas a su gorro. Movía los labios, pero no decía nada. Transcurrieron así unos tres minutos. Nagulnov levantó de pronto la cabeza, y los ojos de Andrei tropezaron con su franca mirada.

—Sí, hemos metido la pata. Es verdad. Ese bribón de Davídov, con su boca mellada, tiene razón de sobra...

Nagulnov sonrió un tanto confuso.

Davídov estaba instalándose en el trineo. En pie junto a él, Maidannikov se exaltaba, gesticulando y moviendo mucho los brazos. El cochero se impacientaba, recogía las riendas, arreglaba el látigo. Davídov escuchaba mordisqueándose los labios.

—Ten calma... le oyó decir Andrei al bajar los escalones de la puerta. Somos nosotros los que mandamos. Eso se arreglará. Vamos a establecer un sistema de multas; los jefes de brigada serán obligados a vigilar bien, bajo su responsabilidad personal. No te preocupes... ¡Bueno, hasta la vista!

El látigo restalló encima de los caballos. El trineo trazó sobre la nieve un doble surco curvo y azulado, y desapareció por el arco de entrada.

En el corral de la comunidad populaban centenares de gallinas de todos los colores. El viejo Akim, con una vara en la mano, trota por el corral. Un airecillo suave agita su perilla gris y seca el sudor que perla su frente. El "Palpa gallinas" empuja a los bichos con sus pies calzados de fieltro. Lleva al hombro un saco medio lleno de grano, que va sembrando desde el cobertizo al granero. Las gallinas bullen a sus pies, lanzando sin cesar sus impacientes y ahogados cacareos.

En la era, blancas bandadas de gansos se agitan como olas de espuma, batiendo las alas y armando un gran alboroto de gritos, de cloqueos, y de chillidos estridentes. Un compacto grupo de gente se apretuja en las cercanías del cobertizo. No se ven más que espaldas y traseros. Las cabezas agachadas

han desaparecido. Todo el mundo mira hacia abajo, clavando los ojos en el centro del corrillo.

Andrei se acerca tratando de ver, por encima de las cabezas, lo que allí pasa. Los mirones, respirando anhelosamente, hablan en voz baja.

—El rojo va a ganar.

—¡Sí, en seguida! Fíjate, ya tiene la cresta colgando.

—¡Anda con él!

—Y abre el pico, no puede más...

—¡No lo empujes, no lo empujes! —se oye decir al viejo Ghukar. ¡Ya verás cómo vuelve él solito! ¡Qué no empujes, te digo, imbécil!... Espera un poco, que yo soy el que va a empujarte a ti.

Dos gallos, con las alas desplegadas, dan vueltas al círculo. El uno rojo brasa, el otro ala de cuervo. Sus crestas desgarradas están ennegrecidas por la sangre seca; por el suelo revolotean plumas negras y amarillas. Los combatientes, fatigados, se separan; fingen picotear, escarban la nieve reblandecida, pero no obstante se espían. Su pretendida indiferencia es breve: de pronto el negro se despega del suelo, se eleva como un tizón encendido. El rojo lo imita, y chocan en el aire, una vez, dos veces...

El viejo Chukar, mira olvidándose de todo. Una gota tiembla en la punta de su nariz, pero él no se da cuenta. Toda su atención está fija en el gallo rojo. El rojo tiene que vencer. El viejo Chukar ha apostado por él contra Demid. Una mano lo arranca súbitamente de su embebecimiento. Lo coge sin ninguna delicadeza por el cuello, la cara contraída por una furia loca, igual que el gallo que va a lanzarse sobre su adversario. Pero instantáneamente esa expresión cambia, se vuelve indiferente y afable, porque aquella mano es la de Nagulnov. Con el entrecejo fruncido, Nagulnov dispersa a los espectadores, separa a los gallos, y dice con aire sombrío:

—Ya estáis con las riñas de gallos... ¡Hala, fuera de aquí! ¡Al trabajo, gandules! Ir a la cuadra a preparar el heno, si no tenéis otra cosa que hacer. Llevad estiércol a las huertas. Que dos de vosotros vayan de casa en casa por todo el pueblo y digan a las mujeres que vengán a recoger sus gallinas.

—¡Cómo! ¿ Se disuelve entonces el koljós de gallinas?

—preguntó un aficionado a las riñas de gallos.

Es uno de los campesinos individuales, un tal Bannik que lleva la cabeza cubierta por un bonete de piel de zorra.

—¡Por lo visto las aves de corral no son todavía bastante conscientes para el koljós! Pero bajo el socialismo, los gallos, ¿se pelearán o no se pelearán?

Nagulnov palidece y mira de arriba abajo al charlatán con un gesto de amenaza.

—Bromea si quieres, pero sin exagerar, ¿eh? Lo mejor de la humanidad ha muerto por el socialismo, y tú, so sinvergüenza ¿lo tomas a broma? Lárgate de aquí inmediatamente, contrarrevolucionario... Si no, te voy a dejar seco... Ahueca ya, víbora, antes de que te deje fiambre. ¡Porque yo también sé bromear!

Nagulnov se aparta de los cosacos que se han quedado silenciosos, da un último vistazo al cercado, lleno de aves, y se dirige lentamente, con los hombros caídos, hacia la puerta de la valla, ahogando un doloroso suspiro.

XX

En el comité de radio el humo del tabaco subía en espirales azules. Se oía repiquetear la máquina de escribir. La estufa holandesa respiraba calor.

La reunión de la junta debía celebrarse a las dos de la tarde. El secretario del radio, afeitado, bañado en sudor, con el cuello de la chaqueta desabotonado a causa del calor, estaba ocupadísimo. Después de señalar una silla a Davíдов, se rascó el cogote, blanco y rollizo, y dijo:

—No tengo mucho tiempo disponible, conque toma nota. ¿Qué tal os va por allá? ¿Cuál es el porcentaje de la colectivización? ¿Llegaréis pronto a ciento? Sé breve.

—Pronto. Pero no se trata de porcentaje. Se trata de la situación interna. ¿Qué hacer? Traigo un programa de los trabajos de primavera... ¿Quieres darle un vistazo?

—¡ No, no! —dijo el secretario, asustado.

Sus hinchados ojos se entornaron con gesto de malestar. Sacó un pañuelito y se enjugó el sudor de la frente.

—Llévale eso a Lupetov, que está en la Unión Agrícola del radio. El lo verá y le dará la sanción. Yo no tengo tiempo. Ha llegado un camarada del comité del distrito. Vamos a tener inmediatamente una reunión de la junta. Pero, di ¿ por qué diablo nos has mandado a tus kulaks? ¡Bonita la has hecho!... Bien claro te lo dije en todas las cartas: "No te apresures, en esto, que no tenemos aún instrucciones precisas". En vez de perseguir a los kulaks, desposeyéndolos antes de haber creado el koljós, hubieras hecho mejor en acabar la colectivización integral. Y en cuanto al fondo de semillas, ¿qué es lo que pasa, eh? Ya te hemos dado instrucciones, y no comprendo por qué no habéis hecho todavía nada para ejecutarlas. Me veré obligado hoy mismo, durante la reunión, a plantear la cuestión sobre ti y Nagulnov. Insistiré para que conste eso en vuestro expediente. ¡Es escandaloso! ¡Ándate con cuidado, Davíдов!

El no ejecutar las instrucciones del comité de radio podría tener para ti consecuencias muy desagradables. ¿Cuánto has reunido de semillas, después del último comunicado? Voy a ver...

El secretario sacó de su cajón una hoja dividida en columnas, la recorrió entornando los ojos y se puso todo rojo. —¡Naturalmente!... ¡Ni un pud más! ¿Y por qué no dices nada?

—¡Pero si no me dejas hablar! No nos hemos ocupado todavía del fondo de semillas, es cierto. Hoy mismo, en cuanto regrese nos pondremos manos a la obra. Hasta ahora hemos tenido reuniones a diario, se ha organizado el koljós, el consejo de administración, las brigadas, que no es poco. Hay mucho que hacer y lo que tú quieres resulta imposible. Se da un golpe de varita mágica, ¡y ya está el koljós formado, el kulak suprimido, el fondo de semillas listo!... Todo eso se hará, naturalmente que se hará... No te precipites a embadurnar nuestros expedientes... Ya tendrás tiempo de sobra.

—¡Cómo no, si el Distrito y la Legión insisten, que no me dejan ni respirar! El fondo debía estar creado para el primero de febrero y tú...

—Y yo lo tendré para el 15 sin falta. De todos modos, en febrero no se va a sembrar. Hoy he enviado a uno de la directiva a Tubianski, para que le den allí una máquina seleccionadora. El presidente de aquel koljós, Gnedij, pone dificultades. Le hemos escrito preguntándole cuando estará libre su máquina, y nos contestó al margen: "En el futuro". Debe ser un guasón.

—No tienes que decirme nada de Gnedij. Háblame de tu koljós.

Hemos hecho una campaña contra la matanza del ganado. Se acabó, ya nadie mata animales. Hace poco tomamos la decisión de socializar las aves y el ganado menudo, por temor a que fueran exterminados y en general... Pero hoy he recomendado a Nagulnov que devuelva las aves...

—¿Por qué?

—Porque me parece que socializar el ganado menudo y las aves de corral, es cometer una equivocación. El koljós no necesita eso por ahora...

—¿Pero no había tomado la asamblea general koljosiana una decisión en ese sentido ?

—Sí.

—¿ Entonces ?

—No hay gallineros, y los miembros del koljós están perdiendo el entusiasmo, esa es la verdad... No valía la pena de irritarlos por tonterías... La socialización de las aves de corral no es obligatoria, puesto que nosotros fundamos un koljós, no una comuna.

—¡Vaya una teoría! ¿Tenéis motivos para devolver las aves? Naturalmente no debíais meteros con las aves, pero de haberlo hecho no valía la pena de volver atrás. Lo que hacéis es vacilar, andar siempre con equívocos... Hay que trabajar en firme... El fondo de semillas no se ha creado, el 100 % de la colectivización no se ha alcanzado todavía, el material agrícola no está reparado...

—Hoy nos hemos entendido con el herrero...

—Lo que yo digo, os falta rapidez... Vamos a enviaros una columna de agitadores. Ellos os enseñarán a trabajar.

—Muy bien, magnífico.

—Pero, en cambio, cuando no valía la pena de que os apresuraseis, habéis estado muy diligentes... ¿Quieres fumar ? (El secretario alargó su pitillera). De repente, como nieve en mayo, se presentan unos carros cargados de kulaks. Zajarenko me telefona de la Guepeú: "¿Dónde meterlos? No tenemos instrucciones del distrito... ¿Cómo y dónde mandarlos?" ¿Ves la que habéis armado? Sin habernos puesto previamente de acuerdo, ni nada...

—¿Y qué iba a hacer con ellos ?

Davídov se enfadó. Y cuando enfadado comenzaba a hablar más de prisa, ceceaba ligeramente, porque su lengua tropezaba con el hueco del diente y hacía su hablar ceceante y poco claro.

También ahora hablaba con pasión y en voz alta, ceceando ligeramente, con su voz de tenor un poco enronquecida.

—¿Qué iba a hacer? ¿Colgármelos al cuello ? Habían matado a Joprov y a su mujer...

—Las pesquisas no lo han probado —interrumpió el secretario—. Podía haber otros motivos.

—En efecto, las pesquisas no han probado nada, porque el juez de instrucción era malo. En cuanto a otros móviles... ¡Bah, tonterías! El golpe ha venido de los kulaks, no cabe duda. Han hecho todo lo posible para impedirnos la organización del koljós, han provocado agitación contra nosotros, y entonces nosotros, los mandamos al demonio. No comprendo por qué no hablas más que de eso. Por lo visto no estás muy satisfecho que digamos...

—¡No me vengas con idioteces! Cuidado con lo que hablas. Me opongo a las iniciativas, cuando el plan, la acción dirigida, se reemplaza por una acción de guerrilleros. Tú te las has arreglado para ser el primero en expulsar a los kulaks de tu aldea, y nos has puesto, con su expulsión, en una situación apuradísima. Y además, ¿a qué viene ese espíritu localista? ¿Por qué los mandaste en carros solamente hasta el radio? ¿Por qué no directamente a la estación, al distrito?

—Necesitábamos los carros.

—¡Lo que digo, espíritu localista!... ¡Bueno, basta! y ahora escucha lo que tienes que hacer para los días próximos: reunir integralmente el fondo de semillas, reparar el material para la siembra, hacer subir al 100 % la colectivización. Tu koljós será independiente. Por hallarse a gran distancia de los otros lugares habitados, no se le incluirá en el Gigante, desgraciadamente. Los del distrito — que el diablo arramble con ellos— no hacen más que embrollarlo todo: tan pronto piden Gigantes como dicen que es menester descentralizar. ¡Es para volverle a uno tarumba!

El secretario se cogió la cabeza entre las manos, y guardó unos instantes de silencio. Luego, cambiando de tono, añadió:

—Bueno, vete a la Unión Agrícola, y ponte de acuerdo sobre el plan. Después vete a comer al comedor. Si no encuentras nada allí, pasa por mi casa, mi mujer te dará de comer. Espera, voy a escribirte unas líneas.

Rápidamente garrapateó algo en un volante que entregó a Davíдов. Luego, con la nariz en sus papeles, le tendió una mano fría y húmeda.

—Márchate en seguida. Hasta la vista. Pero te prevengo

que hablaré de vosotros en la junta. Bueno, no hablaré. ¡Pero, hombre, a ver si hacéis un esfuerzo! ¡Si no, cuidado con las sanciones!

Davídov salió y desdobló el volante, cubierto de grandes letras escritas con lápiz azul:

"Lisa, te prescribo categóricamente que des de comer pronto y sin excusas al portador de la presente—. P. Korchzinski".

"Ca, no... Antes que hacer uso de un mandato semejante, prefiero aguantarme sin comer", pensó Davídov, que tenía el estómago en los talones.

Y se dirigió hacia la Unión Agrícola del radio.

XXI

Aquel año, el plan establecido para Gremiachi-Log era de cuatrocientas setenta y dos hectáreas de labranza, de ellas ciento diez en tierra virgen. Durante el otoño se habían labrado bajo el régimen de cultivo individual, seiscientas cuarenta y tres hectáreas y se habían sembrado doscientas diez hectáreas de trigo de invierno. La totalidad de la superficie cultivada se pensaba distribuir entre cereales y plantas oleaginosas del siguiente modo: trigo candeal, seiscientas sesenta y siete hectáreas; centeno, doscientas diez, cebada, ciento ocho; avena, cincuenta; mijo, sesenta y cinco; maíz ciento sesenta y siete; girasol, cuarenta y cinco; cáñamo, trece. Total: mil trescientas veinticinco hectáreas, más noventa y una hectáreas de tierras arenosas que se extendían al sur de la aldea hasta la barraca de Ujachi y estaban reservadas para melones y pepinos.

En la conferencia ampliada sobre producción, celebrada el 12 de febrero, que reunió a más de cuarenta personas del activo del koljós, se habló de crear un fondo de semillas, de fijar normas de rendimiento para las labores campestres, de reparar el material para las siembras y de sacar, de las reservas de forraje, un fondo intangible para el período de labores primaverales.

Aconsejado por Ostrovnov, Davíдов propuso que se sembraran en números redondos siete puds de trigo candeal por hectárea, o sea cuatro mil seiscientos sesenta y nueve puds en total. Esta proposición levantó un clamoreo ensordecedor. Cada cual se desgañitaba, sin preocuparse del vecino y el alboroto era tal que hacía tintinear los vidrios de la antigua casa de Borodín.

—¡Es demasiado!

—¡ Se nos atragantaría!

—Nunca se ha sembrado de esa forma en tierras grises.

—Seríamos el hazmerreír de la gente, para hablar claro.
—Cinco puds por hectárea, y todavía...
—Pongamos cinco y medio.
—¿Tierra buena que pediría siete puds por hectárea?...
¡Pero de esa tierra no tenemos más que una lengua de gato!...
—¡Ciudadanos, ciudadanos, silencio! ¡Maldita sea! ¡Estos cochinos del demonio se han puesto hechos unas fieras! Dejadme decir dos palabras —rugía el jefe de la segunda brigada, Liubishkin.
—¡Llévatelos todos, ya que te has puesto a ellos! ¡Estamos conformes!
—¡Menuda gente, así se les!... ¡Son unos brutos, y nada más!... Ignat, ¿qué haces ahí mugiendo como un toro? ¡Te has puesto azul de tanto gritar!...
—¿Y tú?... Echas baba por la boca, que pareces un perro rabioso.
—Dejar hablar a Liubishkin.
—No hay manera, no es posible entenderse ya.
La conferencia reventaba en clamores frenéticos. Cuando los más terribles alborotadores se quedaron roncós de gritar, Davíдов rugió con ferocidad inacostumbrada en él:
—¡Bonita manera de portarse en una conferencia! ¿Para qué sirve todo este jaleo? Cada cual debe hablar cuando le llegue su turno y los otros a callarse mientras tanto, no hay más. No hay motivo para portarse aquí como bandidos. Es preciso tener conciencia.
Y más bajo:
—Debéis aprender de la clase obrera a tener reuniones bien organizadas. En nuestro taller, por ejemplo, o en el club, cuando hay una reunión todo marcha a pedir de boca. Un camarada habla, los otros escuchan. Pero vosotros gritáis todos a la vez, y ¡no hay diablo que os entienda!
Liubishkin, con una enorme estaca en la mano, se levantó y dijo:
—Al que abra el pico mientras otro esté hablando, le descargo esta estaca en el cogote, ¡palabra! ¡Y le hago estirar la pata!...
Ushakov emitió una suposición:

—¡Pues antes de que acabe la reunión nos has reventado a todos!

Los asistentes se echaron a reír, fumaron un rato y luego se pusieron, esta vez con la mejor intención, a estudiar la norma del plan de siembras. Y además según se puso de manifiesto no era necesario discutir ni gritar...

Ostrovnov, tomando el primero la palabra, cortó de golpe todas las divergencias:

—No teníamos para qué quedarnos roncós... ¿Por qué el camarada Davídov ha propuesto siete puds? Es muy sencillo, todos somos de la misma opinión. ¿Van a desinfectarse las semillas y meterse en la máquina seleccionadora? Claro que sí. ¿Quedarán residuos? Seguramente. Hasta quizá que tengamos demasiados, porque hay labradores poco cuidadosos que no han separado las semillas... Están mezcladas al trigo de consumo y que sí, que no, pasan por el tamiz. Supuesto que haya residuo, no se perderá por eso, no. Se dará a los animales y a las aves de corral.

La cifra de siete puds fue aceptada. La situación se puso más difícil cuando hubo que fijar las normas de rendimiento por cada arado. La confusión de opiniones fue tal, que Davídov creyó perder la cabeza.

—¿Cómo quieres fijar de antemano el rendimiento de cada arado cuando no sabemos todavía qué primavera hará, si buena o mala? —gritaba dirigiéndose a Davídov el jefe de la tercera brigada, Dubtsov, un hombrachón de cara picada de viruelas—. ¿Sabes tú acaso cuando se derretirá la nieve? ¿Y si la tierra estará seca o húmeda? ¿Es que tus ojos ven la tierra por debajo?

—¿Bueno y tú qué propones, Dubtsov? —preguntó Davídov.

—Yo propongo que no se gaste papel en vano y que no se marque nada de antemano. Llegará la época de la siembra, y entonces ya veremos.

—¿Cómo es posible que tú, jefe de brigada, hables como un inconsciente contra el plan? Según tú no es necesario, ¿eh?

Contra lo que podía esperarse, Ostrovnov apoyó a Dubtsov:

—¡No puede adivinarse de antemano lo que ocurrirá!... Y además, ¿cómo queréis establecer el plan? Vosotros, por

ejemplo, engancháis al arado tres pares de bueyes robustos, mientras que los que yo tengo son todavía muy jóvenes. ¿Podré con ellos hacer tanto como vosotros? ¡Naturalmente que no!

Le llegó el turno a Maidannikov, y dijo:

—Extraña oír en boca de Ostrovnov, de nuestro administrador, cosas semejantes. ¿Cómo vas a trabajar sin programa? ¿A salga lo que saliere? ¿Con que yo no soltaré la manquera mientras tú sesteas al sol y luego recibiremos partes iguales? ¿Qué te pasa, estás enfermo, Ostrovnov?

—¡Gracias a Dios, no, Maidannikov!... ¿Cómo igualarás la fuerza de los bueyes y la calidad de la tierra? Tu tierra es blanda, la mía es dura; tu tierra está en el llano, la mía en una altura. Explícanos esto, si tan listo eres.

—Para, la tierra dura habrá una labor; para la blanda otra. La fuerza de los bueyes puede igualarse al uncirlos. ¡Hay arreglo para todo, no cabe duda!

—Ushakov quiere hablar.

—Que hable.

—Yo, hermanitos,. diré así: reforzarles el pienso, a los animales antes de la siembra, con buen heno, maíz y cebada. Ahora la cuestión es saber dónde encontraremos el forraje... Porque el stock nos ha chupado todo el grano que nos quedaba.

—Del ganado se hablará más tarde. Eso es desviarse del asunto. Hay que decidir primero la cuestión del plan de labores: cuántas hectáreas de tierra dura, cuántas por arado, cuántas por sembradera.

—Las sembraderas tampoco son iguales. Una sembradera de once filas no puede compararse con una sembradera de diecisiete.

—¡Claro que no! ¿Qué propones tú? Y tú, ciudadano, ¿por qué no dices nunca nada? Figuras entre el activo y todavía no he oído tu voz.

Demid lanzó a Davíдов una mirada de asombro y profirió con voz de bajo profundo:

—Estoy de acuerdo.

—¿Con qué?

—Pues que hay que labrar y que sembrar...

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Hummm.....

—¡ Eso se llama hablar!

Davídov sonrió y añadió algunas palabras que a causa de las risas no pudieron oírse. El viejo Chukar se creyó obligado a dar una explicación.

—Camarada Davídov: en la aldea le llaman Demid el Silencioso. Siempre está callado. No habla más que en último extremo. Como que hasta su mujer lo ha abandonado por este motivo. Sin embargo, no es ningún imbécil este cosaco... Es más bien un infeliz o, para decirlo más finamente, le falta... Vamos, que está un poco tocado. Yo lo recuerdo de chico, un granujilla que ni siquiera llevaba calzones... Y no había en él nada de particular... Y ahora creció y calla. Cuando el antiguo régimen, el pope de Tubiansk se negaba por ese motivo a darle la comunión. Un día que le estaba confesando, le cubrió la cabeza con un pañuelo negro, (fue en cuaresma, le séptima semana, si no me equivoco) y le pregunta: "¿Robas, hijo mío?" El otro, callado. " ¿Te entregas al vicio?" El otro callado. "¿Fumas? ¿Pecas con las mujercitas?" Nada, ni palabra. El muy imbécil no hubiera tenido que decir más qué: "Me arrepiento, padre mío", y todos sus pecados le hubieran sido perdonados...

—¡A ver si cierras ya el pico! —dijo una voz detrás de Chukar, que no hizo caso de las risas.

—¡En seguida, acabo en un momento! Y él no hacía más que resoplar, con los ojos redondos como los de un carnero delante de un portón nuevo. El pope empieza a sentir miedo, la estola que lleva al cuello le tiembla. "¿Puede ser que a veces hayas codiciado la mujer ajena, o el asno del prójimo u otro animal suyo?", y aún le dice una porción de cosas más, según la Escritura... Demid continuaba sin soltar palabra. ¿Y qué podía decir? Aunque hubiera deseado la mujer de éste o del otro, ninguna se hubiera ido con él. Ni la última de las últimas le hubiera aceptado por...

—Bueno, viejo, termina; lo que dices no tiene nada que ver con la cuestión —le advirtió Davídov severamente.

—¡A ello voy, a ello voy! Un minutito más... ¡Ah qué demonio!... Me habéis cortado el hilo, y ahora... Bueno... pues decía... ¡Maldita memoria!

El viejo Chukar se dio un golpe en la cabeza y, como si hubiera soltado un muelle del mecanismo, prosiguió:

—Decía, pues... En cuanto a la mujer del prójimo, para Demid, como si no existiese. ¿Y qué necesidad tenía él de codiciar el burro o cualquier otro animal sagrado? Bueno, sí, pudiera habersele ocurrido, pues no tenía caballo, pero burro no lo hay en el país, y él no ha visto uno en toda su vida. Yo os pregunto, queridos ciudadanos, ¿dónde ir a buscar burros si por estas tierras no los ha habido desde que el tiempo es tiempo? El tigre, el asno, y lo mismo el camello.

—¿Vas por fin a callarte? —preguntó Nagulnov—. ¡Si no, te pongo en la puerta!

—Tú, querido Makar, el primero de mayo, en la escuela, nos has hablado de la revolución mundial desde el mediodía hasta la noche. ¡El latazo que nos dio este!... ¡Qué manera de machacar, siempre lo mismo! Yo, sin hacer ruido, me tendí sobre el banco y, doblado como un cuatro, dormí mi siestecita, pero no me atreví a interrumpirte... Y tú, ahora, vas y me interrumpes...

—Déjale acabar al viejo... Tenemos tiempo de sobra — dijo Andrei, a quien le encantaban las bromas y las historietas.

Se le prolongó el uso de la palabra otros dos minutos, y el viejo Chukar, comiéndose las sílabas, concluyó:

—Quizá ese fue el motivo de que no respondiese nada... Nadie lo ha sabido nunca... El pope estaba maravillado. Mete la cabeza bajo el pañuelo, y le pregunta a Demid: "¿Eres mudo? — No, dice el otro, pero me fastidias". En esto el pope se enfada, la cara se le pone verde... Y luego empieza a gruñir, en voz baja para que las viejas no le oigan: "¡Entonces, so zoquete, por qué estás ahí callado, como un poste!", le dice. Y zas, le da con un candelero entre los ojos.

Una explosión de risas ahoga las tronantes protestas de Demid:

—¡Mientes! ¡No me pegó!

—¿Ah, no? —dice Chukar estupefacto—. Bueno, no tiene importancia. Pero, de seguro que buenas ganas se le pasaron de zumbarte... Y por eso el pope le negó la comunión. Pues bien ciudadanos, si Demid se calla, nosotros seguimos, y

asunto concluido... Buenas palabras como las mías son de plata, no digo que no, pero el silencio es oro.

—No harías mal en cambiar toda tu plata en oro —le aconsejó Nagulnov— y así nos dejarías tranquilos.

La risa ora ardía como leña seca, ora se apagaba. El relato del viejo Chutar estuvo a punto de hacer olvidar a la gente el motivo de la reunión. Davíдов, disimulando una sonrisa, preguntó:

—¿Qué querías decirnos sobre la norma de trabajo? ¡Al grano!

-¿Yo?...

Chukar se secó el sudor de la frente. Sus ojos parpadearon.

—Yo no quería decir nada sobre eso... He expuesto simplemente el caso de Demid... La norma no tiene nada que ver...

—¡Te privo de la palabra mientras dure esta reunión! Lo primero es la seriedad, las bromas para luego.

—Una hectárea por arado y por día —propuso uno de los delegados agrícolas, el koljosiano Iván Batalschikov.

Dubtsov, indignado, gritó:

—¡Estás loco! ¡Vete a contarle tus fantasías a tu mujer! Nunca podrás hacer una hectárea al día. Reventarás, pero no lo harás.

—¿Qué no? En mis tiempos he labrado yo una hectárea por día. Algo menos, quizá, concedido...

—¡Claro que algo menos!

—Media hectárea por arado y de tierra dura.

Después de largos debates' la norma cotidiana quedó fijada en esta manera: sesenta áreas de tierra dura, setenta y cinco de blanda. Para la siembra, tres hectáreas y cuarto por sembradera de once filas, cuatro hectáreas por sembradera de trece filas, cuatro hectáreas y tres cuartos por sembradera de diecisiete filas.

Disponiendo la aldea de 184 bueyes y de setenta y tres caballos, el programa de las siembras no imponía un esfuerzo excesivo. Así lo declaró Ostrovnov:

—Con buena voluntad, pronto acabaremos. Resultan cuatro hectáreas y media por yunta en toda la estación. La tarea es fácil, no vale negarlo.

—En Tubiansk —dijo Liubishkin— son ocho hectáreas por yunta.

—Si quieren sudar sangre, allá ellos.

Se tomó la decisión de reunir el fondo de semillas en tres días. El herrero Shaly hizo una manifestación poco halagadora ... Hablaba con voz fuerte, por ser un poco duro de oídos, y no cesaba de dar vueltas, entre sus manos deformadas por el trabajo, a su mugriento gorro, negro como el hollín. El numeroso auditorio le intimidaba:

—Se puede reparar todo en poniéndose a ello... Y no seré yo quien flaquee. Pero no hay metal. Es menester encontrarlo pronto: yo no tengo ni un pedazo de hierro para las rejas de los arados. ¿Cómo queréis que trabaje? Con las sembraderas empezaré mañana. Necesito un ayudante. Necesito también carbón. Y después ¿cuánto me darán en el koljós?

Davídov le explicó la forma en que sería pagado. Luego encargó a Ostrovnov que al día siguiente sin más tardar fuese al radio a buscar carbón y hierro.

En lo concerniente a la reserva de forraje, la cuestión se solucionó pronto. Después de lo cual, Ostrovnov tomó la palabra:

—Lo primero, hermanos, que tenemos que discutir es cuando, donde y qué sembrar. Hay que elegir alguien que sepa de estas cosas, para dirigir el trabajo. Teníamos, antes del koljós, cinco delegados agrícolas... Pero no se han visto sus hechos... Además, uno debe ser elegido entre los viejos cosacos, que conocen la tierra. Nos será muy útil sin duda mientras no se empiece con el nuevo régimen de cultivo... Debo añadir que casi todo el pueblo pertenece ya al koljós. La gente poco a poco va entrando en él. Quedan unas cincuenta explotaciones individuales. Pero estas también se despertarán el día de mañana, colectivizadas... Es el momento, digo, de sembrar según las reglas de la ciencia. De doscientas hectáreas que tenemos reservadas para plantas de escarda, pongamos la mitad en barbecho al estilo de Jersen. Esta primavera labraremos ciento diez hectáreas de tierras vírgenes. Claro que este año no podemos esperar una buena cosecha, conque... Dejémoslas en barbecho siguiendo el método de Jerson.

—Nosotros no conocemos eso...

—¿Qué es un jersón?

—Explícanos eso can hechos —indicó Davídov, muy orgulloso del saber y de la experiencia de " su" administrador.

—Os explicaré lo que es este barbecho. Se llama también barbecho a la americana. Es muy curioso y tiene mucho ingenio. Un ejemplo: sembráis este año, supongamos, maíz o girasol... y lo sembráis en filas espaciadas, con una separación doble de lo acostumbrada. Lo cual hace que no recojáis más que la mitad de una cosecha ordinaria. Quitáis las mazorcas del maíz o las cabezas de los girasoles, pero dejando los tallos... Venido el otoño, sembráis trigo alrededor.

—¿Y cómo sembrar? La sembradera rompería los tallos —dijo

Maidannikov que era todo oídos.

—¿Por qué ha de romperlos? Como las filas están espaciadas, la máquina no tocará los tallos, pasará entre las plantas. Luego los tallos retendrán la nieve. Esta se derretirá poco a poco y la humedad será más grande. En primavera, cuando el trigo despunta, se arrancan los tallos, se escarda el terreno. Estupendo, ¿eh? Yo este método no lo he probado, pero tenía buenas ganas de intentarlo este año. El cálculo es exacto, no hay error.

—¡Eso sí que lo comprendo!... Yo voto en favor.

Davídov le dio con el pie a Nagulnov por debajo de la mesa y le dijo en voz baja:

—¿Ves? Y tú que estabas contra él...

—Lo estoy todavía...

—¡Por testarudez, nada más! Eres más obstinado que un borrico...

La reunión aceptó la propuesta de Ostrovnov. Se resolvieron en seguida, después de haber deliberado, una porción de pequeños problemas. Y se dio por terminada la sesión.

Davídov y Nagulnov estaban ya llegando al soviet rural, cuando un mozalbete vestido con una chaqueta de calero abierta sobre un uniforme de la Juventud Comunista, salió a su encuentro. Sosteniéndose la gorra para que el viento no se la llevara, se acercó rápidamente.

—Alguno del radio —dijo Nagulnov entornando los párpados.

Cuando llegó a ellos, el muchacho saludó militarmente y preguntó:

—¿Sois del soviet?

—¿A quién buscas?

—Al secretario de la célula del Partido o al presidente del soviet.

—Yo soy el secretario de la célula, y éste es el presidente del koljós.

—Muy bien. Yo soy de la columna de agitadores. Acabamos de llegar, os esperamos en el soviet.

El muchacho, que tenía el rostro bronceado y la nariz chata, lanzó una mirada furtiva a Davíдов, y sonrió con un gesto de interrogación.

—¿No eres tú Davíдов, camarada?

—Sí, yo soy.

—Me lo había figurado. Nos hemos visto, hace dos semanas, en el comité del distrito. Yo trabajo allí, soy prensador en la almazara.

Entonces fue cuando Davíдов se dio cuenta porqué el muchacho esparcía en torno a él aquel fuerte y dulce olor a girasol: su chaqueta de cuero estaba toda impregnada de ese sabroso olor que era imposible hacer desaparecer.

XXII

Un pie sobre los escalones del soviet, se hallaba un hombre bajito, con la cabeza cubierta por un gorro del Kuban, cuyo casquete estaba ornado con un galón blanco en forma de cruz. Llevaba una pelliza negra entallada. Sus anchas espaldas tapaban toda la puerta. Plantado allí, sobre sus fuertes piernas esparrancadas, recio y vigoroso, parecía un olmo de la estepa. Sus botas de caña alta y plisada, con los talones desgastados, parecían soldadas al suelo de madera, que cedía bajo el peso de aquel cuerpo de oso.

—Es el jefe de nuestra columna de agitadores, el camarada Kondratko —dijo el muchacho que iba al lado de Davidov.

Viendo que éste sonreía, añadió en voz baja:

—Entre nosotros, por broma, le llamamos "el tío Kvadratko"⁽⁶⁾. Es tornero en la fábrica de locomotoras de Lugansk. Un viejo por la edad, pero un tipo estupendo.

En este momento Kondratko, oyendo hablar, volvió hacia Davidov una cara, toda roja. Bajo sus mostachos caídos, una sonrisa hizo brillar sus dientes resplandecientes de blancura.

—Entonces ¿sois vosotros el Poder soviético? ¡Salud, hermanitos!...

—Buenos días, compañero. Yo soy el presidente del koljós, éste es el secretario de la célula comunista.

—¡Ah, bien!... Entremos, porque mis hombres están esperando hace ya un buen rato... Ya que soy el jefe de esta columna de agitadores, quiero hablar con vosotros. Me llamo Kondratko, pero si mis muchachos te dicen que me llamo Kvadratko, haz el favor de no creerles, porque son todos unos pillos y tan amigos de bromas, que no hay palabra...

Hablaba con voz de trueno, franqueando la puerta con el cuerpo ladeado.

Osip Kondratko había trabajado en el sur de Rusia durante más de veinte años. Primero en Taganrog, después en Rostov del Don, en Mariupol y, finalmente, en Lugansk, de donde había partido para alistarse en la guardia roja y sostener con sus anchos hombros el joven Poder soviético.

El trato con los rusos durante tantos años había alterado la pureza de su natal habla ucraniana, pero su aspecto, sus bigotes caídos a lo Shevehenko, revelaban al hombre de Ucrania, Marchando sobre Tsaritsin, había atravesado en 1918, con los mineros del Donetz y con Voroshilov, las aldeas cosacas donde ardía la insurrección contrarrevolucionaria... Más tarde, cuando durante una conversación se evocaban los ya pasados años de la guerra civil, cuyo eco persiste, vivaz, en el corazón y en el espíritu de sus participantes, Kondratko decía con orgullo: "Nuestro Kliment⁽⁷⁾, es de Lugansk... ¡Ya lo creo! En otro tiempo fuimos muy amigos... Se me figura que nos vamos a ver otra vez... Caerá en seguida en la cuenta de quién soy. En Tsaritsin, cuando nos batíamos contra los blancos, solía decirme en broma: "¿Qué tal, Kondratko, cómo marcha la vida? ¿Sigues vivo, viejo lobo?" —Claro que sigo vivo, Kliment Ojrimich... No tengo tiempo de morirme ahora. ¿Voy a morirme ahora cuando nos estamos batiendo contra los blancos? ¿Contra la contrarrevolución? ¡Y como unos demonios! Ah, si me viese, no dejaría de darme ánimos", terminaba Kondratko con gran seguridad.

Al salir de la guerra civil, Kondratko volvió a Lugansk, sirvió primero en los órganos de la Cheka en el transporte, después lo enviaron a trabajar en el Partido y de nuevo a la fábrica. De allí, movilizado por el P. C. fue enviado para ayudar a la colectivización de los campos.

Se había puesto enorme Kondratko, en el curso de los últimos años. ¡Y qué anchura de espaldas! Sus compañeros no hubieran reconocido en él a Osip Kondratko, el mismo que, en 1918, durante el ataque a Tsaritsin había acuchillado a cuatro cosacos y al centurión del Kubán Malimaga, el cual

había recibido de las manos de Wrangel, en premio a sus "hazañas", un sable de plata incrustado en oro. Kondratko, que había engordado, comenzaba a envejecer. Venillas azules y de color violeta surcaban su rostro. Lo mismo que la fatiga y la carrera cubre al caballo de una espuma gris, la cabeza de Kondratko, andando los años, se había cubierto de canas. La páfida ceniza resbaló hasta sus bigotes caídos. Pero la fuerza y la voluntad no abandonaban a Kondratko. En cuanto a su desmesurada gordura, que iba en aumento, eso no tenía importancia.

"Taras Bulba era todavía más gordo que yo... ¿Dejó por eso de batirse contra los polacos? Si la guerra empieza otra vez, yo sabré partir a un oficial en dos, de un solo sablazo. ¿Mis cincuenta años? ¡Bah!... ¿Y eso qué importa?... Mi padre vivió cien bajo el poder del zar, y yo viviré ciento cincuenta bajo el nuestro". De este modo hablaba a los que le recordaban su edad y su obesidad.

Kondratko pasó el primero a la sala del Soviet,

—¡Un poco de silencio, muchachos! Este es el presidente del koljós, y el otro, el secretario de la célula. Oigamos un poco lo que pasa en este rincón y entonces sabremos lo que hay que hacer. ¡Hala, sentarse!

Unos quince hombres de la columna de agitadores, sin dejar de hablar, tomaron asiento. Dos de ellos salieron, sin duda para tener cuidado de los caballos. Mirando atentamente a los desconocidos, Davídov descubrió a tres funcionarios del radio: el agrónomo, el maestro de la escuela secundaria y el médico. Los otros agitadores venían del distrito. Varios, a juzgar por las apariencias, procedían de las fábricas.

Mientras se instalaban arrastrando las sillas y tosiendo, Kondratko le dijo en voz baja a Davídov:

—Di que den de comer a nuestros caballos y que no se aparten los guardianes. (Sus ojos parpadearon maliciosamente). ¿Les darás avena?

—No hay más avena, sólo queda para la siembra —respondió Davídov e inmediatamente sintió un frío interior que le dejó helado. Experimentaba un malestar horrible, una especie de animosidad contra sí mismo...

De avena le quedaban aun más de cien Puds. Sin embargo, había rehusado porque esta reserva la guardaba, como las niñas de sus ojos, para el comienzo de las labores primaverales. Ostrovnov casi lloraba cuando entregaba para los caballos (a los del consejo de administración solamente y sólo para viajes largos) una ración del precioso grano.

"¡Es el apego a la propiedad! Se apodera de mí como de los demás, pensó Davídov. En otro tiempo no era así. ¡Diantre!... ¿Si le diera la avena?... No, ya he rehusado, ¿por quién me tomaría?"

—¿Quizá tendréis cebada?

—Tampoco.

En efecto, no había cebada. Davídov se puso colorado al sentir en su rostro la mirada burlona y perspicaz de Kondratko.

—No, es verdad que no hay.

—Ah, tú harías un buen administrador, hasta un buen kulak a lo mejor... —decía Kondratko, en voz baja, riendo para sus adentros. Pero viendo que Davídov fruncía el entrecejo, lo abrazó amistosamente, alzándolo ligeramente del suelo.

—Vamos, vamos, era una broma. ¿No tienes? ¡Qué le vamos a hacer! Economiza el grano para tus animales... ¡Hala, muchachos, manos a la obra! Es necesario que haya un silencio de muerte.

Luego, volviéndose hacia Davídov y Nagulnov, añadió:

—Venimos a vuestro pueblo para ayudaros un poco... Ya os lo habrán dicho, supongo. Conque, explicadnos cuál es la situación.

Después de una amplia exposición de Davídov sobre la colectivización y la creación de un fondo de semillas, Kondratko espetó lo que sigue:

—No hay trabajo para todos nosotros aquí.

Sacó de su bolsillo, carraspeando, un cuaderno y un mapa del estado mayor sobre el cual paseó el dedo pulgar:

—Nos iremos a Tubiansk... no está lejos de aquí ese pueblo según veo... Bueno. Os dejaremos una brigada de cuatro hombres, para que os echen una mano. Ahora, para reunir lo más pronto posible el fondo de semillas yo os aconseja-

ría esto: comenzad por convocar una reunión, explicad a la gente los motivos, y solamente entonces podréis empezar a trabajar entre la masa...

Hablaba despacio y detalladamente.

Davídov le escuchaba con gusto. Aunque el sentido de ciertas expresiones ucranianas se le escapase, se daba perfecta cuenta de que, en conjunto, Kondratko exponía con justeza el plan de campaña para reunir el fondo de semillas... Kondratko indicó, siempre sin apresurarse, la conducta que se debía seguir con los campesinos individuales y con los elementos acomodados del pueblo, en caso de que, de un modo o de otro se decidieran a poner estorbos. Expuso los métodos más eficaces, resultado de la experiencia del trabajo de la columna de agitadores en otros soviets rurales. Habló sin brusquedad, sin darse aire de querer dirigir o enseñar, pidiendo consejo durante su discurso tanto a Davídov como a Nagulnov o a Andrei.

—Así es como deben hacerse las cosas. ¿Qué decís vosotros los de Gremiachi? ¿Conformes?... Ya me lo figuraba. Y Davídov, clavando una mirada sonriente sobre la cara roja, surcada de venillas, del tornero Kondratko, viendo el brillo malicioso de sus ojos profundamente hundidos, pensaba : "¡Diablo! ¡y que inteligente eres!" No quiere frenar nuestra iniciativa, finge darnos consejos. Pero que se intente atacar a su programa —muy justo desde luego— y nos haría aceptar su punto de vista a la fuerza. Ya he visto yo otros tipos de su calaña".

Otro pequeño incidente aumentó su simpatía por Kondratko. Este, antes de marcharse, llamó aparte al jefe de brigada que dejaba con otros tres cantaradas en Gremiachi y se entabló un breve coloquio.

—¿Para qué es ese revólver que llevas por fuera de la chaqueta? ¡Quita eso de mi vista en seguida!

—Pero, camarada Kondratko, los kulaks... la lucha de clases...

—¡Déjate de monsergas! Los kulaks... ¿y qué? Tú vienes a hacer agitación, ¿no? Entonces, si tienes miedo de los kulaks, muy bien, quédate con el revólver, pero te prohíbo que lo llesves por fuera de la chaqueta. ¡Qué listo! Tiene un

revólver y está con él más orgulloso que un chico. Fijarse cómo lo lleva colgado al cinturón. Métetelo inmediatamente en el bolsillo. Si no, los agentes de los kulaks, empezarán a decir: "Mirad, buena gente, cómo vienen éstos a hacer propaganda ... ¡Con revólveres!"

Y añadió entre dientes:

—¡Qué tonto!...

Al montar en el trineo, llamó a Davíдов y reteniéndole por un botón de su gabán, le dijo:

—Están muy bien adiestrados mis muchachos... Trabajarán como condenados. Hacer vosotros lo que podáis, ¿eh?, y que todo se termine lo antes posible. Yo estaré en Tubiansk... No tienes más que darme un aviso, si la cosa no anda bien. Quizá hoy mismo al llegar tengamos que dar una representación. ¡Ah, si vieras cómo hago el kulak! Tengo una "complexión" que me permite hacer el papel de kulak al natural... ¡Ya ves lo que me ha tocado hacer a la vejez! Y por la avena, no creas, no te guardo rencor...

Con sus anchas espaldas apoyadas contra el respaldo del trineo, sonreía bonachonamente.

—¡Qué cabeza! ¡Y qué hombros! ¡Y qué piernas para sostenerle! —reía Andrei—. ¡Un tractor, ni más ni menos! Enganchado al arado, podrá reemplazar a tres pares de bueyes. Una cosa me extraña, sin embargo: ¿con qué se hacen los hombres de ese tamaño? ¿Qué crees tú Nagulnov? —Ya empiezas como el viejo Chukar: te estás haciendo charlatán —respondió el otro, de malhumor.

XXIII

El capitán Polovtsev, que habitaba en casa de Ostrovnov, se preparaba activamente para la toma de armas en primavera. Velaba en su cuartucho hasta el canto del gallo, pasando el tiempo en escribir, en dibujar mapas con un lápiz tinta, en leer. Ostrovnov lo encontraba a veces sumergido en la lectura, con la abultada frente inclinada sobre su mesa, moviendo los labios en silencio. A veces lo sorprendía también absorto en profundas meditaciones.

En estos instantes, de codos sobre la mesa, se cogía la cabeza entre las manos, hundiendo los dedos en sus cabellos de lino, escasos y demasiado largos. Sus rudas mandíbulas se movían como si estuviera masticando algo coriáceo. Tenía los ojos medio cerrados. Había que llamarle varias veces para hacerle levantar la cabeza; la cólera fulguraba entonces en sus minúsculas pupilas terribles por su inmovilidad.

—¿Qué es lo que quieres?

Y su voz de bajo parecía el ladrido de un perro. En estos momentos, Ostrovnov le temía todavía más, pero sentía, a pesar suyo, gran respeto por Polovtsev.

Entre las obligaciones de Ostrovnov estaba la de informarle a diario sobre lo que pasaba en el pueblo, en el koljós. Lo cual hacía concienzudamente, pero cada día traía a Polovtsev nuevas preocupaciones que hundían todavía más las arrugas transversales de sus mejillas.

Después de la expulsión de los kulaks de Gremiachi, Polovtsev no podía cerrar los ojos de noche. Sus pisadas firmes pero afelpadas, se oían hasta el alba. Ostrovnov, acercándose de puntillas a la puerta de su cuarto, le oyó murmurar rechinando los dientes: "¡Nos quitan la tierra de debajo de los pies! Nos privan de todo apoyo... ¡Acuchillarlos!... ¡Hay que acuchillarlos! ¡Hay que acuchillarlos sin piedad!"

Se callaba un momento, luego empezaba otra vez a andar con su pisadas de fieltro. Según su costumbre se rascaba el pecho y murmuraba sordamente: "¡Acuchillarlos! ¡Hay que acuchillarlos!"

Después, en tono más dulce, con sordos trémolos en la garganta:

—¡Dios misericordioso! ¡Dios que todo lo ves!... ¡Ayúdanos!... ¡Dios justo!... ¡Apóyame! ¿Cuándo vendrá la hora?... Apresura tu castigo, Señor!

Ostrovnov, inquieto, ya al amanecer pegó su oreja a la puerta del cuarto: Polovtsev murmuraba una oración, se arrodillaba gimiendo, daba golpes con su frente en el suelo. Por fin apagó la luz, se acostó y sumergido en su semisueño, dijo otra vez con voz clara-. "Acuchillarlos a todos... ¡hasta el último!"

Días después de esto, Ostrovnov oyó de noche llamar al postigo. Salió al zaguán.

—¿Quién está ahí?

—Abre patrón.

—¿Quién es?

—Es para Alexandr Anisímovich —susurró alguien detrás de la puerta.

—¿Eh?... No lo conozco.

—Dile que es un pliego que el Negro le envía.

Ostrovnov dudó un momento, luego abrió. "Ocurra lo que ocurra." Un hombrecillo encapuchado entró. Polovtsev lo hizo pasar a su habitación, cerró herméticamente la puerta. Y se oyó durante más de hora y media, la conversación precipitada y ahogada de dos voces.

Mientras tanto, el hijo de Ostrovnov daba heno al caballo del mensajero, le aflojaba la cincha, le quitaba el freno.

Los correos montados llegaron desde entonces casi todos los días, no ya a medianoche, sino de madrugada, hacia las tres o las cuatro de la mañana. Venían, sin duda alguna de puntos más alejados que el primero.

Durante ese tiempo Ostrovnov llevaba una vida doble, una vida singular.

Por la mañana iba a la dirección del koljós, hablaba con Davíдов, con Nagulnov, con los carpinteros, con los jefes

de brigada. La organización de los establos para el ganado, la selección del grano, las reparaciones del material, acaparaban todos sus pensamientos. Temperamento activo, Ostrovnov se hallaba, contra lo que él había supuesto, metido en el género de preocupaciones, de asuntos y de trabajos que a él le gustaban, con la diferencia tan sólo que si ahora corría sin cesar por el pueblo, siempre afanado, no era por su interés personal, sino por el del koljós. Pero hasta esto le alegraba con tal de olvidar sus negros pensamientos, no pensar. Le atraía el trabajo, sentía deseos de hacer. Proyectos de toda especie germinaban en su cabeza. Ahora desplegabá toda su energía en reformar las cuadras, en construir una cochera capital. Dirigía el traslado de los almacenes socializados, la construcción de un nuevo almacén del koljós.

De noche, en cuanto caía la fiebre de la jornada y cuando llegaba la hora de volver a casa, ante la sola idea de que Polovtsev estaba allí, en su cuartucho, lo mismo que un buitro cerniéndose sobre el túmulo sepulcral, sombrío y terrible en su soledad, Ostrovnov sentía dolor en el hueco del estómago; sus movimientos se hacían más lentos, una fatiga indecible invadía su cuerpo... Volvía a su casa, y, antes de cenar iba a ver a Polovtsev.

—Habla —le decía el otro deseoso de escucharle, liando un cigarrillo.

Entonces Ostrovnov le contaba la jornada, pasada en asuntos del koljós. De ordinario, Polovtsev escuchaba sin decir nada. Solamente una vez, habiéndole puesto Ostrovnov al corriente de la distribución que se había hecho de los vestidos y calzados confiscados a los kulaks, no pudo contenerse. Loco de rabia, con los labios llenos de espuma, gritó:

—En primavera les retorceremos el pescuezo a esos que se han aprovechado de la distribución. Apunta los nombres de todos esos... —de toda esa canalla, ¿me entiendes?

—Tengo la lista, Alexandr Anisímovich.

—¿La tienes ahí?

—Sí.

—Déjame ver. Se apoderó de la lista y la recopió cuidadosamente, apuntando con todas sus letras los

nombres y apellidos, así como los objetos entregados; en frente del nombre de aquellos que habían recibido ropa o calzado, ponía una cruz pequeña.

Después de hablar con Polovtsev, Ostrovnov cenaba; pero antes de acostarse iba a verlo otra vez y recibía instrucciones para el día siguiente.

Por mandato de Polovtsev, el 8 de febrero, Ostrovnov dio orden al jefe de la segunda brigada de que reservase cuatro carros con hombres, para llevar a los establos arena de río. La orden fue ejecutada. Entonces Ostrovnov hizo limpiar y enarenar la tierra de los establos.

Hacia la caída de la tarde llegó Davíдов.

—¿Qué haces con esa arena? —preguntó a Demid, nombrado jefe de la brigada de los boyeros.

—Estamos enarenando.

—¿Para qué?

Silencio.

—¿Para qué? te pregunto.

—No sé.

—¿Quién os ha dicho que echéis arena ?

—El administrador.

—¿Y qué ha dicho exactamente?

—Hay que mirar por la limpieza, ha dicho... ¡Tiene unas ocurrencias el hijo de...!

—¡Lo que tiene es razón! Y en efecto así estará más limpio. Porque con este estiércol y esta peste, los bueyes pescarán pronto cualquier enfermedad. Sí, eso es, hay que tenerlos limpios como los veterinarios dicen. Y tú haces mal en... manifestar descontento. ¿No da gusto, di, mirar el establo? Con la arena, está muy limpio, ¿eh? ¿Qué te parece!

Pero Davíдов no pudo sacarle palabra a Demid, el cual se marchó al granero de salvado sin responder. Davíдов aprobando en su fuero interno la iniciativa de su administrador, se marchó a cenar.

Por la noche, Liubishkin corrió a verle y todo furioso, le preguntó:

—¿Entonces, ahora se les hace a los bueyes cama de arena ?

—Sí, de arena.

—¿Pero es que ese Ostrovnov se ha vuelto loco? ¿Se ha

visto jamás semejante cosa? ¡Y tú también, camarada Davídov! ¡Aprobar tal disparate! ¿En qué estás pensando?

—¡Vamos, cálmate, Liubislikin! Es por razones de higiene y Ostrovnov tiene razón. Se disminuye el peligro, de infección teniéndolo todo limpio... Así no habrá epidemias...

—¿Higiene eso, recóreholis? ¡Pero, hombre, un buey, y más con este frío que hace, necesita el calor de la pajaza!... Y le ponéis arena... ¡Bueno, es el colmo!

—¡Vamos, vamos, no me vengas con protestas! ¡Se acabó el cuidar a los animales con métodos anticuados! Hay que dar a cada cosa una base científica.

—¡Sí, vaya una base! ¡Eh!...

Liubishkin se dio un golpe en el muslo con su gorro de piel negra y salió disparando, más rojo que una remolacha.

A la mañana siguiente, veintitrés de los bueyes no pudieron levantarse del suelo. La arena, endurecida por el frío, no había dejado filtrar la orina de los animales y éstos, descansando sobre la humedad, se helaban... Algunos se levantaron dejando sobre la arena helada jirones de piel; cuatro de ellos se habían roto la cola. Los otros, transidos de frío, se pusieron enfermos.

Ostrovnov había puesto demasiado celo en ejecutar la orden de Polovtsev. Estuvo a punto de perder su cargo de administrador.

—De ese modo harás que sus bueyes se hielen. Y los muy imbéciles creerán que es por la limpieza. Pero cuidado con los caballos, ¿eh?... Es preciso que, en caso de necesidad, estén listos en el acto —le había dicho Polotvsev la víspera. Y Ostrovnov había obedecido.

Por la mañana, Davídov lo llamó a su casa, cerró la puerta con la llave y sin levantar los ojos, le dijo:

—Vamos a ver, tú...

—¡Ha sido un error, querido camarada Davídov! Sí yo... ¡Dios mío!... Quisiera arrancarme los pelos...

—¡Pero tú, miserable!

Davídov se puso lívido y clavó sobre Ostrovnov sus ojos húmedos de cólera:

—¿Conque nos saboteas, eh?... ¿No sabías tú que era malo enarenar los establos? ¿No sabías que los bueyes podían helarse ?

—¡Dios me es testigo de que no lo sabía!

—¡Cállate!... ¡Jamás podré creer que un campesino tan listo como tú, no lo supiera.

Ostrovnov se echó a llorar. Sonándose las narices, balbuceaba :

—Yo quería que todo estuviese limpio... Que no hubiera estiércol... No podía prever el mal resultado...

—Márchate, te sustituirá Ushakov. Y a ti vamos a juzgarte.

—Camarada Davíдов...

—¡Sal, te digo!

Cuando Ostrovnov salió, Davíдов reflexionó con más calma sobre lo que había pasado. ¿Sospechar a Ostrovnov capaz de sabotaje? No, realmente, era demasiado absurdo. Ostrovnov nunca había sido en realidad kulak. Y si a veces le llamaban así, era simplemente por animosidad personal. Un día, poco después del nombramiento de Ostrovnov para el puesto de administrador, Liubishkin había dejado caer esta frase:

—¡El mismo Ostrovnov es un antiguo kulak!

Davíдов no había parado hasta esclarecer este asunto: en efecto, hacía ya bastantes años, Ostrovnov había vivido desahogadamente, pero después las malas cosechas le habían reducido al nivel de un campesino medio.

Davíдов meditó largamente la cosa y llegó a la conclusión de que Ostrovnov no era culpable de la desgracia de los bueyes, pues había dado la orden de enarenar el establo solamente por motivos de limpieza... Quizá se debiera también a su manía de hacer innovaciones.

—Si fuera un saboteador no trabajaría con ese afán. Y además, los bueyes suyos, ¿no habían sufrido como los otros? —pensaba Davíдов—. No, Ostrovnov es un koljosiano leal. El percance de la arena no puede ser más que una lamentable equivocación.

Recordó con qué solicitud y con qué inteligencia trabajaba Ostrovnov en la estabulación invernal; cómo economizaba

el heno; cómo, un día que tres caballos del koljós se pusieron enfermos, él mismo en persona, se había quedado hasta el alba con los animales, administrándoles lavativas de aceite de cáñamo para curarles el cólico.... Después fue el primero en proponer que se expulsara del koljós al que había causado la enfermedad de los caballos, el mozo de cuadra de la primera brigada, Kuzhenkov, el cual, como después se supo, había alimentado durante toda una semana a los animales con paja de cebada, sin darles nada más.

En cuanto a los caballos, Davídov se había dado cuenta de que Ostrovnov, los cuidaba más que nadie. Y, entregado a estas reflexiones, sintió una especie de vergüenza por su explosión de cólera injustificada contra el administrador. Sí, había hecho mal en tratar con aquella brutalidad a un compañero de la dirección del koljós estimado por todos y en acusarle de sabotaje, a él que no era culpable sino de imprudencia.

—¡Qué absurdo!

Davídov, tosió con una tosecilla de impaciencia, revolvióse los cabellos y salió de la habitación.

Ostrovnov, con un manajo de llaves en la mano, hablaba con el contable. Los labios le temblaban de ofensa...

—Escucha Ostrovnov —le dijo Davídov—. No entregues cuentas a nadie... Continúa trabajando, pero como hagas otra vez... Bueno, ya sabes lo que iba a decirte... Y ahora llama al veterinario del radio y di a los de la brigada que los bueyes enfermos quedan dispensados de su faena.

La primera tentativa de sabotaje en el koljós, terminó para Ostrovnov felizmente.

Polovtsev eximió provisionalmente de toda nueva tarea a Ostrovnov, porque tenía otras preocupaciones en la cabeza; durante la noche, como de costumbre, un nuevo personaje había llegado a su casa. Despidió el carro y entró en el patio. Inmediatamente Polovtsev se lo llevó a su habitación y ordenó que nadie entrase allí. Hablaron hasta muy tarde. A la mañana siguiente, Polovtsev, de excelente humor, llamó a Ostrovnov:

—Mi querido Ostrovnov, aquí te presento a un miembro de nuestra liga, nuestro hermano de armas, por decirlo así,

el alférez Liatievski, Vatslav Avgustovich. Lo recomiendo a tus cuidados y a tu solicitud.

Y presentando a Ostrovnov:

—Es el amo de la casa, un cosaco de vieja cepa. En este momento asume la función de administrador del koljós. Es todo un empleado soviético, como si dijéramos...

El alférez se levantó de la cama y tendió una palma blanca y ancha a Ostrovnov. Parecía de unos treinta años, tenía la cara delgada y amarillenta. Sus ondulados y negros cabellos, peinados hacia atrás, caían sobre el cuello cerrado de su blusa de satén negro. Más arriba de sus labios rectos y sonrientes, se ensortijaba un bigotillo ralo. El ojo izquierdo, color avellana, lo tenía siempre entornado, evidentemente a consecuencia de una contusión; debajo del ojo, la piel se acumulaba en pliegues inertes, seca y sin vida, como una hoja de otoño. Pero este ojo estropeado, lejos de discordar, parecía por el contrario acentuar la expresión animada y radiante del ex alférez Liatievski. Tenía una impresión de que iba a hacer un guiño malicioso, que la piel se le desplegaría para subir en un centelleo de arruguillas hacia la sien, mientras que Liatievski, desbordando alegría, rompería en una carcajada joven y contagiosa. Su ropa, intencionadamente demasiado amplia, no entorpecía en modo alguno los ademanes desenvueltos del alférez y no llegaban a ocultar su elegancia marcial.

Aquel día, Polovtsev estaba, contra su costumbre, de buen humor, amable hasta con Ostrovnov. No tardó en poner término a aquella fútil conversación y volviéndose a Ostrovnov, declaró:

—El alférez Liatievski se quedará en tu casa un par de semanas; y yo tan pronto anochezca me marcharé. Si Vatslav Avgustovich necesita algo, no vaciles en hacerlo. Sus órdenes son las mías. ¿Entendido?

Y pasando una palma de hinchadas venas sobre la rodilla de Ostrovnov, dijo en tono sentencioso:

—Vamos a empezar pronto. Ya no nos queda mucho tiempo de sufrir. Puedes decírselo a nuestros cosacos: que tomen ánimos. Y ahora vete, tenemos que hablar aún.

Acababa de ocurrir un suceso insólito, por el cual Polovtsev se veía obligado a ausentarse de Gremiachi-Log durante dos

semanas. Ostrovnov ardía de curiosidad. Incapaz de resistirla se ocultó en el mismo rincón desde donde Polovtsev había escuchado anteriormente su conversación con Davídov. Pegando la oreja al delgado tabique, consiguió atrapar algunas frases sueltas:

Liatievski. —No cabe duda, tiene usted que ponerse en contacto con Bikadorov... Su Excelencia, naturalmente, le informará que los planes... situación favorable... ¡Es estupendo!... En la región de Salsk... un tren blindado... en caso de derrota...

Polovtsev. — ¡Tsss!

Liatievski. — ¿Supongo que no nos oirá nadie?

Polovtsev. —Sin embargo... La más estricta, prudencia para todo...

Liatievski (aún más bajo, tanto que Ostrovnov pierde el hilo del discurso). —Derrotas... por supuesto... Afganistán... Con su ayuda se podrá pasar...

Polovtsev. —Pero los fondos... la Guepeú... (Después un continuo bu-bu-bu-bu-bu-bu...)

Liatievski. —Otra alternativa: pasar la frontera... por Minsk... Dando la vuelta... Le aseguro que... guardia de frontera... Nos recibirá, sin duda, en el estado mayor... El coronel, sé su nombre... Hay un santo y seña. ¡Pero es una ayuda tan poderosa! Tal protección... No se trata de subsidio ...

Polovtsev. — ¿Y él qué piensa?

Liatievski. —Estoy seguro de que el general repetirá... Tengo la orden... de viva voz... utilizando... no dejar escapar el momento...

Ya no se oyó más que un murmullo. Ostrovnov, que no había podido sacar nada de estos retazos de conversación, suspiró y se dirigió a la Dirección del Koljós.

Cuando, acercándose a la antigua casa de Borodín, hubo recorrido con la vista, según su costumbre, el cartel blanco fijado sobre la puerta: "Dirección del koljós Stalin de Gremiachi", sintió como siempre, una especie de desdoblamiento...

Y después recordó al alférez Liatievski y el tono seguro de Polovtsev: "Vamos a comenzar pronto".

Irritado contra sí mismo, se dijo: "Pero que se den prisa, porque si no, yo me desgarraré la piel entre ellos y el koljós, como un buey sobre el hielo".

Por la noche, Polovtsev ensilló su caballo, metió en las bolsas de cuero todos sus papeles, se provuyó de víveres y se despidió. Ostrovnov oyó caracolear bajo las ventanas al caballo de Polovtsev. El animal, contento de poder estirarse, hacía resonar el suelo con el repiqueteo seco y alegre de sus cascos.

El nuevo huésped resultó ser un hombre inquieto y descarado como suelen serlo los militares.

Días enteros, siempre alegre y sonriente, se los pasaba vagando por el patio, travesando con las mujeres, importunando a la vieja abuela que detestaba el olor del tabaco. Andaba por la granja, sin miedo de que le viese algún extraño, hasta tal punto que Ostrovnov se creyó obligado a hacerle una observación:

—Debía tener usted cuidado... Puede ocurrir cualquier cosa... A lo mejor viene alguien y le ve, Vuestra Nobleza.

—¿Acaso llevo yo escrito en la frente que soy "Vuestra Nobleza"?

—No, claro que no, pero pueden preguntar quién es usted y de dónde viene...

—Bueno, patrón, tengo los bolsillos llenos de papelotes.

Y si las cosas se ponen mal, sino me creen, no tengo más que

sacar este mandato... ¡Con él por todas partes podré pasar!

Diciendo esto sacó de su chaqueta un máuser negro, que relucía con un brillo mate: sin abandonar su alegre sonrisa, con aire provocante, clavó en él su ojo inmóvil, medio escondido en un repliegue de su piel.

El buen humor del audaz alférez desagradaba mucho a Ostrovnov, sobre todo una noche que, al volver de la dirección del koljós, oyó en el zaguán voces ahogadas, una risa contenida y ruido de pelea. Encendió una cerilla y vio brillar en el rincón, detrás del cajón de salvado, el ojo único de Liatievski; junto a él, estaba su nuera, roja como una peonía. Toda turbada, se arreglaba las faldas, se colocaba

bien la pañoleta caída sobre la nuca... Sin decir palabra, Ostrovnov se dirigió hacia la cocina. Pero Liatievski lo alcanzó pronto; ya en el umbral le tocó en un hombro y le dijo en voz baja:

—Chitón, ¿eh? padrecito. No le des un disgusto a tu hijo. Nosotros los militares, esto lo hacemos así, empuje y rapidez. ¿Quién no ha hecho calaveradas de joven? jem, jem... —Toma un cigarrillo, fuma. Y entre tu nuera y tú, ¿no ha habido nunca nada? ¡Ah, viejo pillastre!...

Ostrovnov estaba tan perturbado que cogió el cigarrillo y no entró en la cocina hasta después de haber aceptado la cerilla que le alargaba Liatievski. Este, conteniendo un bostezo, le dijo en tono didáctico:

—Cuando le hacen a uno una atención, por ejemplo encendiéndole un fósforo, hay que dar las gracias. ¡Menudo ignorante y aún eres administrador! ¡En tiempos pasados no te hubiera aceptado ni como ordenanza!

" ¡Qué maldito huésped me ha enviado el diablo!", pensó Ostrovnov.

El descaro de Liatievski hizo en él un efecto detestable. Su hijo Semión estaba ausente. Le habían enviado al radio para buscar al veterinario. Ostrovnov resolvió no decirle nada: llamó a su nuera al granero y la castigó sin hacer ruido, azotándola con una cincha. Como no le daba en la cara, sino en la espalda y más abajo, los golpes no dejaron señales aparentes. El mismo Semión no pudo notar nada. Volvió de la stanitsa por la noche. Su mujer le sirvió la cena. Notando que se sentaba en el borde del banco, Semión preguntó con la mayor sencillez:

—¿Por qué te sientas como si estuvieras en visita?

—Es que, sabes... tengo un grano...

Se le subieron los colores a la cara y se levantó.

—No tienes más que mascar un poco de cebolla con pan y aplicártelo en el sitio... Verás cómo se te pasa —aconsejó bondadoso Ostrovnov.

Su nuera le lanzó una mirada llena de coraje, pero respondió con voz humilde:

—Gracias, padre; así también se quitará...

De vez en cuando Liatievski recibía cartas. Se enteraba de lo que decían y luego las quemaba. Por fin se dedicó a beber por las noches y dejó de coquetear con la nuera de Ostrovnov. Taciturno, pedía cada vez más a menudo a Ostrovnov y a Semión que le trajesen un medio litro. Y les ponía en la mano unos billetes flamantes que crujían de puro nuevos.

Cuando estaba borracho le daba por hablar de política. Una vez lanzado, se metía en amplias generalizaciones y hacía un juicio, objetivo a su manera, sobre la realidad.

Un día sumió a Ostrovnov en una gran confusión. Habiéndole hecho entrar en su cuarto, le ofreció un vaso de aguardiente y le preguntó guiñando el ojo con aire cínico:

—¿Entonces tú te dedicas a destruir el koljós?

—No. ¿Por qué? —dijo Ostrovnov afectando sorpresa.

—¿Cuáles son tus métodos de trabajo?

—¿Qué métodos?

—En fin, ¿qué es lo que haces? Tú estás ahí para sabotear, ¿verdad?... ¿Cómo te las arreglas? ¿Envenenas a los caballos con estricnina? ¿Deterioras el material o qué?

—Me está prohibido hacer ningún mal a los caballos, incluso al contrario —confesó Ostrovnov.

Desde hacía algún tiempo había dejado casi en absoluto de beber. Por esta razón el vaso de aguardiente le aturdió, disponiéndole a la franqueza. Sintió la necesidad de decir cuánto sufría, en su fuero interior, viéndose obligado a edificar y a destruir a la vez la economía socializada de la aldea. Pero Liatievski no le dejó hablar. Siguió bebiendo aguardiente y, sin ofrecer más a Ostrovnov, preguntó:

—Pero entonces, so imbécil, ¿por qué te has puesto de nuestra parte? ¿Qué diablo te ha aconsejado? Polovtsev y yo, por ejemplo, no tenemos donde meternos, arriesgamos nuestra piel... ¡Sí, nuestra piel! O bien venceremos... aunque, sabes, tenemos muy pocas probabilidades... El uno por ciento a lo sumo. Pero nosotros somos así... No tenemos nada que perder fuera de nuestras cadenas, como dicen los comunistas. ¿Pero tú? Tú no eres, en mi opinión, más que un sacrificado. Podrías vivir y vivir... Yo no creo, es verdad, que unos patanes como tú puedan realizar el socialis-

mo, pero en fin... Por lo menos revolveríais el agua del pantano mundial. ¿Y en caso de insurrección qué? te agujerearán tu vieja piel curtida, o simplemente serás hecho prisionero y como elemento inconsciente, facturado a la provincia de Arjanguelsk. Una vez allá, te harán cortar árboles hasta el segundo advenimiento del comunismo. ¡Trasto viejo! Es comprensible porqué yo estoy por la insurrección, soy de la nobleza. Mi padre tenía unas cinco mil hectáreas de tierra labrantías y ochocientas de bosques. Me ha sido muy duro, a mí como a otros como yo abandonar el país para ir al extranjero y ganarme el pan cotidiano, como se dice, con el sudor de mi frente. ¿Pero tú? ¿Quién eres tú? Un sembrador, un comedor de trigo, un revuelve-mierda. ¡Todavía no os han sacudido bastante, perros cosacos, durante la guerra civil!

—¡Nos han hecho la vida muy dura! —replicaba Ostrovnov—. Nos abruman a impuestos, nos quitan el ganado, no hay vida individual. Si no fuera por eso, ¡qué necesidad tendríamos de vuestros nobles y de gente de vuestra calaña! En la vida tendría yo que acusarme de tal pecado.

—Los impuestos, los impuestos... Como si en los otros países los campesinos no tuvieran impuestos que pagar. Pagan más que vosotros.

—Es posible.

—¡Te lo aseguro!

—¿Y cómo sabe usted de qué manera se vive allí y lo que se paga?

—Lo sé porque he vivido allí.

—¿Viene usted del extranjero?

—¿A ti qué te importa?

—Me interesa.

—Envejecerás pronto porque quieres saberlo todo. Vete a buscarme un poco de vodka.

Ostrovnov mandó a Semión que hiciera el recado. Luego, deseoso de estar solo se retiró al granero y se quedó allí dos horas enterrado en la paja.

"¡Esa maldita manzana arrugada!, pensaba. Ha dicho tales cosas que tengo la cabeza hinchada. A menos que quisiera sonsacarme para saber lo que diría en caso de que me

volviera contra ellos. Luego cuando Alexandr Anisí-movich regrese, le contaré todo. Y éste me matará como a Joprov... Sí, pero, ¿y si dijera lo que piensa? Un hombre borracho dice siempre la verdad. Valdría quizá más no entendérselas con Polovtsev, armarse de paciencia en el koljós, un año, dos años. Puede ser que dentro de un año el poder disuelva los koljoses, cuando vean que sus asuntos no marchan muy bien. ¡Ah, cómo reanudaría yo mi vidita de otros tiempos!... ¡Dios mío, Dios mío!... ¿Dónde ir ahora? Está visto que perderé la piel. El resultado es el mismo: dale a una lechuza contra un tronco o a un tronco contra una lechuza y ésta se morirá de cualquiera de las dos maneras..."

El viento, saltando por encima del seto, entraba en el granero. Traía al pie del almiar las briznas de paja que había recogido cerca del portillo, las metía en los agujeros que los perros habían socavado, igualaba los sitios del almiar en que la paja estaba menos apretada. El viento era fuerte, frío. Ostrovnov intentó en vano saber de qué lado soplaba el viento. Parecía que andaba alrededor del almiar, viniendo alternativamente del norte, del sur, del este y del oeste. Los ratones, molestados por él, corrían sobre la paja. Dando chillidos, trotaban por caminos secretos, rozando a veces la espalda de Ostrovnov, que estaba tendido sobre el almiar.

Con el oído atento a los silbidos del viento, al zumbido de la paja y a los chillidos de los ratones, Ostrovnov sentía que el sueño se apoderaba de él: todos los rumores nocturnos le hacían el efecto de una música lejana, extraña y triste.

Con los ojos medio cerrados y lagrimosos, miraba el cielo estrellado, aspiraba el olor de la paja y del viento de la estepa. Todo lo que le rodeaba le parecía tan bello, tan simple...

A medianoche llegó de la aldea de Voiskovoi un mensajero a caballo, portador de un pliego de parte de Polovtsev. Liatievski echó un vistazo a la carta. En el sobre ponía: "Urgente". Despertó a Ostrovnov que estaba durmiendo en la cocina:

—Toma, léeme esto.

Ostrovnov, frotándose los ojos, leyó la carta dirigida a Liatievski. Sobre una hoja de cuaderno, escrito en lápiz

tinta con mano firme y con resabios de antigua ortografía, se leía lo siguiente:

"Señor Alférez:

Sabemos a ciencia cierta que el C. C. de los bolcheviques recoge trigo, dicen que para la siembra de los koljoses. En realidad, está destinado a venderse en el extranjero, mientras que los labradores, sin excluir a los miembros del koljós, serán condenados a morirse de hambre. El Poder soviético, sintiendo próximo su fin, vende lo que le queda de trigo y arruina, definitivamente a Rusia.

Le notifico que debe usted emprender, entre los habitantes de Gremiachi-Log, donde usted representa actualmente a nuestra Liga, una propaganda contra la recolección del trigo que se dice destinado a la siembra.

Informe del contenido de la presente a I. L. Persuádale a que proceda con urgencia a una campaña de información. Es de suma importancia hacer fracasar, cueste lo que cueste, la entrega del trigo".

Por la mañana, Ostrovnov, sin entrar en la Dirección, fue a ver a Bannik y a los otros afiliados que había reclutado para la Liga de la liberación del Don.

XXIV

Los tres hombres que el jefe de la columna de agitación Kondratko, había dejado en Gremiachi-Log, procedieron inmediatamente a juntar el fondo de semillas. El grupo instaló su estado mayor en una casa que había sido de un kulak.

Desde el alba, el joven agrónomo Vetiutniev trazaba y preparaba, con ayuda de Ostrovnov, el plan de siembras primaverales. Suministraba informes a los cosacos en materia de agricultura. El tiempo que le sobraba, lo empleaba en vigilar cuidadosamente la selección de semillas que entraban en los graneros. A veces iba, como decía él, a "hacer de veterinario": a cuidar de una vaca o de una oveja enferma. Por lo general cobraba su "visita", en "especie" comiendo en casa del dueño del animal enfermo. No era raro que pudiera traerles a sus camaradas un jarro de leche o un puchero de patatas cocidas.

Los otros dos —Porfiri Lubno, mecánico del molino del Estado del distrito, y el komsomol de la almazara, Iván Naidenov— convocaban a las oficinas a los habitantes de Gremiachi, comprobaban en una lista la cantidad de grano entregado por los ciudadanos y hacían toda la agitación que les permitía su capacidad y su conocimiento.

Desde los primeros días se vio que habría gran dificultad en reunir el fondo de semillas dentro del plazo señalado. Todas las medidas tomadas por el grupo y por la célula local chocaban contra la resistencia encarnizada de la mayoría de los koljosianos y de los campesinos individuales.

Corría por el pueblo el rumor de que se recogía el trigo para exportarlo, que las siembras no se harían este año, que la guerra iba a estallar de un momento a otro...

Nagulnov convocaba todos los días reuniones: daba explicaciones, desmentía los rumores absurdos, amenazaba

con las peores sanciones a aquellos que hiciesen "propaganda antisoviética".

Pero a pesar de esto, la entrega del trigo se llevaba a cabo con una extrema lentitud.

Desde por la mañana los cosacos buscaban un pretexto para ausentarse: tan pronto iban a cortar leña al bosque, como a recoger hierba seca; o bien iban a esconderse en casa de algún vecino para evitar las horas alarmantes del día y no presentarse en el soviet del pueblo o en el estado mayor del grupo.

A las mujeres no se las veía ya nunca en las reuniones. Y cuando alguien del soviet se presentaba en su domicilio, salían del paso con una respuesta lacónica:

—Mi hombre no está aquí y yo no sé nada.

Parecía que una mano poderosa retenía el trigo...

En el estado mayor del grupo se oían de ordinario diálogos por este estilo:

—¿Has hecho tu entrega para el fondo de semillas ?

—No.

—¿Por qué?

—No hay grano.

—¿Cómo que no hay grano?

—Muy sencillo... Yo pensaba guardar para la siembra. y luego entregué lo que sobraba al stock. Como no tenía nada que llevarme a la boca, pues, ¡qué diantre! me lo he comido.

—¿Y en las siembras no pensabas?

—Sí, pero ¿con qué?

Muchos pretendían haber entregado ya sus semillas al stock.

Davídov, en la Dirección del koljós, y Naidenov, en el estado mayor, consultaban las listas, comprobaban las entregas, y desenmascaraban a los que habían dado falsos informes para guardarse las semillas, poniendo en evidencia la existencia de semillas para la siembra. Para llegar a esto, era preciso a veces calcular la cantidad aproximada de grano trillado en 1929, ver lo que se había entregado al stock y probar que quedaba un resto. Pero, aún después de demostrarle que ocultaba grano, el testarudo campesino no se rendía:

—Me quedaba un poco, no digo que no. ¿Pero saben ustedes, camaradas, lo que ocurre en una casa? Nosotros tenemos la costumbre de comer pan sin pesarlo ni medirlo. Me han dejado un pud por boca y por mes. Bueno, pues yo, por ejemplo, consumo tres o cuatro libras diarias. ¿Y sabéis por qué? Porque no hay otra cosa que comer. Entonces se tira uno al pan... No, no tengo grano, registradme si queréis.

En la reunión de la célula Nagulnov propuso que se requisasen las casas de los aldeanos más acomodados que no habían hecho su entrega para el fondo de semillas.

Davíдов, Lubnov, Naidenov y Andrei se opusieron. Por otra parte, la Directiva del comité de radio prohibía severísimamente toda pesquisa.

A pesar del esfuerzo desplegado desde hacía tres días por el grupo y la Dirección del koljós, el sector colectivizado no había dado más que ochenta quintales y el sector individual apenas seis.

El activo del koljós había entregado su parte entera. Maidannikov, Liubishkin, Dubtsov, Demid, el viejo Chukar, Menok, el herrero Shaly, Andrei Eazmetnov y los otros habían saldado su deuda el primer día. A la mañana siguiente, Ostrovnov y su hijo Semión llegaron en dos carros ante el granero común. Ostrovnov se dirigió inmediatamente a la Dirección, mientras Semión descargaba los sacos de trigo. Usha-kov recibía el grano y lo pesaba. Semión había vaciado cuatro sacos. Cuando estaba en el quinto, Ushakov cayó sobre él como un gavián:

—¿Es con este grano con el que tu padre piensa sembrar? Y le puso delante de las narices un puñado de grano. Semión enrojeció.

—¿Qué le pasa a este grano? Con tus ojos bizcos habrás tomado el trigo candeal por maíz.

—¿De ninguna manera! Yo soy bizco, pero veo más claro que tú, sinvergüenza. ¡Buenas piezas estáis hechas tú y tu padre...! ¡Os conozco, bribones!... ¿Es este grano de sembrar? No tuerzas la nariz. ¿Qué me has echado en el grano bueno hocicos de víbora?

Ushakov le enseñaba a Semión la palma de su mano llena de grano sucio, mezclado con tierra y con arvejas.

—Espera un poco, voy a llamar a la gente...

Semión tuvo miedo.

—¡Hombre, no armes ahora un escándalo! He debido equivocarme de saco, no puede ser otra cosa... Voy a cambiarlo en seguida... ¡Vaya una manera de ponerte! ¡Hombre, ni un caballo desbocado!... Ya te digo que voy a cambiar el saco... Ha sido una equivocación.

Ushakov rechazó seis sacos de los catorce que el otro había traído. Y cuando Semión le pidió que le ayudase a cargar uno de los sacos devueltos, Ushakov se volvió a la báscula fingiendo no haber oído.

—¿Ni quieres ayudarme tampoco? —preguntó Semión con voz temblorosa.

—¡Hay que tener conciencia! En tu casa bien que lo cargaste. Entonces no te pareció pesado, ¿eh? ¡Arréglatelas solo, sinvergüenza!

Rojo como una frambuesa a causa del esfuerzo, Semión cogió el saco por el medio y lo llevó...

En los dos días que siguieron, las entregas fueron, por decirlo así, nulas. En la reunión de la célula comunista se había decidido recorrer las casas.

Davíдов hizo un viaje hasta el radio vecino, con el fin de conseguir fuera del plan un poco de trigo que resistiese la sequía con objeto de sembrar aunque no fuese más que unas cuantas hectáreas. Este trigo, que soportaba un largo período sin lluvia, había dado el año antes, en los campos de experimentación, una cosecha sorprendente.

Ostrovnov y el jefe de brigada Dubtsov habían hablado mucho de la nueva variedad de trigo. La estación de selección lo había obtenido cruzando trigo californiano importado con trigo indígena llamado "grano-blanco".

Davíдов, que últimamente había consagrado noches enteras a la lectura de revistas agronómicas, decidió ir a la estación para traer trigo de esta clase.

Volvió del viaje el 4 de marzo. He aquí lo que había pasado la víspera:

Nagulnov, incorporado a la segunda brigada, había visitado, en compañía de Liubishkin, cerca de treinta casas. Por la noche, después que Andrei y el secretario se marcharon

del soviét, convocó a aquellos jefes de familia a quienes no había tenido tiempo de ver durante el día. Tuvo que dejar marcharse a cuatro de ellos sin haber podido llegar a un resultado positivo. "No hay grano para la siembra. Que lo dé el Estado".

Al principio Nagulnov había razonado con ellos sin sulfurarse. Después se puso a dar puñetazos en la mesa.

—¿Cómo podéis decir que no tenéis trigo? Tú, por ejemplo, Konstantin Gavrilovich, ¿no has trillado hasta cincuenta quintales este otoño?

—¿Y quién entregó por mí el trigo al Estado, tú?

—¿Cuánto has entregado?

—Veintiún quintales.

—¿el resto?

—El resto, ya lo sabes, me lo he comido.

—¡Mientes! ¡Reventarías de haber comido tanto trigo! No sois más que seis, ¿y os ibais a comer todo eso? Vas a marcharte de aquí ahora mismito y a traerme las semillas inmediatamente. Si no, hago que te echen del koljós, y verás lo que tardo.

—Échame, haz lo que quieras... Trigo, no tengo, por Cristo lo juro... Si el gobierno nos diera crédito, se lo pagaríamos con intereses...

—¡Vamos, que le has tomado gusto a chupar del Poder soviético! ¿Has reembolsado el dinero que pediste a la sociedad de crédito para comprarte una sembradora y una forrajera? ¡Pues ya ves! Te embolsaste los cuartos y ahora vienes diciendo que te den trigo.

—Pero si la forrajera y la sembradora están en el koljós... Yo no las he utilizado por mi cuenta. De modo que no tienes que reprocharme nada.

—Bueno, vete a buscar el grano, porque si no, lo pasarás mal. Te has empeñado en mentir. ¡Es vergonzoso!

—Si lo tuviera, con mucho gusto...

Exhortaciones, amenazas, nada sirvió.

Nagulnov se vio forzado a dejar que se marchasen los que se negaban a hacer su correspondiente entrega al fondo de semillas.

Poco después entró Grigori Bannik, campesino individual. Sin duda sabía ya cómo había terminado la conversación con los koljosianos que salían del soviét. Una sonrisita llena de aplomo y provocante se ocultaba en las comisuras de sus labios.

Nagulnov, con manos temblorosas, alisó la lista extendida sobre la mesa y dijo con voz sorda:

—Siéntate, Grigori.

—Gracias por la cortesía.

Bannik se sentó con las piernas muy separadas.

—¿Cómo se explica, Grigori, que no hayas traído aún tus semillas?

—¿Para qué?

—¿Pero no se decidió en la reunión general que tanto los koljosianos como los individuales tenían que entregar grano para las siembras? ¿Qué has hecho tú? ¿Te lo has guardado?

—¡ Hombre!... Claro que me lo he guardado.

Nagulnov consultó la lista: enfrente del nombre de Bannik, en la columna "Superficie aproximada de las siembras de primavera, 1930", figuraba la cifra 6.

—¿Este año pensabas sembrar seis hectáreas de trigo candeal?

—Justamente.

—¿Entonces tienes cuarenta y dos puds de semilla?

—Eso es. Trigo limpio y escogido, que parece oro. Dando un suspiro de alivio, Nagulnov le felicitó:

—Bien, eres un héroe. Tráelo mañana mismo al granero colectivo. Puedes dejarlo en tus mismos sacos. A los individuales, les aceptamos las semillas con sus propios sacos, si no quieren mezclar su grano con el de los otros. Tú lo traerás y se lo entregarás al peso, contra recibo, al gerente. El pondrá sellos de cera en tus sacos y por la primavera, te encontrarás con tu grano tal como lo dejaste. Porque hay gente que se queja de que no lo ha sabido guardar, de que lo ha consumido. Mientras que así está completamente seguro.

—¡Lo que es eso, no! ¡Cuénteselo a otros!

Bannik sonrió con desenfado atusándose sus bigotes de un rubio cáñamo.

—¿Tu truco no me convence! ¡ Ah, no!... Yo no os daré grano.

—¿ Y por qué ?

—Porque estará más seguro en mi casa. Si os lo doy, en primavera no encuentro ni los sacos vacíos. Ahora estamos bien informados, y ya no nos engaños.

Nagulnov frunció sus aladas cejas, palideciendo ligeramente.

—¿Cómo puedes dudar del Poder soviético? ¿No nos crees, entonces?

—Eso es, no os creo. ¡Buenas fantasías nos habéis contado vosotros! ¡Qué sarta de mentiras!...

—¿Quién es el que ha mentado? ¿Ya propósito de qué? La palidez de Nagulnov se hizo más visible. Se levantó lentamente de su asiento. Pero Bannik, como si no hubiera notado nada, no dejada de sonreír, descubriendo sus dientes sólidos y espaciados. Solamente su voz tembló de cólera y de ardiente rencor cuando dijo:

—Recogeréis el trigo, lo cargaréis en barcos para mandarlo al extranjero, ¿verdad? Necesitáis automóviles, para que los comunistas puedan pasearse con sus chicas de pelo cortado. Sabemos nosotros muy bien como os valéis de nuestro trigo. ¿La igualdad? ¡ca! estamos hartos.

—¿Pero te has vuelto loco? ¿Qué estás diciendo ahí? — Motivo hay para volverse loco cuando le echan a uno las manos al cuello. Yo he entregado mis diecinueve quintales de trigo al stock. Y ahora queréis que os dé hasta mi último grano, el grano que tengo para sembrar... Y luego mis chiquillos se morirán de hambre. —¡Calla! ¡Mientes canalla!

Nagulnov dejó caer su puño sobre la mesa. El tabaco se cayó al suelo, el tintero se volcó. Un hilillo violáceo, espeso y brillante, corrió sobre el papel y fue a caer sobre la pelliza de Bannik. Este, sacudiéndose la tinta con la mano, se levantó. Sus pupilas estaban contraídas, una espuma blanca burbujeaba en las comisuras de los labios.

—¡Mandarme callar a mí! —gritó con rabia contenida.

—¡Ah, no!... A tu mujer, a Lushka, puedes asustarla dando puñetazos sobre la mesa. ¡A mí no!... ¡Ya no estamos

en 1920! ¿Entiendes? Y en cuanto al grano, no te lo daré...
¡Con que, ráscate!...

Nagulnov iba a echarle mano por encima de la mesa, pero vacilando, se irguió de nuevo inmediatamente.

—Tú... ¿Quién te ha enseñado tales discursos?... ¿Qué es lo que decías, contrarrevolucionario? ¡Te burlas del socialismo, víbora!... Esperas que te...

No encontraba palabras, se ahogaba, Pero vuelto a sentarse otra vez, se enjugó con el dorso de la mano el sudor que le corría por la cara y dijo:

—Escríbeme inmediatamente un papel diciendo que mañana entregarás las semillas... Y luego, mañana mismo, te voy a mandar a donde mereces, ¡Allí averiguarán quien te ha enseñado esos discursos!

—Puedes arrestarme, no hay duda... Pero el papel no lo escribiré y no te daré mi trigo.

—¡Escribe, digo!

—Puedes esperar sentado.

—Te lo pido cortésmente...

Bannik se dirigió hacia la salida. Pero su cólera era tal que no pudo contenerse y cogiendo el tirador de la puerta espetó:

—Ahora mismo voy a echar ese grano a los cerdos. Prefiero que ellos se atraquen que no dároslo a vosotros. ¡Parásitos !

—¿A tus cerdos? ¿El grano para sembrar?

De dos saltos Nagulnov se plantó en la puerta, sacó de su bolsillo el revólver y le dio a Bannik un culatazo en la sien. Baunik se tambaleó, se apoyó en la pared, limpiando el yeso con la espalda y luego se desplomó en el suelo. De la herida brotaba una sangre negra que le humedecía los cabellos.

Nagulnov, fuera de sí, pateó a Bannik tendido en el suelo.

Este último, como un pez sacado del agua, abrió la boca dos o tres veces. Después, agarrándose a la pared, comenzó a levantarse. Apenas se puso en pie, la sangre empezó a correr más abundante. Se secó con la manga sin decir palabra. De su espalda blanqueada, caía un polvillo de yeso. Nagulnov bebía, un agua tibia, nauseabunda, en la garrafa misma y sus dientes golpeaban contra su borde. Mirando

de reojo a Bannik, se acercó a él, le apretó el codo como con tenazas, lo empujó hacia la mesa, Y puso entre sus dedos un lápiz.

—¡Escribe!

—Escribiré, pero el procurador lo sabrá todo. Con el cañón de un revólver delante, puedo escribir lo que sea... El régimen soviético no permite andar a golpes con la gente... ¡Tampoco el Partido te felicitará! —murmuraba en voz ronca Bannik, dejándose caer sin fuerzas sobre el taburete. Nagulnov se sentó frente a él con el dedo en el gatillo de su revólver:

—¡Ah contrarrevolucionario! ¡Mira donde fuiste a acordarte del Poder soviético y del Partido! Pero te advierto que no te va a juzgar el tribunal popular, sino yo, ahora mismo y a mi manera. Si no escribes, te fusilaré como a un animal dañino e iré por diez años a presidio por causa tuya si es preciso. ¡No te permitiré burlarte del Poder soviético! Escribe: "Declaración"... ¿Está? Escribe: "Yo, el abajo firmante, antiguo guardia blanco activo, soldado que fui del general Mamontov, bajo cuyas órdenes combatí al Ejército Rojo con las armas en la mano, retiro mis palabras"... ¿Estás?... "mis palabras atrocemente injuriosas para el P. C. de la URSS". El P. C. de la U.R.S.S. con mayúsculas. ¿Está?... "Y para el Poder soviético... Les pido humildemente perdón y prometo que de aquí en adelante, aunque soy un contrarrevolucionario enmascarado..."

—No, no escribo eso... ¡No tienes derecho a obligarme!

—¡Escribirás! ¿Pero qué te figurabas? ¿Que iba yo a dejarte decir todo eso, yo que he sido herido, torturado por los blancos? Tú te has burlado del Poder soviético en mi presencia, ¿y yo iba a callarme? ¡Escribe o te arreglo las cuentas! Bannik se inclinó sobre la mesa, y su lápiz empezó de nuevo a trazar signos sobre la hoja de papel. Sin retirar el dedo del gatillo, Nagulnov dictaba:

—"...aunque soy un contrarrevolucionario enmascarado, no haré mal ni de palabra, ni por escrito, ni por obra, al Poder soviético, tan querido a los trabajadores y que por el cual el pueblo laborioso ha vertido tanta sangre. Me abstendré de injuriarle y de causarle estorbo ninguno... Esperaré pacientemente la revolución mundial, que nos llevará a todos noso-

tros enemigos suyos, en escala mundial a la derrota definitiva. .. Me comprometo también a no atravesarme en el camino del Poder soviético, y a no entorpecer las siembras, por lo cual, mañana, 3 de marzo de 1930, entregaré al granero común..."

En este momento el guardián entró en la habitación, acompañado por tres miembros del koljós

—¡Aguardad un poco en el zaguán! —gritó Nagulnov y volviéndose a Bannik, continuó: "...siete quintales de semillas de trigo candeal, en fe de lo cual firmo". ¡Firma!

Bannik, cuyo rostro se había puesto amoratado, rubricó y se levantó.

—¡Responderás de esto, Makar Nagulnov!

—Cada cual responderá de lo que tenga que responder... Pero si mañana no traes el trigo, te mato.

Nagulnov dobló la declaración y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Dejó encima de la mesa el revólver y siguió a Bannik hasta la puerta. Quedó en el Soviet hasta la medianoche. Al guardián le dio orden de no ausentarse. Con su ayuda, encerró en una habitación vacía a otros tres koljosianos que se habían negado a hacer la entrega de semillas.

Después de medianoche, aniquilado por la fatiga y por las emociones experimentadas, Nagulnov se durmió con los brazos apoyados en la mesa del soviet y en los brazos su hirsuta cabeza.

Hasta el alba estuvo viendo en sueños una muchedumbre en traje de fiesta, que fluía sin cesar, como el agua primaveral que inunda la estepa. En los intervalos del desfile avanzaba la caballería. Los caballos, enjaezados con muchos colorines, pisoteaban la tierra blanda de la estepa. Pero el martilleo de los cosacos era, no se sabía por qué, sonoro y pesado, como si los escuadrones marchasen sobre hojas de palastro. Los cobres de la música, que resplandecían como plata, al pasar junto a Nagulnov, atacaron La Internacional. Y Nagulnov sintió, como siempre sentía cuando estaba despierto, una emoción que le apretaba el corazón, un espasmo que le contraía la garganta... A la cola del escuadrón que desfilaba, vio a un compañero muerto, Mitia Lobach, acuchillado por los wrangelianos en 1920, durante un combate librado en Kaljovka. Pero lejos de asombrarse,

se puso muy contento. Empujando a la gente se precipitó hacia el escuadrón que pasaba. "¡Mitia, Mitia! ¡Párate!", gritaba sin oír su propia voz. Mitia se volvió en la silla, contempló a Nagulnov con indiferencia, como a un extraño y se alejó al trote. En seguida Nagulnov vio galopar a su antiguo ordenanza Tulim, muerto por una bala polaca en Brody, en el mismo año 1920. Tulim sonreía. Con la mano derecha sujeta por la brida el caballo de Nagulnov. Y el animal, que tenía las patas blancas, caracoleaba, con la cabeza alta y el cuello corvado como un arco...

El rechinar de los postigos, que el viento estuvo batiendo toda la noche, Nagulnov lo tomaba por música. El ruido del tejado de palastro, le parecía el martilleo rápido de los cascos de los caballos...

Llegó al Soviet a las seis de la mañana. Andrei encontró a Nagulnov todavía dormido. Sobre su mejilla amarilla, iluminada por la claridad malva del amanecer de marzo, se había cuajado una sonrisa de expectación... Sus cejas aladas se movían dolorosamente tensas...

Andrei sacudió a Nagulnov y echando denuestos, le gritó:

—¿Has hecho lo que has hecho y ahora duermes? Sin duda tus sueños son muy divertidos, puesto que te ríes... ¿Por qué has golpeado a Bannik? Ha traído su trigo apenas amaneció y luego se largó inmediatamente al radio. Liubishkin se presentó en mi casa más que aprisa. Dice que Bannik ha ido a quejarse de ti a la milicia. ¡Estás aviado! ¿Qué va a decirte ahora Davídov cuando vuelva? ¡Eh Makar!...

Nagulnov se frotó con las palmas la cara hinchada de sueño, sonrió y con aire pensativo dijo:

—¡Andrei, si supieras lo que acabo de soñar!... ¡Un sueño magnífico!

—¡Déjame en paz con tus sueños! Y háblame de Bannik.

—¡Es un cochino y no quiero ni hablar de él! ¿Dices que ha entregado su parte?... ¿Entonces es que le ha hecho efecto?... ¡Siete quintales no se recogen así como así!... Si bastara un culatazo de revólver para hacer escupir a cada contrarrevolucionario siete quintales de trigo, yo no haría otra cosa en mi vida: ¡iría a buscarlos y, zas, les sacudiría en la cabeza!... Por las palabras que dijo, merecía algo más de

lo que ha llevado. Ya puede darse por contento de que no le haya arrancado la lengua.

Furioso, echando chispas por los ojos, Nagulnov concluyó: —¡So canalla! ¡ Ha estado al servicio del general Mamontov, el muy bribón! Y nos estuvo combatiendo hasta que no le bañamos en el Mar Negro. ¡Y ahora vuelve a las andadas y quiere combatir a la revolución mundial! ¿Sabes tú las cosas que me ha dicho sobre el Poder soviético y sobre el Partido? ¡Los pelos se me ponían de punta con la rabia que me dio!

—¿Qué importa eso? De todos modos tú no debiste pegarle... Mejor hubiera sido detenerle.

—¿Detenerle?... ¡Mejor hubiera sido matarle, eso sí!

Nagulnov alzó los brazos en ademán, afligido:

—No sé porqué no lo reventé ya de una vez. ¡Bien arrepentido estoy! Puedes creerme.

—Si te tratara de imbécil te enfadarías... ¡Pero lo que es a majadero no te gana nadie! Espera que Davídov vuelva. Te va a poner tibio.

—¿Davídov? A él le parecerá bien... No es tan alcorcho como tú.

Andrei, riendo, dio un capirotazo en la mesa, luego otro en la frente de Nagulnov y dijo:

—Suenan lo mismo.

Pero Nagulnov, enfadado, apartó la mano bruscamente y se puso la pelliza. Al levantar el picaporte, dijo sin volverse:

—Oye, tú, sabihondo, suelta a esos pequeñoburgueses que están en el cuarto de al lado y que traigan el grano hoy mismo... Porque en cuanto me lave el hocico, vuelvo y los pongo como nuevos.

De puro asombro, Andrei creyó que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Se precipitó al cuarto donde se guardaban los documentos del Soviet y unas muestras de espigas que habían figurado en la exposición agrícola del año anterior, abrió la puerta y encontró allí a Krasnokutov, a Grach y el pequeño Apolo Peskovatski, tres miembros del koljós. Habían pasado tranquilamente la noche tendidos sobre unas colecciones de periódicos viejos. En cuanto vieron a Andrei se levantaron.

—Evidentemente, ciudadanos, yo debo... —principió Andrei, pero uno de los "detenidos", el viejo cosaco Krasno-kutov, no le dio tiempo a acabar:

—No hay que darle vueltas, Andrei, hemos hecho mal, sí, es cierto... Déjanos marchar, traeremos el trigo en seguida... Esta noche nos hemos consultado y entre los tres hemos decidido entregar las semillas... Pues, sí, no es necesario andarse con rodeos, quisimos ocultar el trigo.

Andrei, que iba a excusarse por el acto inconsiderado de Nagulnov, teniendo en cuenta las circunstancias, cambió de propósito y dijo inmediatamente:

—¡Hace tiempo que debías de haberlo hecho! Perteneceís al koljós y eso de esconder las semillas no está ni medio bien.

—Suéltanos, por favor, y no hablemos más, ¿eh? —dijo Grach, confuso, sonriendo entre sus barbas de ébano.

Andrei abrió la puerta de par en par. Luego se dirigió a la mesa. Y hay que confesar que en ese momento una idea le cruzó por la mente.

—"¿Si tendrá razón Nagulnov? Si se les apretara más, entregarían todo el trigo en un solo día".

Davíдов trajo de su viaje a la estación de selección, dos quintales de trigo candeal escogido. Venía de un humor excelente, contento de haber tenido éxito. Su patrona, al servirle el desayuno, le contó que durante su ausencia, Nagulnov había golpeado a Bannik y había retenido toda una noche en el Soviet a tres miembros del koljós. La noticia, sin duda alguna, se sabía ya por todo el pueblo.

Lleno de inquietud, Davíдов desayunó precipitadamente y marchó a la Dirección. Allí le confirmaron el relato de su patrona, añadiendo detalles.

No todos apreciaban de la misma manera la conducta de Nagulnov: unos la aprobaban, otros la censuraban, otros guardaban un silencio reservado. Liubishkin, por ejemplo, se puso resueltamente de parte de Nagulnov, mientras que Ostrovnov, con la boca fruncida adoptaba un aire contrito, como si él mismo hubiera tenido que sufrir el escarmiento de Nagulnov. Este no tardó en presentarse en la Dirección con la cara más enfurruñada que nunca. Saludó con reserva, a Davíдов lanzándole una mirada de oculta inquietud.

Cuando estuvieron a solas, Davíдов, no pudiendo dominarse, le preguntó en tono áspero:

—Pero, vamos a ver, ¿qué ha ocurrido?...

—Si estás ya al corriente, ¿para qué me interrogas ?

—¿Con semejantes métodos haces tú propaganda para el fondo de semillas?

—¡Pues que no se me diga canalladas! ¡Yo no estoy dispuesto a tolerar burlas del enemigo, de la canalla blanca!

—Sí, ¿pero has pensado en el efecto que eso les hará a los otros? ¿Cuál será el resultado político de tu conducta?

—No era el momento para ponerse a pensar...

—¿Es eso una razón? Hubieras debido arrestarle por ultraje al Poder, pero no agredirle, ¡Es vergonzoso para un co-

munista! Hoy mismo plantearé la cuestión en la célula. ¿Te das cuenta del mal que nos has hecho? Esas cosas tenemos por fuerza que condenarlas. Y hablaré de ello en la asamblea del koljós, sin esperar autorización del comité de radio. Porque si no decimos nada, los miembros del koljós pensarán que hacemos causa común contigo, que nos atenemos al espíritu de tolerancia en este asunto. No, amigo mío, no nos solidarizamos contigo, te condenamos. Tú, un comunista, te has portado como un verdadero gendarme. ¡Qué vergüenza! ¡Que el diablo te lleve con tu proceder! Nagulnov se obstinaba lo mismo que un mulo. Y todos los argumentos de Davídov, que intentaba demostrarle lo inadmisibile que era su acto para un comunista y lo funesto desde el punto de vista político, contestaba invariablemente: —¡He hecho bien en pegarle!... No, ni siquiera le he dado una paliza, le he pegado una sola vez y no es bastante. ¡Déjame en paz! Ya es demasiado tarde para reeducarme. Soy un antiguo guerrillero rojo, sé muy bien cómo hay que defender mi Partido contra los ataques de todos esos canallas.

—Pero, demonio, ¿digo yo acaso que Bannik sea de los nuestros? Lo que digo es que tú no hubieras debido pegarle. En cuanto a defender el Partido contra los ultrajes, eso puede hacerse de otra manera. Ve a enfriarte un poco y esta noche, vendrás a la célula y dirás que yo tenía razón. ¡Ya lo verás!

Antes de abrir la sesión, Davídov preguntó a Nagulnov que, ceñudo y malhumorado, acababa de entrar:

—¿Has reflexionado?

—Sí.

—¿Entonces qué?

—Que no le zurré lo bastante a ese hijo de mala madre. Debí matarlo.

El grupo de la columna de agitadores se puso totalmente de parte de Davídov y dio un severo voto de censura a Nagulnov. Andrei se abstuvo de votar, guardando absoluto silencio. Pero cuando antes de salir, Nagulnov, persistiendo en su testarudez, gritó: "Yo me atengo a mi punto de vista", Andrei saltó de la silla y salió precipitadamente de la habitación, escupiendo con rabia y soltando reniegos.

En el oscuro zaguán, Davídov encendió un cigarrillo. Después de haber examinado, a la luz de una cerilla, el rostro sombrío de Nagulnov, le dijo en tono de conciliación:
—¡Haces mal en guardarnos rencor!

—No os guardo rencor.

—Tú sigues trabajando con viejos métodos de guerrillero. Pero hoy los tiempos han cambiado... No se trata ya de ataques bruscos, sino de guerra de posiciones. Todos hemos pasado la enfermedad de la guerrilla, sobre todo nosotros, los de la flota y yo también evidentemente. Tú tienes los nervios enfermos querido Nagulnov, ya lo sé... Pero es preciso —¿cómo lo diría?— dominarlos, ¿eh? Mira, por ejemplo, nuestro konsomol de la columna de agitadores, Vaniushka Naidenov. ¡Hace milagros!... En su sector es donde hay más entregas de semillas. Lo han dado ya casi todo... A primera vista, es un hombrecillo insignificante, de poca pupila... Pero trabaja mejor que todos nosotros. El muy bribón va de casa en casa, bromeando... ¡Creo que les cuenta más historias a los mujiks!... Y ellos le llevan el trigo, sin que haya necesidad de romperle los morros ni de enchironar a nadie...

Cuando hablaba de Naidenov, la voz de Davídov tomaba un tono cálido y afectuoso. Nagulnov sentía bullir en su interior una especie de envidia por el pequeño komsomol que tan bien sabía componérselas.

—Mañana, por simple curiosidad, vete por las casas con él y observa de qué métodos se vale para obtener esos resultados —continuó Davídov—. No hay en ello nada humillante para ti. Nosotros, que ya vamos para viejos, tenemos mucho que aprender de los jóvenes. ¡Ah, sí, la juventud nos va dejando atrás y no se nos parece nada!... Está, por decirlo así, mejor adaptada...

Nagulnov no respondió. A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, fue a ver a Naidenov y le dijo, como sin concederle importancia:

—Hoy estoy libre, iré contigo para ayudarte. ¿Cuánto trigo queda aún por entregar en tu tercera brigada?

—Una bagatela, camarada Nagulnov. Hala, yendo los dos será más divertido.

Salieron, Naidenov, contoneándose como un pato, andaba con unos aires que a su compañero le parecían muy extraños. Llevaba desabrochada su chaqueta de cuero que apestaba a aceite de girasol y la gorra a cuadros encajada hasta las orejas. Nagulnov clavaba de soslayo una mirada inquisidora en la cara pecosa del komsomol. Davídov le había llamado la víspera, con una ternura desacostumbrada en él, "Vaniushka". Esta cara tenía un no sé qué de familiar que despertaba simpatía: ¿eran sus grandes ojos grises o bien la barbilla echada hacia adelante, que aún no había perdido su suavidad juvenil?...

Entraron en la granja del ex- "palpagallinas", en casa del viejo Akim Besjlebnov, en el preciso momento en que toda la familia estaba almorzando. El viejo sentado ante la mesa, ocupaba la esquina delantera. Al lado estaba su hijo Akim, también apodado el joven, que tendría unos cuarenta años. A su derecha, su mujer y su vieja suegra, que era viuda. Las dos hijas mayores estaban sentadas al otro extremo y a ambos lados de la mesa, numerosos como moscas, se alineaban los chiquillos.

—¡Buenos días!

Naidenov se quitó su grasienta gorra y se pasó la mano por su alborotada cabellera.

—Buenos días, si no lo dices en broma —replicó con una sonrisa imperceptible Akim el Joven, hombre sencillo y amigo de guasa.

En respuesta a este saludo burlón, Nagulnov hubiera arrugado sus cejas aladas y hubiera dicho en tono severo: "¡Déjate de bromas, y dime por qué no has entregado aún tu trigo!"

Pero Naidenov, como si no hubiera notado la fría reserva de los dueños de la casa, contestó sonriendo:

—¡ Que aproveche!

Akim no había tenido tiempo de abrir la boca para decir escuetamente "gracias", o en tono guasón: "Que me aproveche lo mío, y tú, espérate a que acabe...", cuando Naidenov estaba ya diciendo:

—Pero no se molesten. No vale la pena... Aunque, después de todo, yo puedo muy bien almorzar. Confieso que hoy no he comido todavía. El camarada Nagulnov, es de aquí del pueblo

y seguramente se ha echado ya algo al gaznate... Mientras que nosotros apenas si comemos una vez cada dos días... "Pajaritos del cielo" por decirlo así...

—Lo cual hace que sin sembrar ni segar las mieses estéis hartos, ¿eh? —dijo Akim echándose a reír.

—Eso de estar hartos no es del todo exacto... Pero, eso sí, siempre estamos de buen humor.

En esto, Naidenov, con gran estupefacción de Nagulnov, se quitó en un dos por tres su chaqueta de cuero y se sentó a la mesa.

El viejo carraspeó al ver el desahogo del otro, mientras que Akim el Joven soltó una carcajada:

—¡Eso es, al menos frescura no falta! Tienes suerte, muchacho por haberte adelantado, porque yo quería responder a tu "que aproveche", "¡que me aproveche lo mío y tú espérate a que acabe!" ¡Eh chicas, darle una cuchara!

Una de las chicas se levantó rápidamente y riéndose en el delantal, fue a buscar una cuchara, que entregó a Naidenov con mucha ceremonia, como es costumbre al servir a un hombre, haciendo una profunda inclinación.

La animación y la alegría reinaban en la mesa. Akim el Joven había invitado también a Nagulnov, pero éste rehusó y fue a instalarse en un cofre.

La mujer de Akim, sonriendo, alargó al huésped un gran trozo de pan. La chica que le había traído la cuchara corrió al cuarto de al lado y vino con una toalla limpia que desdobló sobre las rodillas de Maidenov.

Akim el Joven, interesado, observando con una aprobación no disimulada la cara pecosa del muchacho, que mostraba una desenvoltura poco común en el campo, declaró:

—Pues ya ves, camarada, le has gustado a mi hija: jamás le ha traído una toalla limpia a su padre... Tú no has tenido apenas tiempo de instalarte en la mesa y ya está. Si es con buenos fines, ¿sabes? no pondremos reparos...

Esta broma del padre hizo enrojecer a la muchacha, como un tomate. Tapándose la cara con las manos, se levantó de la mesa.

Naidenov, siguiendo la broma, respondió:

—Pero ella no me aceptará con esta cara toda picotea-

da... Yo no puedo exhibirme más que al anochecer porque sólo entonces estoy guapo y puedo gustar a las chicas.

Se sirvió el vsvari⁽⁸⁾. La conversación cesó. Ya no se oía más que el ruido de las bocas que masticaban y de las cucharas de madera que raspaban el fondo de la escudilla. El silencio sólo se interrumpía cuando la cuchara de uno de los chiquillos comenzaba a describir círculos concéntricos en el interior de la escudilla, tratando de atrapar una pera cocida. Entonces, el abuelo Akim después de haber lamido su cuchara, daba con ella un golpe en la frente del chico sorprendido en falta y le decía regañándole:

—¡No te dediques a la pesca!

—¿Qué significa este silencio de pronto? Ni que estuviéramos en la iglesia —dijo el ama de la casa.

—¿Silencio en la iglesia?... ¡No siempre! —dijo Naidenov, que había comido copiosamente gachas de alforfón y compota. A propósito, en nuestro pueblo, por la Pascua, ¡pasó una cosa!... ¡Para morirse de risa!

El ama de la casa dejó de limpiar la mesa. Akim el Joven, después de liar un cigarrillo, se había sentado en el banco y prestaba atento oído. Hasta el viejo Akim, eructando y persignándose, se interesó por el relato de Naidenov.

Nagulnov que manifestaba franca impaciencia, pensaba: "¿Cuándo va a hablar éste del trigo? No, lo que es por este camino, no se hará nada... No es cosa fácil convencer a ninguno de los dos Akim... Son los diablos más testarudos de todo Gremiachi. ¿Meterles miedo? Sí, en seguida: en primer lugar, el Joven ha servido en el Ejército Rojo... Y además, ¡qué caray! es un cosaco de los nuestros... No, no entregará el trigo, está muy apegado a la propiedad... Y es muy avaro... Hasta tal punto que en pleno invierno le negaría a uno un puñado de nieve... Lo conozco, vaya si lo conozco..."

Mientras tanto, Naidenov, después de una pausa, continuó:

—Yo soy nacido en el distrito de Tatzinskoie. Bueno, pues voy a deciros lo que pasó en nuestro pueblo, durante las Pascuas... Había misa mayor, las personas devotas habían acudido a la iglesia, donde se apretujaban hasta ahogarse... El pope y el diácono, como es costumbre, cantaban y oficiaban,

mientras que los chiquillos jugaban a lo largo de la reja. En nuestro pueblo había una ternera de un año, una verdadera fiera. Sólo tocarla y le caía a uno encima, con los cuernos por delante, decidida a enganchar... Bueno, pues la ternera estaba paciando tranquilamente hierba no lejos de la verja de la iglesia... Pero los chiquillos la molestaron hasta tal punto, que embistió a uno de ellos y ya iba a cogerle. El chiquillo entonces salta la verja de la iglesia, la ternera le sigue, sube al atrio y ella detrás... En el atrio, la gente se amontonaba que no cabía un alfiler... La ternera toma carrerilla, y zas, lo empitona por el trasero. El chico trata de escabullirse y cae espatarrado a los pies de una viejuca... Esta a su vez, cae patas arriba bramando: "Socorro, socorro!, ¡oh!... ¡Pobre de mí!..." El marido de la vieja, coge la muleta y le arrea un trastazo al chico en la espalda: "¡Así te lleve la peste, maldito!" le grita. La ternera hace "méééé" y apunta los cuernos al viejo. Entonces, aquello sí que fue pánico... Los que estaban cerca del altar no podían figurarse lo que pasaba. Pero, al oír ruido a la puerta de la iglesia, habían dejado de rezar, muy inquietos, preguntándose unos a otros: " ¿ Pero por qué arman ese jaleo ?... ¿ qué pasa por allí ?... "

Naidenov, inspirado, imitó tan bien como sus paisanos, asustados, hablaban en voz baja unos con otros, que Akim el Joven, no pudiendo resistir más, fue el primero en soltar la carcajada.

—¡Qué lío armó la ternera!

Descubriendo en una sonrisa sus dientes blancos, Naidenov continuó:

—Y en esto un mozo dice en broma: "¡Es un perro rabioso! ¡Salvase el que pueda!" Una mujer en cinta, que estaba a su lado, se pone a chillar por toda la iglesia, muerta de miedo: "¡Ay, madrecita del alma!, ¡va a mordernos a todos!" Los que estaban atrás, empujan a los de delante y tiraron al suelo los candeleros, que empezaban a echar humo... Todo se queda a oscuras. De pronto, una voz que vocifera: "¡Fuego!"... Y se armó: "¡Un perro rabioso!... ¡Fuego!... ¿Qué pasa?... ¡El fin del mundo!... ¿Eh? ¡El fin del mundo!... ¡Vamos a casa, mujer!" le gente se precipita a las puertas laterales, pero se atropella. Ni uno puede salir. Se viene al

suelo la mesa donde se venden los cirios y ruedan las monedas. El fabriquero cae gritando: "¡Al ladrón, al ladrón!" Las comadres se empujan como un rebaño de ovejas hacia el altar y el diácono que empieza a repartir testarazos con el incensario: "¡Alto ahí! ¿Estáis locas?... ¿Adonde vais?... ¿No sabéis, malditas, que a las mujeres les está prohibido subir al altar?" Y el alcalde del pueblo, un gordo con una cadena cruzada sobre la barriga, se abre paso a codazos hasta la puerta, berreando. "¡Dejadme pasar, dejadme pasar malditos! ¡Yo soy el alcalde del pueblo!" Pero ¿cómo dejarle pasar, si aquello era el "fin del mundo"? Interrumpido por las risas, Naidenov terminó: —Había en nuestro pueblo un cuatrero llamado Chojov. Todas las semanas se llevaba algún caballo y nadie podía pescarle. Pues bien, aquel día estaba precisamente en la iglesia, implorando el perdón de sus pecados. Y cuando empezaron a gritar: "¡El fin del mundo! ¡Estamos perdidos!" Chojov se lanzó a la ventana y rompió los cristales. Quería saltar afuera, pero la ventana tenía una reja. Mientras tanto, la gente se aplastaba contra las puertas, Chojov corre por la iglesia, se para, levanta los brazos al cielo y dice: "Estoy cogido... ¡Como cogido, bien cogido estoy!"

Las chicas, Akim el Joven y su mujer reían hasta saltársele las lágrimas, hasta darles hipo. El viejo Akim también reía, mostrando en silencio sus encías desdentadas. Solamente la abuela que no había oído sino la mitad del relato y a quien la sordera impedía comprender nada, se puso a llorar, no se sabe bien por qué. Secándose los ojos enrojecidos e hinchados de lágrimas, masculló:

—¿Entonces cayó, el pobre? ¡Santa Madre de Dios! ¿Y qué le han hecho?

—¿A quién, abuela? —Pues a ese peregrino. —¿A qué peregrino, abuela?

—A ese del que has hablado, querido mío... a ese santo hombre...

—¿A qué santo hombre?

—Yo no sé... me he hecho dura de oído... No lo oigo todo...

El diálogo con la abuela provocó un nuevo acceso de hilaridad. Akim el Joven, secándose las lágrimas que le brotaban con la risa, se hizo repetir hasta cinco veces:

—¿Cómo dijo ese bribonazo de ladrón: "Como cogido, bien cogido estoy"? Bueno, muchacho, nos has contado una cosa bien divertida —decía con ingenua admiración dando golpecitos en la espalda a Naidenov.

Pero éste de un modo rápido e inadvertido se puso serio y suspiró:

—Sí, la cosa tiene gracia, no cabe duda... Pero pasan, ahora cosas que no tienen gracia ninguna... Hoy he leído el periódico y se me ha encogido el corazón...

—¿Se te ha encogido el corazón? —preguntó Akim, que esperaba otro relato divertido.

—Sí. Se me ha encogido el corazón al saber cómo se martiriza a los hombres en los países capitalistas. He aquí lo que he leído: en Rumania había dos jóvenes comunistas que hacían propaganda para abrirles los ojos a los campesinos. Les decían que debían quitarles la tierra a los terratenientes y repartírsela. Los campesinos rumanos viven en una miseria muy grande.

—Eso es verdad... yo sé algo de eso por haberlo visto con mis propios ojos, cuando estaba en el frente rumano en 1917, con mi regimiento —confirmó Akim.

—Hacían, pues, propaganda para organizar en Rumania el Poder soviético. Pero los gendarmes les echaron mano. A uno lo mataron a golpes. Al otro lo atormentaron. Le sacaron los ojos, le arrancaron todos los pelos, uno por uno. Después calentaron al rojo una varilla de hierro y se la clavaron en las uñas...

—¡Ah, malditos! —exclamó la mujer de Akim juntando las manos—. ¿En las uñas, dices?

—Sí, en las uñas... Le interrogan: "Dinos quienes son los demás miembros de tu célula y abjura de la Unión de Juventudes Comunistas". "¡No os diré nada, vampiros, no abjuro de nada!", respondía con firmeza el camarada de las J. C. Entonces, los gendarmes, armados con sus sables, le cortaron las orejas y la nariz. "¿Hablarás?" El responde: "No, vuestras manos sanguinarias me darán la muerte, pero no hablaré."

¡Viva el comunismo!" Entonces lo colgaron del techo por las manos y debajo encendieron un fuego...

—¡Cristo, qué miserables hay por el mundo! ¡Es horrible!
—se indignó Akim el Joven.

—Empiezan a tostarle los pies, él llora lágrimas de sangre... Pero no denuncia a sus camaradas de las Juventudes Comunistas y repite sin cansarse: "¡Viva la revolución proletaria y el comunismo!"

—Está bien que no haya denunciado a sus camaradas. Está muy bien. Muere honradamente, pero no entregues a tus amigos. Hasta la Sagrada Escritura lo dice: "Darás la vida por tu prójimo..."

El viejo dio un puñetazo sobre la mesa, y azuzó al narrador:

—¿Y después, qué pasó después?

—Pues que lo torturan y lo atormentan de todas maneras ...

El se calla. Y así de la mañana a la noche. Cuando se desvanece, los gendarmes lo rocían con agua fría y luego empiezan otra vez su tarea. Viendo que no pueden sacarle nada de este modo, arrestan a su madre y la traen a la celda. "Mira —le dicen— lo que le hacemos a tu hijo. Dile que se someta. Si no, lo mataremos y echaremos su carne a los perros". La madre cae sin conocimiento. Vuelta en sí, se arroja a su hijo, lo abraza, besa sus manos ensangrentadas...

Naidenov, todo pálido, paseaba sus pupilas dilatadas sobre el auditorio: las muchachas escuchaban con la boca abierta y los ojos llenos de lágrimas. La mujer de Akim se sonaba con el delantal, murmurando a través de sus sollozos: "Lo que ha debido sufrir... la pobre madre... al ver a su hijo... ¡Señor !..." Akim el Joven carraspeó y sacando su bolsa de tabaco, se puso a liar un cigarrillo nerviosamente. Tan sólo Nagulnov, sentado sobre su baúl, guardaba una calma aparente. Sin embargo también a él, durante la pausa, se le contrajo de un modo sospechoso la mejilla y se le torció la boca...

—"Hijo mío querido, por tu madre, sométete a estos verdugos", le dice su madre. Pero él oye su voz y responde: "No, madre querida, no denunciaré a mis camaradas, moriré por mi idea. No me pidas eso y bésame... Así la muerte será menos dura para mí".

Con una voz trémula, Naidenov terminó el relato de la muerte del joven comunista rumano, martirizado por los bárbaros gendarmes. Durante más de un minuto nadie rompió el silencio. Después el ama de la casa, sollozando preguntó: —¿Y qué edad tenía el pobre mártir?

Diecisiete años —respondió sin vacilar Naidenov, calándose su kepis—. Sí, ha muerto ese héroe de la clase obrera nuestro querido camarada, el joven comunista rumano... Ha muerto para que los trabajadores conquisten una vida mejor. Nuestro deber es ayudarles a derrotar el capitalismo, a instaurar el poder de los obreros y campesinos. Y para esto, es necesario, hacer koljoses, consolidar la economía colectivizada. Desgraciadamente, hay aún entre nosotros campesinos que, por inconciencia, prestan ayuda a esos cochinos gendarmes y ponen estorbos a la colectivización agrícola... Se niegan a entregar el trigo para las siembras... Bueno, muchas gracias por el almuerzo... Y ahora hablemos del asunto que nos ha traído aquí. Es preciso que deis inmediatamente al fondo de semillas la parte que os corresponde... Vuestra casa debe entregar exactamente doce quintales y medio. ¡Conque, vamos, patrón, llevarlo!...

—Es que yo no sé.. Casi no tenemos —decía en tono indeciso Akim el Joven, estupefacto ante un ataque tan brusco.

Pero su mujer, lanzándole una mirada llena de cólera, le interrumpió:

—¡Vamos, déjalo! ¡Vete a llenar los sacos y entrégalos!

—Yo no tengo siquiera doce quintales... Y además no está desbrozado —dijo Akim— resistiendo débilmente.

El viejo vino en socorro de su nuera:

—Anda, Akim, anda. Hay que entregarlo... ¿A qué obstinarse?

—No somos gente orgullosa... Os ayudaremos a desbrozar vuestro grano —se apresuró a proponer Naidenov— ¿Tenéis una criba, no?

—Sí... pero no está en muy buen estado.

—¡Bah, no importa! Se puede arreglar!... Hala, de prisita, ya hemos perdido bastante tiempo hablando...

Media hora más tarde, Akim el Joven traía del establo del

koljós dos carros de bueyes. Naidenov, con la cara sembrada de gotas de sudor, tan menudas como las pecas, sacaba del granero los sacos llenos de trigo candeal, bien cribado, cuyos gruesos y duros granos tenían reflejos de oro fino.

¿Por qué guardáis el trigo entre la broza? Con unos cobertizos tan buenos, hay que ver lo mal guardado que teníais el trigo, ¿por qué eso? —preguntó Naidenov a una de las hijas de Akim, guiñando picarescamente un ojo.

—Son cosas del padre... —respondió confusa la moza.

Después que Besjlebnov fue a entregar sus doce quintales y medio, Naidenov y Nagulnov, habiéndose despedido de los amos de la casa, se dirigieron hacia otra granja. Nagulnov contemplando con alegre emoción el rostro fatigado de su compañero, preguntó:

—Oye, esa historia del komsomol te la has inventado, verdad ?

—No —respondió el otro, distraído—, la he leído, hace ya mucho tiempo, en la revista del "Socorro Rojo".

—Pero tú has dicho que la habías leído hoy...

—¿Es que no es igual?... Lo esencial es que ese caso haya podido ocurrir. Eso es lo terrible, camarada Nagulnov.

—Pero tú has exagerado un poco para conmover a la gente, ¿no? —preguntó Nagulnov.

—¿Y eso qué importa? —replicó Naidenov con un gesto de fastidio.

Y tiritando de frío, se abrochó su chaqueta de cuero y añadió:

—Lo importante es despertar el odio a los verdugos y al régimen capitalista y simpatía por nuestros combatientes. Lo importante es que el trigo sea entregado... Lo demás, a mí plim... Por otra parte, no he añadido casi nada... En cuanto a la compota de la patrona, estaba succulenta. Has hecho mal, camarada Nagulnov, en renunciar a ella.

XXVI

El 10 de marzo por la tarde, Gremiachi-Log quedó envuelto en niebla. Hasta el amanecer la nieve derretida gorgoteó sin cesar cayendo desde los tejados de las granjas. Por el sur, desde las crestas de la estepa, soplaba a ráfagas un viento tibio y húmedo. La primera noche que recibió a la primavera se cernió sobre Gremiachi-Log envuelta en las negras sedas de las brumas movedizas, del silencio, aventada por las brisas primaverales. Ya avanzada la mañana se disiparon las brumas sonrosadas, descubriendo el cielo y el sol por el sur, ya en poderosa avalancha se precipitó el viento, manando humedad; la nieve semiderretida se aplastaba susurrante contra la tierra, negreaban los techos de las casas, la carretera se cubrió de placas parduscas. Y hacia mediodía, el agua de las montañas, transparente como una lágrima, empezó a borbotear rabiosamente en los valles y en las barrancas, precipitándose en innumerables torrentes hacia los terrenos bajos, hacia los jardines y boscajes, lavando las amargas raíces de los cerezos, inundando los cañaverales que bordeaban el río.

Tres días más tarde apareció la tierra negra de las colinas, ya accesibles a todos los vientos; la arcilla mojada de las vertientes, ahora completamente limpias, resplandecía al sol. El agua de las montañas se enturbiaba: en sus borbollos y rizadas ondas arrastraba amarillos penachos de espuma, raíces de trigo, restos de hierbas secas recogidas en los campos de labranza y ramas desgajadas arrastradas por la inundación.

En Gremiachi-Log, el río se desbordó. Desde las alturas donde tenía su fuente bajaban azules bloques de hielo pulidos por el sol. En los recodos, se salían del lecho del río, se arremolinaban y se frotaban unos contra otros como enormes peces cogidos en una nasa. A veces la corriente los echaba sobre la orilla escarpada; a veces un témpano, arrastrado por un torrente que desembocaba en el río,

flotaba entre los árboles de los jardines, chocaba contra los troncos, quebraba los árboles jóvenes, hiriendo los manzanos y haciendo doblar los espesos y jóvenes brotes de los cerezales.

Más allá del caserío, los negros campos labrados en otoño, libres de nieve, eran como una llamada. Removida por las vertederas, la fértil tierra negra humeaba en las horas del mediodía. Reinaba un solemne silencio sobre la estepa, en las horas del mediodía. Sobre los campos arados, el sol, un vapor lechoso, el trino emocionante de una alondra matinal y los gritos de una bandada de cigüeñas que hunden la espuela de su triángulo en el azul intenso del cielo sin nubes. Sobre los túmulos, nacidos por el calor, fluye y ríela un espejismo, el dardo acerado de una brizna de hierba verde, aparta el tallo muerto del año anterior y sube hacia el sol. El trigo de invierno, secado por el viento, se alza como de puntillas, tendiendo sus pequeñas hojas a los rayos luminosos.

Pero hay todavía poca vida en la estepa. Las marmotas y los ratones campestres siguen durmiendo su sueño invernal. Los animales salvajes permanecen ocultos en los bosques y en el fondo de las barrancas. Solamente un musgaño aparece corriendo de cuando en cuando entre las avenas locas. Y perdices que en parejas nupciales vuelan hacia los campos labrados en invierno.

Hacia el 15 de marzo, el fondo de semillas estaba ya entregado por completo en Gremiaehi-Log. Los individuales habían depositado sus semillas en una granja aparte, cuya llave se guardaba en la Dirección del koljós. Los koljosianos habían llenado hasta el techo seis graneros socializados. El grano se limpiaba con aventadoras, hasta de noche, a la luz de tres linternas.

En la forja de Shaly, la boca del fuelle jadeaba hasta la caída de la noche, el martillo hacía saltar granos de fuego dorado, el yunque daba sin cesar su claro sonido. Shaly había trabajado de firme: el 15 de marzo, los rastrillos, las granadas, los rodillos, las sembraderas y los arados que le habían dado para reparar, todo estaba en buen estado. Y el 16 por la noche, en la escuela, Davídov, ante una gran

afluencia de koljosianos, le entregaba como premio los útiles que había traído de Leningrado, pronunciando el siguiente discurso.

—A nuestro querido herrero, al camarada Ipolit Sidorovich Shaty, por su trabajo, realmente de choque, que todos los demás koljosianos deben tratar de igualar, nosotros, de la Dirección del koljós, regalamos las presentes herramientas.

Davídov, que con ocasión de la entrega solemne de una recompensa al herrero, estaba recién afeitado, con su jersey muy limpio, cogió las herramientas extendidas sobre el tapete rojo de la mesa, mientras que Andrei Razmetnov empujaba a Shaly, que estaba todo colorado.

—En este día, ciudadanos, el camarada Shaly ha terminado sus reparaciones a la perfección, no hay duda y en el plazo convenido. En total, ha arreglado cincuenta y cuatro rejas, ha puesto en disposición de ser empleadas doce sembraderas, catorce rastrillos, etc. Recibe, pues, en recompensa, querido camarada, nuestro regalo fraternal. Te deseamos que en el porvenir trabajes con el mismo entusiasmo, para que el material de nuestro koljós se halle siempre en perfecto estado. Y vosotros, ciudadanos, debéis hacer el mismo trabajo de choque en los campos. Solamente así justificaremos el nombre de nuestro koljós; si no, seremos la vergüenza y el oprobio de toda la Unión Soviética, ¡palabra!

Diciendo esto Davídov envolvió el premio en un retazo de satén rojo de tres metros y lo alargó a Shaly. La gente de Gremiachí no había aún aprendido a exteriorizar su aprobación con aplausos. Pero cuando Shaly tomó el paquete rojo en sus manos temblorosas, se produjo en la escuela un gran murmullo.

—¡Bien se lo ha merecido! ¡Ese ha trabajado de firme!

—Ha hecho nuevo lo viejo.

—Herramientas para él y satén para su mujer, que ya puede hacerse un vestido.

—¡Oye, Ipolit, pedazo de buey, hay que rociarlo!

—¡Sí, sí, viva Ipolit! ¡Voltearle!

Las exclamaciones estallaban continuamente, cada vez más fuerte, a pesar de lo cual el viejo Chukar consiguió barrenar el alboroto, con su voz aguda como la de una mujer:

—¿Qué haces ahí con la boca cerrada? Habla. Di algo. Este, por lo callado, parece hijo de un poste y de una viga.

Se oyó a Chukar, y todo el mundo se puso a gritar en broma:

—¡Que hable en su lugar Demid!

—¡Ipolit, date prisa a hablar, que si no, vas a desplomarte !

—Mírale: es verdad que le tiemblan las piernas.

—De puro contento se ha tragado la lengua.

—Parece que hablar le es más difícil que dar martillazos.

Andrei, gran aficionado a las solemnidades y que esta vez dirigía toda la ceremonia, dominó el ruido, y tranquilizó a la asamblea emocionada:

—¡A ver si os calláis, aunque sea un poco! No vais a estaros así gritando todo el tiempo. ¿Es que la primavera se os ha subido a la cabeza? Batid palmas como la gente bien educada, en lugar de gritar a voz en cuello... Callaros ya, si queréis, y dejadle que se manifieste hablando.

Volviéndose hacia Shaly, le dio un puñetazo en las costillas y susurró:

—Toma una bocanada de aire y habla. Por favor, habla lo más que puedas, como una persona instruida... En este momento, eres el héroe de la ceremonia, es preciso que pronuncies un discurso con todas las reglas del arte, largamente...

Ipolit Shaly, que en toda su vida no había pronunciado ningún discurso "con todas las reglas del arte" y que, por su trabajo, recibía de los aldeanos algún que otro regalito de aguardiente, estaba completamente desconcertado por el regalo de la Dirección y por las circunstancias solemnes de su entrega. Sus manos que apretaban fuertemente el paquetillo rojo, temblaban. Sus piernas también, las mismas piernas que, esparrancadas, se apuntaban sólidamente sobre el suelo de su forja...

Sin soltar el paquete, se enjugó con las manos una lágrima y se secó la cara, que estaba de color escarlata, de tanto como se había lavado y refrotado con motivo de este extraordinario acontecimiento y dijo con una voz enronquecida :

—Las herramientas, claro, me sirven mucho... Mil gracias... En cuanto a la Dirección, y por todo esto... Gracias, muchas gracias... Yo, por mi parte, puesto que estoy enteramente contaminado por mi forja, puedo siempre, ahora que soy del koljós, con mucho gusto, yo... El satén, que duda cabe, lo aprovechará mi mujer...

Perdido, recorrió con sus ojos la sala atestada, buscando a su mujer, con la secreta esperanza de que ella le sacaría de apuros. Pero no habiéndola visto, suspiró y terminó su breve discurso:

—Las herramientas que van en el satén... y con nuestro esfuerzo... camarada Davídov, muchas gracias a ti y a todo el koljós.

* * *

Los jefes de brigada Dubtsov, Liubishkin y Ushakov salían todos los días a caballo por la estepa con objeto de ver si la tierra estaba lista para las labores y la siembra. La primavera invadía las llanuras con el soplo seco de los vientos. El tiempo se había puesto bueno y la primera brigada iba a proceder al laboreo de las tierras grises y arenosas de su sector.

El grupo de la columna de agitadores había sido llamado a la aldea de Voiskovoi, pero a ruegos de Nagulnov, Kondratko había dejado a Naidenov en Gremiachi para el tiempo de la siembra.

Al día siguiente de haber recompensado a Shaly, Nagulnov se divorció de Lushka. Esta se instaló en casa de una tía que vivía en los alrededores. Durante dos días no se dejó ver. Después, habiendo encontrado a Davídov cerca de la Dirección del koljós, le detuvo:

—¿Cómo vivir ahora, camarada Davídov? Déme un consejo.

—¡Vaya un problema! ¡Pensamos organizar una casa cuna! Puedes ir a trabajar allí.

—¡Cá, no, gracias! ¡No he tenido hijos yo, y ahora voy a ir a cuidar de los hijos de los demás! ¡Vaya una ocurrencia!

—Bueno, entonces vete a trabajar a una brigada.

—Yo no estoy hecha para el trabajo. Las faenas del campo me dan dolor de cabeza, me marean...

—¡Miren qué delicada! Pues paséate todo lo que quieras, pero pan no lo tendrás. Nosotros, ya sabes: "El que no trabaja no come".

Lushka suspiró y escarbando la arena húmeda con la punta de su zapatito, fijó los ojos en el suelo:

—He recibido de mi amigo Timofei una carta desde la ciudad de Kotlas... Está en la región del norte... Me promete volver pronto.

—¡Qué ilusiones! —dijo Davídov sonriendo—. Si vuelve, lo mandaremos aún más lejos.

—Entonces, ¿no habrá perdón para él?

—No. En vez de esperarle y de cruzarte de brazos, harías mejor en trabajar. ¡Hay que trabajar, ya sabes! —Respondió bruscamente Davídov e iba a continuar su camino, cuando Lushka ligeramente confusa, le retuvo. En su voz había matices burlones y provocadores, cuando arrastrando mucho las palabras, preguntó:

—A lo mejor podría encontrarme... un novio... Yo no soy exigente, sabe...

Davídov contrajo la boca, enseñando los dientes y gruñó:

—¡Yo no me ocupo de semejantes cosas! ¡Adiós!

—Espere un poco. Otra pregunta...

—Di.

La voz de Lushka se hizo francamente provocadora y burlona:

—¿Y usted, no me querría para mujer?

Ahora le tocó a Davídov turbarse. Enrojeció hasta la raíz del pelo, movió los labios sin pronunciar palabra.

—Míreme, camarada Davídov —continuó Lushka, afectando humildad—. Soy guapa y sirvo para el amor... Tengo bonitos ojos, cejas bonitas, las piernas bien hechas y todo lo demás por el estilo.

Con la punta de los dedos se había levantado ligeramente la falda y cimbreando el talle, giraba sobre sus talones, ante Davídov petrificado.

—¿Le parezco fea? Pues dígalo.

Echándose la gorra hacia atrás con un gesto desesperado, Davídov respondió:

—Sí, eres una guapa chica, no hay duda. Y tienes bonitas piernas, sólo que... Con esas piernas no vas por donde debieras ir, para que lo sepas.

—¡Yo voy por donde me da la gana!... Bueno, no hay que contar con usted, ¿verdad?

—Sí, más vale que no cuentes.

—No vaya a creer que me muero de amor por usted o que quiero colocarme. No... Es simplemente que me ha dado lástima. Me decía yo: "Es un hombre joven, que no está casado, que no tiene mujeres..." Y me dio lástima ver que me miraba con ojos hambrientos...

—¡Eh tú! ¿Qué estás diciendo ahí?... ¡Hasta la vista! No tengo tiempo de hablar contigo.

Y añadió en tono burlón:

—Espera que termine la siembra. Entonces, si te agrada, puedes meterte con el ex marino... Sólo que antes tienes que pedirle permiso a Nagulnov, ¿eh?

Lushka soltó una carcajada y aunque el otro ya había vuelto las espaldas, dijo:

—Nagulnov tenía siempre una excusa: la revolución mundial. Y usted, las siembras. ¡Gracias! Yo, hombres así, no los quiero para nada. Lo que necesito es amor, amor ardiente, y con vosotros... Vuestros asuntos os han helado la sangre.

Davídov se dirigió a la Dirección, con una sonrisa confusa en los labios. Pensó un momento: "Habrà que darle trabajo o acabará mal, esta mujercita. Estamos a mitad de semana, y va tan emperejilada y habla de ese modo"... Luego, cambiando de idea: "Después de todo ya no es ninguna niña para no comprender. Y yo, ¿qué soy? ¿Una dama burguesa dedicada a la beneficencia? Le he ofrecido trabajo. ¿No lo quiere? ¡Qué le vamos a hacer!... ¡A mí me trae sin cuidado!"

Interrogó brevemente a Nagulnov:

—¿Te has divorciado?

—¡Nada de preguntas, por favor! —gruñó Nagulnov, examinando con afectada atención las uñas de sus largos dedos.

—Yo te lo preguntaba porque sí.

—Pues yo también porque sí...

—Hombre, ¿es que ahora no se te va a poder preguntar nada?

—La primera brigada debía marcharse al campo y están ahí ganduleando...

—Tienes que poner a Lushka en buen camino, porque sino, va a aliarse la manta a la cabeza y...

—¡Déjame en paz! ¿Soy yo un pope para preocuparme de su salvación? Te estoy hablando de la primera brigada. Es preciso que salga para el campo mañana mismo...

—Muy bien, saldrá mañana... Tú te figuras que es muy sencillo, que no tienes más que divorciarte. ¿Por qué no has educado a esta mujer en el comunismo? ¿Quieres que te lo diga? Eres una perfecta calamidad.

—Mañana iré yo mismo al campo con la primera brigada... ¡Bueno, eres peor que la tina! Educar, educar... ¿Cómo demonios iba a educarla si yo mismo soy un ignorante? Me he divorciado. ¿Y que más? La verdad, eres un pelmazo... Y luego ese asunto de Bannik... Tengo que pensar en mí y vienes a darme la lata con mi ex-mujer...

Davídov iba a responder cuando un automóvil apareció en el patio de la Dirección. El pequeño Ford del comité ejecutivo de radio entró tambaleándose, rozando con el guardabarros la nieve derretida. Samojin, presidente de la comisión de control, abrió la portezuela del cochecillo y se apeó.

—¡Ya está! Ese viene por mí —dijo Nagulnov haciendo una mueca y lanzando una mirada colérica a Davídov—. ¡Cuidado! No vayas a contarle cuentos de mi mujer ¿eh?... Acabarías de perderme. No sabes tú que tipo es este Samojin. Inmediatamente se echará sobre mí preguntándome: "¿Por qué te has divorciado y con qué motivo?" etc. Un comunista que se divorcia, es para él como darle una cuchillada. No es un inspector, es un pope. Yo no puedo tragarlo... ¡Ah, ese Bannik, ese canalla! Debía haberlo matado.

Samojin entró. Sin soltar su cartera de lona, sin saludar, dijo medio en broma:

—¡Bien, Nagulnov, bien!... Por causa tuya tengo yo que pasearme con este tiempo de perros. ¿Y quién es este camarada? ¿Davídov, si no me equivoco? ¿Sí? ¡Buenos días (estrechó la mano a Nagulnov, a Davídov y se sentó en la mesa).

Camarada Davíдов, ¿quieres dejarnos solos media horita? Tengo que hablar con esta buena pieza —añadió señalando con un gesto a Nagulnov.

—Pues los dejo.

Davíдов se levantó. Con gran estupefacción suya, Nagulnov, que hacía un instante le había rogado no hablar de su divorcio, murmuró, habiendo decidido, al parecer, que más valía confesarlo todo:

—Es verdad, le he arreglado las cuentas a ese cochino contrarrevolucionario... Pero aún hay más, Samojin.

—¿Qué más?

—¡He puesto a mi mujer en la calle!

—¿Cómo? —gritó Samojin espantado.

Y empezó a dar estrepitosos resoplidos, rebuscando en su cartera y arreglando papeles...

XXVII

Por la noche, Ostrovnov oía entre sueños ruido de pisadas y pataleo junto al portillo de la cerca, sin poder despertarse. Cuando al fin consiguió, no sin gran esfuerzo, sacudir el sueño, oyó crujir un tablón de la empalizada bajo el peso de un cuerpo y algo de metal que tintineaba. Se precipitó a la ventana, arrimó a ella un ojo. En las opacas tinieblas de la madrugada, vio saltar a un hombre grande y pesado por encima de la cerca. En el gorro de pieles, que hacía una mancha blanca en la oscuridad, adivinó a Polovtsev. Echándose una chaqueta sobre los hombros, Ostrovnov cogió de la estufa unas botas de fieltro, se las puso y salió. Polovtsev había metido a su montura en el patio y había cerrado con una barra la puerta cochera. Ostrovnov le cogió las bridas de las manos. El animal venía hecho una sopa; Jadeaba y apenas se sostenía en las patas. Sin responder al saludo de Ostrovnov, Polovtsev murmuró con voz ronca:

—Oye... ¿Está ahí Liatievski?

—Durmiendo. ¡Ah, lo que nos ha hecho pasar!... Durante todo este tiempo no ha parado de beber.

—¡Si será sinvergüenza!... Creo que he destrozado a mi caballo.

La voz de Polovtsev era tan ronca, que apenas se la reconocía. Ostrovnov creyó percibir a través de ella una gran inquietud y una gran fatiga.

Ya en su cuarto. Polovtsev se quitó las botas. Sacó de su bolso un largo pantalón cosaco, azul, con bandas rojas y se mudó. El pantalón empapado que acababa de quitarse, lo puso a secar.

Ostrovnov, apoyado en la jamba de la puerta, observaba los movimientos mesurados de su jefe. Este último, sentado en el borde de la cama, se cogió las piernas con los brazos y

mientras se calentaba las plantas de los pies en la estufa, se quedó un minuto inmóvil, como adormecido. Al parecer, se moría de sueño. Abrió los ojos con esfuerzo, miró largo rato a Liatievski que dormía su borrachera y preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que se ha dado a beber?

—Desde que usted se marchó. ¡Y cómo empina!... Tanto, que ya resulta peligroso, a causa de los vecinos... Pide todos los días aguardiente. Esto puede levantar sospechas.

Sin separar las mandíbulas, Polovtsev murmuró entre dientes, con profundo desprecio:

—¡Canalla!

Y, sentado como estaba empezó a dar cabezadas. Después de haber cedido unos instantes a la ola de sueño que le invadía, se sobresaltó, puso los pies en el suelo, abrió los ojos.

—No duermo desde hace tres días... Los ríos están desbordados. El vuestro, el de Gremiachi, he tenido que pasarlo a nado.

—Debe usted acostarse. Alexandr Anisímovich.

—Eso voy a hacer. Dame tabaco. El mío está todo mojado. Dio dos chupadas ávidamente y se reanimó. El velo de somnolencia que le nublabá, la vista, se había disipado. Su voz se hizo más firme.

—Bueno, ¿cómo marchan las cosas por aquí?

En breves frases, Ostrovnov le puso al corriente. Luego preguntó a su vez:

—Y ustedes, ¿qué tal?... ¿Será para pronto?

—Uno de estos días o nunca. Mañana, por la noche, iré contigo a la aldea de Voiskovoi. El movimiento hay que empezarlo desde allí. Más cerca de la stanitsa. En este momento, hay allí una columna de agitadores. Por ella vamos a probar. Tú me eres indispensable en este viaje. Los cosacos aquellos te conocen, tu palabra les dará ánimos.

Polovtsev se calló. Con su larga mano, se puso a acariciar largamente y con ternura el gato negro que había saltado a sus rodillas. Después murmuró con una dulzura y una ternura impropias en él.

—¡Michito, gatito! ¡Qué hermoso gato! Eres negro como un cuervo. A mí me gustan los gatos, Ostrovnov. El caballo y el gato, como animales, no los hay más limpios... En casa, yo tenía un angora, enorme, magnífico... Dormía siempre conmigo... Su piel era de un gris... (Polovtsev, soñador, entornó los ojos, sonrió, hizo un gesto con los dedos) de un gris humo, con manchas blancas. ¡Un gato soberbio!... Ya ti. Ostrovnov, ¿no te gustan los gatos? Lo que yo detesto son los perros. No puedo soportarlos. Una vez siendo chico me pasó un caso, tendría entonces unos ocho años. En nuestra casa había un perro muy pequeño. Jugando con él, le hice daño, sin duda. Entonces, me atrapó el dedo y me mordió hasta hacerme sangre. Me puse furioso. Cogí una ramita y empecé a pegarle. El se escapa, lo alcanzo y le sacudo, zas, zas... con verdadera delicia. Corrió al cobertizo y yo tras él. Se metió debajo de los escalones y allí lo azoté todo lo que pude. Estaba hecho una lástima. No ladraba ya. gemía, jadeaba... Entonces lo cogí en brazos... —una sonrisa confusa como culpable torció la boca de Polovtsev— lo cogí y me eché a llorar lleno de compasión hasta tal punto, ¿sabes? que me sentí enfermo. Mi madre acudió. Me encontró en el suelo, al lado de mi perro, cerca de la cochera, presa de un ataque... Desde aquella vez tengo horror a los perros. Mientras que los gatos me gustan una barbaridad y los niños también. Los muy pequeños. Me gustan tanto que es ya una manía. Ver llorar a un niño me pone malo... Y a ti, viejo, ¿te gustan los gatos, di?

Asombrado a más no poder por esta manifestación de sentimientos humanos tan sencillos, por aquellas palabras inusitadas de su jefe, de aquel oficial bien conocido ya en tiempo de la guerra ruso-alemana por su ferocidad para con los hombres, Ostrovnov dijo que no, con la cabeza.

Polovtsev se quedó un momento callado. Su cara tomó una expresión de dureza. Luego preguntó en tono seco:

—¿Hace mucho tiempo que no viene el correo?

—A causa del deshielo hará ya unos diez días que no recibimos cartas. Todos los ríos están crecidos, las carreteras intransitables.

—¿No se ha oído hablar en el pueblo del artículo de Stalin?

—¿Qué artículo?

—Lo han publicado los periódicos... Un artículo sobre el

koljós.

—No. Esos periódicos no han debido llegar aquí. ¿Y qué decía ese artículo, Alexandr Anisímovich?

—¡Bah, nada de particular!... A ti no te interesaría. Bueno, vete a acostar. Dale de beber a mi caballo, dentro de unas tres horas. Mañana por la noche agénciate un par de caballos del koljós. En cuanto sea de noche nos iremos a Voiskovoi. Irás a pelo, no está muy lejos.

Por la mañana Polovtsev habló largamente con Liatievski, que ya se había desembriagado. Después de esta conversación, Liatievski entró en la cocina, pálido, con aire malhumorado.

—¿Quiere usted beber algo para refrescarse? —preguntó Ostrovnov solícito.

Pero el otro, con la mirada perdida, respondió recalcando las palabras:

—Ahora, ya no hace falta nada...

Y se volvió al cuartito.

* * *

Era Iván Batalshchikov, uno de los aldeanos reclutados por Ostrovnov para la "Liga para la liberación del Don", quien estaba de guardia en las cuadras del koljós. Pero ni a él osó Ostrovnov decirle adonde iban ni cuáles eran sus designios. Interrogado por Batalshchikov, respondió evasivamente: "Tenemos que ir aquí cerca para nuestro asunto".

El otro, sin vacilar desató a dos de los mejores caballos. Ostrovnov los llevó detrás de la era, los ató en un bosque y fue a avisar a Polovtsev. Al acercarse a la puerta del cuarto, oyó a Liatievski que gritaba: "¡Pero, eso significa para nosotros la derrota, compéndalo!" En respuesta, Polovtsev gruñó severamente con su voz de bajo. Ostrovnov, abrumado por el presentimiento de una desgracia, llamó tímidamente a la puerta.

Instantes después salían. Desataron los caballos y partieron al trote. No lejos del pueblo pasaron el río por el vado. Durante todo el trayecto Polovtsev guardó silencio. Había prohibido fumar y había dado la orden de evitar la carretera, siguiéndola a una distancia de unos cien metros.

En Voiskovoi les esperaban. En la granja de un cosaco amigo de Ostrovnov se habían reunido unos veinte aldeanos. La mayoría de ellos eran viejos. Polovtsev les estrechó la mano a todos, llamó aparte a uno y estuvo hablándole en voz baja cinco minutos. Los otros contemplaban en silencio tan pronto a Polovtsev como a Ostrovnov. Este, sentado cerca de la puerta, se sentía desconcertado, fuera de lugar, en medio de aquellos cosacos a quienes apenas conocía... Las ventanas estaban herméticamente cerradas. El yerno del propietario permanecía al acecho en el patio, pero a pesar de eso Polovtsev se puso a hablar en voz baja:

—Pues bien, señores cosacos, la hora se acerca. Vuestra esclavitud toca a su término. Hay que empezar. Nuestra organización de combate está dispuesta. Comenzamos pasado mañana por la noche. Media centuria de cosacos montados vendrá a vuestro pueblo. Al primer disparo os precipitaréis para exterminar en su madriguera a todos esos... a todos esos tipos de la columna de agitadores. ¡Ni uno tiene que escapar con vida! El corneta Marín queda encargado del mando de vuestro grupo. Antes de entrar en acción, os aconsejo que os pongáis en los gorros cintas blancas, precaución que permitirá no confundir en la oscuridad a los vuestros con los enemigos. Cada cual de vosotros tendrá listo su caballo, las armas que posea, un sable, una carabina o aunque sea una escopeta y además víveres para tres días. Cuando hayáis terminado con la columna de agitadores y con los comunistas locales, vuestro grupo se incorporará a la media sotnia que vendrá en vuestra ayuda. Desde este momento quedaréis a las órdenes de su jefe. Le seguiréis a todas parte donde él os conduzca.

Polovtsev dejó escapar un profundo suspiro. Soltando el cinturón de su blusa que tenía agarrado, se enjugó con el revés de la mano izquierda el sudor que perlaba su frente y continuó en voz más baja:

—El cosaco Iakov Lukich Ostrovnov, a quien todos conocéis, (es de mi regimiento) ha venido conmigo de Gremiachi-Log. El os dirá la impaciencia que la mayoría de los cosacos de Gremiachi sienten por ayudarnos en la gran causa de la liberación del Don del yugo de los comunistas. Habla, Ostrovnov.

Bajo la mirada autoritaria de Polovtsev, Ostrovnov se levantó vivamente de su taburete. Tenía por todo el cuerpo una sensación de pesadez. La fiebre le secaba la garganta. Pero antes de abrir la boca se le adelantó uno de los asistentes, un cosaco que parecía el más viejo de todos, miembro del consejo de la parroquia y, antes de la guerra, patrocinador inamovible de la escuela parroquial de Voiskovoi. Se levantó al mismo tiempo que Ostrovnov y, sin dejarle pronunciar una palabra, preguntó:

—Mi capitán... ¿Está vuestra nobleza al corriente?... Precisamente antes de venir usted estábamos nosotros consultando... Hay ahí un periódico... Trae algo muy interesante

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo, abuelo? —preguntó Polovtsev con la voz alterada.

—Digo que ha venido un periódico de Moscú... Y que trae en letra de molde la carta del presidente del Partido Comunista.

—Del secretario —rectificó una voz.

Es decir, del secretario de todo el Partido, del camarada Stalin. Aquí está el periódico. Es del 4 de este mes —decía sin apresurarse el viejo, con su vocecita cascada.

Sin dejar de hablar sacó del bolsillo interior de su chaqueta un periódico cuidadosamente doblado en cuatro.

—Lo hemos leído en alta voz, un poco antes de su llegada, y... bueno, pues que este periódico... nos separa de usted. A nosotros, los campesinos, nos sale otra línea de vida... Ayer oímos hablar de ese artículo, y esta mañana, sin tener en cuenta mi edad, he montado a caballo y me he ido hasta la stanitsa... La barranca de Levshov he tenido que pasarla a nado... Trabajo me costó, pero de todos modos la atravesé. Al fin y a la postre conseguí encontrar el periódico en casa de un conocido mío. Tuve que implorar en nombre de

Cristo para que me lo diesen... Y pagué por él nada menos que quince rublos... El precio no lo vimos hasta después... Está allí marcado: cinco copeks... es igual, la comuna me devolverá mi dinero... Así lo hemos decidido... Diez copeks por familia y cuenta hecha. Pero hay que decir que el periódico vale lo que ha costado... Hasta puede ser que valga más...

—¿Pero de qué hablas?... ¡Estás chocheando, abuelo!... ¿Te has vuelto tonto con los años? ¿Y además, quién te ha mandado hablar en nombre de todos? —preguntó Polovtsev con la voz trémula de rabia.

Entonces avanzó un cosaco de pequeña talla y de unos cuarenta años, con la nariz aplastada y el bigote rubio muy recortado. Se destacó del grupo que estaba en pie cerca de la pared y habló con voz airada, provocante.

—¡Camarada ex oficial!... No grite así a nuestros viejos, ¿eh?... Ya se ha desgañifado usted bastante en otros tiempos. Entonces erais señores, pero aquello se acabó. Ahora hay que hablar sin grosería... Con el régimen soviético, hemos perdido la costumbre de esos procedimientos, ¿comprende? Y nuestro viejo ha dicho muy bien que nos hemos consultado y que hemos decidido todos, en vista de ese artículo de la Pravda, no rebelarnos. Lo que pasa es que nuestros caminos no son ya los mismos. El Poder, en nuestro pueblo, ha hecho muchas tonterías. Ha forzado a la gente a entrar en el koljós. Ha expropiado sin razón, a una porción de campesinos medios. Es que la gente de aquí, no comprende que a una mujer se la puede forzar... pero no a un pueblo entero. El presidente de nuestro Soviet, por ejemplo, nos ha apretado las cinchas a tal punto que en las reuniones no se atrevería uno a decir una palabra contra él. ¡Lo que nos ha hecho pasar! Pues el hombre que conduce un carro, cuando el camino está difícil y arenoso, le afloja las correas al caballo, procura aliviarle la marcha... Al principio pensaba uno... que habría alguna orden venida del centro, que mandaba exprimirnos como se hace para sacar aceite. Creíamos que era el comité central de los comunistas el que había lanzado esa propaganda... Decíamos que "faltando el viento no gira el molino". Entonces decidimos rebelarnos, entrar en vuestra "Liga".

¿Se da usted cuenta? Pero ahora, ¿qué sucede? Pues que a estos comunistas nuestros que metían a la gente en el koljós a fuerza de golpes y cerraban las iglesias sin pedir consejo a nadie, Stalin los pone que no hay por donde cogerlos, y los retira de sus puestos. Lo cual hace que ahora el campesino va a poder moverse a sus anchas. Es, por decirlo así, como si le aflojara la cincha. Si le viene en gana, entra en el koljós y si no, se establece por su cuenta. Hemos decidido, pues, separarnos de con ustedes,, tranquilamente... Devuélvanos los papeles que hemos firmado por tontería y siga su camino. No le haremos mal, porque nosotros mismos estuvimos metidos en el ajo...

Polovtsev se dirigió a la ventana, se apoyó contra el marco y se puso tan pálido que todos lo notaron. Pero su voz resonó firme y seca cuando, paseando su mirada por el auditorio, preguntó:

—¿Qué quiere decir eso, cosacos? ¿Hacéis traición?

Un viejo replicó:

—Llamadlo como quieras, pero nuestro camino no es ya el mismo... Si hasta el propio jefe toma nuestra defensa, ¿a qué buscar más razones? A mí, por ejemplo, me han privado injustamente del derecho a votar, querían desterrarme... Pero mi hijo está en el Ejército Rojo, de modo que las cosas van a arreglarse... No, no tenemos queja del Poder soviético, sino de los abusos que pasan aquí. Mientras que vosotros... Lo que vosotros queréis es sublevarnos contra el Poder soviético... No, no nos conviene. Devuélvanos los papeles que hemos firmado, ya que lo pedimos por las buenas...

Después le tocó el turno a otro cosaco anciano. Habló acariciándose con la mano izquierda su perilla ensortijada:

—Nos hemos descarriado, camarada Polovtsev. ¡Dios es testigo de que nos hemos descarriado! Ha sido un error hacer causa común con vosotros. En fin, bien dice el refrán: quien no se aventura no goza ventura... El otro día nos prometisteis el oro y el moro. Os escuchábamos asombrados. Vuestras promesas, ¡qué diantre! eran demasiado hermosas. Nos dijisteis que, en caso de rebelión, los aliados iban a suministrarnos, en nada de tiempo, armas y material de guerra. Que lo que teníamos que hacer nosotros no era más que asesinar comunistas. Después

reflexionamos y nos dijimos: Bueno, van a darnos armas, cosa que al fin y al cabo no cuesta cara... ¿Pero no van ellos mismo a invadir nuestro territorio? En cuanto estén dentro, ¡se acabó! No podremos ya quitárnoslos de encima... A lo mejor nos veríamos forzados a echarlos a hierro de la tierra rusa. Los comunistas son de nuestro país, de nuestra raza, son de los nuestros... Mientras que esos, ni siquiera entendemos su lenguaje... Pasan al lado de uno, sin volver la cara siquiera. Le negarían a uno un puñado de nieve en pleno invierno. Y aunque os echéis a sus pies, no esperéis que os concedan ninguna gracia... Yo he estado en el extranjero en 1920... y he comido el pan de los franceses en Gallipoli y ya había perdido la esperanza de salir de allí con vida. ¡No sabéis lo que amarga el pan de los extranjeros! ¡Y la gente que he visto yo de todas las naciones!... Bueno, pues digo que aparte del pueblo ruso, no hay otro de corazón más generoso ni que yo sienta más próximo a mí... En Constantinopla y en Atenas trabajé en el puerto y allí vi a ingleses y franceses. ¡Qué asco!... Se pasean muy compuestos, muy emperifollados, y hacen muecas cuando por casualidad os rozan. Claro, yo no voy afeitado, yo voy hecho un guarro, huelo a sudor y el otro, siente náuseas sólo de mirarme. El otro es como un caballo de oficial que lo lavan y lo fregotean hasta por debajo de la cola... Y por eso va tan orgulloso, por eso nosotros le damos asco. A veces sus marineros, en las tabernas, nos molestaban y por un quítame allá esas pajas, armaban camorra. Pero nuestros muchachos del Don y del Kubán, se han ido acostumbrando poco a poco a tratar con extranjeros... ¡Y ahora saben ponerles las peras a cuarto!... —El cosaco sonrió. Su dentadura resplandeció como una cuchilla azulada.

—Cuando un mozo de los nuestros le larga a un inglés un buen sopapo a la rusa, hay que ver lo que es bueno... El otro cae patas arriba, se echa las manos a la cabeza y sopla como una foca. ¡Ah, son demasiado tiernos para el empuje ruso!... Y aunque comen hasta hartarse son todos unos desmirriados... ¡Bien que los conozco a los aliados esos!... ¡Ya sé lo que son! No, gracias. Trataremos de arreglarnos en familia... Respecto a los papeles que hemos firmado, nos los vais a devolver, si hacéis el favor.

Mientras tanto, Ostrovnov rebullía en su banquetta, sin quitar los ojos de Polovtsev y pensaba: "Va a saltar por la ventana, y yo me voy a quedar aquí como un cangrejo en un banco de arena. ¡Estoy aviado!... ¡Ay, madrecita!... ¿Por qué me diste tu bendición? ¿Para qué tenía yo que liarme con este maldito hombre? El demonio ha sido el que me ha empujado".

Polovtsev seguía tranquilamente apoyado en el marco de la ventana. Ya no era palidez lo que cubría sus mejillas, sino el azul sombrío de la cólera y la decisión. En su frente se hinchaban dos gruesas venas transversales, sus manos no soltaban el reborde de la ventana.

—Y bien, señores cosacos, hágase vuestra voluntad. ¿No queréis marchar con nosotros? No insistimos, no mendigamos vuestro consentimiento... En cuanto a vuestros papeles, yo no los tengo, están en el Estado Mayor. Por otra parte, no tenéis que inquietaros... Ya supondréis que yo no iré a denunciaros a la Guepeú.

—No, eso no es probable —asintió uno de los viejos.

—Y no es la Guepeú la que os debe dar miedo...

Polovtsev, que hasta entonces había hablado lentamente, con voz reposada, aulló de pronto con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡A quién debéis temer es a nosotros! Os fusilaremos como a traidores... ¡Hala fuera de aquí! ¡Despejad!... ¡Apartaos! ¡Hacia la pared!

Sacó el revólver y apuntando a los asistentes, se dirigió a la puerta.

Los cosacos se apartaron en desorden y Ostrovnov, que se había adelantado a Polovtsev, abriendo la puerta de un empujón, salió al zaguán como una piedra lanzada por una honda.

En la oscuridad desataron sus caballerías y las pusieron al trote largo. En la casa se oía una oleada de voces agitadas. Pero, nadie salió, ni un solo cosaco intentó detenerlos...

Llegados a Gremiachi-Log, Ostrovnov llevó a la cuadra los caballos recalentados por la rápida carrera. Polovtsev lo llamó a su cuarto. No se quitó la pelliza ni el gorro. Ordenó inmediatamente a Liatievski que hiciera sus preparativos.

Leyó una carta que le habían traído antes de su regreso, la echó al fuego y se puso a meter sus cosas en los sacos de cuero.

Ostrovnov, al entrar en el cuarto, lo encontró sentado delante de la mesa. Liatievski, echando llamas por su ojo, limpiaba su máuser, montaba con gestos rápidos y precisos las piezas engrasadas con aceite de fusil. Al ruido de la puerta, Polovtsev se quitó la mano de la frente y se volvió hacia Ostrovnov. Este vio por primera vez que de los ojos hundidos y enrojecidos del capitán corrían abundantes lágrimas.

—Lloro —dijo Polovtsev con voz retumbante— porque nuestro proyecto no ha tenido éxito... Esta vez.

Se quitó el gorro de piel blanca y se secó los ojos con él.

—Empobreció el Don en verdaderos cosacos y se enriqueció de canallas, traidores y pillos... Nos marchamos inmediatamente, Ostrovnov, pero volveremos. He recibido una carta. En Tubiansk y en mi stanitsa los cosacos se niegan igualmente a rebelarse. Stalin se los ha llevado a todos con su artículo. Lo que es a ese... Lo que es a ese, yo ahora mismo...

En la garganta de Polovtsev sonó una especie de borboteo... Los músculos de su cara se estremecieron. Los dedos de sus enormes manos se encorvaron en forma de garfios. Apretó los puños hasta hacerse daño en la juntas. Después de un profundo suspiro, que más bien parecía un estertor, fue separando lentamente los dedos y sonrió con la boca torcida.

—¡Imbéciles malditos de Dios!... No se dan cuenta de que ese artículo es una mentira infame, una maniobra. Y lo creen... lo creen como chiquillos... ¡Gusanos de tierra! ¡Qué majaderos! Les trastornan la cabeza, a esos cretinos, para fines de alta política. Les aflojan la cincha para no estrangularlos del todo. Y ellos toman todo eso como pan bendito... Muy bien... Acabarán por comprender, lo sentirán, pero será tarde... Nos marchamos, Iakov Lukich. Que el Señor te tenga en su guarda, por tu buena acogida, por todo lo que has hecho por nosotros. Quédate en el koljós, hazles todo el mal que puedas. A los que se habían

incorporado a nuestra "Liga", les dirás como yo te digo: por ahora, nos replegamos, pero no estamos vencidos. Volveremos otra vez, y ¡ay de aquellos que nos hayan abandonado, traicionado, a nosotros y a nuestra causa!... ¡La gran causa de la liberación de la patria y del Don del poder de la judería internacional! Su castigo será la muerte bajo el sable de un cosaco. ¡Eso les dirás!

—Sí, eso les diré —murmuró Ostrovnov.

Las palabras y las lágrimas de Polovtsev le habían conmovido. Pero, en su fuero interno estaba contentísimo de librarse de aquellos peligrosos huéspedes. En fin, todo terminaba bien: en adelante no tendría ya que arriesgar su propiedad ni su piel.

—Eso les diré —repetía.

Y se atrevió a preguntar:

—¿Y a dónde vais ahora, Alexandr Anisímovich?

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó Polovtsev poniéndose en guardia.

—Para nada... A lo mejor le necesitamos alguna vez o viene alguien a preguntar por usted.

Polovtsev sacudió la cabeza, se levantó.

—No, no puedo decirlo. Pero dentro de tres semanas poco más o menos, espérame... ¡Adiós!...

Alargó una mano fría, Liatievski se despidió de Ostrovnov en el patio, poniéndole dos billetes en la mano.

—¿Se marcha usted a pie? —le preguntó Ostrovnov.

—Solamente por tu patio iré a pie, que en la calle me espera mi automóvil —dijo bromeando el teniente, que no había perdido ánimos.

Esperó que Polovtsev estuviera montado. Entonces cogió el estribo y declamó: "En marcha, príncipe, hacia el campo enemigo lanza tu corcel... Yo, aunque a pie, quizás no me quedaré atrás".

Ostrovnov acompañó a sus huéspedes hasta más allá del portillo. Con una sensación de enorme alivio echó la barra de la puerta cochera y se persignó. Con aire preocupado sacó del bolsillo el dinero que Liatievski le había dado y trató de distinguir en la oscuridad su valor y de averiguar, por el tacto y por el crujido del papel, si los billetes no eran falsos.

XXVIII

El 20 de marzo por la mañana, el cartero trajo a Gremiachi-Log los periódicos retrasados a causa del desbordamiento con el artículo de Stalin titulado: "El vértigo del éxito". Los tres ejemplares del "Molot" del 4 de marzo circularon en un día por todas las granjas. A la caída de la tarde no eran más que unos jirones grasientos y húmedos. Jamás un periódico, desde que existía Gremiachi-Log, había reunido en torno a él tal número de lectores como aquel día. La gente se agrupaba para leerlo en las granjas, en las callejuelas, detrás de los establos, en los camaranchones de los graneros... Uno leía en alta voz, los otros escuchaban, sin atreverse a decir palabra para no romper el silencio. El artículo suscitaba en todas partes discusiones vehementes. Cada cual lo interpretaba a su manera... Y casi en todas partes cuando aparecían Nagulnov o Davídov, el periódico pasaba apresuradamente de mano en mano... Volaba entre la muchedumbre, como un pájaro blanco, hasta desaparecer en las profundidades de algún bolsillo.

Triunfante, Bannik fue el primero en emitir esta hipótesis:

—Ahora, el koljós va a reventar por todas las costuras, como un vestido viejo.

—El estiércol se irá a la deriva —replicó Ushakov—. No quedarán más que los inteligentes.

—¡Ten cuidado, no vaya ocurrir lo contrario! —dijo Bannik en tono sarcástico.

Y se alejó más que de prisa para ir a soplar al oído de aquellos en quienes tenía confianza: "Alborotar lo que podáis. Liberaros del koljós ya que han proclamado la libertad de los siervos".

—Vaya postura la del campesino medio, un pie en el koljós y el otro levantado; sacude el pie libre e idea cómo arreglárselos para volverse a su economía —decía

Liubishkin a Menok señalando a los campesinos medios, miembros del koljós, que charlaban con animación.

Las comadres, que no entendían muchas cosas, se entregaban según costumbre a hacer toda especie de conjeturas.

Y el pueblo estaba lleno de chismorreos.

—Van a disolver el koljós...

—Ha venido una orden de Moscú y parece que van a devolver las vacas.

—Van a traer de nuevo a los kulaks y los inscribirán en el koljós.

—Devolverán el derecho de voto a aquellos que habían sido privados de él.

—Se abre otra vez la iglesia de Tubiansk. Y el trigo de semillas que habían acaparado, van a distribuirlo a los del koljós para que lo consuman.

Grandes acontecimientos se anunciaban. Todos se daban cuenta de ello. Por la noche, en la reunión privada de la célula, Davídov, nervioso, dijo:

—Es muy oportuno ese artículo del camarada Stalin. Para Makar, por ejemplo, viene al pelo. Los éxitos le han trastornado la cabeza... Y a nosotros también, un poco... Camaradas, haced las proposiciones que se os ocurran... ¿Qué es lo que vamos a corregir? Hemos devuelto las aves de corral. Bien... La idea se nos ocurrió a tiempo. Pero las ovejas y las vacas... ¿Cómo hacer, os pregunto? Si no actuamos políticamente, ¿qué va a resultar? Será algo así como decir: "¡Sálvese el que pueda!" "¡Huye del koljós!"

Y todos se marcharán... Se llevarán el ganado y nos quedaremos

como antes... ¡Esto es claro como el agua!

Nagulnov, que había llegado el último a la reunión se levantó y miró a Davídov con sus ojos lacrimosos, inyectados de sangre. Cuando abrió la boca, Davídov percibió un fuerte olor a aguardiente que se desprendía de toda su persona.

—¿Dices que ese artículo me viene al pelo? Sí, me da en mitad del corazón. Me atraviesa de parte a parte... La cabeza se me ha trastornado, no cuando se creó el koljós... sino ahora, después de este artículo.

—Y sobre todo después de una botella de aguardiente —
intercaló en voz baja Naidenov.

Andrei sonrió haciendo un guiño. Davídov inclinó la cabeza y Nagulnov dilató las aletas de su nariz que había palidecido y en sus ojos turbios chapoteó la furia.

—Oye, mocososo, tú eres todavía demasiado joven para darme lecciones... No se te había secado aún el ombligo cuando yo me batía ya por el Poder soviético y estaba en el Partido... ¿Me escuchas?... Que haya bebido un poco hoy, no lo niego... Es evidente, como dice nuestro camarada Davídov. Una botella, no... ¡Dos!

—Pues es para vanagloriarte! Así te sale la idiotez por todos los poros —dijo Andrei con aire sombrío.

Nagulnov lo miró tan solo de reojo, pero siguió hablando con voz más baja y dejó de agitar como un insensato la mano; ahora la tenía fuertemente apretada contra el pecho. Y así continuó hasta el fin de su discurso, descosido pero ardiente.

—¡Mientes Andrei, no me salen idioteces ahora! He bebido porque ese artículo de Stalin me ha atravesado de parte a parte como una bala. He sentido dentro de mí una oleada de sangre...

Su voz se estremeció, se hizo más baja:

—Yo soy aquí el secretario de la célula. ¿No es eso? Yo he insistido a todo el mundo y a vosotros también, ¡demonios! para traer al koljós las gallinas y las ocas, ¿no es eso? ¿Cómo he hecho yo propaganda? Pues así, a algunos de nuestros bribones, aunque inscriptos en la categoría de medios, les decía claramente: "¿No entras en el koljós? ¿Estás entonces contra el Poder soviético? En 1919, nos has hecho la guerra, nos has resistido, ¿y ahora vuelves a ponerte otra vez en contra de nosotros? Bueno, pues no esperes que tenga compasión de ti. ¡Voy a arrancarte las tripas, canalla, sinvergüenza!" ¿No es así como hablaba yo? Sí. Y hasta golpeaba con el revólver la mesa. No lo niego... Sí, pero no usaba ese tono con todo el mundo... Era solamente con aquellos que estaban contra nosotros con toda el alma. Y ahora no estoy borracho, fuera bromas, ¿eh?... ¡Ah, ese artículo me llega al corazón! Y a causa de él he bebido más de la cuenta, por primera vez desde hace seis meses... ¿Qué

es ese artículo ? El camarada Stalin lo ha escrito, y yo, Makar Nagulnov, caigo con la cara contra el barro, hecho polvo, destrozado... Camaradas, estoy dispuesto a reconocer que me he inclinado a la izquierda con respecto a eso de las gallinas y al ganado menor... Pero, vamos a ver, ¿por qué he hecho yo eso?... ¿Y por qué me colgáis continuamente al cuello el mote de trotskista? ¿Por qué me ponéis a la par con él? Tú, Davídov, me estás siempre acusando de ser un trotskista de la izquierda. Pero yo no soy tan letrado como Trotsky... No me he adherido al Partido como un cuco atiborrado de ciencia... Yo me he adherido con todo mi corazón y con toda la sangre que he vertido por él.

—Al grano, al grano, Nagulnov. ¿Por qué armas todos esos líos en unos momentos tan valiosos? El tiempo apremia, venga, haz proposiciones de cómo corregir nuestras faltas comunes. No tienes necesidad de machacar como Trotsky: "Yo estoy en el Partido, yo y el Partido..."

—¡Déjame hablar! —aulló Nagulnov, enrojeciendo y apretando aún más fuerte la mano derecha contra el pecho.

—Yo no quiero nada con ese Trotsky... Sí, tengo vergüenza de que me echéis en el mismo saco con él. Yo no soy un traidor y os lo prevengo: al que me llame trotskista le rompo la cara. Lo hago papilla, tan verdad como que me llamo Nagulnov. Si me he inclinado demasiado a la izquierda en la cuestión de las gallinas, Trotsky no tiene nada que ver con eso. Es que me daba prisa, para llegar más pronto a la revolución mundial. Y quería acelerar las cosas, apretarles los tornillos a los propietarios, a los pequeños burgueses. Siempre es un paso más, me decía yo, hacia la derrota del capitalismo mundial... ¿Por qué no decís nada? Y ahora, qué soy, según el artículo del camarada Stalin?... Leed lo que está impreso en la misma mitad de ese artículo...

Nagulnov sacó del bolsillo de su pelliza al Pravda. Desplegó el periódico y leyó lentamente:

"¿A quién pueden favorecer esas deformaciones, esas imposiciones burocráticas por decreto del movimiento koljosiano, esas amenazas indignas contra los campesinos? A nadie más que a nuestros enemigos.

¿A qué pueden conducir esas deformaciones? A fortalecer a nuestros enemigos y a desacreditar la idea del movimiento koljosiano.

¿No es evidente que los autores de esas deformaciones que se creen unos "izquierdistas", lo que hacen, en realidad, es llevar agua a los molinos del oportunismo derechista?" Lo cual quiere decir que yo soy un funcionario que hace decretos... Yo he comprometido a los miembros del koljós, yo he llevado agua a los oportunistas de la derecha y he hecho andar su molino. ¡Todo eso por unos cuantos corderos y unas cuantas gallinas ¡malditas sean!... Y también porque les he zurrado la badana a unos cuantos antiguos guardias blancos que entraban de mala gana en el koljós... ¡Falso, falso! Hemos trabajado y trabajado para crear el koljós y ahora el artículo ese toca a retirada. Yo he mandado un escuadrón contra los polacos, contra Wrangel. Y sé muy bien que una vez lanzado al ataque, no se vuelve uno atrás... —Te has adelantado a tu escuadrón unos cien pasos —dijo Andrei con aire sombrío.

Desde hacía algún tiempo apoyaba resueltamente a Davidov.

—Bueno, Nagulnov, acaba ya por favor, porque tenemos que hablar seriamente. Cuando te elijan secretario del C. C, entonces podrás atacar todo lo que quieras. Pero ahora combates en las filas y tienes que observar el orden en las filas. Si no, te llamaremos al orden.

—No me interrumpas Andrei, me someto a cualquier orden del Partido... Si quiero hablar, no es por oponerme al Partido no, sino porque quiero su bien, eso es. El camarada Stalin ha dicho que es preciso tener en cuenta la situación local, ¿no? Entonces ¿por qué dices Davidov que el artículo va contra mí de plomo? ¿Acaso dice claramente que Nagulnov es un autor y funcionario? Es muy posible que tales palabras no tengan nada que ver conmigo. ¡Ah, si el camarada Stalin viniese a Gremiachi, yo le diría cara a cara y francamente! Nuestro querido Iosif Vissarionich, ¿tú opinas que no se debe cantar la cartilla a los campesinos medios? ¿Te dan lástima y quieres que les hablemos amablemente? ¿Y si ese campesino ha sido antes un cosaco blanco? ¿Y si ahora sigue tan apegado como antes a su

propiedad? ¿Qué hacer entonces? ¿En qué sitio tengo que lamerle para que entre al koljós y se acerque pacientemente a la revolución mundial? Porque ese campesino ni aun dentro del koljós puede renunciar a la propiedad. Por el contrario, se apega a ella y la prueba es que trata siempre de que sus bestias estén mejor alimentadas que las demás. Así es. Y si el camarada Stalin, después de ver a toda esa gente, insistiera todavía en decir que yo he cometido desviaciones y que he desacreditado a los koljosianos, entonces le iría sin rodeos: "Camarada Stalin, que el diablo los acredite, porque yo no tengo ya fuerzas, a causa de mi salud, que he perdido luchando en diversos frentes. Mándame a la frontera china, que allí yo sabré hacerme útil. Respecto a Gremiachi, que se encargue de colectivizarlo Andrei Razmetnov. Ese tiene el espinazo menos duro... No le cuesta trabajo distribuir saludos, hasta derramar una lágrima... ¡Eso también sabe hacerlo!"

—¡Eh, no te metas conmigo! Que yo también puedo...

—¡Bueno, basta! ¡Basta por hoy!

Davídov se levantó, se plantó frente a Nagulnov y con una frialdad inusitada le dijo:

—La carta de Stalin, camarada Nagulnov, es la línea del C. C. Y tú, ¿qué? ¿No te parece bien esa carta?

—No.

—Y tus errores, ¿los reconoces? Yo por ejemplo, reconozco los míos. No es posible batirse contra los hechos... No se puede saltar por encima de algunas cosas. No solamente reconozco que hemos forzado la nota socializando el ganado menudo, sino que estoy dispuesto a corregir mis errores. Nos hemos entusiasmado excesivamente con el porcentaje de la colectivización... Aunque en eso también tiene su parte de culpa el Comité de radio... Y hemos trabajado muy poco para reforzar prácticamente el koljós. ¿Reconoces todo eso, camarada Nagulnov?

—Sí.

—¿Entonces?

—El artículo no es justo...

Durante más de un minuto Davídov se entretuvo en alisar el hule constelado de manchas que cubría la mesa. Cerró sin

Saber porqué, la mecha de la lámpara, que ardía moderadamente. Trataba indudablemente de dominar su emoción, pero no pudo.

—¡Cabeza de tarugo! ¡Pedazo de animal!... Por esas palabras, dichas en otra parte, te echarían del Partido, es evidente. ¿Te has vuelto idiota o qué? Una de dos; o bien dejas inmediatamente de... de hacer la oposición que haces... o bien te... Es evidente. ¡Ya te hemos oído demasiado!... Pero puesto que planteas la cuestión en serio, no hay más que hablar. Vamos a informar al Comité de radio de tu actitud respecto a la línea del Partido.

—Muy bien. Yo mismo informaré al Comité de radio. Responderé de una vez por Bannik y por todo lo demás...

Al oír la voz desesperada de Nagulnov, Davidov se dulcificó un poco. Pero se encogió de hombros con una furia aún latente.

—¿Quieres hacerme caso, Nagulnov? Vete a dormir la mona. Después volveremos a hablar del asunto... Porque estamos los dos como los del cuento de la buena pipa: "¿Quieres que te cuente el cuento de la buena pipa? —Sí.— Yo no te digo sí, digo que si quieres que te cuente el cuento de la buena pipa. Sí..." No se acaba nunca. Dices que reconoces tus errores y luego añades que el artículo no es justo. ¿Pero entonces, qué errores son los que reconoces si el artículo no es justo en tu opinión? No sabes ya lo que dices, eso es evidente. Y además ¿de cuándo acá los secretarios de células vienen a las reuniones en estado de embriaguez? ¿Qué significa eso, Nagulnov? Eso es cometer una falta contra el Partido. Tú, un viejo comunista, un guerrillero rojo, condecorado con la orden de la Bandera Roja, y semejante conducta... Mira a Naidenov, miembro de las Juventudes ¿qué va a pensar de ti? Si la Comisión de control se entera que te has dado a la bebida y en un momento tan responsable además, y que no solamente aterrorizas con las armas en la mano a los campesinos medios, sino que tu actitud respecto a tus desviaciones no tiene nada de bolchevique y que hasta te manifiestas contra la línea del Partido, lo vas a pasar mal. No sólo no serás secretario de la célula, sino tampoco miembro del Partido... La cosa es seria.

Davídov se revolvió el cabello, hizo una pausa. Comprendía que acababa de herir a Nagulnov en lo más vivo.

—No tienes necesidad de abrir una discusión sobre el artículo. El Partido no lo vas a llevar por tu camino. Con otros más testarudos que tú ha tropezado y al fin han tenido que someterse... ¿Cómo no lo comprendes?

—¡Déjalo ya!... Nos ha dado la lata una hora para no decir nada. ¡Qué se vaya a dormir! ¡Vete Makar! ¡Mírate en el espejo!... ¡Te vas a dar miedo! Tienes la cara hinchada y unos ojos de perro rabioso... ¡Más valdría que no te exhibieses en ese estado! Vete ya.

Andrei saltó de su silla, sacudió rudamente a Nagulnov por los hombros. Pero el otro, con un movimiento indolente y sin vida, le apartó la mano y se curvó más aún.

Se hizo un silencio penoso. Davídov, golpeaba la mesa con las puntas de los dedos.

Naídenov, que había estado mirando a Nagulnov con una sonrisa de estupor, propuso:

—Camarada Davídov, acabemos.

Davídov se animó.

—Pues bien, camaradas, yo propongo lo siguiente: se devolverán a los miembros del koljós las vacas y el ganado menor ... A los que han entregado dos vacas, hay que trabajarlos para que dejen una para el rebaño colectivo. Mañana por la mañana se convocará una reunión para explicar la cosa. Lo más necesario en este momento es explicar, hacer comprender. Temo mucho que la gente empiece a marcharse del koljós, precisamente ahora que hay que salir para los campos de un momento a otro... Vamos, Nagulnov, ésta es la ocasión de mostrar tu temple... Haz comprender a unos y a otros, pero sin recurrir a tu revólver, que no deben abandonar el koljós. ¡Eso es lo que hay que hacer, no cabe duda! Entonces, qué ¿se vota mi proposición? ¿Quién está a favor? ¿Te abstienes, Nagulnov? Bueno, se consignará: "una abstención" .

Andrei propuso que se procediera desde el día siguiente a la destrucción de los ratones campestres. Quedó decidido que se movilizaría a este efecto una parte de los koljosianos, aquellos que no estuviesen ocupados en las labores. Se

pondrían a su disposición algunas parejas de bueyes para el transporte del agua. Además se pediría al maestro de escuela Shpinis que llevara a sus alumnos para ayudar a la caza de los roedores.

Davíдов, durante todo el tiempo, vacilaba. Se preguntaba si había que apretarle los tornillos a Nagulnov, aplicarle la disciplina del Partido por su intervención contra el artículo de Stalin, por su negativa a liquidar las consecuencias de los errores izquierdistas cometidos en la creación del koljós. Pero al final de la reunión, al contemplar a Nagulnov, todo sudoroso, con la cara cubierta por una palidez mortal y las venas de las sienes hinchadas, se dijo: "No, más vale que no... El mismo acabará por comprender. Que se dé cuenta sin hacerle presión. Es un enredado todo, pero es de los nuestros. ¡Y tanto! Y, además, esa enfermedad, esos ataques... No, hay que tapar esto sea como sea".

Nagulnov permaneció hasta el fin de la reunión, sin decir nada, sin delatar su emoción. Solamente una vez vio Davíдов un estremecimiento fuerte como una ola accidentada correr a lo largo de sus manos, que yacían inertes sobre sus rodillas

—Llévate a Nagulnov esta noche —murmuró al oído de Andrei— y ten cuidado de que no beba nada.

El otro asintió con la cabeza.

Davíдов volvía solo a su casa. Cerca de la casa de Chebakov, había unos cosacos sentados sobre una valla volcada. Se oían voces animadas. Davíдов iba por el lado opuesto de la calle. Al pasar frente al grupo de cosacos, oyó, en la sombra una voz de bajo desconocida que decía con tono sonriente y seguro:

—Por más que se les dé, por más que se les pague, siempre les parece poco.

—Ahora le han salido dos alas al Poder soviético —decía otra voz—, el ala derecha y el ala izquierda. A ver si se alza y emprende pronto el vuelo a la mismísima...

Estalló una risotada, una risotada de múltiple sonoridad, pero se cortó bruscamente, siendo sucedida por un inquieto murmullo:

—Chsss... ¡Davíдов!

Inmediatamente la primera voz, esta vez sin el menor regocijo, afectando un tono serio, dijo recalcando y alargando las palabras:

—¡Claro!... Si no hubiera lluvias, acabaríamos pronto con la siembra... La tierra se seca en nada de tiempo... Bueno amigos, ya es hora de acostarse, ¿no?... Hasta la vista.

Una tos. Pasos que se alejan...

XXIX

Al día siguiente, se presentaron 23 declaraciones de salida del koljós. La mayor parte eran campesinos medios, de los últimos que habían entrado, los cuales, en las reuniones, solían guardar silencio, estaban siempre dispuestos a disputar con los jefes de brigada y salían de mala gana al trabajo.

A ellos se refería Nagulnov cuando decía: "¿Koljosianos esos? ¡Vamos, hombre! Esos no son ni carne ni pescado". Partían aquellos que en el fondo, sólo eran un peso muerto para las brigadas, aquellos que se habían hecho del koljós por miedo a ser mal vistos de las autoridades, o simplemente por haberse dejado arrastrar por la poderosa marea general, por la atracción hacia el koljós, que había comenzado el mes de enero.

Davídov, al recibir sus declaraciones, intentó hacerles entrar en razón, les aconsejó reflexionar, esperar un poco, pero ellos se obstinaban en lo suyo. Al fin y a la postre Davídov renunció a convencerlos.

—¡Muy bien, id ciudadanos, pero acordaos de esto!: cuando pidáis que os dejen entrar en el koljós otra vez, lo pensaremos mucho antes de aceptaros.

—No es muy seguro que solicitemos entrar de nuevo. Confiamos pasarnos sin vuestro koljós... Porque sin él, ¿sabes, Davídov? no se vivía antes tan mal... No se moría uno de hambre... Era uno dueño de su propiedad y no había extraños que vinieran a decirnos lo que teníamos que hacer respecto a la labranza y a la siembra... No había quien nos manejara. Pues, bueno, de la misma manera pensamos ahora arreglarnos sin el koljós— respondió por todos un koljosiano recién salido, Iván Batalschikov, sonriendo entre sus retorcidos bigotes castaños.

—Nosotros también nos las arreglaremos sin vosotros. No vamos a llorar ni lamentarnos, eso es evidente. ¡Buen estorbo nos quitamos de encima! —dijo Davídov con sequedad.

—Realmente, lo mejor es separarse en buena amistad, ¿verdad? Se dicen las cosas francamente como son y cada cual sigue su camino... ¿Nos permitiréis recoger nuestros animales en las brigadas?

—¡No! Primero se planteará la cuestión en la Dirección. Esperar hasta mañana.

—No tenemos tiempo. Vosotros sembraréis después de la Trinidad... Nosotros tenemos que irnos ya al campo. En fin, esperaremos hasta mañana... Pero si mañana no nos devolvéis los animales, los cogemos nosotros mismos.

En la voz de Batalschikov había una amenaza directa y Davídov enrojeció ligeramente de cólera cuando le respondió:

—Me gustaría a mí saber quién es capaz de coger nada en el establo del koljós sin permiso de la Dirección... En primer lugar, no te dejarán... Y, en segundo lugar, si consigues cogerlos tendrás que responder ante el tribunal.

—¡Cómo! ¿Por el ganado que es mío?

—Por ahora es del koljós.

Davídov se separó de estos ex-koljosianos sin pena ninguna. Pero lo que le sorprendió desagradablemente, fue que también Demid se diese de baja. Este llegó al atardecer, borracho como una cuba y hablando tan poco como siempre. Sin saludar, tiró sobre la mesa un pedazo de periódico con estas palabras garrapateadas a través del texto impreso: Dadme de baja del koljós.

Davídov cogió la lacónica declaración de Demid y empezó a darle vueltas entre los dedos. Sorprendido y descontento, preguntó:

—¿Qué es lo que te pasa, eh?

—Me voy —tronó Demid.

—¿A dónde? ¿Por qué?

—Me marchó del koljós.

—¿Pero por qué te marchas? ¿Dónde vas a ir?

Demid, después de una pausa, hizo un amplio gesto con el brazo, Andrei tradujo este gesto.

—¿Quieres marcharte a correr mundo?

—Eso es.

—Bueno. Pero vamos a ver, ¿tú por qué te vas? —preguntó Davídov sorprendido por la marcha de este campesino pobre, activista silencioso.

—Los otros se van... pues yo también...

—Y si los otros se tiran de cabeza al barranco, ¿tú harás otro tanto? —le preguntó Andrei sonriendo apaciblemente.

—¡No hermano, eso no!

Demid se echó a reír estruendosamente. Sus carcajadas podrían confundirse con el estrépito de un tonel vacío.

—En fin, si así lo quieres —dijo Davídov suspirando— puedes recoger tu vaca. A ti, que eres pobre, te la devolveremos sin discutir. ¿Verdad, Andrei?

—Sí, hay que devolvérsela —corroboró Andrei.

Pero Demid se echó de nuevo a reír, con unas carcajadas atronadoras y espetó:

—¡Mi vaca no la necesito para nada! Yo se la regalo al koljós. Es que... voy a convertirme en yerno... ¿Os quedáis asombrados, eh?

Y se marchó sin despedirse.

Davídov miró por la ventana: Demid se había quedado inmóvil en los escalones de la puerta. La luz rojiza del sol poniente iluminaba de lleno sus espaldas de oso, su robusta nuca, inundada de bucles dorados, rizados como los de un cordero.

Un charco enorme, producido por el agua del deshielo, se extendía desde los escalones hasta el granero, inundaba el patio del koljós. Desde los peldaños, bordeando el cercado, partía un caminito formado por las pisadas en la nieve blanda, en el barro. Para evitar al charco, la gente se pegaba, por lo general, a la empalizada, agarrándose con las manos a las estacas de esta última.

Demid seguía allí, abismado en profundos pensamientos, después se tambaleó y con una indiferencia de borracho, se metió directamente en el agua, dirigiéndose al granero, balanceándose con lentitud e inseguridad.

Davídov, que continuaba observándolo con interés, vio que Demid, cogiendo un pico apoyado en el muro, se aproximaba a la puerta cochera.

—Supongo que este demonio no irá a demolernos algo— dijo Andrei que se había aproximado también a la ventana. Y soltó una carcajada. Siempre había sentido simpatía por Demid, hasta cierto afecto, sintiendo por su fuerza física un respeto invencible.

Demid entreabrió la puerta y descargó su pico con tal violencia contra el montón de nieve helada que arrancó un enorme bloque de hielo de 50 kilos. Contra la puerta cayó una granizada de pequeños fragmentos de hielo. Bien pronto, por el canal abierto a golpes del pico, el agua estancada en el patio empezó a deslizarse sin ruido.

—Este volverá al koljós —dijo Andrei, agarrando a Davídov del hombro para mostrarle a Demid.

—Ha visto algo que no estaba bien, lo ha arreglado y después se ha largado. Esto significa que en su interior está con nosotros. ¿Es verdad o no lo que digo?

Después de que los periódicos donde venía el artículo de Stalin, llegaron al radio, el Comité de radio envió a la célula de Gremiachi unas largas instrucciones, donde de un modo poco claro e ininteligible se hablaba sobre la liquidación de las consecuencias del extremismo. Era evidente, a juzgar por todo, que la más completa desorientación reinaba en el radio.

Ninguno de los dirigentes del radio aparecía por el koljós. A las preguntas dirigidas por los subalternos para saber lo que debía hacerse con los bienes de los que se habían dado de baja, ni el Comité de radio ni la Unión Agrícola respondían. Y sólo cuando llegó la decisión del C.C. "sobre la lucha contra las deformaciones de la línea del Partido en el movimiento koljosiano", empezó el Comité de radio a agitarse. Gremiachi-Log quedó enterrado bajo una avalancha de disposiciones reclamando con toda urgencia el envío de la lista de los expropiados la restitución a los koljosianos del ganado menor y de las aves colectivizadas, la revisión de las listas de los ciudadanos privados del derecho de votar. Al mismo tiempo se convocaba oficialmente a Nagulnov para que se presentara en la reunión de la junta del Comité de la Comisión de control de radio, el 23 de marzo, a las diez de la mañana.

XXX

En el espacio de una semana, unas cien economías aproximadamente habían abandonado el koljós de Gremiachi-Log. El éxodo mayor tubo lugar en la segunda brigada, donde no quedaron más que 29 economías, y, además, en este número había algunos que estaban "en instancia de huida", como decía el jefe de brigada Liubishkin.

Estos acontecimientos trastornaban al pueblo, cada día traía a Dávídov nuevos disgustos. A su nueva demanda, para saber si era preciso restituir a los que salían, sus bestias de trabajo y sus aperos de labranza, inmediatamente o después de la siembra, la Unión Agrícola y el Comité de radio respondieron con una orden fulminante, cuyo sentido se reducía a esto: los de Gremichi debían multiplicar sus esfuerzos y los medios para conjurar el desmoronamiento del koljós, hacer cambiar de opinión al mayor número posible de koljosianos que se disponían a desertar. Todos los arreglos de cuentas con los que salían, incluso la restitución de sus bienes debía aplazarse hasta el otoño.

Algún tiempo después llegó a Gremiachi, Bieglj, jefe de la dirección agrícola y miembro del Comité de radio. Se informó a la ligera de la situación (tenía que visitar aún ese mismo día otros varios Soviets rurales) y declaró:

—Por ahora no hay que devolver ni el ganado ni las herramientas, esperar hasta el otoño. Entonces ya veremos.

—Sí, pero... es que la gente nos aprieta el gaznate — trató de objetar Dávídov.

Bieglj, hombre decidido y firme, no hizo más que sonreír.

—Haz lo mismo por tu parte. En el fondo, es evidente que se debía restituir, pero la orientación del Comité de distrito es ésta: no restituir más que en caso excepcional, ateniéndose al principio de clase.

—¿Es decir?

—Debes comprender sin ningún "es decir". Restituir a los pobres... respecto a los campesinos medios, prometerles la restitución para el otoño, ¿comprendes?

—Pero, dime Bieglj, ¿no va a resultar lo mismo que con la cuestión del cien por ciento de colectivización"? La orientación del Comité de radio esta ésta: "Hay que llegar al 100 % de la colectivización, cueste lo que cueste y lo antes posible. Y de esto resultó el vértigo... No devolver el ganado al campesino medio es de hecho apretar los tornillos, ¿no? ¿Cómo va a labrar, a sembrar?

—No te preocupes por esto. Tú debes pensar en tu koljós y no en los individuales. ¿Con qué vas a trabajar tú si devuelves el ganado? y, además, no viene de nosotros esta orientación. Es la del Comité de distrito... Y nosotros, soldados de la revolución, debemos obedecer sin reservas. ¿Cómo quieres ejecutar el plan si la mitad de tu ganado se lo devuelves a los individuales? Nada de discursos, nada de discusiones. Sujeta el ganado con los dientes, con las manos. Si no ejecutas el plan de siempre te arrancaremos la cabeza.

Al subir al carricoche, dijo entre otras cosas:

—¡ Es duro, muy duro!... Va a ser necesario purgar las desviaciones, sacrificar a alguien... No puede hacerse de otra manera. Nuestra gente del radio esta terriblemente enfadada con Nagulnov. ¿Qué es lo que ha tramado ese aquí? Parece que ha agredido a un campesino medio, que ha arrestado a varias personas, que ha amenazado con su revólver. Samojin me lo ha contado. Tiene todo un expediente contra él. Sí, Nagulnov se ha destacado como izquierdista de gran empuje. Ya conoces la línea de ahora. Dar de firme, y llegando si es necesario, a la expulsión de las filas del Partido. ¡Bueno, hasta la vista! Cuida, cuida el ganado.

Bieglj se dirigió hacia Voiskovoi. No había el viento secado las huellas de las ruedas de su coche cuando Dubtsov, el jefe de la tercera brigada acudió todo emocionado.

—Camarada Davídov, me han quitado los bueyes y los caballos, esos que han salido del koljós. Me los han cogido a la fuerza.

—¿Cómo es eso, que los han cogido? —gritó Davidov enrojando.

—Muy sencillo, han encerrado al boyero en el henil, han desatado los bueyes y se los han llevado a la estepa. Dieciocho parejas de bueyes y siete caballos. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Y tú?... ¿Qué hacías papando moscas? ¿Dónde estabas? ¿por qué lo has permitido? ¿Dónde estabas, bribón, eh?

El rostro picado de viruelas de Dubtsov se cubrió de placas blancas. También él levantó la voz:

—Yo no estoy obligado a dormir en la cuadra o en el establo de los bueyes. No tienes que gritarme. Y si tan valiente eres, trata de recuperar a los bueyes, a ver si lo consigues. Cuando te hayan roto unas estacas en la rabadilla, ya me contarás.

No fue posible hasta la noche echar mano a los bueyes, que sus amos habían enviado a la estepa muy bien custodiados. Liubishkin Dubtsov y con ellos otros seis koljosianos de la tercera brigada habían montado a caballo y partido al galope a la estepa. Cuando Liubishkin vio a los bueyes que pastaban en la vertiente opuesta de la barranca, dividió en dos su pequeña tropa:

—Dubtsov, coge tres hombres y lárgate a galope tendido por la barranca. Empujarás a los bueyes por el flanco derecho, yo los cogeré por la izquierda.

Liubishkin se alisó los bigotes, negros como ala de cuervo y ordenó:

—¡Aflojar las riendas! ¡Adelante! ¡Al trote!

La cuestión no terminó sin lucha. El primo hermano de Liubishkin, Sajar Liubishkin, que guardaba los bueyes en compañía de otros tres koljosianos, se ingenió para agarrar de una pierna a Ignatenok cuando iba al galope. Le arrancó de su montura y en menos de nada lo derribó brutalmente, le hizo varios cardenales y le desgarró por completo la camisa. Y mientras Pavel Liubishkin, sin echar pie a tierra, daba latigazos a su primo, los otros rechazaron a los pastores, se apoderaron de los bueyes y los condujeron al trote hacia la aldea. Davidov hizo poner candados en la boyera y en la cuadra y ordenó que estuvieran vigiladas por un piquete de koljosianos.

Pero a pesar de todas las medidas tomadas, los disidentes lograron, en el espacio de dos días, llevarse hacia las "Barrancas lejanas" catorce bueyes y tres caballos y para que no se notase la ausencia de los adultos, se recomendó a unos adolescentes la tarea de pastorear el ganado.

De la mañana a la noche, la gente se agolpaba en la dirección del koljós y en el Soviet. Se iba manifestando ya, con toda su gravedad, la amenaza de ver las tierras colectivizadas invadidas por los que salían del koljós.

Estos últimos asediaban a Davíдов.

—Darnos tierra inmediatamente... Si no, cogemos otra vez nuestras parcelas.

—Se os dará tierra, no os inquietéis ciudadanos. Mañana mismo se harán las reparticiones. Entendeos con Ostrovnov, él es el encargado de ese asunto. ¡Vamos, puesto que yo os lo digo! —repetía Davíдов para tranquilizarlos.

—¿Y dónde nos la vais a dar? ¿Y cómo es esa tierra?

—Os daremos la que esté disponible...

—Será por allá abajo, al final de los terrenos del pueblo, ¿eh?

—¡No te hagas el tonto, camarada Davíдов! Todas las tierras cercanas han pasado al koljós, de modo que a nosotros nos darán tierras que están muy lejos, ¿verdad? No nos devolvéis nuestros animales de tiro, conque tendremos que sembrar nosotros mismos o con las vacas y de propina las tierras estarán el diablo sabe dónde... ¿Esta es la justicia del Poder?

Davíдов les razonaba, les explicaba que él no podía distribuir la tierra a gusto de cada cual, porque para eso, hubiera sido necesario fraccionar la superficie colectivizada, cortarla en fajas y desorganizar el arreglo que se había hecho en el otoño.

Los ex-koljosianos después de meter mucho jaleo, se marchaban. Minutos más tarde aparecía otro grupo gritando desde el umbral:

—¡Darnos tierra!... ¿Qué significa esto? ¿Con qué derecho os quedáis con nuestra tierra? ¿No nos dejáis ni sembrar? Y el camarada Stalin, ¿qué ha escrito a propósito de nosotros? Nosotros también podemos escribirle... No sólo no nos devuelven nuestros animales, sino que nos privan de nues-

tra tierra, de todos nuestros derechos y bienes. ¡Tampoco por eso os va a alabar!

—Ostrovnov, mañana mismo, vas a distribuirles las tierras que hay detrás del Estanque de los Cangrejos.

—¿Tierras sin roturar? —gritaban los ex-koljosianos.

—No, son barbechos. Están cultivadas, claro que ya hace ya mucho tiempo, unos quince años —explicaba Ostrovnov.

E inmediatamente se levantaba un tumulto de gritos delirantes :

—¡No queremos tierra dura!

—¿ Con qué vamos a labrarla ?

—¡Tierra blanda es lo que necesitamos!

—Devolvernos nuestros animales. Trabajaremos la tierra dura.

—Enviaremos emisarios a Moscú, a ver a Stalin.

—¡Queréis quitarnos la vida!

Las mujeres estaban fuera de sí. Los cosacos las apoyaban unánimamente. Costaba un gran esfuerzo apaciguar el tumulto.

En algunos sitios, los campesinos individuales habían empezado ya a trabajar las tierras que en otro tiempo les habían pertenecido y que habían pasado después al koljós. Liubishkin los echó del campo. Mientras tanto Ostrovnov se marchó armado con un metro doble de madera, más allá del Estanque de los Cangrejos y en dos días se concedieron parcelas de tierra a los individuales.

La brigada de Ushakov partió el 25 para roturar las tierras grises. Davídov escogió a los koljosianos más trabajadores y los puso a disposición de los delegados agrícolas. Repartió las fuerzas colectivizadas.

La mayoría de los viejos entraron por su gusto en las brigadas para trabajar en calidad de sembradores y de rastreadores. Se decidió que no se sembraría a mano. Hasta el antiguo "Palpagallinas", el viejísimo Besjlebnov, manifestó deseo de que le empleasen como sembrador.

Davídov nombró a Chukar palafrenero de la dirección del koljós. Todo estaba dispuesto. Pero las siembras se retrasaron a causa de las lluvias torrenciales que, durante cuarenta y ocho horas, cayeron sobre las colinas de Gremiaehi, sobre los campos arados en otoño, cubiertos

por la mañana de un velo de vapor blanquecino.

El éxodo del koljós había terminad. Quedaba un núcleo seguro, sólido.

Marina Poyarkova, la querida de Andrei Bazmetnov, fue la última en dejar el koljós de Gremiachi-Log. Su vida en común no marchaba bien.

Marina había vuelto sus ojos hacia Dios, se había convertido en una bestia. Durante toda la cuaresma había comido de vigilia. La tercera semana fue a rezar todos los días a la iglesia de Tubiansk, se confesó, tomó la comunión. Sumisa y silenciosa, escuchaba los reproches de Andrei, no respondía a sus broncas y permanecía callada la mayor parte del tiempo, no queriendo "profanar la comunión".

Una vez que volvió muy tarde por la noche, Andrei vio la lamparilla encendida ante los iconos. Sin perder tiempo en reflexiones, la descolgó, vació el aceite en las palmas de sus manos y se engrasó cuidadosamente sus reseca botas. Después hizo añicos la lamparilla.

—¡Por vida de...! Con las veces que se les ha dicho a estos imbéciles, que todo esto es opio, tonterías que les meten en la cabeza... Pues nada, como si no, continúan rezando ante unos pedazos de madera, quemando aceite, gastando cera en tonto... ¡Ah, Marina, lástima de latigazos!... No por nada te has refugiado tú en la iglesia...

En efecto, no era por nada: el día 26, Marina se dio de baja en el koljós, con el pretexto de que quedarse allí era "ir contra Dios".

—¿Y, acostarse con Andrei en la misma cama, no es ir contra Dios?... ¿O es que ese pecado no se cuenta? —le preguntó Liubishkin sonriendo.

Esta vez, Marina no le respondió nada. Al parecer, no sospechaba ni remotamente que, minutos más tarde, su humildad iba a deshacerse en humo y que ella misma iba a profanar con sus propios labios la "santa comunión"...

Andrei, pálido y furioso, volvió corriendo del Soviet. Mientras se secaba con la manga el sudor de la frente, le suplicó delante de Davídov y de Ostrovnov.

—Marina, querida mía, no me pierdas, no hagas que tenga que avergonzarme. ¿Por qué te marchas del koljós" Con lo que yo te he querido y te he mimado... Te hemos devuelto la vaca. ¿Qué más quieres? ¿Y cómo voy a poder yo, después de este golpe, hacer vida contigo si tiendes a la vida individual? Tú sabes, tus gallinas, te las han devuelto y el gallo desplumado también... Y tu ganso holandés que te había hecho verter tantas lágrimas, ahí lo tienes otra vez instalado en tu corral... ¿Qué más necesitas aún? Retira tu declaración, te digo.

—No, no y no —gritaba Marina entornando con ira sus ojos oblicuos—. ¡No quiero, inútil insistir!... No quiero ser del koljós. No quiero hundirme con vosotros en el pecado. De-volvedme mi carro, mi arado y mi rastrillo.

—¡Vamos, Marina, vuelve en ti! Mira que te dejo.

—¡Bueno, vete al diablo!... ¡Arrastrado, mujeriego! ¿Ya estás parpadeando so bribón? ¿Ya has desorbitado tus ojos de loco? ¿Quién estaba de palique anoche con Malashka Ignatenko? ¿No eras tú, eh? Anda, so guarro, hijo de tal, déjame. Ya hace tiempo que tienes ganas, ya lo sé. Me las arreglaré sin ti.

—Marina, cariño mío, ¿de dónde sacas todo eso? ¿Con qué Malashka? Nunca en mi vida he hablado con ella. ¡Y, además, qué tiene que ver todo esto con el koljós!

Andrei se cogió la cabeza entre las manos y se calló. Indudablemente se le habían acabado los argumentos...

Liubishkin, indignado, metió baza:

—¡No te humilles ante ella, es una víbora! ¡Mira que estar bailándole el agua a esta imbécil! ¿No eres tú un guerrillero rojo? Dale un par de tortas y verás cómo se ablanda.

Marina, con las mejillas encendidas, dio un brinco como si la hubieran picado y avanzando hacia Liubishkin, el pecho erguido, los hombros ondulantes, se arremangó la blusa, como un hombre que se prepara a la pelea.

—Y tú, sapo, ¿por qué te metes en lo que no te importa?... Espera un poco, aborto de gitano, bocera, cochino... te voy a estropear el físico, y ¡de qué manera!... ¡Si te creerás que me das miedo porque eres jefe de brigada! ¡Ca, hombre!

¡Ya me las he visto con galanes como tú y en un dos por tres los he zarandeado de lo lindo!

—¡El que te va a zarandear soy yo! ¡Ah, ya te habría hecho yo perder tus mantecas! —rezongaba con su voz de bajo Liubishkin, retrocediendo hacia el rincón, dispuesto a cualquier eventualidad.

Se acordaba muy bien de cómo, una vez, en el molino de Tabiansk, Marina se había puesto a luchar con un cosaco del otro lado del Don, hombre fuerte en apariencia. Con gran satisfacción de los concurrentes, lo habían derribado y después lo habían aniquilado definitivamente con estas palabras mordaces: "Tú, infeliz, no tienes nada que hacer encima de una mujer. Con tus miserables fuerzas y tus maneras, no puedes estar más que debajo y sorbiéndote los mocos".

Y se había dirigido hacia la báscula, arreglándose el pelo y la pañoleta que se le había escurrido durante la batalla.

Liubishkin se acordaba del rojo subido que encendía las mejillas del cosaco derribado por Marina, mientras se ponía en pie todo manchado de harina y de estiércol.

Así que, escudándose con el codo, le advirtió:

—No me saltes encima, porque te rompo la crisma, ¡palabra! ¡Quítate de ahí!

—¿Y esto? ¿No lo has olido?

Marina se levantó altamente las faldas y las sacudió debajo de las mismas narices de Liubishkin. Se vio brillar el contorno mate de sus rodillas rosadas y el amarillo crema de su cuerpo potente y compacto.

Su furor había llegado al paroxismo. Liubishkin, aunque era hombre experto, cegado por la fuerza y la blancura del cuerpo de Marina, retrocedió, murmurando asombrado:

—¡Qué endiablada! ¡Vaya una sinvergüenza! ¡Esto no es una mujer, es un potro! ¿Quieres quitarte de ahí, condenada? Medio de lado, se fue escurriendo a lo largo de la pared, perseguido por Marina que se deshacía en alaridos y salió escupiéndolo y blasfemando.

Davíдов reía hasta ahogarse, la cabeza apoyada sobre su pupitre, los ojos medio cerrados. Andrei se había precipitado detrás de Liubishkin, cerrando la puerta con estrépido.

Solamente Ostrovnov intentó hacer entrar en razón a la furiosa mujer:

—¿Por qué vociferas? ¡Qué mujer sin vergüenza! ¿Es que es admisible que una mujer se levante la falda? Debías al menos avergonzarte un poco delante de mí, delante de un viejo...

Dirigiéndose hacia la puerta Marina le gritó:

—¡Anda! ¡Ya te conozco yo, viejo! El verano pasado, por la Trinidad, cuando transportábamos el heno, ¿qué me proponías? ¿Te has olvidado? ¡Tú eres igual que los otros! Y a mí no me engañas.

Atravesó el patio como un huracán. Ostrovnov, confuso, la siguió con la mirada. Tosió y sacudió la cabeza con aire de reprobación...

Media hora más tarde era testigo del hecho siguiente: Marina, se enganchó ella misma a su carro y sacaba sin esfuerzo su rastrillo y su arado del recinto de la primera brigada. Usha-kov, a quien la lluvia había hecho volver del campo, la seguía a distancia, con visible temor de acercarse a ella.

—¡Marina! ¡Escucha, ciudadana Poyarkova! ¿No oyes, Marina Terentievna? Tú sabes bien que no puedo devolverte el material, porque consta en el inventario y soy responsable.

—Sí que puedes.

—¡Pero comprende, cabeza de tarugo, que es material socializado! Tráelo otra vez, te lo suplico, no hagas tonterías. ¿Eres un ser humano o no lo eres? ¿Ahora te dedicas a robar? ¡Mira que van a juzgarte! Yo no puedo entregar nada sin una orden escrita de Davíдов.

—¡Sí, que puedes! —repetía lacónicamente Marina.

Los ojos de Ushakov bizqueaban desesperadamente. Apoyaba contra su pecho las manos en un gesto de súplica, mientras Marina, inexorable, con las mejillas echando fuego y toda cubierta de sudor, arrastraba el carro donde el rastrillo, golpeando el carro al cual iba atado, producía un quejumbroso tintineo...

Habría que quitarle el carro, para enseñarle a no ser deslenguada ... ¡Pero sí, cualquiera!... Basta acercarse a ella para que le deje a uno aplastado como una galleta", pensaba Ostrovnov. Y prudentemente, se desvió por una callejuela.

Al día siguiente Andrei sacaba de casa de Marina su fusil, su cartuchera, sus papeles. Sufría cruelmente por esta ruptura, se le quemaba la sangre y huía de la soledad. Para charlar, para distraerse, se fue a buscar a Nagulnov.

Caía la noche sobre Gremiachi-Log. La luna nueva, lavada por las lluvias, era una raja luminosa en el confín oeste del firmamento. La calma negra del mes de marzo, turbada por el murmullo intermitente de los arroyos que se derretían, envolvía la aldea. Andrei levantaba sus pies del barro con un ruido de bomba aspirante; caminaba despacio, entregado a sus pensamientos. En el aire húmedo se sentían ya las inquietantes emanaciones de la primavera: la tierra exhalaba un olor dulzón y amargo; las ezas despedían un ligero olor de podredumbre; los jardines se llenaban de un aroma a vino áspero y los retoños de hierba, perforando la tierra a lo largo de los cercados, esparcían una fuerte embriaguez de juventud.

Andrei aspiraba ávidamente los múltiples perfumes de la noche. Bajo sus pies, en los charcos de agua, veía romperse en un polvo de centellas las estrellas reflejadas en el agua. Pensando en Marina, sentía que los ojos se le llenaban de amarguísimas lágrimas de angustia y dolor.

XXXI

El viejo Chukar recibió con entusiasmo su nombramiento de cochero permanente de la Dirección del koljós. Al confiarle, los dos caballos que habían pertenecido a los kulaks y que habían sido dejados en la Dirección para los viajes de servicio, Ostrovnov dijo:

—Cuídalos como si fueran las niñas de tus ojos. Cuida de que no pierdan carnes, no los hagas correr demasiado para no cansarlos. Ese gris es un semental que perteneció a Borodín... Es de raza. El bayo es también un buen medio sangre del Don. Los viajes no serán muy numerosos. Pronto se los echaremos a las yeguas Tú respondes, conqué abre el ojo.

—¡Pero hombre, tú que crees! —respondió el viejo Chukar—. ¡Cómo si yo no supiese cuidar a los caballos! ¡Hay que ver la de ellos que he visto en mi vida. Menos pelos tienen algunos en la cabeza, que jamelgos me han pasado a mi entre las manos.

Realmente, en toda su vida, a Chukar sólo le habían "pasado por las manos" dos miserables caballos. Uno de ellos lo había cambiado por una vaca; en cuanto al otro, había ocurrido la historia siguiente:

Hacía unos veinte años, Chukar, volviendo completamente borracho de la aldea Voiskovoi, había comprado una yegua a unos gitanos por la suma de treinta rublos. Cuando la examinó, la yegua parecía redondita, de un gris ratón, con las orejas bajas y una nube en el ojos, pero muy vivaracha.

Chukar regateó con el gitano hasta mediodía. Se habían arreglado y desarreglado unas cuarenta veces, pero después volvían de nuevo a la carga.

—¡Esto no es una yegua, es oro fino! Galopa que da gusto... no tienes más que cerrar los ojos para no ver la tierra... es rápida como el pensamiento. ¡Un pájaro! —juraba y

perjuraba el gitano, salpicándole de saliva y tirando a Chukar, ya rendido, por el faldón de su chaqueta,

—No le queda apenas una muela, es tuerta, tiene los cascos resquebrajados, le cuelga el vientre... ¿Oro esto!... ¡Lágrimas amargas! —decía Chukar como despreciando al animal, para que el gitano le rebajase el último rublo que les impedía ponerse de acuerdo.

—Las muelas no te hacen falta para nada... así tragaré menos pienso... ¡Que me parta un rayo si no es una yegua joven! No es un caballo, es una criatura preciosa. Los dientes los ha perdido por una enfermedad accidental. Y esa nubecilla, ¿qué te molesta? Además no es una nube, es una concha. Y luego los cascos acabarán por arreglarse, por limpiarse ... Mi yegüecita es gris, no muy bonita que digamos, pero tú no la compras para acostarte con ella, sino para labrar el campo. En fin, mírala bien. ¿Por qué es ventruda? Porque es fuerte. Cuando corre, la tierra tiembla. Y cuando cae no se levanta en tres días... Bueno, abuelo, tú quieres, por treinta rublos, comprar un corcel trotador, ya lo veo. Pero a ese precio, no encontrarás uno vivo... Y muerto, te darán el esqueleto por nada...

Afortunadamente el gitano era una buena persona: después de haber discutido, rebajó el último rublo regateado y entregó de mano a mano la brida; hasta fingió gimotear un poco, enjugándose con la manga de su chaqueta larga de un azul fuerte, su frente bronceada.

Apenas pasó la brida a manos de Chukar, la yegua perdió su vivacidad. Le siguió al paso obedeciendo de mala gana, moviendo trabajosamente sus patas en forma de pinzas. Entonces el gitano rompió a reír, mostrando sus apretados dientes, blancos como la tiza.

—¡Eh, abuelo! ¡Eh, cosaco del Don! —gritó a espaldas de Chukar—. ¡Acuérdate de mi buen corazón! Ese jamelgo me ha servido cuarenta años, a ti te servirá otros tantos, pero no hay que darle de comer más de una vez por semana, porque si no se pondrá rabioso... El fue el que trajo a mi padre de Rumania, y mi padre se lo había comprado a los franceses que huyeron de Moscú. ¡Un animal semejante vale lo suyo!

Continuó gritando a espaldas de Chukar que arrastraba tras él su adquisición. Cerca de la tienda de campaña, correteando por entre las piernas del chacal, gritaban y aullaban unos gitanillos bulliciosos y negros como tizones. Las mujeres daban chillidos y reían a carcajadas.

Chukar marchaba sin dejarse distraer, pensando con aire bonachón: "Ya sé yo la bestia que he comprado. Si hubiera tenido dinero claro está que hubiera escogido otra, y el gitano es un guasón al que le gusta bromear como a mí... En fin, ya tengo caballo. El domingo, mi mujer y yo echaremos un trote-cito para ir al mercado de la stanitsa".

Pero todavía no había llegado Chukar a Tubiansk, cuando con el caballo se produjeron cosas sorprendentes... Al volverse por casualidad se quedó petrificado. Lo que arrastraba tras él no era ya la yegua redondita y gruesa que había comprado, sino un caballejo esquelético de flancos hundidos y descarnados. En media hora se había reducido a la mitad. Chukar hizo la señal de la cruz murmurando: "¡Dios Santo, Dios todopoderoso, Dios eterno"! Soltó las bridas y se quedó parado. La borrachera se le había pasado súbitamente. Dio una vuelta alrededor de la yegua e inmediatamente comprendió la razón de este enflaquecimiento increíble por lo repentino: por debajo de la cola estropajosa apartada a un lado con un impudor diabólico, se escapaban con largos silbidos, salpicaduras de excrementos líquidos y aire comprimido. "¡Hombre, quién lo diría!" —exclamó Chukar echándose las manos a la cabeza.

Después de lo cual, siguió tirando de la yegua con todas sus fuerzas. La erupción volcánica de sus entrañas continuó hasta la aldea de Tubiansk dejando en el camino huellas vergonzosas.

Es posible que Chukar hubiera llegado sin más tropiezos a Gremiaehi-Log si no hubiera soltado la brida, pero al llegar a la primera granja de Tubiansk donde vivía su compadre y donde conocía a una porción de cosacos, resolvió montar en el animal, para pasar por allí a caballo, aunque fuera al paso. Se le despertó de pronto un orgullo inaudito y su deseo de siempre de darse tono, de demostrar a la gente que él, Chukar, había salido de la miseria, puesto que iba montado en

un caballo, no muy bueno a la verdad, pero de su absoluta propiedad.

—"¡Tprrr—, maldita bestia! ¡No te gusta más que retozar!" —gritó ferozmente Chukar, mirando con el rabillo del ojo a un cosaco amigo suyo que salía de la casa ante la cual acababa de detenerse.

Al decir estas palabras tiró bruscamente de la brida y se irguió. El animal, que probablemente no había piafado ni retozado desde su lejana juventud, en lo que menos pensaba era en hacerlo. Se había parado con la cabeza baja y con las patas traseras dobladas.

"Pasaré a caballo por delante de la casa de mi compadre. ¡Qué me vea!" —pensó Chukar—, y dando un salto se encaramó sobre el animal, tendiéndose sobre su agudo lomo. Sucedió entonces una cosa que fue durante largo tiempo el tema favorito de las conversaciones en Tubiansk. Fue precisamente en este lugar donde Chukar experimentó una vergüenza tal que su recuerdo se conserva hasta nuestros días y pasará a la generación futura...

Estaba el pobre Chukar agarrado a la yegua, con los pies en el aire, atravesado sobre el espinazo y tratando de montarse a horcajadas, cuando el animal empezó a tambalearse, se oyó un ruido de tripas y tal como estaba, se desplomó sobre el camino, la cola hacia un lado.

Chukar, con los brazos extendidos describió una curva en el aire y fue a caer en la polvorienta yerba que bordeaba el camino. Despechado, se levantó vivamente y comprendió que el cosaco había sido testigo del percance, trató de arreglar la cosa. "¡No piensas más que en retozar, maldita bestia!" — gritaba dando patadas al caballo. Pero la yegua como si nada hubiera ocurrido, se levantó y se puso a mordisquear la yerba medio seca del camino.

El cosaco que observaba la escena era un bromista de tomo y lomo. Franqueó de un salto la valla y se acercó a Chukar.

—¡Buenas tardes, Chukar! ¿Qué, te has comprado un caballo?

—Sí, pero he tenido mala suerte, he topado con un animal de genio... ¡Diablo de yegua! Quiere uno montar y zas...

se tira al suelo. Será que todavía no la han montado... falta de costumbre.

El cosaco, entornando los ojos, dio dos veces la vuelta alrededor de la yegua, de paso abrió la boca para verle los dientes y muy serio declaró:

—¡Naturalmente! Le falta escuela, por lo demás es un animal de buena sangre. A juzgar por sus dientecillos debe tener unos cincuenta años por lo menos... Pero precisamente por su nobleza será por lo que nadie ha podido domarla.

Chukar, viendo que se interesaban por su suerte, se atrevió a preguntarle:

—Dime, Ignati Porfivieh, ¿cómo se explica que haya adelgazado en tan poco tiempo? La traigo así por la brida y la veo derretirse ante mis ojos: primero un olor asqueroso, después el estiércol que sale como por un agujero. Ha dejado huellas por todo el camino.

—¿Pero dónde la has comprado? ¿No habrá sido a los gitanos, eh?

—Sí, justamente, tienen su campamento muy cerca de aquí.

—Bueno, entonces ha adelgazado —explicó el cosaco que era muy entendido en caballos y en gitanos— porque antes de venderte el animal éste, lo han hinchado. A un jamelgo que ha enflaquecido de puro viejo, antes de venderlo, le encajan en el agujero de atrás un caña hueca y soplan para dentro, cada cual a su vez —toda la banda desfila— hasta que lo ponen redondo y panzudo. Y después, cuando terminan de inflarlo como una vejiga, le quitan la caña, le meten en su lugar un trapo empapado en alquitrán, o bien una estopa, para impedir que el aire se escape... De modo que te han vendido un caballo hinchado así... El tapón habrá saltado por el camino. Y sin duda por eso tu yegua se ha puesto a adelgazar. Vuelve sobre tus pasos, amigo y vete a buscar el tapón. En menos de nada te inflaremos otra vez la yegua.

—¡Así el diablo les infle a ellos! —gritó Chukar desesperado.

Y se precipitó hacia el campamento de los gitanos. Cuando llegó a lo alto de la cuesta, descubrió que ya no había nada al lado del río: ni tiendas ni carros. En el sitio donde estaba el campamento se elevaba el humo azulado de una hoguera

aún encendida. A lo lejos, en la carretera, giraba y se deshacía en el viento una polvareda gris, los gitanos habían desaparecido como en un cuento de hadas.

Chukar, se echó a llorar y volvió sobre sus pasos. Servicial, Ignati, salió otra vez de su casa y propuso: "Voy a ponerme yo debajo, para impedir que tu caballo por retozón se vuelva a caer y tú montas encima".

Avergonzado, apenado y empapado en sudor, Chukar aceptó sus servicios y mal que bien montó sobre el animal.

Pero sus desgracias no habían terminado aquí. La yegua resistió en pie esta vez, pero se descubrió que tenía una manera de trotar completamente inverosímil: avanzaba las patas delanteras como si fuera a galope y coceaba con las de atrás levantándolas más arriba de su propio espinazo.

De este modo llegó Chukar hasta la primera callejuela. Durante el furioso bailoteo, había perdido el gorro y más de cuatro veces, terribles sacudidas le habían arrancado hipidos del fondo de las entrañas: sentía que algo se le quebraba dentro.

"¡Dios mío! No es posible continuar así", se dijo Chukar. Saltó al suelo en plena carrera. Volvió sobre sus pasos para recoger su gorro, pero viendo que por la callejuela corría gente hacia él, se apresuró a retroceder. Hizo salir de la aldea a su maldita yegua, que había mostrado ser de una vivacidad tan inesperada. La chiquillería le siguió hasta el molino de viento, después desapareció.

Chukar no se atrevió ya a montarse otra vez sobre el "pensamiento" gitano. Rodeó el pueblo a distancia, trepando por la colina. Pero no pudiendo tirar ya más de la yegua por la brida, decidió empujarla por detrás. Entonces se dio cuenta de que la caballería que había comprado con tantos trabajos, era ciega de ambos ojos. Avanzaba en línea recta hacia los hoyos y zanjas y no los flanqueaba de un salto sino que se dejaba caer; luego apoyándose en las vacilantes patas delanteras, se volvía a poner en pie con gran esfuerzo y seguía andando. Además avanzaba de una manera rara, describiendo círculos... Chukar desconcertado por este nuevo descubrimiento, dejó la yegua en entera libertad, y vio que, después de haber descripto un círculo, comenzaba otro y así sucesivamente, siguiendo una

espiral invisible. Chutar adivinó entonces que el animal había pasado toda su larga y dolorosa vida tirando de una noria.

Hasta el anochecer dejó pastando a su yegua en la colina teniendo vergüenza de presentarse en el pueblo a plena luz. Por la noche se la llevó a su casa. La acogida que le hizo su mujer, una matrona corpulenta y terrible en sus represalias, los tormentos que tuvo que sufrir el enclenque Chukar, por su malhadada adquisición, todo quedó envuelto en el más "impenetrable de los misterios", como decía el zapatero Lokateev, amigo de Chukar por aquel entonces.

Sólo se sabe una cosa y es que la yegua tuvo al poco tiempo la sarna, perdió todo su pelo y bajo lamentable aspecto entregó el alma silenciosamente en la granja de Chukar, una noche a eso de las doce. Chukar y su compinche Lokateev vendieron la piel y se gastaron el dinero en beber.

Al afirmar que él, Chukar, había visto muchos caballos en su vida, sabía perfectamente que Ostrovnov no podía creerle pues era su vecino y conocía todos los detalles de su existencia. Pero así era por naturaleza el viejo Chukar: no podía remediar ni el darse tono ni el mentir. Una fuerza irresistible le obligaba a decir cosas que unos minutos más tarde hubiera desmentido con gusto.

En fin, el viejo se vio de cochero y de palafrenero todo a un tiempo. Y es justo decir que no cumplía mal con sus obligaciones, bastantes simples. Sólo había una cosa en él que no podía gustar a Nagulnov, amigo de ir de prisa y eran las frecuentes paradas. Apenas salían del patio tiraba de las riendas: "Tpr, queridos, tpr" —¿Por qué te has parado?" preguntaba Nagulnov—. "Para que los caballos hagan sus necesidades", respondía Chukar. Se ponía a silbar, a modo de invitación, hasta que Nagulnov arrancaba el látigo y sacudía un buen golpe sobre la grupa del potro.

"Hoy día no es como en tiempos del zar: el cochero en su pescante y detrás el cliente recostadito en los cojines. Ya veis, yo soy cochero... Bueno, pues voy sentado al lado del camarada Davíдов en el coche. A veces, cuando tengo ganas de fumar, le digo: "Oye tú, ten un poco las riendas que voy a liar uno—. Con mucho gusto" —me dice él. Coge las riendas y a veces las tiene casi una hora y mientras

tanto yo me quedo así, dándome aires de importancia, mirando el paisaje", se jactaba el viejo Chukar a los cosacos.

Ostentaba ademanes graves y hasta se había vuelto menos charlatán.

A pesar de las heladas de primavera, había decidido dormir en la cuadra para estar más cerca de sus caballos. Pero al cabo de una semana su vieja le forzó a reintegrarse al domicilio después de haberle pegado atrocemente y de haberle injuriado delante de todo el mundo. Mujeres jóvenes, decía ella, venían a pasar la noche con él. Esto era una invención de los muchachos que, para burlarse de ella, habían apuntado esta cábala en la cuenta del viejo. Pero éste, no atreviéndose a contrariarla, volvió a dormir en la casa. Dos veces cada noche iba a visitar a los animales escoltados por su celosa compañera.

Había aprendido a enganchar tan de prisa que rivalizaba con el equipo de bomberos de Gremiachi. Al sacar los sementales que piafaban de impaciencia gritaba invariablemente: "¡Jo, jo! Ya está relinchando este maldito demonio... cuando se instalaba en el coche, decía con aire de suficiencia: "Bueno, vamos a dar un paseíto y me habré ganado mi palote ⁽⁹⁾. Esta vida, hermanos empieza a parecerme muy agradable".

* * *

Davíдов había decidido ir el día 27 a los campos de la primera brigada para ver si, contrariamente a sus instrucciones, el rastrilleo se hacía en el sentido de los surcos. Se lo había advertido el herrero Ipólit Shaly, el cual, habiendo ido al campo para reparar la sembradera, vio a los rastrillos marchar no de través, sino en el sentido del surco. En cuanto regresó al pueblo, fue a la Dirección y después de estrecharle la mano a Davíдов, le había dicho con voz severa:

—La primera brigada está pasando los rastrillos en el sentido del surco. La faena, hecha así, no sirve para nada. Debías ir allí y decirles cómo hay que trabajar. Yo les hice

una observación, pero Ushakov, ese diablo de los ojos bizcos me respondió: "Ocúpate de golpear el yunque y de soplar el fuelle. No vengas aquí a meter las narices, si no quieres que te las cortemos con el arado". Entonces yo le digo: "Antes de marcharme a soplar el fuelle, me gustaría soplarte a ti, so bizco". Un poco más y nos liamos a golpes. Davidov llamó a Chukar.

—¡Engancha!

No tuvo paciencia para esperar. El mismo ayudó a enganchar los caballos y partieron.

El cielo nublado y un vientecillo húmedo que soplaba del suroeste prometían lluvia. La primera brigada trabajaba en el sector más alejado de las tierras grises, a unos diez kilómetros del pueblo, más allá de la barranca, cerca del Estanque Terrible. Estaban labrando, preparando la tierra, para la siembra de cereales. Importaba rastrillar bien, para que las aguas de la lluvia se mantuviesen sobre el terreno allanado, en lugar de resbalar hacia la barranca, encauzada por los surcos.

—¡De prisa, de prisa, abuelo! —decía Davidov, mirando los nubarrones que se amontonaban.

—Ya voy arreando... Mire la espuma que le sale al Gris.

Sobre la colina, no lejos de la carretera de verano, los escolares iban en fila conducidos por su viejo maestro Shpinis. Cuatro carros le seguían cargados de toneles de agua.

—Ahí va la chiquillería dispuesta a destruir los ratones campestres —dijo Chukar señalándolos con la punta del látigo.

Davidov miraba a los chicos con una sonrisa contenida. Cuando el coche los alcanzó, dijo a Chukar: "Para". Después de echar un vistazo, llamó a un chico de unos siete años, que iba con los pies descalzos:

—Ven aquí.

—¿Y para qué voy a ir? —preguntó el otro con aire independiente echándose hacia atrás la gorra del padre, con el cerquillo rojo donde se distinguía la señal descolorida de la escarapela, encima de la visera.

—¿Cuántos ratones has matado tú?

—Catorce.

—¿De quién eres hijo?

—Me llamo Fedot Demidich Ushakov.

—Bueno monta, Fedot Demidich, voy a llevarte un poco en coche. Tú también, sube y siéntate —dijo señalando con el dedo a una niña que llevaba una pañoleta a la cabeza. Cuando los pequeños estuvieron instalados, ordenó:

—¡Adelante!... ¿En qué grupo estás tú? —preguntó al muchacho.

—En el primero.

—¿En el primero? Entonces tienes que limpiarte los mocos, es evidente.

—No puedo, estoy acatarrado.

—¿Cómo que no puedes? ¡A ver esa nariz! —Davíдов se limpió cuidadosamente los dedos en el pantalón, suspiró:

—Pásate uno de estos días por la Dirección del koljós. Te daré un bombón de chocolate. ¿No has comido nunca chocolate?

—No...

—Bueno, pues ven a la Dirección, ven a hacerme una visita, te convidaré.

—No tengo necesidad de bombón.

—¡Hombre! ¿Y por qué no, Fedot Demidich?

—Se me rompen los dientes, los de abajo se me han caído ya: mira.

El chiquillo abrió la rosada boca y en efecto le faltaban los dientes de abajo.

—¿Entonces, resulta Fedot Demidich, que estás mellado?

—¡Mellado tú!

—¡Caramba!... ¡Tienes ojo!

—Los míos me volverán a salir, pero los tuyos a lo mejor no te salen más... Conque...

—No, te equivocas. Los míos saldrán otra vez, eso es evidente.

—¡Qué mentiroso! Los dientes no les vuelven a salir a las personas mayores. ¡Y yo puedo morder con los de arriba también! ¡De verdad!

—¡Qué va!

—¿No me crees? Dame el dedo y verás.

Davídov, sonriendo, alargó el índice, pero inmediatamente, dando un grito, retiró la mano: sobre la falange superior la mordedura había dejado unas manchitas azules.

—Ahora, Pedot, dame tu dedo que yo te lo muerda — propuso Davídov.

Fedot, después de un momento de duda, se tiró del coche, como un gran saltamontes gris y saltando sobre un pie, gritó:

—¡Querías morderme! Pero no. ¡Te quedas con las ganas!

Davídov se echó a reír, hizo bajar del coche a la pequeña y durante largo rato siguió con la mirada el cerquillo de Fedot que rojeaba en la carretera. En aquel momento sentía en el corazón un calor inusitado; sus ojos estaban húmedos.

"Esos, con la vida que les preparamos, vivirán como en jauja, es evidente. Fedor corretea hoy con la gorra de su padre... Y dentro de veinte años, removerá esta tierra con un arado eléctrico. Seguramente no tendrá que hacer como yo después de la muerte de mi madre: lavar la ropa de las hermanas pequeñas, remendarla, preparar la comida, ir a la fábrica... ¡Entonces los Fedot serán felices! ¡Sí! —pensaba Davídov— abarcando con una mirada la estepa inmensa y verde. Escuchó un momento el suave canto de las alondras y viendo a lo lejos un labrador inclinado sobre su arado y al lado de los bueyes, el conductor que avanzaba mirando el surco, suspiró a pleno pulmón.

"La máquina hará todo el trabajo difícil... Los hombres futuros no sabrán lo que es el olor a sudor... ¡Ah, quien pudiera vivir hasta entonces! Aunque sólo fuera para ver... Porque acabará uno por diñarla y no habrá Fedot que se acuerde. Y la diñarás, hermanito Davídov, no te quepa duda. Y después de ti no quedará más progenie que el koljós de Gremiachi. El koljós se convertirá en comuna y, quién sabe, tal vez le pondrán el nombre del cerrajero de Putílov, el de Semión Davídov".

Davídov no pudo menos de sonreír al pensar en el giro bromista que acababan de tomar sus pensamientos.

—¿Llegaremos pronto? —le preguntó a Chukar .

—En un abrir y cerrar de ojos.

—¡Hay que ver la de tierra que tenéis aquí sin aprovechar!
¡Algo verdaderamente terrible... Dentro de dos planes
quinquenales habremos construido aquí una porción de
fábricas. Y todas nos pertenecerán, todas estarán en nuestras
manos, eso es evidente. Haz un esfuerzo, vive otros diez años
y en lugar de riendas empuñarás el volante de un automóvil.
¡Y habría que verte tomando velocidad!

—¡Un poco tarde! ¡Ah, si me hubiera hecho obrero, hace
cuarenta años, hoy sería a lo mejor un hombre completamente
distinto!... Yo, en mi vida de campesino, no he tenido suerte.
Ya desde pequeño todo me salía al revés y así he seguido
hasta el día de hoy. Parece que durante toda mi vida, el viento
me ha arrastrado, me ha desbaratado, me ha deshecho, eso,
cuando no me ha enviado a todos los demonios...

—¿Y eso por qué? —preguntó Davídov interesado.

—Te contaré mi historia de cabo a rabo. Los caballos que
sigan trotando su camino, hala que hala. Yo voy a abrirte mi
corazón, y aunque austero me comprenderás... Más de una vez
me han ocurrido accidentes graves. ¡Ya lo creo!... Para
empezar, cuando vine al mundo la comadrona dijo a mi
difunta madre-. "Tu hijo, cuando crezca, llegará a general.
Tiene todo lo que se necesita. Mira si no: la frente estrecha, la
cabeza alargada, la barriguita gorda y una voz que retumba
como un trueno, ¡Alégrate, Matriona! Dos semanas después
todo marchaba al revés de lo que había dicho la vieja... Yo
había nacido el día de Santa Evdoquía. Ese día según mi
madre, no solo una gallinita no hubiera encontrado donde
beber, si no que hasta los gorriones se helaban en pleno vuelo.
Para bautizarme, me habían llevado a Tubiansk. Bueno, fíjate
y considera: ¿no es un disparate sumergir a un recién nacido
en las aguas bautismales con semejante frío? En fin, se
pusieron a calentar agua. El pope y el sacristán estaban
borrachos como unos cerdos. Uno echa el agua caliente y el
otro sin probarla, dice: "Yo te bautizo", y zas, me mete hasta
la cabeza en el agua hirviendo... Me quedé sin pellejo. Cuando
me llevaron a casa estaba cubierto de ampollas... Y claro, me
salió una hernia en el ombligo, porque ponía el grito en el
cielo con el dolor... Desde entonces todo me ha ido mal... ¡Y
todo es por haber nacido en viejos tiempos campesinos!

Hasta los nueve años los perros me mordían, los gansos me daban picotazos. Una vez un potro me sacudió un par de coces, que me quedé en tierra como muerto. Después de los nueve años, los accidentes que me ocurrieron fueron aún más graves. Acababa de cumplir los diez, cuando un día me pescaron con anzuelo...

—¿Con anzuelo? —preguntó asombrado Davidov, que escuchaba no sin interés el relato de Chukar.

—Sí, con anzuelo... Con lo que se pescan los peces. Por esa época había en nuestro pueblo, en Gremiachi, un viejo sordo como una tapia, a quien apodaban Kupir. En invierno cazaba perdices con trampa; en verano no se apartaba del río, siempre estaba pescando con caña. Nuestro riachuelo, por aquel entonces, llevaba más agua. Cerca del dique, había unas carpas y unos sollos así de gordos. Bueno, pues ese viejo se ponía junto a un zarzal con sus cañas. Echaba al agua hasta siete... Como cebos usaba gusanos o una pasta cualquiera, pero los sollos los pescaba, sin nada... Entonces, ¿qué hacíamos los chicos? Pues nos arreglábamos para cortarles los anzuelos de una dentellada. El viejo era sordo como un peñasco. Podía uno mearle en el oído que no se enteraba. Bueno... Nos juntábamos cerca del agua, nos desnudábamos detrás de las zarzas, no lejos del viejo y luego uno de nosotros se metía en el río, muy despacito para no hacer círculos. Sin sacar del agua la cabeza, se acercaba a las cañas, cogía el anzuelo extremo y, cric, cortaba el hilo con los dientes. Luego retrocedía hasta el zarzal y salía del agua... El viejo tiraba de la caña y se ponía furioso: "¡Ah, maldito, me lo has cortado otra vez! ¡Oh santa madre de Dios!" Pensaba que el sollo se le había escapado y le desesperaba la pérdida del anzuelo. Es que los compraba en la tienda. Mientras que nosotros no teníamos con qué comprarlo. Yo me había agenciado un anzuelo de esta manera y quería tener otro. Veo al viejo que estaba ensartando gusanos y me zambullo. Acababa de encontrar a tientas el sedal, y ya me lo llevaba a la boca, cuando, ¡zas! el viejo da un tirón. El anzuelo se me escapa de entre los dedos y se me queda clavado en el labio de arriba. Voy a gritar y se me llena la boca de agua. El viejo sigue tirando de la caña, a mí, naturalmente, el dolor me hacía patalear de lo lindo, pero

no podía quitarme el anzuelo. .. Salí a la superficie y di un grito espantoso. El viejo se quedó lívido. Quiere santiguarse y no puede. De terror la cara se le había puesto negra como el hollín. ¿Pero cómo diantre iba a conservar aquel hombre su sangre fría? Estaba pescando un sollo y de repente saca del agua un chico... Se quedó quieto un momento y luego pies para que os quiero... Hasta perdió las chancletas... Yo volví a casa con el anzuelo en el labio. Mi padre me lo sacó y me dio una paliza que me dejó sin sentido... El labio se cicatrizó, pero desde entonces me llaman Chukar⁽¹⁰⁾. ¿Y para qué, se pregunta uno? Se me quedó para toda la vida ese idiota apodo... A la primavera siguiente, estoy con mis ocas junto al molino de viento. Las alas dan vueltas, las ocas andan por allí cerca. Por encima vuela un gavián. Mis ocas son amarillentas, muy monas. El gavián quiere atrapar una, pero yo tengo ojo... Y para asustarlo me pongo a gritar: uuuu... Pero en esto vienen mis compañeros de juego y nos ponemos a colgarnos de las aspas del molino: cada cual se agarra a un aspa, se deja levantar en el aire unos dos metros. Luego abre uno las manos y se deja caer al suelo, aplastándose contra él para que la otra aspa no le coja a uno. Pero los chicos, ya se sabe, son verdaderos diablos. Inventamos que el que se subiese más alto sería el "zar" y que los otros le llevarían en hombros, desde el molino hasta la era. Naturalmente todos querían ser el "zar", y yo me dije: "Voy a subir más arriba que nadie". De las ocas, ¡qué va! ni me acordaba... El aspa del molino empieza a subirme, y ¿qué veo?... El gavián que se cierne sobre mis ocas y que va a cogerme una en seguida... El miedo que me dio no es para contarlo. ¡La tunda que iba a ganarme! " ¡Chicos —empiezo a gritar— el gavián, espantad al gavián! "Con esto se me olvidó que el aspa iba subiendo, y cuando quise recordar estaba muy lejos del suelo. ¿Dejarme caer? ¡Ah, no, me daba mucho miedo! Y subir era todavía mucho más horrible. ¿Qué hacer? Mientras lo pensaba, el aspa se puso vertical y yo agarrado de ella, con las piernas por el aire... Cuando bajó otra vez, me solté... El tiempo que pasó no se

cuanto sería, pero a mí me pareció muchísimo ... Me aplasté contra el suelo y cuando me levanté noté que tenía la muñeca dislocada. ¡El dolor que sentía era tal que todo había perdido interés para mí!... El gavilán, naturalmente, había acabado por robarme un ansarón. ¡Bastante me importaba a mí en aquel momento! La curandera me puso otra vez los huesos en su sitio... De mucho me sirvió, porque un año después, se me volvieron a dislocar y la guadañadora por poco me hace pedazos. Después de San Pedro, mi hermano mayor y yo habíamos ido a segar. Yo guiaba los caballos, y mi hermano iba quitando las gavillas de la guadañadora. Los tábanos revoloteaban por encima de los animales, en el cielo había un sol blanco y un calor, que yo estaba rendido, me caía de sueño en el asiento. De pronto abro los ojos y veo al lado, en un surco, una enorme avutarda, que estaba extendida como un látigo. Paro los caballos. Mi hermano dice: "La voy a ensartar". Y yo le grito: "¡Espera, doy un salto, y verás: la cojo viva!" Bueno, salté y la agarré por medio del cuerpo. Pero la avutarda empieza a aletear, me da en la cabeza, me sacude y me lleva a rastras. De puro miedo —hay que imaginarse el susto que le daría —me inunda de excremento líquido y sigue arrastrándome como un caballo salvaje arrastraría un rastrillo. No sé qué idea le daría al maldito animal de retroceder. Pero el caso es que se metió entre las patas de los caballos y éstos, que eran muy asustadizos, dan una arrancada y saltan por encima de mí... ¡Ya estaba yo debajo de la máquina!... Mi hermano instantáneamente, baja la palanca para levantar las cuchillas... Pero la guadañadora continúa funcionando. Ya había dado a uno de los caballos un tajo que le llegaba al hueso... Yo por mi parte estaba hecho una lástima... Mi hermano consiguió al fin detener a los animales. Desenganchó uno, me colocó encima de través y me llevó galopando hasta la aldea. Yo estaba sin conocimiento, todo embadurnado de estiércol y de tierra. La avutarda, naturalmente, se había escapado, la muy bribona. Estuve mucho tiempo sin poder moverme... Seis meses después, volvía yo de casa de unos vecinos, cuando de pronto aparece el toro del pueblo y me corta el paso. Quiero dar un rodeo, pero el demonio del toro enarbola la

cola y no tiene más idea que la de ensartarme en los pitones. Tú a lo mejor te figuras que a mí me divertiría mucho morir corneado. Pues no... Echo a correr, el toro me alcanza, me da una cornada en la parte posterior, y me echa por los aires. Total, que perdí una costilla... Si uno tuviera un centenar, vaya... Pero la gracia que hace perder una así, tontamente... La única ventaja fue que me libré del servicio. Desde entonces he sido una víctima de los animales. No hay manera de contar los golpes que me han dado. Es como si el diablo me hubiera mareado. ¡Era suficiente que un perro rompiera su cadena, por muy lejos que el tres veces maldito estuviese, de todas formas daba conmigo o yo sin querer, tropezaba con él! Y claro, me destrozaba la ropa, me mordía las piernas, y yo, ¿qué beneficio sacaba de todo esto?... Tras de mí han corrido los hurones desde el barranco de Ujachin hasta la carretera y en la estepa me han atacado cerdos salvajes. También un toro fue causa una vez de que me dieran de palos y de que perdiese las botas... Iba yo una noche por el pueblo, cuando frente a casa de los Donetskoie, me encuentro cara a cara con un toro: Múúú También éste movía la cola. ¡Ah, no, me dije yo, ya sé lo que cuesta codearse con los de vuestra especie. Me arrimo a la tapia, el toro me sigue. Salgo corriendo y él detrás, que le sentía el aliento. Veo una ventana abierta en la calle, y, ¡zas! adentro, ni más ni menos que un murciélago... Miro a mi alrededor: ¡nadie! "No hay que molestar a la gente, —me dije,— voy a marcharme por donde he entrado." El toro se había marchado... Yo iba a saltar otra vez por la ventana, cuando me agarran por detrás de los brazos y me dan un golpe en la nuca. Era el patrón, el viejo Donetskov, que había oído ruido y me había pescado.

"¿Qué haces aquí, muchacho? —He entrado huyendo del toro—. Vamos, que a mí no me la das. Tú has venido buscando a mi nuera Oliutka, ¿verdad?". Y empieza a sacudirme, primero como en broma y después cada vez más fuerte... El viejo estaba todavía verde y él mismo le hacía la rosca a su manera. De rabioso que se puso, me rompió una muela y luego me dijo: "¿Volverás a ver a Oliutka? —No, no, cien veces no. ¡Así, te parta un rayo!... Y además

puedes colgártela del cuello, a tu Oliutka, como si fuera una cruz—. Bueno, "quítate las botas —me dice—, o empiezo otra vez, a sacudirte". Tuve que descalzarme y dejarle las botas. Figúrate la gracia que me haría porque no tenía otras. Le tomé tal odio a la Oliutka que me duró cinco años. Pero mucho sacaba yo de odiarla... En fin la mala suerte no me ha dejado nunca... No tienes más que tomar un ejemplo: cuando fuimos a expropiar a Borodín, por qué, pregunto yo... ¿por qué su perro me destrozó la pelliza? Hubiera debido caerle encima a Nagulnov o a Liubishkin... Pues no, el maldito can atravesó el patio corriendo que parecía un poseído, nada más que para echarse sobre mí. Menos mal que no me saltó al cuello, porque me hubiera apretado un par de veces y se acabó... ¡Y podrían rezar el responso a los muertos, por Chukar! Claro que todo esto pasó porque yo no tenía *levólver*. ¡Afortunadamente!... De haber tenido *levólver*, ¿qué hubiera ocurrido? ¡Un homicidio! Porque yo soy terrible cuando la sangre se me sube a la cabeza. En aquel momento, hubiera matado al perro... a la mujer de Borodín... y a Tito también le hubiera metido todas las balas en el buche. Y habría ocurrido un asesinato y podrían haberme metido en la cárcel... y a mi nada se me ha perdido por allá, yo tengo mis intereses en la vida... Sí... ¡Decía qué general!... Si viviera aún la comadrona esa, me la comería cruda... Eso es, por pronosticar tonterías, por dar mala tuerce a los recién nacidos... ¡Bueno, ese es el campamento de la brigada, ya hemos llegado!

XXXII

Desde el zaguán, mientras se quitaba el barro pegajoso que se le había pegado a las botas, Andrei vio un rayo de luz que salía oblicuamente por una rendija de la puerta de Nagulnov. "No duerme. ¿Qué será lo que le quita el sueño?", pensó Andrei al abrir la puerta sin hacer ruido. La pequeña lámpara de petróleo cubierta con una pantalla de periódico quemado, alumbraba de un modo turbio la mesa, en un rincón y un libro abierto. Con la mejilla en una mano y los dedos de la otra hundidos entre los mechones que le cubrían la frente, Nagulnov meditaba inclinando su alborotada cabeza sobre la mesa.

—Buenas noches, Makar, ¿Todavía despierto?

Nagulnov levantó la cabeza y, evidentemente malhumorado, se quedó mirando a Andrei de hito en hito.

—¿Qué te trae por aquí?

—Venía a charlar un rato, ¿Molesto?

—Me hayas molestado o no, ¿qué importa?... Siéntate... De todos modos, no voy a ponerte en la puerta.

—¿Qué lees?

—He encontrado aquí entretenimiento.

Nagulnov cubrió con las manos el libro, dirigiendo a Andrei una mirada interrogadora.

—He terminado con Marina, ¿sabes?... definitivamente... -

—dijo Andrei suspirando y dejándose caer pesadamente sobre el taburete...

—¡Y hace tiempo que deberías haberlo hecho!

—¿Por qué?

—Porque era una carga para ti... Con los tiempos que corren hay que apartar de uno todo lo que sobre. Nosotros, los comunistas, no debemos dejarnos dominar por cosas accesorias.

—Pero esto no es una cosa accesorio, puesto que existía el amor entre nosotros.

—¿ Amor eso ! ; Di más bien una cuerda al cuello! Vas a una reunión, y ella allí, reventando de celos y sin quitarte ojo. No, amigo mío, eso no es amor; es una maldición.

—¿Entonces, según tú, los comunistas no deben ni acercarse a las mujeres?

—Claro que no se puede... ¿Pues qué te figurabas? Los que hicieron ya hace tiempo la tontería, tienen que fastidiarse y seguir con sus mujeres hasta el final de su vida. Pero a los jóvenes yo les prohibiría, por decreto, el casarse, ¡Bonito revolucionario hará el que se acostumbre a andar pegado a las faldas! Para vosotros, la mujer es como la miel para una mosca. Se embadurna uno hasta el cuello. Yo lo sé por experiencia... a veces me ponía de noche a leer un poco para ilustrarme... Mi mujer se acuesta. Al cabo de un rato me acuesto yo también... ¡Bueno, pues me vuelve la espalda! La situación no tiene nada de agradable y, claro, en seguida estalla la disputa. Y si no, me pongo a fumar, sin decir nada, quemándome la sangre. No hay manera de coger el sueño. A la mañana siguiente, con la cabeza pesada de no haber dormido, hago cualquier tontería en materia de política. ¡ Es cosa probada! Y los que tienen chicos... ¡ Ah, esos están definitivamente perdidos para el Partido! En cuanto aprenden a limpiar a los crios, en cuanto se acostumbran a su olor a leche, ¡se acabó! Son malos luchadores, militantes-que cojean. Como sabes, durante el régimen zarista yo fui instructor de cosacos y me he convencido. Los muchachos jóvenes, solteros, tenían la cara despierta, inteligente y demás... Pero alguno que había dejado a su mujer en casa antes de venir al regimiento, ¡ ah! ese se moría de fastidio, se volvía idiota, lo que se dice idiota. No había manera de razonar con él ni de meterle nada en la cabeza... Le hablabas de los Reglamentos y te miraba con unos ojos como botones. Parece que el muy miserable te veía, pero en realidad, tenía el ojo, virado para sus adentros y no veía más que a su mujer.

¿Es eso seriedad? No, antes podías vivir como te daba la gana, mientras que hoy, estando en el Partido, hay que

dejar a un lado todas las tonterías. Después de la revolución mundial puedes hacer lo que te parezca bien, hasta diñarla por una mujer, a mí me da igual... Pero ahora lo que hace falta es dedicarse íntegramente a esa revolución.

Nagulnov se puso en pie, se estiró, enderezó sus recios y bien planteados hombros y dándole a Andrei una palmada en el hombro añadió con una sonrisa casi imperceptible:

—Apuesto a que has venido para que me compadezca de ti, para que te diga: "Sí, tu situación es muy triste, pobre Andrei te será muy difícil vivir sin mujer... ¿Cómo vas a hacer para soportar esa dificultad?". ¿Acierto? Pues, no, Andrei, todo lo que quieras menos eso. Por ese lado no sacarás nada de mí. Porque mira, yo hasta me alegro de que hayas roto con tu sargenta. Hace tiempo que debías haberla mandado a paseo de una patada. Mira, yo por ejemplo, me he separado de Lushka y me va divinamente. Nadie me molesta. .. Ahora soy una bayoneta bien afilada, que amenaza al kulak y los demás enemigos del comunismo. Hasta tengo tiempo para estudiar, para instruirme.

—¿Qué ciencias estudias? —preguntó Andrei en un tono frío y sarcástico.

En el fondo, las palabras de Nagulnov le habían herido porque éste, lejos de compartir su tristeza, había manifestado alegría y había dicho sobre el matrimonio, en opinión de Andrei, unos absurdos de tomo y lomo. Durante unos minutos, Andrei había prestado atento oído al razonamiento serio y convencido de Nagulnov. "Afortunadamente —se había dicho no sin inquietud— a la vaca rabiosa Dios no le da cuernos. Porque si Nagulnov tuviese el poder, haría alguna de las suyas. Al paso que va, lo revolvería todo. Nunca sabe uno con él. A lo mejor se le ocurría castrar a toda la clase masculina, para que no se distrajera del socialismo".

—¿Quieres saber lo que estudio? —preguntó Nagulnov cerrando el libro de golpe—. ¡El inglés!

—¿Eh?

—El inglés. Eso que tengo ahí es un método para aprender sin profesor.

Nagulnov miró fijamente a Andrei, creyendo percibir en su cara un gesto de burla, pero Andrei se había quedado tan

estupefacto ante esta inesperada respuesta, que Nagulnov no pudo leer más que asombro en sus ojos duros, exageradamente abiertos.

—Entonces... ¿puedes ya leer?... ¿O explicarte en esa lengua?

Nagulnov respondió con orgullo mal disimulado:

—No, todavía no, no creas que esto se aprende así como así... Pero ya empiezo a comprender lo que leo... Hace unos cuatro meses que estudio.

—¿Es difícil, eh? —preguntó Andrei tragando saliva y mirando con involuntario respeto a Nagulnov y a su libro.

Nagulnov, viendo que Andrei se interesaba por sus estudios, abandonó su actitud recelosa.

—Difícil... ¡hasta lo imposible! En estos cuatro meses no he aprendido más que ocho palabras de memoria. Pero, en general, la lengua se parece un poco a la nuestra. Hay muchas palabras que han tomado de nosotros... No han hecho más que cambiar la terminación a su manera. Por ejemplo, nosotros decimos "proletariat", y ellos también, lo único que difiere es el final. Lo mismo ocurre con las palabras revolución y comunismo. Las terminaciones de estas palabras las pronuncian silbando, como si las odiasen. Pero no hay manera de evitarlas, ¿verdad? ¡Estas palabras han echado raíces en el mundo entero! que quieran o que no, hay que emplearlas.

—Sí-í... Entonces estudias... Y dime, ¿para qué va a servirte esa lengua? —preguntó Andrei.

Sonriendo con una sonrisa condescendiente, Nagulnov explicó:

—Hombre, tiene gracia. Es verdaderamente asombroso que no comprendas ni las cosas más sencillas... Yo soy comunista, ¿no? En Inglaterra se implantará el Poder soviético, ¿Tú lo crees así? Pues bien, ¿hay muchos comunistas rusos que puedan expresarse en inglés? Evidentemente no. Y los burgueses de Inglaterra han puesto la mano sobre la India, sobre casi la mitad del mundo y oprimen a toda la gente de color o de piel negra. ¿Es esto justo acaso? Allá se implantará también el Poder soviético... ¡Pero cuántos serán los comunistas ingleses que no sabrán lo que es el enemigo

en clase en carne y hueso! Por falta de costumbre, no sabrán lo qué hay que hacer. Entonces yo, pediré que me envíen allí para enseñarlo, y como sabré su lengua, una vez allí, les diré de buenas a primeras: "¿Hay revolushion por aquí? ¿Comunistishion? ¡Hala, muchachos, exterminad a los capitalistas y a los generales! Nosotros, en Rusia, en 1917, por candidez nuestra los dejamos en libertad a esos pillos. Y claro, ellos después comenzaron a cortarnos las venas. Exterminadles les digo, para estar más seguros de no equivocarnos y para que, todo marche olrait.

Nagulnov dilatava las narices guiñando el ojo a Andrei.

—Para eso me servirá aprender su lengua, ¿comprendes? Me pasaré las noches sin dormir, gastaré en ello la salud que queda, pero...

Y, rechinando sus dientes pequeños y bien alineados, concluyó:

—¡Esa lengua he de llegar a dominarla! Hablaré en inglés, con la contrarrevolución mundial sin ponerme los guantes. ¡Ya pueden echarse a temblar, los muy bribones! ¡Lo que va a decirles Makar Nagulnov!... No es un cualquiera, no... No les dará cuartel: "¿Les has chupado la sangre a los obreros ingleses, a los indios, a todas las demás naciones oprimidas? ¿Has explotado el trabajo ajeno? ¡Hala, de espaldas contra el muro, sanguinario, canalla!" ¡Y esa será toda la conversación! Esas son las palabras que voy a aprender primero! Así podré decirlas de corrido.

Siguieron hablando otra media hora. Luego Andrei se marchó y Nagulnov metió otra vez su nariz en el libro. Moviéndose lentamente los labios, sudando, las cejas contraídas por el esfuerzo continuó empollado hasta las dos y media de la madrugada.

Se levantó temprano, bebió dos vasos de leche y fue a las cuadras del koljós.

—Sácame un caballo que galope bien —le dijo al koljosiano que estaba de guardia.

El otro le trajo un alazán, bajo de grupa, famoso por su resistencia y por su vivacidad. Interesado preguntó:

—¿Va usted lejos?

—Al radio. Le dirás a Davidov que volveré por la noche.

—¿Traigo la silla?

—Sí.

Nagulnov ensilló al caballo, le quitó el cabestro y lo substituyó por un lujoso bridón que había pertenecido a Borodin. Luego, con ademán de quien está acostumbrado, metió la punta de la bata en el estribo.

El animal empezó a trotar caracoleando. Al pasar la puerta cochera dio un tropezón, dobló las rodillas y estuvo a punto de caer, pero se enderezó, poniéndose ágilmente de pie.

—¡Ya no sientes la tierra bajo los cascos! —murmuró Nagulnov dándole un latigazo al caballo.

—Mala señal, camarada Nagulnov... Harías mejor en volverte —gritó apartándose el viejo Chukar, que se acercaba en aquel momento.

Sin responder, Nagulnov puso su montura al trote y desembocó en la calle mayor. Cerca del soviet rural, se desgañitaban unas veinte comadres visiblemente emocionadas.

—Quitaos de ahí, cotorras, que si no os atropello —gritó bromeando Nagulnov.

Las mujeres quedaron calladas y le dejaron paso. Cuando las dejó atrás, Nagulnov oyó una voz enronquecida por la cólera:

—¡Cuidado no te atropellen a ti, más que maldito! Ten cuidado...

La sesión de la junta del radio comenzó a las once en punto. Figuraba en la orden del día el informe de Beglij, jefe de Sección Agrícola, sobre la marcha de las siembras durante los primeros cinco días. Aparte de los miembros de la junta, estaban presentes el presidente, de la comisión de control de radio Samojin, y el procurador del radio.

—Se hablará de ti en los "asuntos varios". Quédate hasta el final —le dijo a Nagulnov el jefe de la sección de organización, Jomutov.

Se escuchó el informe de Beglij en medio de un silencio penoso, violento. Duró inedia hora. En ciertos lugares del radio no se había procedido aún a la siembra, aunque el terreno estaba ya preparado. En otras, el fondo de semillas no se había recogido por completo. En Voiskovoi, todos los del koljós o casi todos, habían retirado el trigo destinado a

la siembra. En el soviet de Oljovatski la Dirección misma del koljós había distribuido las semillas a los que salieron del koljós. El informante se extendió sobre las causas de la marcha poco satisfactoria de la siembra y dijo para terminar:

—Es cierto, camaradas, que nuestro retraso, nuestra remolonería por decirlo así, proviene de que en varios soviet rurales el koljós se ha formado bajo la presión de los responsables locales del Partido los cuales han atendido solamente a subir la cifra de la colectivización y que, en algunos casos, como todos sabéis, han obligado a la gente a entrar en el koljós amenazándola con el revólver. Estos koljoses, poco sólidos, naturalmente, están a punto de derrumbarse como un muro socavado por las aguas. El mal viene de aquí... Los koljosianos no quieren ir al campo, y si van, trabajan lo peor que pueden.

El secretario del comité, a guisa de señal, golpeó con su lápiz el tapón de la garrafa.

—Se te ha terminado el tiempo.

—En seguida acabo, camaradas. Permitid que me detenga en las conclusiones: según ya he expuesto, los datos de la Sección Agrícola demuestran que en los cinco primeros días se han sembrado trescientas ochenta y tres hectáreas solamente. Estimo necesario movilizar inmediatamente todo el activo del radio y lanzarlo por los koljoses. En mi opinión hay que impedir la desbandada por todos los medios y obligar a los dirigentes del koljós y a los secretarios de las células a llevar entre los koljosianos un trabajo de explicación, haciendo sobre todo hincapié en una exposición amplia de las ventajas que el Estado concede a las explotaciones colectivas... En muchos sitios no se ha explicado nada de esto. Hay un gran número de koljosianos que ignora a estas fechas cuáles son los créditos otorgados a las explotaciones colectivas y otras cosas por el estilo... Propongo además que se examinen con urgencia los expedientes de aquellos camaradas que sean culpables de haber cometido desviaciones, de aquellos por culpa de los cuales no podamos empezar con éxito las siembras y que, en virtud de la decisión del C. C. del 15 de marzo, deben ser relevados de sus cargos. Propongo que se examine esta cuestión sin

tardanza y que se aplique la disciplina del Partido con todo su rigor.

He dicho.

—¿Quiere alguien hablar sobre el informe del camarada Beglij? —preguntó el secretario del comité de radio, paseando la vista por el auditorio y evitando intencionalmente la mirada de Nagulnov.

—La cosa está clara, no hay nada que decir —dijo suspirando uno de los miembros de la junta, el jefe de la milicia, un mocetón de aire marcial, que sudaba continuamente, con un cráneo pelado y brillante y todo lleno de cicatrices.

—Tomaremos por base de nuestra decisión las conclusiones de Beglij. ¿Conformes? —preguntó el secretario. —Claro.

—Y ahora, el caso Nagulnov.

Por primera vez desde el comienzo de la sesión, el secretario se fijó en Nagulnov, clavando en él, durante algunos segundos, su mirada vaga y como hostil.

—Ya sabéis, que siendo secretario de la célula comunista de Gremiachi, Nagulnov ha cometido una serie de faltas graves con respecto al Partido... No obstante las indicaciones del comité de radio, ha seguido una norma izquierdista en la referente a la colectivización y a la formación del fondo de semillas. Ha agredido con su revólver, dándole un culatazo, a un campesino individual. Ha encerrado a varios koljosianos... El camarada Samojin en persona ha ido a Gremiachi para hacer una investigación y ha descubierto la violación escandalosa, por parte de Nagulnov, de la legalidad revolucionaria, una deformación saboteadora de la línea del Partido. Tiene la palabra Samojin... Informa a la junta, camarada Samojin, de todo cuanto has podido averiguar sobre la actividad criminal de Nagulnov.

El secretario bajó sus hinchados párpados y se apoyó pesadamente de codos en la mesa.

Desde su llegada al comité de radio, Nagulnov había comprendido que su asunto no iba bien, que no podía esperar indulgencia. El secretario le había saludado con extraña reserva y eludiendo visiblemente la conversación, se había vuelto en seguida al presidente del ejecutivo para hablarle de una cosa cualquiera.

Nagulnov le había preguntado, no sin inquietud: —¿Cómo va mi asunto, Korzhinski ?

Y el otro había respondido secamente:

—La junta decidirá.

También los demás camaradas evitaban la mirada interrogadora de Nagulnov, huían de él. Se veía que la cuestión había sido arreglada por ellos, de antemano. Solamente el jefe de la milicia, Balabín, tuvo una sonrisa de simpatía para Nagulnov.

—¡Ánimos! —le dijo estrechándole fuertemente la mano—. Has cometido una torpeza. ¡Bueno! ¿Te has colado, has metido la pata? ¿Y qué? Es que nosotros no estamos fuertes en política. Ya hemos visto equivocarse a otros más listos que tú.

Giraba su redonda cabeza, sólida, pulida como un guijarro del río, secando el sudor que cubría su corto y macizo cuello y movía los labios compasivamente.

Nagulnov, animándose, contemplaba la roja cara de Balabín, le sonreía con agradecimiento. Se daba cuenta de que este hombre le veía a fondo, le comprendía y simpatizaba con él.

"Me colgarán en el expediente una censura severa y me quitarán el cargo", se decía Nagulnov mirando con ojos angustiados a Samojin.

Este hombrecillo de ancha frente, que no toleraba los divorcios, le turbaba más que los otros. Y cuando Samojin sacó de su cartera un voluminoso expediente, Nagulnov sintió clavársele aún más adentro la acerada punta de la angustia. Su corazón empezó a latir desordenadamente, una oleada de sangre le subió a la cabeza, las sienas le ardían. Sintió náuseas, como cada vez que iba a tener un ataque.

"Ahora no, sobre todo ahora no", pensaba.

Y un largo estremecimiento le sacudió de arriba abajo, cuando Samojin empezó a hablar arrastrando las palabras.

—Por mandato del comité y de la comisión de control del radio, llevé a cabo una investigación. Después de cuestionar a Nagulnov en persona y a los koljosianos e individuales de Gramiachi-Log, que habían padecido a causa de su conducta, y teniendo en cuenta los testimonios

recogidos, he podido establecer lo siguiente: el camarada Nagulnov no ha justificado evidentemente la confianza del Partido, al cual ha causado un perjuicio considerable. En febrero, cuando se intentaba la colectivización, fue de casa en casa, amenazando a la gente con su revólver para que entrase en el koljós. Por este procedimiento ha "convencido", digámoslo así, a siete campesinos medios. Esto, el mismo Nagulnov lo reconoce. ..

—¡Son blancos inveterados! —dijo con voz ronca Nagulnov poniéndose en pie.

—No te he concedido la palabra —interrumpió severamente el secretario—. ¡Te llamo al orden!

—Y luego, cuando se estaba juntando el fondo de semillas, ha golpeado hasta hacerle perder el conocimiento a un campesino medio, individual, esto delante de los koljosianos y del guarda que se encontraba entonces en el soviet. Le golpeó, porque el otro había rehusado su contribución al fondo de semillas...

—¡Es vergonzoso! —dijo en voz alta el procurador.

Nagulnov se pasó la mano por la garganta, palideció, pero no dijo nada.

—Aquella misma noche, camaradas, actuando como un verdadero gendarme, encerró en un cuarto helado a tres koljosianos y allí los tuvo hasta la mañana, amenazándolos con su revólver, por negarse a entregar inmediatamente su parte de semillas.

—A esos no los amenacé...

—Repito lo que han dicho, camarada Nagulnov y te ruego que no me interrumpas. También a sus instancias, se ha desposeído y deportado al campesino medio Gaiev, que no debiera serlo, puesto que por su situación material no podía en ningún caso ser clasificado como kulak. Este, porque en 1928 había tomado un peón a jornal. ¿Qué peón era éste? Camaradas, Gaiev había contratado por un mes, durante la siega, a una muchacha de Gremiachi-Log porque en 1927 en otoño, su hijo había sido llamado al Ejército Rojo y cargado de numerosa familia, no había podido arreglarse solo. La ley soviética no prohibía esta manera de utilizar la mano de obra. Gaiev había contratado a esta muchacha

firmando un contrato en regla con el comité de obreros agrícolas y según he podido comprobar, le pagó su salario íntegramente... Además, Nagulnov lleva una vida sexual desordenada, lo cual no hay que pasar por alto tratándose de un miembro del Partido. Nagulnov se ha divorciado de su mujer. Divorciado, no: la ha echado simplemente de su casa, como a un perro, bajo pretexto de que un joven de Gremiachi le hacía el amor. En una palabra, se ha aprovechado de los chismes que corrían a su cuenta, expulsándola para quedarse con las manos libres. De la vida sexual que lleva a estas horas, nada sé, pero todo indica, camaradas, que se entrega al libertinaje. Si no fuera así, ¿qué necesidad tenía él de echar a su mujer! La patrona de Nagulnov me ha dicho que vuelve muy tarde a casa todas las noches. Ella no sabe dónde pasa el tiempo. Pero nosotros, camaradas, sabemos muy bien dónde puede pasarlo. No somos niños. Sabemos dónde suele encontrarse un hombre que ha echado de casa a su compañera y que procura distraerse cambiando de mujeres... Lo sabemos. He aquí, camaradas, la corta lista de las hazañas —y al llegar aquí con su exhorto, Samojin tuvo una sonrisa venenosa— que ha sabido realizar en tan poco tiempo el malhadado secretario de la célula de Gremiachi, Nagulnov. ¿A qué ha conducido todo esto? ¿Cuáles son las causas primeras de todos estos actos? Aquí, hay que decirlo francamente, no se trata de vértigo del éxito, como ha dicho genialmente nuestro jefe el camarada Stalin, sino de un esguince izquierdista, de un ataque a la línea general del Partido. Nagulnov por ejemplo, se las ha arreglado no solamente para expropiar a los campesinos medios y hacerlos entrar en el koljós amenazándolos con su revólver, sino que además ha hecho adoptar la decisión de socializar las aves, el ganado menudo y las vacas. También él ha sido, según dicen algunos koljosianos, el que ha intentado introducir en el koljós una disciplina que no se conocía ni en tiempos de Nicolás el Sanguinario.

—En cuanto a las aves y al ganado, el comité de radio nos había dejado sin instrucción —dijo Nagulnov en voz baja.

Estaba en pie, muy erguido, con la mano izquierda crispada sobre el pecho.

—¡ Ah, eso no, perdón! —dijo el secretario con la cara to-

da roja—. El comité os ha escrito. No hay que echar las culpas a otros. En primer lugar, hay el estatuto del artel y tú no eres un niño para no saber interpretarlo.

—En el koljós de Gremiachi, se ahoga todo autocrítica

— continuó Samojin—. Nagulnov ha instaurado el terror.

Nadie se atreve a abrir la boca en su presencia. En lugar de persuadir a la gente, grita, patatea, blande el revólver. Lo cual hace que todo ande de través en el koljós Stalin de Gremiachi. Los campesinos desertan en masa. En cuanto a la siembra, no ha hecho más que empezarse y no se acabará nunca, de eso no hay duda. La comisión de control del radio que está llamada a limpiar el Partido de todos los elementos de descomposición, de los oportunistas de todo pelaje que estorban a nuestra gran edificación sacará ciertamente las conclusiones que se imponen respecto a Nagulnov.

—¿Nada más? —preguntó el secretario.

—Nada más.

—Tiene la palabra Nagulnov. Que nos diga cómo pudo llegar a esto. Habla, Nagulnov.

La cólera terrible que, a la terminación del discurso de Samojin se había apoderado de Nagulnov, desapareció súbitamente, sin dejar huella, para dejar paso a la incertidumbre, al miedo.

"¿Qué están haciendo conmigo? ¿Es posible? ¿Quieren hundirme!" perplejo pensó un momento al acercarse a la mesa.

No se acordaba ya de ninguna de las violentas objeciones que había preparado durante la intervención de Samojin. Su cabeza estaba vacía, ni una sola idea adecuada acudía a su mente. Era la primera vez que semejante cosa le sucedía...

—Camaradas, yo estoy en el Partido desde el comienzo de la revolución... He estado en el Ejército Rojo...

—Todo eso lo sabemos. ¡Al grano, al grano! —cortó el secretario con un gesto de impaciencia.

—Me he batido en todos los frentes contra los blancos... Y en el primer regimiento de caballería... He sido condecorado...

—¡Atente a los hechos!

—¿Es que estos no son hechos?

—Basta ya de rodeos, Nagulnov. Es inútil que nos recuerdes tus méritos ahora —interrumpió el presidente del Comité ejecutivo.

—¡Dejadle hablar! ¿Qué tenéis vosotros que atarle la lengua? —gritó indignado Balabín. Y la cumbre luciente de su cabeza de guijarro tomó acto seguido un tinte frambuesa que anunciaba la apoplejía.

—¡ Que hable concretamente!

Nagulnov permanecía en pie, en la misma posición, con la mano izquierda crispada sobre el pecho, mientras se llevaba a la garganta la derecha, paralizada por una sequedad abrasadora. Cada vez más pálido, prosiguió con gran trabajo.

—Dejadme hablar. Yo no soy un enemigo. ¿Por qué me tratáis así entonces?... Fui herido combatiendo en el ejército... Contusionado en el ataque de Kastornaia... por un casco de granada.

Se quedó callado. Sus labios ennegrecidos aspiraban el aire ruidosamente. Balabín, con un gesto rápido, vertió agua de la garrafa en un vaso que alargó a Nagulnov, sin mirarle.

Korzhinski lanzó una mirada a Nagulnov y volvió la cabeza en seguida: la mano de Nagulnov que sostenía el vaso temblaba sin cesar.

En medio del silencio se oyó claramente el ruido que, hacía el vaso al chocar contra los dientes de Nagulnov.

—¡Vamos, cálmate y habla! —dijo con irritación Balabín.

Korzhinski hizo una mueca. Sintió su alma invadida por una importuna compasión, pero se rehizo a tiempo. Estaba profundamente convencido de que Nagulnov era un mal para el Partido y que debía no solamente destituirlo de su cargo, sino expulsarlo del Partido también. Su opinión era la de los otros, exceptuando a Balabín.

Nagulnov se bebió de un trago el vaso de agua y después, tomando alientos, continuó:

—Reconozco lo que ha dicho Samojin. Sí, he hecho todo eso. Pero no porque quisiera perjudicar al Partido. Eso no. ¡Samojin miente! Y miente también como un perro en lo que dice de mi libertinaje. ¡Todo eso es mentira!... Al contrario, yo me aparto de las mujeres y tengo otras cosas en que ocuparme...

—¿Por eso has echado a la tuya de casa? —preguntó venenosamente Jomutov, jefe de la sección de organización.

—Sí, por eso precisamente —respondió Nagulnov—. Pero lo he hecho, he querido hacerlo por el bien de la revolución. Quizá me haya equivocado... No sé. Vosotros tenéis más conocimientos que yo. Habéis hecho estudios y, naturalmente, veis más claro. Yo no trato de disminuir mi falta. Juzgad según vuestro criterio. Solo pido una cosa...

Le faltó el aliento. Se quedó con la palabra en la boca y guardó un momento de silencio. Luego continuó:

—Comprended, amigos míos, que no he hecho nada a sabiendas en contra del Partido. Respecto a Bannik, le pegué porque se burló del Partido, porque quería echar el trigo a los cerdos...

—¡Excusas! —intercaló con aire burlón Samojin.

—Digo la verdad. Todavía siento no haberle matado a ese Bannik. No tengo más que decir.

Korzhinski se incorporó. El sillón gimió bajo su peso. Quería acabar lo más pronto posible con este triste asunto y habló apresuradamente :

—Pues bien, camaradas, todo está perfectamente claro. Nagulnov mismo confiesa. Aunque en los detalles pretende esquivarse, sus justificaciones son poco convincentes. Los culpables se esfuerzan siempre en echar una parte de su culpa o de su responsabilidad a los otros... Yo estimo que Nagulnov, comunista que ha caído en la degeneración en su vida privada, que ha comprometido de una manera criminal la línea del Partido en cuanto al movimiento de colectivización, debe ser expulsado de nuestras filas. No vamos a tener en cuenta sus méritos pasados. Esa etapa ha sido franqueada ya. Debemos castigar a Nagulnov, hacer con él un escarmiento. Con todos los que intenten desprestigiar al Partido inclinándose hacia la izquierda o hacia la derecha no tendremos piedad. No podemos andar con componendas tratándose de Nagulnov y de sus semejantes. Hemos andado demasiado tiempo con miramientos. El año último, durante la organización de los toz, tendía ya hacia la izquierda. Yo le advertí. No quiso escucharme, ¡peor para él! Vamos a votar. ¿Quién está en favor de la expulsión de Nagulnov? Naturalmente, sólo votan los miembros de la junta.

¿Cuatro? ¿Tú estás en contra, camarada Balabín?

Balabín dio una palmada sobre la mesa. En sus sienes apareció una redecilla de venas azules.

—No solamente estoy en contra, sino que protesto categóricamente. Es una decisión completamente errónea.

—Puedes hacer constar tú opinión particular —dijo fríamente Korzhinski.

—De ninguna manera, ¡Déjame hablar!

—Demasiado tarde, Balabín. La expulsión de Nagulnov ha sido votada por mayoría de votos.

—Eso es un atropello burocrático que se hace a un camarada. Lo siento mucho, pero yo no dejaré que esto quede así. Voy a escribir al comité del distrito. Expulsar a un antiguo miembro del Partido, a un condecorado con la Bandera Roja... ¿Estáis locos, camaradas? ¡Cómo si no hubiera otras sanciones!

—Pero habiéndose hecho ya la votación, es inútil discutir más.

—Por una votación así, merecáis que os retorciesen el pescuezo.

La voz de Balabín adquirió un timbre de falsete agudo. Su rollizo cuello se había hinchado todavía más: parecía que a la menor presión la sangre libertada iba a brotar bajo el dedo.

—Eso de retorcerme el pescuezo, ¿sabes?, es un poco fuerte —insinuó perversamente Jomutbv—. A ti también podemos llamarte al orden. ¡Estamos aquí en la junta y no en la milicia!

—Ya lo sé, no tenéis que decírmelo. ¿Pero por qué no me dejáis hablar?

—Porque me parece inútil y punto redondo —gritó Korzhinski, fuera de sí.

Se había puesto rojo, lo mismo que Balabín, y se agarraba frenéticamente a los brazos de su silla.

—¡El secretario del comité de radio soy yo! Te retiro la palabra, y si tienes ganas de hablar, sal afuera.

El presidente del ejecutivo intentaba hacer entrar en razón al jefe de la milicia:

—Balabín, no te exaltes. ¿Por qué te has puesto así? Escribe tu opinión al comité del distrito, si quieres. Porque diantre, se ha votado ya y ahora tú, cuando todo ha acabado, quieres comenzar de nuevo...

Lo habían cogido por la manga de la chaqueta y le empujaban hacia un rincón hablándole en voz baja.

Mientras tanto, Korzhinski, furioso por su altercado con Balabín, clavó en Nagulnov sus ojillos que refulgían airados bajo sus párpados hinchados y dijo con una hostilidad que ya no trataba de disimular:

—¡Se acabó, Nagulnov! Por decisión de la junta quedas excluido de nuestras filas. Tipos como tú el Partido no los necesita. Deja ahí tu carnet.

Y golpeó la mesa con la palma de la mano.

Nagulnov se quedó pálido como un muerto. Un fuerte temblor le sacudió y su voz era apenas perceptible, cuando dijo:

—No, mi carnet no lo devuelvo.

—Te obligaremos.

—Vete al comité del distrito, Nagulnov —le gritó desde su rincón Balabín.

Y, cortando bruscamente su conversación con el presidente del ejecutivo, salió dando un portazo.

—Mi carnet de miembro no te lo daré —respondió Nagulnov.

Su voz era ahora más firme. La lividez se borraba poco a poco de su frente y de sus mejillas de pómulos protuberantes.

—Todavía seré útil al Partido... Y sin Partido no hay vida para mí... A ti no te obedeceré. Mi carnet lo tengo aquí, en el bolsillo interior de mi chaqueta... ¡Trata de quitármelo! ¡Te romperé la crisma!

El procurador se encogió de hombros:

—Bueno, ya empieza la tragedia... Haznos la gracia de tus ataques de histerismo...

Sin hacer caso a estas palabras, Nagulnov miraba a Korzhinski. Hablaba sin precipitación, con aire reflexivo:

—¿Qué va a ser de mí sin el Partido?... No, no devolveré el carnet. Yo he dado al Partido mi vida, mi vida entera...

Desamparado, lamentable, parecía haber envejecido repentinamente. Sus manos erraban ante él. Tartamudeaba, buscaba las palabras, balbuceando con una voz premiosa, ininteligible :

—Más vale que... ordenes a los muchachos. Debéis ponerme contra el muro... Estoy de sobra... La vida no me sirve ya para nada... Podéis excluirme de ella también... Sí, ya veo... Mientras el perro ladraba, bueno era el perro. Ahora que está viejo, se libra uno de él...

La cara de Nagulnov estaba inmóvil como una máscara de yeso. Solamente sus labios temblaban. Pero cuando terminó de hablar, de sus ojos brotaron, por primera vez desde que era hombre, abundantes lágrimas. Rodaban inundando sus mejillas, deteniéndose en la áspera vegetación de su barba, que hacía ya tiempo no se había afeitado, constelando de manchas negras la parte delantera de su blusa.

—¡Vamos, acaba! ¿Qué sacas con eso, camarada? —dijo el secretario haciendo una mueca dolorosa.

—¿Camarada? ¡Tú, mi camarada! —aulló Nagulnov—. ¡Ah, no, tú eres una fiera!... Todos vosotros sois reptiles venenosos. ¡Qué a gusto estáis ahí!... Habéis aprendido a perorar... ¿A qué enseñas los dientes, Jomutov? ¿Te burlas de mis lágrimas? Tú... tú que, el año 21, cuando Fomin y su banda recorrían el país, viniste al comité del distrito, para devolver tu carnet. ¿No te acuerdas, cochino? Dijiste que querías "consagrarte a la agricultura"... Lo que pasaba era que tenías miedo de Fomin... Y después te volviste a colar en el Partido como una cochinilla pegajosa entre los guijarros... Hoy votas contra mí y te ríes de mi pena mortal.

—Basta, Nagulnov, no grites tanto... Tenemos aún otras cuestiones que resolver hoy mismo — dijo conciliador, sin turbarse, el guapo Jomutov, con una sonrisa oculta entre sus sombríos mostachos.

—Con vosotros basta, sí. Pero yo lograré que me hagan justicia. Iré al comité central.

—¡Muy bien, vete! Allá se arreglará la cosa en un dos por tres. Ya te están esperando —decía siempre sonriente Jomutov.

Nagulnov se dirigió lentamente hacia la salida. Al darse con la sien contra la puerta se le escapó un gemido.

Su explosión de cólera había terminado por agotarle. Sin pensar en nada, sin sentir nada, se acercó a la valla, desató su montura y sin saber apenas lo que hacía, echó a andar llevando de la brida al caballo. Cuando llegó al extremo de la stanitsa quiso montar; pero metió la bota en el estribo cuatro veces, y otras tantas, tambaleándose como un borracho, se separaba del arzón...

Un viejo, de aire todavía juvenil, estaba sentado en el umbral de su choza. Bajo la visera de su kepis cosaco sus ojos observaban a Nagulnov, que trataba de montar a caballo.

—¡Estás bueno! —dijo sonriendo—. El sol apenas se alza y tú ya no puedes levantar la pierna. ¿Con qué motivo has empinado el codo tan temprano? ¿Es fiesta hoy?

—Claro que es fiesta, abuelo Fedor —le respondió un vecino apareciendo detrás del cercado—. Hoy es Santa Juerga y se anda en procesión por las tabernas.

—Sí, ya veo —sonrió—. La verdad es que no hay nada tan fuerte como el vino. Fíjate, cómo le tira de la silla.

Nagulnov rechinó los dientes, y tocando apenas el estribo con la punta de su bota, saltó sobre la silla lo mismo que un pájaro.

XXXIII

Aquella mañana, veintitrés carros koljosianos de la aldea de Iarski llegaron a Gremiachi-Log.

Bannik los encontró cerca del molino de viento. Con un lazo al hombro, iba a buscar a su yegua. Cuando el primer carro llegó junto a él, saludó:

—¿Vivís bien, ciudadanos cosacos?

—Gracias a Dios —respondió un cosaco de barba negra, que guiaba unos caballos de cortas colas.

—¿De dónde venís?

—De Iarski.

—¿Cómo es que vuestros caballos no tienen colas? ¿Por qué los habéis estropeado así?

—¡Tpr, tpr!... La cola cortada, sí, pero sin embargo hacen de las suyas... ¿Por qué nuestros caballos no tienen cola, dices? Se las hemos cortado para entregárselas al Estado. Las mujeres, en la ciudad, espantarán las moscas en ellas. ¿Tienes tabaco, amigo? A nosotros, sabes, no nos sobra.

Diciendo esto, el cosaco echó pie a tierra. Los carros que le seguían se detuvieron también.

Bannik sentía ya haber entablado conversación. Sacó su bolsa de tabaco de mala gana al ver que cinco hombres se acercaban haciendo tiras un papel de periódico para liar con él cigarrillos.

—Me vais a dejar sin tabaco —gruñó el avaro Bannik.

—Ahora hay koljós. ¿Sabes? Todo debe ser común —dijo severamente el barbudo.

Y como si se tratara de su propia petaca, sacó un buen pellizco de tabaco.

Se pusieron a fumar.

Bannik se metió apresuradamente la petaca en el bolsillo del pantalón. Sonreía, mirando con una lástima desdeñosa a los caballos, cuyas colas habían sido cortadas casi de raíz. Las moscas primaverales, ávidas de sangre, devoraban a los

caballos, se posaban sobre sus flancos brillantes de sudor, sobre sus pescuezos depilados por el collarón.

Maquinalmente, los animales movían la cola para espantar a las moscas, pero los lastimosos muñones, desprovistos de crines, no le servían para nada.

—¿Qué señalan con la cola? —preguntó Bannik en son de burla.

—¡Hombre, al koljós!... Eso no cambia... ¿Y por aquí no las han cortado aún?

—Sí, pero dos centímetros solamente.

—Fue el presidente de nuestro Soviet el que dio la orden. Se ganó un premio... Pero cuando vengan los tábanos, se perderán los caballos. Bueno, vámonos. Gracias por el tabaco. Ahora se siente uno mejor... Lo que uno ha sufrido durante el camino sin fumar... no hay palabras para decirlo...

—¿A dónde vais?

—A Gremiaehi.

—A nuestro pueblo entonces. ¿Y para qué?

—Vamos a buscar semillas.

—¿Eh?... ¿Cómo es eso?

—Orden del radio. Vamos a recoger en vuestro pueblo un fondo de semillas, cuatrocientos treinta puds...¡arre, arre!

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó Bannik.

Y echó a correr hacia el pueblo.

No habían llegado aún los carros a la Dirección del koljós, cuando ya media aldea sabía que los de Iarski habían venido a buscar semillas. Bannik no se había cansado de correr de granja en granja.

Primero se juntaron las comadres formando grupos en las callejuelas, charlatanas y chillonas como bandadas de perdices asustadas.

—Hija, se nos llevan el trigo.

—No tendremos para sembrar nosotros.

—Desgraciados que somos.

—Razón tenía la buena gente que decía que no debíamos llevar el trigo al granero común...

—¡Ah, si los hombres nos hubieran escuchado!

—Hay que decir a los hombres que no dejen llevarse el

—Nosotras mismas no lo permitiremos. ¡Hala, comadres, a los graneros! Nos armaremos con estacas y no dejaremos que toquen los candados.

Después aparecieron los cosacos y la conversación siguió en el mismo tono. De una calle a otra, la multitud iba aumentando.

Mientras tanto, Davíдов recorría la nota del presidente de la Dirección agrícola del radio, que habían traído los de Iarski.

"Camarada Davíдов —escribía Lupetov— tienes en los graneros 73 quintales de trigo que no has entregado aún al stock. Haz el favor de entregar ese trigo (los 73 quintales) al koljós de Iarski, que no tiene semillas. He arreglado la cuestión con la oficina del "Soyuzjleb"⁽¹¹⁾.

En cuanto terminó de leer, Davíдов dio orden de entregar el grano.

Desde el patio de la Dirección del koljós los carros de Iarski se encaminaron a los graneros. Pero la muchedumbre obstruía la calle. Unos doscientos cosacos, entre hombres y mujeres, rodearon los carros.

—¿A dónde vais?

—¿A cogernos nuestro trigo? ¡El diablo os ha traído!

—¡Media vuelta a la derecha!

—No os llevaréis nada.

Ushakov fue en busca de Davíдов. Este acudió al trote.

—¿Qué ocurre ciudadanos? ¿Qué significa esta aglomeración?

—¿Por qué les das nuestro trigo a los Iarski? ¿Lo habíamos guardado allí para ellos?

—¿Quién te ha dado este derecho?

—Y nosotros, ¿con qué vamos a sembrar?

Davíдов se subió a la base saliente del granero más próximo y explicó con voz tranquila, que por orden de la Dirección agrícola del radio, entregaba no el grano de sementera sino el remanente del stock.

—Ciudadanos, no temáis nada. Nadie tocará a nuestro trigo. Y en vez de vagabundear mascando semillas de girasol,

deberíais ir al campo. No olvidéis que los jefes de brigada apuntan a los que faltan. A esos se les impondrá una multa. Parte de los cosacos se marcharon de la calle. Muchos, tranquilizados por la declaración de Davidov se volvieron al campo. El dispensero se puso a entregar el grano a los de Iarski.

Davidov se fue a la Dirección. Pero, al cabo de media hora, se efectuó un cambio brusco en el humor de las mujeres que continuaban montando la guardia cerca de los graneros. Ostrovnov había contribuido insinuado a algunos cosacos: —Davidov miente. Se están llevando las semillas, el koljós sembrará, pero lo que han entregado los individuales eso se lo darán al koljós de Iarski.

Las mujeres se agitaron. Bannik, Demid, el viejo Donetskov y otros treinta cosacos, después de haberse puesto de acuerdo, se aproximaron a la báscula.

Hablando en nombre de todos. Donetskov declaró:

—¡Pues no, el grano no sale de aquí!

—No te pedimos a ti permiso —gruñó Ushakov.

Se afrentaron de palabra unos y otros. Los de Iarski tomaron la defensa de Ushakov. El cosaco de la barba negra, a quien Bannik acababa de dar tabaco, se alzó en su carro jurando y blasfemando. Luego se puso a clamar con voz tronante:

—¡Ahora os ponéis en contra del Poder! ¿De qué tenéis que acusarnos?... Hemos hecho cuarenta kilómetros para venir aquí y ahora vosotros no queréis entregar el trigo del Estado... ¿Sabéis lo que os digo? Que está llorando amargamente la Guepeú por vosotros... Debían mandaros a Solovki, ¡so cerdos! Sois como el perro del hortelano; no coméis vosotros y no dejáis comer a los demás. ¿Por qué no estáis en el campo? ¿Es día de fiesta para vosotros?

—¿Qué te pasa a ti? ¿Te molesta la barba? ¡Pues te la vamos a peinar!... ¡Y verás que pronto! —aulló Akim el Joven, que avanzaba hacia el carro arremangándose la chaqueta.

El barbudo cosaco de Iarski había saltado a tierra. Sin subirse las mangas de su blusa desteñida por el sol, acogió a su adversario con tan fuerte puñetazo en la mandíbula que Akim fue despedido unos dos metros, empujando con sus

espaldas a la gente y agitando los brazos como un molino de viento. Se entabló una pelea como no la había visto Gremiachi desde hacía ya mucho tiempo. Los de Iarski se llevaron más de lo justo. Derrotados, dejaron allí plantados los sacos de trigo, montaron en los carros y dando latigazos a los caballos, se abrieron paso entre la muchedumbre de chillonas comadres.

Desde ese momento una ola de inquietudes recorrió Gremiachi-Log.

Querían coger a Ushakov para quitarle las llaves, pero éste, inteligente, se había escabullido durante la camorra y había corrido a la Dirección.

—¿Dónde esconder las llaves, camarada Davidov? Los nuestros están zurrando a los de Iarski... Lo probable es que luego vengan a zurrarnos a nosotros.

—Dámelas —dijo Davidov tranquilamente.

Cogió las llaves, se las metió en el bolsillo y se dirigió a los graneros.

Mientras tanto las mujeres habían sacado del Soviet a Andrei Razmetnov y gritaban a voz en cuello:

—¡Convoca la reunión!

Andrei intentó hacerlas entrar en razón:

—Vamos, vamos mujercitas... madrecitas... queridas comadres... ahora no es tiempo de mítines. Lo que hay que hacer ahora es sembrar y no mitinear. ¿Para qué sirve un mitin? Es una palabra de soldado. Antes de pronunciarla hay que haber pasado tres años en las trincheras. Hay que haber estado en la guerra, hay que haber alimentado piojos... Y solamente después puede hablarse de mitin...

Pero nadie le escuchaba. Agarradas a sus pantalones, a las mangas de su blusa, las mujeres lo arrastraban hacia la escuela, clamando:

—No queremos mojarnos en las trincheras.

—¡No queremos ir a la guerra!

—Abre la sesión o la abriremos nosotras.

—¡Mientes, cochino!... Bien puedes... Eres el presidente. Tú puedes.

Andrei trataba de rechazar a las comadres, se tapaba las orejas, intentaba gritar más fuerte que ellas:

—¿Os vais a callar, malditas? ¡Apartaos un poco! ¿Con qué motivo pedís un mitin?

—Con motivo del trigo... Es del trigo de lo que queremos hablarte.

Andrei se vio obligado a anunciar:

—Se abre la sesión.

—¡Pido la palabra! —exigió la viuda Ekaterina Guliaschaia.

—¡Habla, y que el diablo te lleve!.. .

—¡Que te lleve a ti!... ¡Ten cuidado no vaya a ser que te dé un golpe! ¿Quién te ha permitido, señor presidente, vender así nuestro trigo, ¿eh? ¿Quién te ha dado orden de entregárselo a los de Iarski y para qué pregunto yo?

La Guliaschaia, en jarras, el busto hacia adelante, esperaba la respuesta.

Andrei hizo un gesto como si asustara a una mosca importuna y respondió: El camarada Davídov os lo ha explicado con toda su autoridad y si he abierto la sesión, no es para oír esas tonterías sino porque es preciso, amables ciudadanos —Andrei lanzó un suspiro— que combatamos con todas nuestras fuerzas a los ratones campestres...

La maniobra de Andrei no tuvo éxito.

—¡Qué ratones ni que ocho cuartos!

—Aquí no tienen nada que ver los ratones .

—Devuélvenos nuestro trigo.

—¡Miren al charlatán!... ¡Ahora la toma con los ratones! ¿Y quién va hablarnos del grano?

—Sobre eso ya está dicho todo.

—¿Todo?... ¿Estás seguro? Devuélvenos nuestro trigo.

Las mujeres, capitaneadas por la Guliaschaia, avanzaron hacia el tablado. Andrei estaba en pie, junto a la concha de hoja de lata del apuntador. Miraba a las comadres con aire burlón, pero en el fondo sentía cierta inquietud: y es que tenía un aire feroz la muchedumbre de cosacos que se apretujaba en la sala, tras los blancos pañuelos de las mujeres, que parecían un campo de margaritas.

—Tú calzas botas en invierno como en verano, mientras nosotros no podemos ni comprarnos unas chancletas.

—¡Está hecho todo un comisario!...

—No hace tanto tiempo que llevaba aún los calzones del difunto de Marina.

—¡Ese está echando mantecas!

—¡Vamos a descalzarle, comadres!

Los gritos crepitaron como un tiroteo. Unas decenas de mujeres se agruparon al lado del mismo escenario. Fue inútil que Andrei tratase de restablecer el orden: su voz se perdió en el tumulto.

—¡Quitarle las botas! ¡ Hala, comadres, manos a la obra!

Instantáneamente una multitud de brazos se tendió hacia el escenario. Cogieron a Andrei por la pierna izquierda. El, palideciendo de cólera, se agarró a la concha del apuntador. En un abrir y cerrar de ojos le arrancaron la bota, que salió disparada hacia el fondo de la sala. Centenares de manos la atrapaban al paso, la tiraban aún más lejos. Una risa unánime, pero maligna, flotaba en el aire. Desde las últimas filas resonaron voces masculinas aprobatorias.

—¡Descalzarle!

—Que se pasee un poco así...

—¡La otra bota!

—¡Hala comadres! ¡Duro con él!

Le arrancaron la otra bota a Andrei. El se sacudió de los pies las bandas de tela y dijo a gritos:

—A lo mejor necesitáis eso también... Tomad... A alguno le servirá para limpiarse las narices...

Dando codazos se acercaban a la escena unos cuantos muchachos. Uno de ellos, Efim Trubachev, campesino individual, fuerte mozo de gruesos labios, de estatura elevada, se abrió paso entre las mujeres y subió al escenario.

—No necesitamos tus peales —dijo sonriendo y respirando pesadamente—. Pero los pantalones, presidente, te los vamos a quitar...

—Es que andamos faltos de pantalones. La gente pobre no los tiene. No hubo para todos con los de los kulaks —corroboró otro más joven y más pequeño de talla, pero de aire más avispado y atrevido.

Dimok, que así se llamaba, tenía el pelo asombrosamente rizado. Su melena de karakul, de un rubio ceniciento,

brotaba rebeldemente bajo el borde de su viejo kepis cosaco, como si el peine no la hubiera tocado jamás.

El padre de Dimok había sido muerto durante la guerra con Alemania; a su madre se la había llevado el tifus. El pequeño Dimok había crecido bajo la tutela de su tía. Desde su más tierna edad había robado pepinos y rábanos en los cercados ajenos; cerezas y manzanas en los huertos; las sandías las robaba por sacos. Cuando fue grande, se dedicó a deshonar a las chicas del pueblo y se había hecho en esta carrera una reputación tan deplorable y extendida que no había mujer en Gremiaehi, madre de alguna muchacha joven, que pudiera ver pasar con ojos indiferentes su silueta pequeña, pero bien formada, esbelta como la de un gavilán. Cualquiera que fuese, le echaba una mirada de reojo y nunca se olvidaba de escupir con desprecio, diciendo:

—¡Ya está ahí ese demonio de ojos blancos! Siempre rondando, siempre rondando como un perro vagabundo por la aldea...

Y a su hija:

—¿No has acabado aún de mirarle?... ¿Qué haces ahí en la ventana? ¡Tráeme algo en la falda y verás! Te estrangularé con mis propias manos. Hala, vete a buscarme leña para el fuego, desgraciada, y luego corre a buscar la vaca.

Dimok, con sus chinelas llenas de agujeros, avanzaba sin hacer ruido, silbando quedamente entre dientes. Afectando un aire despreocupado, marcha a lo largo de las tapias y de las empalizadas. Entornando sus curvas y brillantes pestañas, sondea con la mirada las ventanas y los patios. Que asome por cualquier parte la pañoleta de alguna jovencita y nuestro Dimok, de perezoso y desgarrado que parecía, se metamorfosea: con movimiento breve y preciso, como un pájaro de presa, vuelve la cabeza, endereza el cuerpo. Pero no es crueldad lo que refleja su clara mirada sino dulzura y una ternura sin límites. En este instante hasta sus ojos parecen cambiar de color: se ponen azules, de un azul profundo como el cielo de julio.

—Pektiyshka, encanto mío, esta noche, cuando todo quede a oscuras, estaré en el trascorral.» ¿Dónde dormirás esta noche?

—Déjame en paz con tus tonterías! —responde la chica, echando a correr, con aire severo, inaccesible.

Con una sonrisa de comprensión en los labios, Dimok la mira alejarse y luego se marcha.

A la puesta del sol, cerca de los cobertizos colectivizados, toca el acordeón, —el instrumento de su amigo deportado Timofei Damaskov.

Pero en cuanto las sombras envuelven los jardines y las arboledas, en cuanto callan las voces de los hombres y los mugidos de los animales, Dimok sigue sin apresurarse la callejuela que va a la granja de Fekta.

Por encima del melancólico zumbido de los álamos, la luna, tan solitaria y tan carirredonda como Dimok, vaga sobre la aldea silenciosa.

Pero las muchachas no eran la única alegría en la vida de Dimok: le gustaba también el vodka y todavía más, las peleas. Allí donde la gente se explicaba a puñetazos Dimok no podía faltar.

Al principio observaba con las manos fuertemente anudadas a la espalda y la cabeza hundida entre los hombros. Luego sus rodillas empezaban a temblar con pequeñas y frecuentes sacudidas. Poco a poco este temblor se hacia irresistible y Dimok, incapaz de dominar la pasión que se apoderaba de él, entraba en batalla.

Hacía los veinte años le habían roto ya media docena de dientes. Más de una vez le habían golpeado tanto que perdía la sangre a chorros. Le zurraban por haber engañado a las chicas, por haberse metido, sin que nadie le invitase, en disputas que generalmente se arreglan a puñetazos. Dimok tosía, escupía sangre, se quedaba un mes acostado sobre la estufa, en casa de su tía, que no paraba de llorar, y luego reaparecía en los juegos.

Y con un fulgor más insaciable aún brillan los azulados ojos de Dimok y sus dedos corrían más ágiles por las teclas del acordeón. Solamente su voz, después de la enfermedad, era más sorda y más ronca, como el resuello de los gastados fuelles de un viejo acordeón.

Pero desalojar la vida del cuerpo de Dimok era cosa difícil: era más duro de matar que un gato. Le habían expulsado

de la J. C, le habían juzgado por escándalos y por incendio. Varias veces Andrei Razmetnov le había arrestado y le había hecho pasar la noche en el cobertizo del Soviet. Desde hacía tiempo Dimok sentía hacia él una cólera intensa. Hoy, juzgando el momento propicio, subía al escenario para arreglarle las cuentas.

Poco a poco se fue acercando a Andrei. Sus rodillas temblaban, lo cual daba la impresión de que avanzaba danzando.

—¡Los pantalones son para nosotros! —dijo dando un resoplido—. ¡Hala, quítatelos!

La ola de mujeres habían inundado el escenario. Una multitud de muchos brazos rodeaba a Andrei, le echaba el aliento en la cara, en la nuca, lo aprisionaba en un círculo herméticamente cerrado.

—Yo soy el presidente —gritó Andrei—. Insultarme es insultar al Poder soviético. ¡Atrás!... No os permitiré tocar el trigo. Se levanta la sesión.

—Con nuestro trigo haremos lo que nos dé la gana.

—¡Jo jo, ha levantado la sesión!

—La abriremos nosotros.

—Vamos a buscar a Davíдов... Le sacudieron también las pulgas.

—Hala, a la Dirección.

—Hay que encerrar a Razmetnov.

—¡Duro con él, muchachos!

—No vale la pena de mirarle.

—Está contra Stalin.

—Hay que encerrarlo.

Una de las mujeres arrancó de la mesa el tapete rojo y, acercándose por detrás, encapuchó la cabeza de Andrei. Mientras se esforzaba en librarse del tapete que apestaba a tinta y a polvo, Dimok sin tomar impulso le arreó un puñetazo en la boca del estómago.

Habiendo al fin logrado descubrirse, Andrei, ahogándose de cólera y de dolor, sacó el revólver del bolsillo. De un salto las mujeres se echaron hacia atrás gritando. Pero ya Dimok, Efim Trubachev y otros dos cosacos habían subido al escenario y sujetándole por las muñecas lo habían desarmado.

—¡Quería disparar sobre la gente! ¡El hijo de mala madre! gritó alegremente Trubachev blandiendo por encima de su cabeza el revólver, cuyo cargador no contenía ni una sola bala.

* * *

Involuntariamente Davídov aflojó el paso al oír el continuo aullido, cargado de amenazas, que venía de los graneros. El estridente clamor de las mujeres subía a las alturas dominando las voces graves de los hombres y se oía a través de todo aquel alboroto, como durante el otoño en el bosque visitado por las primeras escarchas, se oyen los rabiosos ladridos de una perra de caza que corre con la jauría, en pos de las recientes huellas de la fiera.

"Habría que llamar a la segunda brigada; son capaces de llevarse el trigo", pensó Davídov.

Resolvió volver a la Dirección para ocultar las llaves. Ushakov, perplejo lo esperaba en la puerta.

—Me esconderé, camarada Davídov, porque van a echarse sobre mí pensando que tengo las llaves.

—Como quieras. ¿Dónde está Naidenov?

—En la segunda brigada.

—¿No hay aquí nadie de la segunda?

—Kondrat Maidannikov.

—¿Dónde está? ¿Qué hace ahí?

—Ha venido a buscar semillas. ¡Míralo!

Maidannikov se acercaba con paso rápido. Desde lejos, les hizo seña con su látigo, gritando:

"La gente a cogido a Andrei Razmetnov y lo ha encerrado en un sótano. Ahora se dirigen a los graneros. Escóndete, camarada Davídov... Una desgracia pronto ocurre... ¡Se han vuelto locos, palabra!

—¿Esconderme? ¡Tú sí que estás loco!... Anda, toma estas llaves y vuélvete corriendo a la brigada. Le dirás a Liubushkin que destaque catorce a quince hombres a caballo y que se presenten aquí al galope. Ya ves lo que pasa... Se arma el jaleo... Yo no quiero avisar al radio, nos las arreglaremos solos. ¿Has venido en carro?

—Sí.

—Desengancha un caballo y parte a escape.

—Voy.

Maidannikov se metió las llaves en el bolsillo y salió corriendo.

Davidov se dirigió lentamente a los graneros. La muchedumbre, esperándole, se había calmado un poco.

—Ya viene ahí ese bribón—, gritó una mujercilla histérica señalando a Davidov.

Pero él no se daba prisa. A la vista de todos, se detuvo para encender un cigarrillo, se volvió de espaldas al viento, encendió un fósforo.

—¡Ven aquí, ven aquí! Ya tendrás tiempo de fumar.

—¡En el otro mundo!

—¿Traes las llaves al menos?

—¡Claro que las trae!... El que tiene sarna se rasca...

Con las manos en los bolsillos y lanzando bocanadas de humo, Davidov se acercó a las primeras filas. Su aire tranquilo y seguro de sí mismo produjo un efecto doble en la muchedumbre: unos comprendieron que la fuerza, la superioridad, estaba de su parte; a otros les exasperó su calma aparente.

Los apostrofes tabletearon sin interrupción como el granizo sobre el tejado de zinc:

—¡Las llaves inmediatamente!

—¡A disolver el koljós!

—¡Fuera de aquí! ¡Nadie te ha llamado!

—Devuélvenos nuestro trigo.

—¿Por qué no nos dejas sembrar?

Una ligera brisa jugueteaba con los picos de los pañuelos atados, hacía susurrar las cañas que cubrían los tejados de los graneros y traía de la estepa el olor dulzón de la tierra que se secaba y el perfume aún no fermentado de los nuevos brotes.

El aroma de las yemas de los álamos era tan empalagosamente dulzón, que Davidov tuvo al hablar la sensación de que los labios se le pegaban; hasta creía sentir el gusto de la miel.

—¿Qué es esto, ciudadanos? ¿Desobedecéis las disposiciones del Poder soviético? ¿Por qué no habéis dado el trigo al koljós de Iarski? ¿No pensáis que tendréis que

responder ante el tribunal por este sabotaje de la campaña de siembra? ¿Es evidente que tendréis que responder. El Poder soviético no os lo perdonará.

—¡Al Poder soviético lo tenemos ahora encerrado con llave! Para cuidarlo mejor, lo hemos metido en un sótano —respondió Mirón Dobrodeev, campesino individual, un cosaco pequeño y cojo, aludiendo al prendimiento de Andrei.

Uno de los presentes soltó una carcajada, Bannik se adelantó y gritó furibundo:

—¡El Poder soviético no dicta lo que vosotros estáis haciendo aquí! El Poder soviético que inventáis vosotros dos, Na-gulnov y tú, nos trae sin cuidado... ¡Vamos, hombre! ¿Qué quiere decir eso de no dejar a los campesinos que siembren? ¿Qué significa? ¡Eso es una deformación de la línea del Partido!

—¿Acaso a ti te impedimos sembrar?

—¡Y tanto que sí!

—¿Has entregado las semillas al granero común?

—¡ Naturalmente!

—¿Te las han devuelto?

—Sí, ¿Y qué?

—¿Y qué? ¿Qué es lo que te impide sembrar entonces? ¿Qué haces aquí rondando los graneros?

Bannik, algo desorientado por el giro que tomaba la conversación, intentó salir de apuros:

—Si lo siento no es por mí... Lo siento por la pobre gente que se ha salido del koljós y que no puede recobrar lo suyo. ¡Eso es! Y por mi parte... ¡Bonita tierra me habéis adjudicado!, ¿Por qué fuiste a elegirla tan lejos?

Davídov no pudo aguantar más.

—Vete de aquí. Hablaré luego contigo. Y en los asuntos de koljós no metas la nariz si no quieres que te la cortemos... ¿Te dedicas a intrigar a la gente, eh? ¡Fuera de aquí, te he dicho!

Bannik, murmurando amenazas, se retiró. Las mujeres, unánimes, le reemplazaron. Se pusieron a chillar todas a la vez, sin dejar a Davídov decir ni una palabra. El trataba de hacer tiempo, esperando que Liubishkin llegase con la brigada, pero las comadres, estrechando el círculo,

chillaban hasta ensordecerlo, apoyadas por el silencio simpatizante de los cosacos.

Mirando alrededor, Davíдов descubrió a Marina Poiarkova. No lejos de allí, con sus potentes brazos, desnudos hasta el codo, cruzados sobre el pecho, discutía animadamente con las comadres, frunciendo sus cejas de ébano, que casi se juntaban en el arranque de la nariz. Davíдов advirtió la hostilidad de su mirada. A su lado Ostrovnov, con una sonrisa de expectación en los labios, murmuraba algo al oído de Demid.

—¡Las llaves! ¡Pronto! Te las pedimos por las buenas, ¿comprendes?

Una mujer cogió a Davíдов por el hombro y le metió la mano en el bolsillo del pantalón. Davíдов le dio un empujón. Ella saltó hacia atrás y cayendo de espaldas se puso a gritar con voz fingida.

—¡Ay!... ¡Me ha matado, me ha matado! ¡Buena gente, no dejéis que me asesinen!

—¿Qué es eso? —dijo desde las últimas filas una vocecita aguda y temblorosa. ¿Ahora nos pega? Darle en la cara, a ver si le estropeas el físico.

Davíдов se dirigió a la mujer que estaba en el suelo con intención de levantarla. Un puñetazo le mandó el kepis por los aires. Le dieron varios golpes en la cara y en la espalda, sujetándolo por los brazos. Davíдов, sacudiendo los hombros, se desasíó de las mujeres. Pero ellas, gritando, le arrancaron el cuello de la camisa y en un abrir y cerrar de ojos le registraron todos los bolsillos.

—No tiene las llaves.

—¿Dónde están?...

—¡Danos las llaves!... Si no, saltaremos los candados.

Toda sofocada, la madre de Mishka Ignatenok, una vieja majestuosa, se abrió paso hasta Davíдов. Blasfemando como un carretero, le escupió en el rostro.

—¡Toma! ¡ Por impío, por demonio!

Davíдов palideció. Estiró todos sus músculos para desasirse, pero no pudo conseguirlo: algunos de los cosacos habían venido al parecer en ayuda de las mujeres. Unas manos que parecían tenazas le sujetaban los codos a la espalda. Entonces Davíдов dejó de forcejear. Comprendió

que las cosas habían ido demasiado lejos, que ninguno de los presentes le defendería y cambió de táctica:

—Yo no tengo las llaves de los graneros, ciudadanos. Están en...

Davídov se mordió la lengua. Iba a decir que las llaves no estaban en su casa, pero se dio cuenta de inmediato de que en tal caso, la muchedumbre se precipitaría en busca de Usha-kov, lo encontraría sin duda y entonces ¡pobre de él! "Voy a decirles que las llaves están en mi casa, en mi cuarto, haré como que las busco y luego diré que las he perdido. Liubishkin tendrá tiempo de llegar. En cuanto a matarme no creo que se atrevan... ¡Bueno, después de todo, que se vayan al diablo!"

Guardó silencio un momento, secándose con el hombro la sangre que brotaba de su mejilla desollada y luego dijo:

—Las llaves están en mi casa, en mi domicilio. Y si rompéis los candados, responderéis ante las leyes. Ya estáis prevenidos.

—Llévanos a tu casa. Las llaves las cogeremos nosotras mismas —insistió la madre de Ignatenok.

La emoción hacía temblar sus flácidas mejillas y la verruga que tenía en la nariz. Por su rostro arrugado corría continuamente el sudor a chorros. Ella fue la primera en empujar a Davídov. Este marchó sin hacer resistencia, pero con paso lento, en dirección hacia su casa.

—¿Pero las llaves están allí de seguro? ¿No te has olvidado a lo mejor de dónde las has puesto? —preguntaba Avdotia, la mujer de Bannik.

—Están allí, están allí, comadre —afirmaba Davídov, bajando la cabeza para ocultar una sonrisa.

Cuatro mujeres lo sujetaban por el brazo. Otra marchaba detrás con una enorme estaca. Por la derecha, toda furiosa, iba dando pasos de hombre la vieja Ignatenok y por la izquierda, en pequeños grupos se desparramaban las demás comadres. Los cosacos habían quedado cerca de los graneros esperando las llaves.

—Vaya, soltadme. No me escaparé —rogó Davídov.

—¡El diablo lo sabe, tal vez te escapes!

—Nada, no te apartas de nosotras. Así vemos más tranquilas.

Llegadas a la casa de Davidov, las mujeres derribaron el portillo y el vallado de cañas y se precipitaron en el patio.

—Vete a buscar las llaves o llamamos a los cosacos... ¡Esos te hundirán pronto las costillas!

—¡Ay, comadres, poco habéis tardado en olvidar el Poder soviético! pero él no os perdonará.

—¿Qué nos importa a nosotras?... Morirse de hambre en el otoño por no haber tenido qué sembrar o acabar de una vez da lo mismo... Anda, anda, vete a buscar las llaves.

Davidov entró en su cuarto. Sabiendo que le observaban, hizo que buscaba con gran cuidado. Revolvió todo lo que tenía en la maleta y en el armario, sacudió los papeles, miró debajo de la cama, debajo de la mesa...

—¡No están! —declaró reapareciendo en los escalones de la puerta.

—¿Y dónde han ido a parar?

—Seguramente las tiene Nagulnov.

—¡Pero si él se ha marchado!...

—Se ha marchado, pero ha podido dejar las llaves. ¡Y seguramente que las habrá dejado! Hoy teníamos que distribuir grano en la segunda brigada.

Lo llevaron a casa de Nagulnov. Por el camino empezaron a pegarle. Al principio las mujeres se contentaban con empujarle y con insultarle. Luego, furiosas porque él no cesaba de reír y de bromear, le golpearon con todas sus fuerzas.

—¡Ciudadanitas! ¡Mis queridas cortejadoras!, no me peguéis con palos al menos —suplicaba él, pellizcando a las aldeanas más próximas.

Y agachaba la cabeza esforzándose en sonreír. Ellas le pegaban sin compasión, haciendo resonar sus anchas espaldas a cada golpe. Davidov, se contentaba con toser; se sacudía y, a pesar del dolor, seguía tratando de bromear.

—¡Vamos, abuela! Tienes ya un pie en la sepultura y aún andas a puñetazos. Déjame que te dé uno tan solo, ¿eh?

—¡Bruto insensible! ¡Pedazo de roca! —gritaba casi llorando la joven Nastenka Donetskova que martilleaba sin cesar las espaldas de Davidov con sus puños minúsculos, pero firmes.

—¡Me he destrozado las manos a fuerza de pegarle, y, él tan tranquilo!

Sólo una vez murmuró severamente Davídov entre dientes: —¡No pegar con palos! —y arrancó de las manos de una mujer una rama seca de sauce, rompiéndola contra sus rodillas. Tenía una oreja desgarrada, la boca y la nariz llenas de

sangre. Pero seguía sonriendo con sus labios hinchados. Con

la menor violencia posible, rechazaba a las mujeres, que con mayor rabia le asediaban.

La vieja Ignatenok, con su siniestra verruga, se encarnizaba con él. Le golpeaba haciendo daño, tratando de alcanzarle entre los ojos o en las sienes. No daba como las otras, sino con el revés del puño, con las falanges de sus dedos crispados. En vano Davídov le volvía la espalda. Resoplando, la vieja empujaba a sus compañeras y corría a plantarse ante su víctima gritando con voz ronca:

—¡Dejadme que le dé en los morros! ¡En los morros!

"Espera, sapo del diablo —pensaba Davídov, acometido por una rabia fría, evitando los golpes—. En cuanto aparezca Liubishkin, verás cómo te arreglo las cuentas... ¡Vas a dar más vueltas que una peonza!

Pero Liubinshkin y sus hombres seguían sin llegar.

Se acercaban a casa de Nagulnov. Esta vez, al mismo tiempo que Davídov, entraron varias mujeres en el cuarto. Lo revolvieron todo, papeles, libros ropas; fueron a buscar las llaves hasta en las habitaciones del dueño de la casa. No habiendo encontrado nada, sacaron a Davídov, dándole puñetazos, a los escalones de la puerta.

—¡Las llaves o te matamos!

—Ostrovnov debe tenerlas —contestó Davídov acordándose del administrador a quien había visto, con una sonrisa maligna en los labios, entre la muchedumbre apiñada cerca de los graneros.

—¡Mientes! Le hemos preguntado ya, y dice, que las llaves deben estar en tu casa.

Davídov se tocó con los dedos las narices terriblemente hinchadas y sonrió dulcemente.

—Queridas ciudadanitas me habéis pegado sin motivo...

Las llaves están en la Dirección, en mi mesa... Ahora me acuerdo perfectamente.

—¡Se burla de nosotras! —berreó Ekaterina Guliaschaia, que venía de los graneros.

—No tenéis más que llevarme allí, hablo en serio... Pero no hay que pegarme más, ¿eh?

Davídov bajó los escalones. La sed le atormentaba y una rabia imponente le sacudía todo el cuerpo. Golpeado, sí, le habían golpeado, pero no mujeres... Esto le desconcertaba.

"Todo menos caerme, porque sino se enfurecerían y ¡quien sabe! serían capaces de rematarme...! ¡Y sería una muerte tan estúpida!", pensaba, dirigiendo sus ojos esperanzados hacia la colina. Pero no se descubrían nubes de polvo levantadas por los cascos de los caballos, ni jinetes que llegasen en tropel. El camino de la colina, que se extendía hasta el lejano túmulo, continuaba desierto...

Las calles de la aldea estaban también desiertas. Todo el mundo se había reunido alrededor de los graneros, desde donde llegaba el sordo murmullo de una multitud de voces. Antes de llegar a la Dirección, Davídov, había sido golpeado de tal modo que apenas podía sostenerse en pie. No tenía ya fuerza para bromear, cada vez tropezaba más a menudo y también con mayor frecuencia se llevaba las manos a la cabeza, suplicando con voz sorda!

—¡Basta! Vais a matarme... ¡En la cabeza, no!... ¡Yo no tengo las llaves! ¡Me pasearíais así hasta la noche y sería inútil!... ¡No os las daría!

—¿Sí, eh? ¿Hasta la noche? —aullaban las mujeres exasperadas.

Y de nuevo se agarraban a Davídov como sanguijuelas. Le arañaban, le pegaban y hasta le mordían.

Cerca de la Dirección del koljós, Davídov se sentó sobre el borde del camino. Su camisa estaba salpicada de sangre sus pantalones, demasiado cortos, deshilachados, tenían las rodillas completamente desgarradas. El cuello, al ser arrancado, había dejado al descubierto el tatuaje de su bronceado pecho. En esta situación, sin poder apenas respirar, Davídov estaba que daba lástima verlo.

—¡Anda, perro! —gritaba dando patadas la madre de Ignatenok—. ¡No te quedes ahí!

—Pensar que por vosotros, canallas, hacemos todo esto— dijo de pronto Davídov con voz clara, echando una mirada alrededor—. ¡Por vosotros!... Y queréis matarme... ¡Ah, canallas!... ¡No tendréis las llaves, no las tendréis!... ¿Habéis oído?

Una muchacha acudió gritando:

—¡Dejadlo!... Los cosacos han saltado ya los candados y están repartiendo el trigo...

Las mujeres, abandonando a Davídov en la puerta de la Dirección, se precipitaron hacia los graneros.

Davídov hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse, entró en el patio, subió a los escalones un cubo de agua templada. Bebió ávidamente, luego se mojó la cabeza. Dando gemidos, se lavó la sangre que le cubría la cara y el cuello, se secó con una gruesa tela que estaba colgada en la barandilla y se sentó en uno de los escalones.

En el patio no había alma viviente. Sólo se oía el cloqueo inquieto de una gallina. Encaramada en el fondo de la jaula de un estornino, cantaba una alondra negra, con la cabeza echada hacia atrás. Desde la estepa llegaban los silbidos de los ratones campestres. Ligeras nubes de color lila ocultaban el sol. Y, sin embargo, el aire era bochornoso, hasta tal punto, que los gorriones que pululaban por el patio, entre un montón de ceniza, se quedaban inmóviles, con el cuello estirado, agitando de cuando en cuando el minúsculo abanico de sus alas abiertas.

De pronto, Davídov oyó el golpe sordo y suave del galopar de un caballo. Levantó la cabeza: un alazán ensillado, con la grupa baja, entró en plena carrera por la puerta. Dio una vuelta brusca, hundiendo el suelo con las patas traseras y resoplando dio la vuelta por el patio dejando caer de sus quijadas blancos jirones de espuma. Frente a la puerta de la cuadra se detuvo, olfateó la tierra.

Traía las riendas colgando y rota la lujosa brida incrustada de plata. La silla se le había subido a las crines, las correas del pretal se le habían soltado y le rozaban los cascos. Sus flancos jadeaban con ritmo acelerado, las narices rosadas

se le dilataban con la respiración anhelosa. Entre los mechones enmarañados de su crin se habían prendido bolas de bardana rojiza del año pasado.

Davídov miraba al caballo con aire de asombro, en este momento rechinó la puerta del henil y apareció la cabeza del tío Chukar. Instante después abrió con extrema prudencia y se presentó él mismo mirando medrosamente a todos lados.

Pajillas de heno cubrían la camisa empapada en sudor de Chukar. Su barba lanuda estaba erizada de tallos de bistorta, de briznas de hierba, de hojas secas, de amarillentas florecillas. La cara, de un rojo cereza, delataba un terror indecible. El sudor le corría por las mejillas desde las sienes hasta la barba...

—Camarada Davídov —dijo en un murmullo de súplica, acercándose de puntillas a los escalones —¡escóndete, por amor de Dios! Ya han empezado a robar y eso quiere decir que luego llegarán al asesinato. ¡Cómo le han dejado! No se le puede ni reconocer. Yo me enterré en el heno... Se ahoga uno, se suda a chorros, pero el corazón está más tranquilo... Venga conmigo, nos esconderemos los dos, mientras pasa la borrasca. Porque es horrible estar solo... ¿Y para qué sirve dejarse matar? ¿Para qué? ¡Escucha cómo rezongan las comadres!... Verdaderos abejones... ¡Así se les seque la boca! Por lo que veo, también han debido zumbarle a Nagulnov. El caballo que ha entrado es el suyo. Lo había cogido esta mañana para ir a la stanitsa. Al pasar la puerta dio un tropezón. "Vuélvete a casa, Nagulnov —le advertí yo—. ¡Mira que es mala señal!" ¿Pero escuchará ese alguna vez a un hombre sensato? ¡Jamás! El no hace más que lo que se le pone en la cabeza. En fin, ahora lo han matado. Y si hubiera vuelto, podría haberse escondido la mar de bien.

—¿Entonces tal vez esté ahora en casa? —Preguntó Davídov titubeando.

—¿En casa? ¿Entonces por qué ha vuelto el caballo sin jinete y por que ronca como si oliera a cadáver? Las señales esas las conozco, demasiado bien que las conozco. Está claro: al volver del radio habrá visto que saqueaban los graneros, y como es vivo de genio, se lanzaría contra la turba, y no había necesitado más, eso es.

Davídov se callaba. Por la parte de los graneros seguía oyéndose un tumulto de voces, el rechinar de los coches y el estrépito de las ruedas de los carros.

"Se están llevando el trigo —se dijo Davídov— ¿Qué le habrá ocurrido a Nagulnov? ¿Es posible que lo hayan matado? Voy a ver". Y se puso en pie.

El tío Chukar, pensando que Davídov había decidido ocultarse con él en el henil, se apresuró:

—¡Hala, vamos!... Porque si alguno de esos diablos viene por aquí y nos encuentra juntos, nos la ganamos. Esa gente no teme nada... En el henil se está muy bien. El olor del heno es ligero, agradable. Yo me quedaría un mes si tuviera qué comer. Sólo que el endemoniado chivo me sacó del escondrijo. ¡Lo hubiera matado a ese gandul! Cuando oí decir que las mujeres estaban saqueando el koljós y que a usted le mareaban por lo del trigo, me dije: "Amigo Chukar, vas a perecer por una futesa, por menos de nada". Es que las mujeres, todas hasta la última, saben que sólo nosotros dos, camarada Davídov, tenemos la plataforma desde la revolución y que nosotros somos los que inventamos el koljós y los que expropiamos a Borodín. ¿A quién van ellas a matar primero? ¡A mí y a usted, naturalmente! "Esto va mal —me digo—, hay que esconderse porque si matan a Davídov y luego me matan a mí, ¿quién va a contar la muerte de Davídov al juez de instrucción?" De modo que sin pensarlo más me hundo en el heno, tapándome cabeza y todo y me quedo allí, quietecito, que ni siquiera me atrevo a respirar. De pronto siento que alguien sube por el montón de heno. Y que estornuda a causa del polvo. "¡Madre querida! Ya está. Me buscan, no puede ser menos", pienso yo y el otro trepa que te trepa. Ya me pisa la barriga, pero yo ni moverme... De miedo siento que el alma se me separa del cuerpo, pero sigo quieto y; ¡qué iba a hacer si no podía yo esconderme más! Hasta que al fin siento un pisotón en el cuello. Saco la mano, y ¡zas! atrapo una pezuña y toda lanuda. Se me erizan los pelos; la piel parecía que se me despegaba del cuerpo... Tenía tal canguelo que no podía respirar. "¡Es el diablo"!, me dije yo al tentar la pata peluda. El henil está muy oscuro... Y ya sabes que todas las porquerías buscan

la oscuridad. "Sin duda va a pisotearme —pensaba yo— y aquí perezco. Más me hubiera valido ser asesinado por las mujeres". ¡El miedo que pasé! Otro en mi lugar. Bueno, a un miedoso cualquiera se le revienta el corazón, o las tripas. Esos tipos la diñan súbitamente de espanto. Yo no sentí más que un ligero estremecimiento y no me moví. Luego siento la peste del chivo y entonces recuerdo que el de Borodín vivía en el henil. ¡Me había olvidado del maldito bribón! Miro, y en efecto, era el chivo de Borodín que estaba allí pisoteando el heno, buscando salvia, mordisqueando tallos de ajeno. Entonces, yo, naturalmente, me levanto, y... ¡La paliza que le di! Lo arrastré al pobre-cito tirando de la barba y como pude. "¡La que te vas a ganar, demonio barbudo, por venir a revolver el heno cuando el pueblo está soliviantado, no patees en vano, diablo hediondo". Y zas, zas, estaba tan furioso que quería matarlo allí mismo... Porque aunque sea un animal debe comprender las cosas y hay momentos en que uno puede hacer piruetas en el heno y otros en que hay que estarse quieto... ¿A dónde se va, camarada Davídov?

Sin responder, Davídov pasó por delante del henil y se dirigió hacia la puerta cochera.

—¿A dónde va? —repitió el tío Chukar espantado.

Se acercó a la valla y vio a Davídov que como empujado por un viento violento, se dirigió hacia los graneros comunes, con paso rápido si bien, poco seguro.

XXXIV

Al borde de la carretera se eleva un túmulo. Sobre su cima lamida por los vientos gimen tristemente las matas de ajenjo y coronilla del año anterior. Las mechas rojizas del tatarik se inclinan tristemente hacia el suelo. Desde arriba hasta abajo no se ven más que matas amarillas y vaporosas de estipa. Descoloridas por el sol y el mal tiempo, tristes y opacas, extienden sobre la antigua tierra eflorcida sus tallos fibrosos y hasta en primavera, entre el radiante florecer del campo, tienen un aire avejentado, marchito y caduco y tan sólo durante el otoño fulguran y resplandecen con su altiva blancura helada. Y tan sólo en otoño, el túmulo, tomando un aire majestuoso, se viste su armadura de plateadas escamas y parece guardar la estepa.

En verano, al crepúsculo de la tarde, un águila de la estepa, lanzándose desde una nube, viene a posarse sobre la cima. Batiendo las alas se deja caer sobre el túmulo, da torpemente dos o tres saltitos y comienza a limpiar con su corvo pico el negro abanico de sus alas extendidas, su buche cubierto de plumas color herrumbre. Después, soñolienta, se queda inmóvil, la cabeza hacia atrás, mirando el cielo eternamente azul con sus ojos de ámbar engastados en negro. Como un bloque inmóvil de piedra preciosa, color pardo amarillento, el águila descansa antes de la caza nocturna. Luego se despega ligeramente del túmulo y echa de nuevo a volar. Antes de la puesta de sol, se verá más de una vez la sombra gris de sus alas reales surcar la estepa, ¿Hacia donde la llevarán las ásperas brisas de otoño? ¿A las montañas azules del Cáucaso? ¿A la estepa de Mugan! ¿Quizás a Persia? ¿Tal vez al Afganistán?

En invierno, cuando el túmulo sepulcral se cubre con su manto de armiño de nieve, todas las mañanas, entre la bruma azulada que precede a la aurora, aparece sobre la cumbre un viejo zorro. Quieto allí, con una inmovilidad de muerte, parece esculpido en mármol amarillo, de Carrara.

Su rojiza cola descansa sobre la nieve malva, su hocico puntiagudo, de fauces de un negro ahumado, está tendido al viento. En este instante, solamente su nariz de ágata húmeda vive en el mundo de variados perfumes, dilatando sus aletas estremecidas, para aspirar ávidamente el olor dulzón de la nieve, la amargura inextinguible del ajeno agostado por el frío, el alegre olor del estiércol de la cercana carretera y el aroma perturbador, apenas perceptible, de una nidada de perdices oculta entre lejanas hierbas.

El olor de aquellas aves encierra tantos matices compactamente mezclados que el zorro, para saciar el olfato, tiene que bajar del túmulo y sin levantar las patas de la nieve resplandeciente, arrastrando su vientre ornado de diminutos carambanos, salvar después un centenar de metros a través de las hierbas silvestres. Solamente entonces sus negras narices aladas percibirán, haciéndole estremecerse, la acidez áspera de las cagarrutas recientes y el olor doble del plumaje: la pluma húmeda de nieve, que roza las hierbas, exhala el amargor de los tallos de ajeno; el cañón de la pluma, medio hundido en la carne, despide un olor a sangre caliente y salada...

Los vientos secos barren la tierra agrietada del túmulo, el sol de mediodía lo calienta al rojo vivo, los aguaceros lo socavan, los hielos del invierno le desgarran. Pero él, inquebrantable, continúa reinando sobre la estepa, igual que medio milenio antes, cuando fue erigido sobre los despojos de un príncipe de Polovetsk, enterrado con todos los honores militares por sus soldados, sus mujeres de bronceados brazos adornados con brazaletes, sus parientes y sus esclavos.

El túmulo se alza sobre una colina, a diez verstas de Gremiachi-Log. Los cosacos lo han conocido siempre por el nombre de Túmulo de la Muerte. La leyenda cuenta, que al pie de este túmulo murió antaño un cosaco herido, quizá aquel de quien dice la vieja canción:

El mismo cortó las ramas con los filos de su sable, para encender una hoguera donde el agua calentase; con el agua está lavando sus cinco "heridas mortales...

"Heridas, heridas malas, dejasteis correr mi sangre, y ya teme por la vida mi corazón indomable..."

Al salir de la stanitsa, Nagulnov cubrió unas veinte verstas al galope. No detuvo a su caballo antes de llegar al Túmulo de la Muerte. Una vez allí, echó pie a tierra y limpió con la mano la espuma jabonosa que cubría el cuello del animal.

El tiempo era de una tibieza inusitada en principios de primavera. El sol calentaba la tierra como en el mes de mayo. La línea ondulada del horizonte espejeaba y del Estanque Lejano, en la estepa, el viento traía los gritos de las ocas, el cuá-cuá variado de los patos, y el grito quejumbroso de los chorlitos.

Nagulnov le quitó el freno a su montura, ató las riendas a una de sus patas delanteras, aflojó la cincha. El animal tendió ávidamente el hocico hacia las nuevas briznas de hierba, arrancando al mismo tiempo las secas matas del año anterior.

Una bandada de patos silvestres pasó por encima del túmulo y con un silbido estridente, fue a caer sobre el estanque. Nagulnov, sin pensar en nada, siguió su vuelo con la vista. Los patos cayeron como piedras, haciendo salpicar el agua en las proximidades de un islote cubierto de juncos. En este instante, otra bandada de patos negros, asustados, se lanzó por encima del dique.

La estepa solitaria estaba como muerta. Nagulnov permaneció largo tiempo tendido al pie del túmulo. Primero oyó, no lejos de allí, los resoplidos y las pisadas de su caballo. Después el animal bajó al fondo de la barranca, donde la hierba era más abundante. Alrededor reinaba un silencio impresionante, un silencio de pleno otoño al fondo de una estepa labrada y abandonada por los hombres.

"En cuanto llegue, me despediré de Andrei y de Davidov, me pondré el capote que llevaba cuando volví del frente polaco y me saltaré la tapa de los sesos. No tengo ya nada que me ate a la vida. La revolución no perderá mucho con ello. Hay tantos que la siguen. Uno más, o menos..."

pensaba Nagulnov, indiferente, como si se tratase de otra persona. Acostado boca abajo, examinaba las briznas de la estipe. "Davídov, sin duda, dirá sobre mi tumba: aunque excluido del Partido, Nagulnov era un buen comunista. No aprobamos su suicidio, claro está, pero la obra por la cual ha combatido, la revolución mundial, la llevaremos hasta el fin".

Nagulnov se representó con una claridad extraordinaria cómo Bannik, con aire satisfecho y una sonrisa en los labios, marcharía entre la muchedumbre, atusándose sus bigotes de cáñamo: "Gracias a Dios, —diría— uno que al menos ha reventado. Bien hecho: tal vida, tal fin".

"Pues, no, mala casta, no me mataré —dijo en voz alta Nagulnov rechinando los dientes. Os fastidiaré a ti y a tus semejantes".

Se puso en pie de un salto como mordido por un bicho. El pensar en Bannik le había hecho cambiar de opinión. Buscando con los ojos a su caballo pensaba. "Comenzaré por enterraros a todos y luego me tocará a mí diñarla. No podréis alegraros de mi muerte. ¿Korzinski? ¡Bah! su palabra no es definitiva... Terminadas las siembras me iré al comité del distrito. Seré reintegrado. Me marcharé al centro de la región, a Moscú, si es preciso. Si no, aún sin partido, combatiré a esa peste".

Con una mirada más clara, abarcó el mundo que se extendía a su alrededor. Le parecía ya que su situación no era tan irremediable como horas antes se la había representado.

Bajó corriendo al fondo del barranco para buscar su caballo. Una loba, asustada por el ruido de sus pasos, se alzó entre la hierba. Se quedó en pie un instante, con la cabeza inclinada, mirando de hito en hito al hombre. Luego, con las orejas caídas, y la cola entre las piernas, echó a correr hacia el barranco. Bajo su vientre hundido, sus negras mamas, estiradas y flácidas, se balanceaban suavemente.

Apenas se acercó Nagulnov a su caballo, éste descontento sacudió la cabeza. La brida atada a una de sus patas se había roto.

—¡Eh, despacito!... ¡Vasiok! ¡Ven acá! —le decía Nagulnov a media voz, tratando de acercarse a él por detrás para cogerle de la crin o del estribo.

Sacudiendo la cabeza, el caballo apresuraba el paso. Nagulnov echó a correr, pero el animal no le dejó acercarse. Soltó un par de coces y cortando a través de la carretera, enfiló hacia la aldea, con un galope rápido y sostenido.

Nagulnov, echando maldiciones, siguió las huellas de su caballo. Hizo así tres kilómetros, a través de los campos, en dirección a los labrantíos que se veían cerca de la aldea. De los herbajes escapaban volando sisonos y parejas de perdices. Sobre la vertiente del barranco, el macho de una avutarda que estaba durmiendo, se paseaba de arriba abajo velando el reposo de su compañera. Asaltado por el invencible deseo de la cópula, abría en abanico su cola bermeja, desplegaba las alas, arañaba la tierra seca, perdía sus plumas salpicadas de rosa...

Un inmenso trabajo fecundante se llevaba a cabo en las estepas: las hierbas crecían impetuosamente, se multiplicaban pájaros y animales. Solamente los campos de labor abandonados por el hombre, tendían silenciosos hacia el cielo su tierra humeante no sembrada...

Nagulnov caminaba, pisando los terrones secos, con el corazón lleno de rabia y de indignación. Se inclinaba bruscamente, cogía y manoseaba un puñado de tierra negra: estaba caliente y seca, atravesada por briznas de hierba muerta.

La labor se echaba a perder. Era preciso, sin desperdiciar una hora, rastrillar la superficie musgosa, desgarraría con dientes de hierro y luego pasar sobre los surcos las sembraderas, hundir hasta lo más profundo los dorados granos de trigo...

"Vamos muy retrasados. La tierra va a perecer por culpa nuestra", pensaba Nagulnov. Miraba sintiendo dolorosa angustia, las labores abandonadas, siniestras en su desnudez. "Uno o dos días más y la tierra no servirá ya para nada. La tierra es como una yegua: cuando está caliente hay que cubrirla en seguida. Pasado el tiempo ni quiere nada con el semental. Lo mismo sucede al hombre con la tierra... Fuera de nosotros, todo está en regla: el animal, el árbol y la tierra tienen su época para ser fecundados. Solamente las personas... ¡Oh, son peores y más asquerosas que cualquier animal! ¿Porqué no van a sembrar? Porque el instinto de la

propiedad se rebela. ¡Malditos! Voy inmediatamente a echarlos al campo a todos ellos! ¡A todos sin excepción! Aceleró la marcha, hasta lanzarse a paso de carrera de trecho en trecho. Le corría el sudor bajo el gorro, dejando una mancha oscura en la camisa. Tenía los labios secos y las mejillas le ardían cada vez más, con un rojo enfermizo, a manchas...

XXXV

Entró en el caserío cuando el reparto del trigo estaba en su apogeo. Liubishkin y su brigada seguían en los campos. La gente se apretujaba cerca de los graneros. Los sacos de grano llovían sobre la báscula. Llegaban carros sin cesar. Los cosacos y las mujeres se llevaban el trigo en celemines, en sacos, en delantales. El grano desparramado inundaba el suelo y los alrededores del granero.

Nagulnov comprendió de golpe. Atropellando a los campesinos se abrió camino hacia la balanza.

El que pesaba y distribuía el trigo, ayudado por el raquítico Apolo Peskovatsov, era el ex-koljosiano Iván Batalschikov. Ni Davídov ni Andrei, ni ninguno de los jefes de brigada se encontraban allí. Por un instante se vio aparecer entre el gentío la despavorida cara del administrador Ostrovnov, pero desapareció en seguida tras la compacta masa de los carricoches.

—¿Quién es el que ha permitido coger el trigo? —clamó Nagulnov.

Dando un empujón a Batalschikov saltó sobre la báscula. La multitud permaneció muda.

—¿Quién te ha mandado pesar el grano? —preguntó sin bajar la voz Nagulnov a Batalschikov.

—El pueblo.

—¿Dónde está Davídov?

—¡No he ido a buscarle!

—¿Dónde está la Dirección? ¿Ha sido ella la que os ha dado permiso?

Demid Molchun, que estaba en pie cerca de allí, sonrió. Se enjugó la frente con la manga. Su voz atronadora y bonachona sonó llena de aplomo:

—¿La Dirección? No se le ha preguntado nada. No necesitamos su permiso.

—¿Ah, con que esas tenemos?

En dos saltos Nagulnov se encaramó sobre el basamento del granero. De un puñetazo envió rodando por el suelo al muchacho que estaba en el umbral, cerró violentamente la puerta y pegó la espalda contra ella.

—¡Largo de aquí!... No doy grano. A todos los que se atrevan a acercarse, les declaro enemigos del Poder soviético.

—¡Caramba, caramba! —dijo burlescamente Dimok, que ayudaba a un vecino a cargar el trigo en su carro.

La aparición de Nagulnov había sido para muchos una sorpresa. Antes de su partida para el centro del radio había corrido por Gremiachi la voz de que Nagulnov sería juzgado por haber maltratado a Bannik; que seguramente iba a ser relevado de su cargo y condenado a prisión... Bannik, que ya por la mañana tuvo noticia de su partida, había declarado:

—¡Se acabó! ¡Nagulnov ya no vendrá más por aquí! El procurador me ha asegurado que se le juzgará con todo rigor. ¡Ya va a rascarse, ya, el tal Nagulnov! Le van a echar del Partido, eso le enseñará a no andar a golpes con los campesinos. Ya pasaron aquellos tiempos; hoy es otra cosa. Por eso cuando Nagulnov surgió cerca de la báscula, fue recibido con un silencio tan perplejo y desorientado. Pero cuando trepó al basamento del granero, obstruyendo la puerta con sus espaldas, comenzó el alboroto. La exclamación lanzada por Dimok desencadenó una lluvia de apostrofes:

—El poder es nuestro ahora.

—El poder del pueblo.

—¡Echadle, muchachos!

—¡Vuélvete a donde estabas!

—¡Vaya con el jefe!...

El primero que se acercó al granero fue Dimok. Balanceando gallardamente los hombros, sonreía mirando de vez en cuando hacia atrás. Algunos cosacos le siguieron, no sin vacilar. Uno de ellos se agachó y cogió un pedrusco.

Nagulnov, calmamente, sacó del bolsillo el revólver. Puso el dedo en el gatillo. Dimok se paró indeciso. Los otros hicieron lo mismo. El cosaco que había cogido la piedra, le dio unas cuantas vueltas entre sus dedos y después la tiró.

Nagulnov había puesto el dedo en el gatillo y todo el mundo sabía que en caso de necesidad, no vacilaría en apretarlo.

Lo cual, por otra parte, no tardó mucho en confirmar Nagulnov:

—No entraréis, so bribones, sin que antes mate a siete. Vamos, ¿quién quiere ser el primero? ¡Avanzad!

Los espontáneos no aparecieron por ninguna parte. Hubo un instante de confusión general; Dimok meditaba sin osar acercarse. Nagulnov, apuntando el cañón del revólver, gritó:

—¡Circular! ¡Circular inmediatamente o disparo!

No había acabado de hablar cuando una pesada clavija fue a estrellarse contra la puerta, justamente encima de su cabeza. Era el compañero de Dimok, Efim Trubachev, quien la había lanzado apuntando a Nagulnov. Pero viendo que había marrado el golpe, se acurrucó rápidamente detrás de un carro.

Nagulnov tomaba decisiones como en pleno combate. Habiéndose librado del proyectil lanzado por la multitud, hizo un disparo al aire y saltó al suelo. La muchedumbre retrocedió empujando a los de atrás; los que estaban delante emprendieron la fuga. Se oían crujir las varas de los carricoches y de los carros. Una mujer, derribada por los cosacos, se puso a vociferar.

Banník, salido de no se sabe dónde, animaba a los fugitivos tratando de detenerlos:

—¡Vamos no corráis de esa manera! No le quedan más que seis balas.

Nagulnov había vuelto a acercarse al granero. Pero esta vez se apoyó contra el muro para tener todos los graneros al alcance de su vista.

—No os acerquéis —gritó viendo que Dimok, Trubachev y los otros se dirigían hacia la báscula. No os acerquéis que os mato a todos.

De la multitud amontonada a un centenar de pasos, salieron Batalichikov, Atamanchukov y otros tres ex koljosianos. Habían decidido recurrir a la astucia. Llegados a unos treinta pasos, Batalichikov levantó un brazo en señal de aviso.

—Camarada Nagulnov, espera un poco, no apuntes el arma.

—¿Qué es lo que queréis? ¡Circular, os he dicho!

—Nos vamos a marchar en seguida pero haces mal en acalorarte. Porque es que nosotros tenemos permiso para recoger el trigo.

—¿Permiso de quién? —Ha venido un hombre del distrito. Del ejecutivo, ¿Sabes? El ha sido quien nos ha autorizado.

—¿Dónde está? ¿Y Davídov y Andrei?

—Están de sesión en la Dirección.

—¡Mientes, bribón...! ¡Te he dicho que no te acerques a la balanza! ¿Quieres largarte?

Nagulnov dobló por el codo su brazo izquierdo y apoyó encima el cañón, blanqueado por el uso, de su revólver.

Batalschikov, sin asustarse, prosiguió:

—¿No nos crees? Ven y lo verás tú mismo... O si quieres te los traeremos aquí en seguida. Pero primero deja de amenazarnos, camarada Nagulnov, porque puede salirte mal. ¿Contra quién vas tú? Contra el pueblo, contra la aldea toda.

—¡No te acerques! ¡Ni un paso más! Tú no eres mi camarada. Eres un contrarrevolucionario, puesto que robas el trigo del Estado... Yo no os permitiré pisotear el Poder soviético.

Batalschikov iba a continuar hablando, cuando en aquel mismo momento Davídov desembocó por la esquina de la calle. Daba miedo verle: cubierto de cardenales, de arañazos y de equimosis, avanzaba tambaleándose con paso inseguro.

Al verle, Nagulnov se arrojó sobre Batalschikov, gritando con voz ronca:

—¡Ah, canalla! ¡querías engañarme! ¡Le habéis pegado!

Batalschikov y Atamanchukov corrieron. Nagulnov disparó dos veces contra ellos, pero sin acertarles. Dimok, algo apartado de allí, estaba arrancando una estaca del vallado. La multitud rezongaba sordamente.

—No permitiré... que sea pisoteado... el Poder soviético ...

—aullaba Nagulnov arremetiendo contra los cosacos.

—¡Pegadle!

—Ah, si tuviera en las manos una mala escopeta —suspiraba en las últimas filas Ostrovnov, que en aquel instante maldecía la inoportuna desaparición de Polovtsev.

—¡Eh, cosacos, agarrarle ya a ese mamarracho de valentón!
—tronaba la voz indignada y ardiente de Marina Poiarkova. Y empujaba a los cosacos hacia Nagulnov, que corría. Agarrando a Demid Molchun por un brazo le preguntó rabiosa:

—¡Tú que vas a ser cosaco! ¿Tienes miedo?

De repente la multitud se desparramó por todos lados, yendo al encuentro de Nagulnov...

Aterrada, Nastenka Donetskova gritó:

—¡La milicia!

Por la colina unos treinta jinetes en avalancha avanzaban al galope. Pequeñas nubecillas de polvo parecían explotar bajo los cascos de sus monturas...

Cinco minutos más tarde no quedaban en la plaza desierta más que Nagulnov y Davidov. El martilleo del galopar que se acercaba, se oía cada vez más claramente. Los jinetes llegaron a la entrada del pueblo. A la cabeza, montado sobre el caballo de Lapshinov, venía Pavel Liubishkin. A su derecha cabalgaba Dubtsov armado de una tranca, terrible por su aspecto de decisión. Detrás de ellos, montados en caballos de todos los colores, venían los koljosianos de las brigadas segunda y tercera...

Hacia el atardecer llegó del radio el miliciano que Davidov había mandado llamar. Arrestó en los campos, a Batalshchikov, Peskovatsov, Trubachev y a algunos otros elementos activos de los ex-koljosianos. La madre de Ignateuok fué detenida en su domicilio. Todos fueron conducidos al radio acompañados por testigos.

Dimok se presentó él mismo en el soviet.

—¿Ya estás aquí, corderito? —preguntó con aire triunfante Andrei.

Burlón, Dimok replicó:

—Sí, aquí estoy. No vale la pena jugar al escondite. Perdimos por exceso de tantos.

—¿Por exceso de tantos? —preguntó Andrei frunciendo el ceño.

—Sí, ya sabes. Cuando se juega a las cartas, es preciso hacer veintiún tantos para ganar. Cuando se tienen

demasiados, pierde uno... ¿ Dónde vais a mandarme ?

—Al radio.

—¿Y dónde está el miliciano?

—Ya vendrá, descuida. El tribunal del pueblo te enseñará a no pegar a los presidentes. Ahora las vas a pagar todas juntas.

—Evidente —asintió Dimok de mala gana y bostezando añadió: Me caigo de sueño Andrei. Si me encerrases el rato que tarde en llegar el miliciano, echaría una siestita. Pero cierra la puerta, porque si no me escaparé en sueños...

Al día siguiente se procedió a recuperar el trigo robado. Nagulnov entraba en las casas de los campesinos y sin saludar, desviando la mirada, preguntaba conteniéndose:

—¿Has cogido trigo?

—Sí...

—¿Lo vas a devolver?

—¡Qué remedio!

—Pues hala, ya estás andando.

Y sin despedirse se marchaba.

Muchos de los que habían salido del koljós habían cogido más trigo del que habían entregado. La distribución se había hecho de una manera muy sencilla. "¿Cuánto has dado?— preguntaba Batalschikov—. Setenta puds. Lleva los sacos a la báscula".

Y en realidad el campesino había entregado para el fondo de semillas catorce puds menos. Además, las mujeres se habían

llevado, sin pesarlo, cerca de cien puds de grano, en delantales

y en capachos.

Al atardecer estaba recuperado todo, menos algunos puds. Sólo faltaban unos veinte de cebada y algunos sacos de maíz. Se distribuyó sin tardanza a los individuales la semilla que habían entregado.

Ya era completamente de noche cuando se abrió la asamblea del pueblo.

Davíдов tomó la palabra en medio de una concurrencia extraordinaria.

—Ciudadanos, ¿qué significa la manifestación de ayer? Significa que los que salieron del koljós y una parte de los

campesinos individuales se inclinan hacia el lado de los kulaks.

Hacia el lado de nuestros enemigos... Y eso es, ciudadanos, un hecho vergonzoso para vosotros que, ayer, habéis saqueado los graneros, habéis pisoteado el precioso grano, os lo habéis llevado a vuestras casas, envuelto en delantales. Vosotros, ciudadanos, habéis gritado inconscientemente, incitando a las mujeres a pegarme... y ellas lo hicieron con todo lo que cayó en sus manos. Hasta hubo una ciudadana, que se echó a llorar porque yo no manifestaba ningún signo de abatimiento. De ti hablo, ciudadanita:

Davídov señaló a Nastenka, que estaba en pie contra la pared. Cuando Davídov empezó a hablar, ella se había apresurado a taparse la cara con su pañoleta.

—Sí, tú eres la que me molía la espalda llorando de rabia y diciendo: "Le pego, le pego y él como si tal cosa".

El rubor de la vergüenza teñía el rostro tapado de Nastenka. Todos los presentes la miraban: ella, con los ojos bajos, confusa, movía los hombros, frotando con la espalda el yeso de la pared.

Ushakov no pudo contenerse y dijo:

—Mirarla ahí, retorcerse como una culebra ensartada entre los pinchos de una horca.

—Va a quitar toda la cal de la pared con la espalda —hizo notar Dubtsov, el picado de viruelas.

—¡No te retuerzas, ojos saltones!

—Bien supiste pegar con los puños; mira ahora a la asamblea de frente —gritó Liubishakin.

Davídov prosiguió implacable. Sin embargo, una sonrisa se dibujó en sus labios tumefactos, cuando dijo:

—¡Ella hubiera querido que me pusiera de rodillas, que implorase perdón, que le diese las llaves de los graneros. Pero, ciudadanos, nosotros los bolcheviques no somos de esa pasta para asustarnos del primero que llega. Durante la guerra civil fui apaleado por los Junkers, pero no pudieron sacarme nada. Los bolcheviques no han doblado la rodilla ante nadie y no lo harán nunca, es evidente.

—Eso es verdad —dijo Nagulnov con voz ronca y temblorosa de emoción.

—Somos nosotros, ciudadanos, quienes tenemos la costumbre de hacer arrodillarse a los enemigos del proletariado.

—¡Y lo haremos en todo el universo! —intervino de nuevo Nagulnov.

—Justamente... Lo haremos en todo el universo... Mientras que vosotros ayer os habéis inclinado al enemigo para prestarle ayuda. ¿Cómo calificar esta demostración? Habéis roto las candados de los graneros, me habéis maltratado. A Razmetnov lo habéis atado, lo habéis encerrado en el sótano. Después lo habéis conducido al Soviet y habéis querido, por el camino, colgarle una cruz al cuello. Esto ciudadanos, es una franca manifestación contrarrevolucionaria. La madre de nuestro koljosiano Mijail Ignatenok, ahora arrestada, gritaba: "¡Llevemos preso al anticristo! ¡Al demonio de los infiernos!" Ayudada por otras mujeres quería colgarle del cuello una cruz, Nuestro camarada Razmetnov, como verdadero comunista que es, no podía consentir que se burlaran así de él. Les decía a aquellas mujeres y a aquellas viejas malvadas intoxicadas por la clerigalla: "Ciudadanas yo no soy un ortodoxo soy un comunista. ¡Dejadme en paz con vuestra cruz". Pero ellas seguían hostilizándole. Y no lo dejaron tranquilo hasta que rompió el cordón de una dentellada y empezó a defenderse con los pies y con la cabeza. ¿Qué significa esto, ciudadanos ? Esto es simplemente la contrarrevolución. El tribunal del pueblo se mostrará severo con todas esas bromitas por el estilo de la vieja Ignatenok.

—¡Yo no soy responsable por mi madre! Ella tiene su propia voz de ciudadana. ¡Que responda ella! —gritó desde una de las primeras filas Ignatenok.

—¡Pero yo no hablo de ti! Hablo de esos tipos que han protestado contra el cierre de las iglesias. No les parecía bien que se cerrasen los templos, pero cuando ellos mismos han querido colgar a la fuerza una cruz al cuello de un comunista, eso no significa nada. Bien han desenmascarado su hipocresía. Los instigadores de todos estos desórdenes y los que han seguido sus consejos están a estas horas arrestados. En cuanto a los otros, los que han mordido el anzuelo del kulak, deben retractarse y comprender que han caído en un error. Y esto que os digo es serio... Oídme. Un ciudadano que no da su nombre acaba de pasar a la mesa una notita en la cual pregunta: "¿Es verdad que los que se

han llevado el trigo serán deportados y sus bienes confiscados?" No, no es verdad, ciudadanos. Los bolcheviques no se vengan. Se contentan con castigar sin piedad a sus enemigos. Vosotros, a instigación de los kulaks, habéis desertado del koljós, habéis saqueado el trigo, nos habéis golpeado. Y a pesar de esto, nosotros no os consideramos enemigos. Vosotros sois campesinos medios, vacilantes, extraviados por el momento. No vamos a usar contra vosotros sanciones administrativas. Por el contrario, lo que queremos es abriros los ojos y cuanto antes, mejor. En el local de la escuela resonó un murmullo de voces contenidas. Davídov continuó:

—Y tú, ciudadanita, no tengas miedo, descúbrete la cara, nadie te hará nada, aunque tú me pusiste ayer como nuevo. Pero si mañana, cuando se vaya a sembrar, trabajas mal, entonces sí que te haré ver las estrellas, te lo prometo. ¡Sólo que yo no te pegaré en la espalda, sino más abajo, para que no puedas sentarte ni acostarte!

Por la sala corrió una risita tímida que llegó a las últimas filas amplificadas y estalló como un trueno, en una atmósfera de alivio.

—Se han hecho varias tonterías, ciudadanos y basta. Las labores están paradas, el tiempo pasa, hay que trabajar y no rascarse la barriga, es evidente. Cuando se haya acabado de sembrar, podremos darnos de mojicones y medir las fuerzas... Yo planteo la cuestión claramente: los que estén con el Poder soviético irán a los campos mañana mismo; los que estén en contra, pueden dedicarse a engullir granos de girasol. Pero los que no vayan a sembrar... ellos se lo perderán. Nosotros, o sea el koljós, les cogeremos la tierra y la sembraremos por nuestra cuenta.

Davídov, retirándose del proscenio, volvió a tomar su puesto en la presidencia. En el momento en que avanzaba la mano hacia la jarra, se oyó en el oscuro fondo del salón, mal alumbrado por la luz anaranjada y pálida de la lámpara, una vocecilla de bajo, cálida y alegre, que decía emocionada:

—¡Eh Davídov! ¡Vales más de lo que pesas!... Porque no nos guardas rencor, porque no estás enfadado... La gente estaba tan inquieta... La vergüenza nos recome, que no sabemos donde poner los ojos... Y las mujercitas también

están azaradas... Sin embargo, hay que vivir juntos. ¿No es verdad? Vamos, Davídov: lo pasado pasado, y perdón para todos. ¿Estás de acuerdo, eh?

* * *

Al día siguiente por la mañana, cincuenta y siete campesinos que habían salido del koljós pedían ser reintegrados. Los individuales y las tres brigadas del koljós de Gremiachi habían ya partido para el campo al despuntar el día.

Liubishkin propuso apostar unos cuantos hombres cerca del granero, pero Davídov se contentó con sonreír:

—Ahora, creo que ya no vale la pena...

En cuatro días el koljós sembró cerca de la mitad de todos los campos labrados en otoño. La tercera brigada pasaba el 2 de abril, a las labores de primavera. Davídov no fué a la Dirección más que una sola vez. Había lanzado al campo a todos los que eran capaces de un esfuerzo cualquiera. Hasta al abuelo Chukar le había relevado momentáneamente de sus funciones de palafrenero para agregarle a la segunda brigada. El mismo Davídov, se presentaba al amanecer en los sectores de las brigadas y no volvía al pueblo hasta pasada la medianoche, cuando en las granjas los gallos tocaban sus clarines...

XXXVI

En el patio de la Dirección del koljós, herboso como el pasto que se extendía más allá del pueblo, reinaba la calma. Bajo el sol del mediodía, las tejas herrumbrosas de los graneros resplandecían con un brillo cálido y mate, mientras que a la sombra de los cobertizos, en la hierba pisoteada, el rocío sembraba sus redondas perlas de un color gris malva. Una oveja pelada, horrible en su delgadez estaba en medio del patio, con sus flacas patas abiertas en caballete. Junto a ella, arrodillado, un carnero, blanco como su madre, daba ávidos chupetones a las mamas.

Liubishkin entró en el patio, montado en una pequeña yegua. Al pasar junto al cobertizo le dio un latigazo rabioso a un cabritillo que, encaramado en el tejado, le miraba con sus ojos verdes, diabólicos.

—No sabes más que saltar a los tejados, ¡chivato del demonio! —gruñó—. ¡Fuera de ahí!

Liubishkin, colérico y sombrío, venía de la estepa. Sin pasar por su casa, se fué derecho a la Dirección. Detrás de su pequeña yegua, haciendo tintinear sordamente el cascabel que llevaba al cuello, trotaba un potrito de patas flacas y de anchas ranillas.

Para la talla de Liubishkin, la yegua era tan pequeña que el estribo colgaba más abajo que las rodillas del animal. Parecía el caballero de la fábula, llevando su rocín entre sus piernas de gigante.

Ushakov, que observaba a Liubishkin desde lo alto de los escalones de la puerta, fué presa de un acceso de jovialidad:

—Parece Jesucristo entrando en Jerusalén montando en una burra. ¡Te pareces una barbaridad!

—¡Tú sí que eres burra! —respondió Liubishkin brusca-mente, parándose ante la puerta.

—Recoge las piernas, porque vas arando la tierra con ellas. Liubishkin, sin dignarse contestarle, se apeó, enrolló las riendas en la barandilla y preguntó severamente:

—¿Está ahí Davídov?

—Sí, ahí está echándote de menos; el pobre hombre no piensa más que en ti. Hace tres días que no come. No tiene más que una cosa en la cabeza: "¿Pero dónde estará mi inolvidable Pavlo Liubishkin? Estoy triste sin él y nada en el mundo podrá distraerme".

—Si continúas diciendo estupideces te voy a arrancar la lengua.

Ushakov lanzó una mirada de reojo al látigo de Liubishkin y se calló.

Liubishkin entró en la Dirección.

Davídov y las delegadas de la reunión de mujeres acababan de decidir la organización de una casa-cuna. Liubishkin esperó a que las mujeres se marchasen, después se acercó a la mesa. Su camisa de percal, sin cinturón y llena de polvo, olía a sudor, a sol y a tierra.

—Vengo de la brigada...

—¿Eso por qué? —dijo Davídov frunciendo el ceño.

—¡No se consigue nada! No me quedan más que veintiocho individuos capaces de trabajar. Y ni esos quieren tampoco hacer nada. No hay modo de hacerles entrar en razón. Ahora tengo doce arados trabajando y a duras penas he podido reunir gente para ellos. Solamente Maidannikov trabaja como un buey. Mientras que Besjlebnov, Kuzhenkov o todavía más ese cardo borriquero de Atamanchikov y los otros, no son más que unas calamidades y no trabajadores. Parece que en su vida han agarrado una esteva, ¡Labran, pero cómo! En cuanto trazan un surco, se sientan a fumar y no hay manera de moverlos de allí.

—¿Cuánto labráis cada día?

—Maidannikov y yo hacemos tres cuartos cada uno, mientras que los otros... media hectárea por cabeza a lo sumo. Si esto continúa, no habrá más remedio que sembrar el maíz en otoño, para la fiesta de la intercesión.

Davídov sin decir palabra, daba golpecitos con su lápiz en la mesa. Después preguntó insinuante:

—¿Pero para qué vienes tú? ¿Para que te sequemos las lágrimas ?

Y le lanzó una mirada furibunda. Liubishkin se indignó:

—No vengo aquí a llorar. Dame hombres y arados. En cuanto a bromear, yo se hacerlo tan bien como tú.

—Bromear sabes, eso es evidente... Pero para organizar el trabajo te falta caletre. ¡Vaya jefe de brigada! ¡Y ni siquiera puedes meter en cintura a esos holgazanes! Claro que no podrás dominarlos, has relajado la disciplina, has sido demasiado tolerante.

Liubishkin, a quien la emoción hacía sudar, levantó la voz:

—¿La disciplina? ¡Vete y verás! Atamanchukov maneja a toda la banda— trastorna la cabeza a la gente y la persuade para que abandone el koljós. Si le echamos, ese animal es capaz de llevarse a los demás tras él. Vamos, Davídov, ¿te estás burlando de mí? ¿no? Me has dado a todos los lisiados y a los enfermos y quieres que el trabajo se haga. Al abuelo Chukar, por ejemplo, ¿dónde voy a ponerle? Habría que plantarle en un vergel a esa vieja carraca, a guisa de espantapájaros. Pues no, me lo endosan a mi brigada, me lo cuelgan a la fuerza. ¿Para qué sirve ese hombre? No sabe hacer nada, ni manejar el arado, ni conducir los bueyes, con su voz de gorrión, los bueyes no lo toman por hombre, no les asusta lo más mínimo. Se cuelga del yugo ese demonio y antes de llegar al final del surco, se ha tumbado una docena de veces. Unas veces para atarse un zapato, otras para tenderse de espaldas con los pies por alto a fin de retenerse la hernia. Entonces las mujeres paran los bueyes y se ponen a gritar. "¡Ya ha perdido Chukar su hernia!" Y vengan risas y carreras para ver cómo hace Chukar para reencajarse su hernia en las tripas. ¡Es un espectáculo y no trabajo! Ayer se había decidido que hiciese la cocina, precisamente a causa de su hernia. ¡Pues ni para eso sirve! Al revés, lo estropea todo. Le había dado tocino para echarlo en el caldo de alforfón. Pues él se lo engulló. Y el caldo estaba saladísimo, con una espuma sospechosa por encima. .. ¿Qué puedo hacer con él, vamos a ver?

Bajo los negros bigotes de Liubishkin, sus labios temblaban de rabia. Levantó el látigo descubriendo bajo la axila, en su blusa sucia, una mancha redonda empapada en sudor. Desesperado dijo:

—¡No quiero ser jefe de brigada! Estoy harto de bregar con semejante gente... ¡Un trabajo como éste acaba conmigo!

—No nos vengas con aires de víctima. Ya sabremos nosotros cuando haya que retirarte de la brigada. Por el momento vas a volverte al campo. Tienes que labrar tus doce hectáreas antes de la noche. De aquí a dos horas iré yo por allí a echar un vistazo... ¡Hala, lárgate!

Liubishkin salió dando un portazo estrepitoso. Bajó de un salto los escalones de la puerta. La yegua estaba allí, atada al pasamano, con la cabeza baja. El sol se reflejaba en sus ojos color violeta, estriados de motitas de oro. Liubishkin arrojó la manta, caliente del sol y se montó encima del animal.

Ushakov, entornando los ojos, preguntó con tono venenoso :

—¿Ha labrado mucho tu brigada, camarada Liubishkin?

—Eso a ti no te importa.

—¿No? Espera que te coja a remolque y verás si mi importa o no.

Liubishkin, volviéndose sobre su silla, apretó su puño de bronce gritando:

—¡Prueba y verás! ¡ Te pondré los ojos en su sitio, bizco del demonio! ¡Te los colocaré en la nuca y te enseñaré a andar de espaldas!

Ushakov escupió con gesto de desprecio:

—¡Vaya un médico! Mejor harías en curar primero a tus campesinos para que arasen con más energía.

Liubishkin, como si se lanzase al asalto pasó la puerta al galope y se dirigió a la estepa. Aún se oía el alegre tintineo del cascabel colgado al cuello del potranco, cuando Dávídov apareció en la puerta y dijo con voz apremiante a Ushakov:

—Voy a la segunda brigada, me quedaré allá unos días. Tú me reemplazarás durante mi ausencia. Ocúpate de la instalación de la casa-cuna... Hay que ayudarles un poco. Otra cosa: a la tercera brigada no le des avena ¿me entiendes? Si algo ocurre ve a avisarme en seguida. Y ahora engancha

el coche y dile a Andrei que vaya a buscarme. Estaré en mi casa.

—¿Y si yo fuera con mis hombres para ayudar a Liubish-kin a roturar el campo? —propuso Ushakov, pero Davídov soltó un reniego y respondió:

—¡Vaya una idea! Deben arreglárselas solos. Yo mismo voy allá y verás si los sacudo. Eso les enseñará a labrar por medias hectáreas. Date prisa a enganchar.

Andrei se presentó en casa de Davídov en un coche tirado por uno de los caballos de la Dirección. De pie en la puerta. Davídov le esperaba ya con un paquetito bajo el brazo. Andrei sonriendo, le dijo:

—Monta. ¿Qué llevas ahí? ¿La manducatoria?

—No, ropa blanca.

—¿Ropa? ¿Para qué?

—Sí, ropa para mudarme.

—¿Para qué?

—¡Pero arranca ya, no me fastidies! He cogido ropa para no criar piojos, ¿comprendes? Voy a la segunda brigada y he decidido quedarme allí hasta el fin de la labor. Cállate la boca y arrea.

—Pero oye, ¿te has vuelto loco? ¿Qué vas hacer tú en la brigada hasta que se terminen los trabajos?

—Labrar.

—¿Dejas la Dirección y te vas a labrar? ¡Tienes unas ocurrencias!

—¡Adelante, adelante! —dijo Davídov haciendo una mueca.

—¡Vamos no gruñas! —replicó Andrei, que a su vez iba exasperándose—. Explícame, ¿es que te crees indispensable allá? Lo que tú tienes que hacer es dirigir y no andar tras el arado. Para algo eres presidente del koljós.

Los ojos de Davídov relampaguearon ferozmente.

—No te metas a darme lecciones. Yo ante todo soy un comunista y luego presidente del koljós. Se van a estropear las labores y yo mirando, ¿no? Bueno, a ver si arrancas...

—¡Después de todo a mí qué me importa!... ¡Arre, enemigo!

Andrei arreó un latigazo al caballo. La arrancada echó a Davídov para atrás y se hizo daño al darse con el codo contra el respaldo de la banqueta. Las ruedas rodaron suavemente por el camino de verano que se perdía en la estepa.

Al salir de la aldea, Andrei puso su caballo al paso. Se enjugó con la manga su frente acuchillada.

—Es una tontería lo que vas a hacer, Davídov. Deberías poner el trabajo en marcha y volverte a casa en seguidita. Cualquiera puede trabajar, mientras que un buen jefe — ¿quieres que te diga?— no debe marchar en las filas, debe saber mandar, eso es.

—¡Déjame en paz con tus ejemplos! Yo tengo que enseñarles a hacer bien las cosas y lo conseguiré. Eso es lo que se llama dirigir. La primera y tercera brigada han terminado la siembra de cereales, mientras que aquí tengo una brecha que llenar. Liubishkin no se las arreglará solo, ya lo voy viendo. Y tú dices: "Un buen jefe, etc... ¿Qué me cuentas, entonces? Según tú, yo no he visto buenos jefes, ¿verdad? El bueno es aquel que en un momento difícil, arrastra a los otros con su ejemplo. Y eso es lo que yo voy a hacer.

—Mejor harías pasándoles dos arados de la primera brigada.

—¿Y los hombres? ¿De dónde voy a sacar los hombres? Vamos, vamos, date prisa.

Sin hablar más llegaron a la cresta. Sobre la estepa, tapando el sol, se cernía una espesa nube violeta encabritada por el viento y cargada de granizo. Los bordes de la nube, blancos, rizados, brillaban como la nieve, mientras que la cima estaba negra, amenazante en su pesada inmovilidad. Por una desgarradura de la nube, tras el borde anaranjado teñido por el sol, caían en amplio abanico, oblicuos rayos de sol. Deshilachados, como lanzas, allá arriba en el vasto cielo, se desparramaban en torrentes luminosos al acercarse a la tierra, inundando los lejanos ribazos que se alzaban en el horizonte de la pardusca estepa, a la cual teñían, prestándole una juventud fantástica y radiante... Oscurecida por la sombra de la nube, la estepa esperaba, muda y sumisa, la lluvia. El viento levantaba en el camino una columna de polvo azulado. Traía ya los olores del chaparrón cercano.

Un instante después empezó a caer la lluvia, avara, espaciada. Las gruesas gotas frías penetraban en el polvo del camino, se convertían en bolitas minúsculas, de barro. Se oía el silbido alarmado de los ratones campestres. El chillido de la codorniz se hacía cada vez más distinto. El llamamiento apasionado y ardiente del sisón había cesado. En la estepa, batida por el viento, resonaba el zumbido seco de los rastros. En la misma base de la nube, un cuervo dando grandes aletazos, volaba hacia el oriente. Un relámpago rayó el cielo con su dardo blanco. El pájaro, dando un ronco graznido, picó de repente hacia el suelo. Durante un segundo, bañado por un rayo de sol, centelleó como una antorcha de resina inflamada. El viento, atravesando su plumaje, silbaba, aullaba tempestuoso. Pero al llegar a cincuenta metros del suelo, el cuervo se irguió bruscamente batiendo las alas. E inmediatamente retumbó un trueno seco y ensordecedor.

Ya se perfilaba sobre la cresta el campamento de la segunda brigada. Andrei apercibió a lo lejos un hombre que venía hacia ellos. Marchaba a través de los campos, saltando los hoyos, echando a correr de vez en cuando con andares de viejo. Andrei dirigió el caballo hacia él. En seguida reconoció al abuelo Chukar. Al verle podía sospecharse de que le había ocurrido algún percance... Chukar se acercó al carro. Llevaba la cabeza descubierta y los cabellos pegados al cráneo por la lluvia; su perilla estaba mojada y las cejas consteladas de granos de mijo cocido. Tenía la cara lívida, aterrorizada. Un sombrío presentimiento cruzó por la mente de Davíдов: "Las cosas marchan mal en la brigada... ¡Ha habido pendencia!"

—¿Qué, pasa? —preguntó.

—¡De buena me he escapado! —dijo Chukar sin resuello.

—Querían matarme.

—¿Quién?

—Liubishkin y los otros.

—¿Por qué?

—Son unos caprichosos... Ha sido por causa de las gachas... Yo no me muerdo la lengua y no me pude contener. Y entonces Liubishkin cogió un cuchillo y se vino derecho a mí... ¡Ah si soy un poco menos vivo, a esta horas estaría desollado! Me habrían cocido.

—Vuélvete al pueblo, nos lo explicarás todo después— dijo Davidov con un suspiro de alivio.

He aquí lo que había pasado en el campamento media hora antes.

Chukar, que la víspera había echado demasiado sal a las gachas, decidió rehacer su reputación. Había pasado la noche en el pueblo y por la mañana, cuando iba a la brigada, se introdujo en la granja de Krasnokutov, situada a la salida de la aldea. Saltó la tapia y se agazapó como un ladrón junto a un montón de salvado. Su plan era de una simplicidad genial: acechar una gallina, atraparla con destreza, decapitarla y echarla en el puchero. Contaba de este modo ganarse el favor y el respeto de los miembros de la brigada. Permaneció, pues, escondido, conteniendo la respiración cerca de media hora. Pero como si lo hicieran a propósito, las gallinas escarbaban el suelo al pie de la empalizada sin pensar ni remotamente en venir a picotear en el montón de salvado. Entonces Chukar decidió llamarlas cariñosamente: "pitas, pitas... ¡Venid, gallinitas!... ¡Moninas! ¡ti, ti, ti!", susurraba agazapado como un zorro, tras el salvado.

El viejo Krasnokutov se encontraba por casualidad no lejos del pajar. Al oír una melosa voz que llamaba las gallinas, se acurrucó detrás del seto... Las gallinas se acercaron sin desconfiar. En el mismo momento Krasnokutov vio una mano que se alargaba y agarraba por la pata a una gallina pinta. Chukar la estranguló con la rapidez de un hurón viejo. Ya la estaba metiendo en el saco cuando oyó una voz serena que le preguntaba: "¿Ahora te dedicas a coger gallinas?" Y Krasnokutov salió de su escondrijo. El viejo Chukar perdió de tal modo la cabeza que dejó caer el saco, se descubrió y saludó estúpidamente : "¡Salud, Afanasi Petróvich! — Gracias—, respondió el otro. —¿Por lo que veo te dedicas a las gallinas, ¿eh? —Sí, sí... Pasaba de camino cuando de pronto, ¿qué es lo que veo? Una gallina pinta. Tenía tan bonitos colores en el lomo, que me digo: "¡Qué pájaro más raro! Voy a cogerlo para mirarlo más de cerca. En mi vida he visto cosa más curiosa".

La astucia de Chukar resultaba de lo más impropia y Krasnokutov le atajó:

—¡No mientas, viejo capón! No se meten las gallinas en un saco para mirarlas. Confiesa por qué me la has robado.

Chutar confesó: quería dar a los campesinos un cocido con gallina. Con gran asombro suyo, Krasnokutov no replicó nada. Se contentó con recomendar:

—Para los campesinos... Bueno, entonces, pase. Nada hay de malo en eso. Ya que has matado la gallina, guárdala en tu saco. Y además coge otra... no, esa no... aquella que no pone, la que tiene un moñuelo en la cabeza. Una gallina sola no basta para toda la brigada. Atrapa aprisa otra y lárgate, porque si por casualidad —¡Dios nos libre!— se presenta mi vieja, nos saca las tripas a los dos.

Chukar, encantado con el giro que habían tomado las cosas, atrapó otra gallina y saltó por encima de la valla. Y cuando Liubishkin llegó a la aldea, el agua hervía ya en un enorme caldero, los granos de mijo hinchados se salían del borde y las dos gallinas cortadas en pedazos doraban el caldo con grandes placas de grasa. Un verdadero banquete. Lo único que temía el abuelo Chukar era que el caldo tuviese un gustillo a pantano, a causa del agua que había sacado del estanque, poco profundo, que estaba cubierto de moho verdoso. Pero su aprensión era vana: todo el mundo comió elogiando a más y mejor al cocinero. Hasta Liubishkin había dicho "No he comido nunca plato mejor. Te doy las gracias, abuelo, en nombre de toda la brigada".

El caldero se iba vaciando a toda prisa. Los más diligentes empezaban ya a pescar en el fondo pedazos de carne.

En aquel momento se produjo el percance que iba a comprometer para siempre la carrera culinaria de Chukar.

Liubishkin había sacado un pedacito de carne; iba a llevárselo a la boca cuando, de pronto, se echó hacia atrás con la cara pálida.

—¿Qué es esto? —gritó a Chukar con aire siniestro alzando con las puntas de los dedos un pedacito de carne blanca cocida.

—Un alón, supongo —respondió el otro sin turbarse.

La cara de Liubishkin se puso morada de furor. —¿Un alón?... ¡Acércate y mira, co-ci-ne-ro!

—¡Ay, mi madre! —chilló una mujer—. ¡Si tiene garras! Chukar le cayó encima!

—¡Así te hundas condenada! ¿Garras en un alón? ¡Buscalas más bien bajo tu falda!

Soltó la cuchara y fué a mirar: Liubishkin sostenía en su mano estremecida un frágil hueso terminado por una pata palmípeda con minúsculas garras.

—¡Hermanos! —gritó Akim Besjlebnov, despavorido. ¡Nos hemos comido una rana!

—¡La que se armó entonces! Una mujer asqueada, dio un grito y corrió tapándose la boca con las dos manos, a esconderse detrás de la choza.

Maidannikov, lanzando una mirada al pasmado Chukar, se echó para atrás acometido de una risa loca.

—¡Comadres, hoy habéis faltado a la vigilia!

Los cosacos, que no sentían tanta repugnancia, le hicieron coro.

—Ahora os rehusarán la comunión —dijo Kuzhenkov afectando terror.

Pero Akim, a quien le indignaban estas risas, gritó ferozmente :

—¡No es para reír! ¡ Hay que descalabrarle, a ese Chukar y a toda su estirpe!

Liubishkin continuaba interrogando al viejo:

—¿De dónde ha podido caer en tu caldero, la rana, eh?

—¡Como sacó el agua del estanque, no la habrá visto!

—¡Si será puerco!... ¿Qué nos ha hecho comer? —chilló Aniska, la nuera de los Donetskov—. ¡Y yo que estoy embarazada! Si malparo tendrás tú la culpa, ¡bribón!

Y ¡zas! Chukar recibió en plena cara una escudillada de gachas.

El alboroto era ensordecedor. Las mujeres, unánimes, se precipitaban con las manos tendidas, para coger a Chukar por la barba. Este, perdido, atemorizado, se obstinaba en gritar:

—¡Calmaos un poco! No es una rana. ¡Os lo juro que no es una rana!

—¿Y qué es, entonces? —exclamaba Aniska terrible en su ira.

—Imaginación vuestra. ¡Una visión! —decía el astuto Chukar.

Pero se negó decididamente a chupar el hueso de la "visión" como le proponía Liubishkin. La cosa no hubiera pasado adelante si a Chukar, exasperado hasta el colmo por las mujeres, no se le hubiera ocurrido decir:

—¡Idiotas! "¡Demonios con faldas! Estáis furiosas contra mí, y no comprendéis que no es una rana vulgar, sino una vostra...

—¿Una qué? —preguntaron las mujeres asombradas.

—¡Una vostra! os lo estoy diciendo en buen ruso. La rana es un asco, mientras que la vostra es una golosina... Sangre azul. Mirad, mi compadre, cuando el antiguo régimen, era ordenanza del general Filimonov en persona. Bueno, pues contaba que el general ese se las zampaba en ayunas a centenares, y completamente crudas. Todavía no ha salido la vostra de su concha cuando ya la ensarta con la punta de su tenedor. La atraviesa y, ¡cuic! ya está. La pobre vostra chilla hasta partirle a uno el alma, pero él se la mete en la boca, y, ¡hale! adentro ... ¿Qué sabéis vosotros? Pues bien, pudiera ser que ese demonio fuera de la raza de las *vostras* que tanto gustaban a los generales y que yo la haya puesto ahí expreso para dar gusto al caldo, ¡so brutos!... Para que esté más sabroso.

Liubishkin no pudo aguantar más. Cogió el cucharón, se puso en pie de un salto y gritó a voz en cuello:

—¿Generales? ¿Para dar substancia al caldo? ¿Yo soy un guerrillero rojo y quieres hacerme comer rana, como a uno de esos cabrones de generales?

Chukar creyó ver, en las manos de Liubishkin, un cuchillo y salió disparando sin volver la cabeza.

Davídov no supo todos estos detalles hasta que llegó al campamento. Ahora, después de haber despedido a Chukar, dijo a Andrei que fustigase los caballos. Poco después, llegaban al campamento de la brigada.

La lluvia continuaba cayendo sobre la estepa.

De Gremiachi-Log hasta el Estanque Lejano, un arco iris radiante cortaba la mitad del cielo con su joroba. No había ni alma viviente en el campamento. Después de despedirse de Andrei, Davídov se dirigió al sector más cercano de los

campos de labranza. No lejos de allí pastaban unos bueyes desuncidos. Akim, que conducía un arado, sintiendo pereza de ir hasta el campamento, se había acostado en un surco y completamente cubierto con su pelliza, echaba una siesta, arrullado por el gorgoteo de la lluvia. Davidov le despertó.

—¿Por qué no trabajas?

Akim se levantó sin prisa, bostezó y sonrió.

—No se ara cuando llueve, camarada Davidov. ¿No lo sabías? Un buey no es un tractor. En cuanto tiene el pellejo del cuello mojado, el yugo le hace sangrar en seguida y entonces, ¡se acabó el trabajo! Es verdad lo que digo —añadió viendo una sombra de incredulidad en la mirada de Davidov... —Lo que debías hacer es ir a separar a los que riñen. Desde esta mañana Maidannikov anda tras Atamanchukov... Mira, ahí están dándose de puñetazos, otra vez, en ese sector. Maidannikov le dice que desunza los bueyes, y Atamanchukov responde: "No toques a mi yunta o te rompo el hocico". Se están dando de veras.

Davidov miró en la dirección indicada. En efecto, algo así como una batalla se había entablado: Maidannikov blandía, a guisa de sable, una barra de hierro, mientras que Atamanchukov, largo como una caña, le impedía tocar el yugo, rechazándole con una mano y teniendo la otra cerrada, detrás de su espalda.

No se oían las voces. Avanzando hacia allí, Davidov gritó desde lejos:

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—¿Pero no ves, Davidov? ¡Está cayendo agua y éste quiere arar! ¡Les va a desollar el cuello a los bueyes! Yo le digo: "Desunce, mientras llueve". Bueno, pues no hay manera, y me dice: "Eso a ti no te importa": ¿Ya quién le importa entonces, bribonazo? ¿A quién le importa, te pregunto diablo ronco? —gritó Maidannikov, dirigiéndose ahora a Atamanchukov y amenazándole con su barra de hierro.

Al parecer, ya se habían zurrado, Maidannikov tenía un ojo negro; Atamanchukov, el cuello de la camisa desgarrada y los labios hinchados y viscosos de sangre.

—No permitiré que se haga mal al koljós —gritaba Maidannikov envalentonado por la presencia de Davidov—.

Dios, que no son suyos los bueyes, que son del koljós. ¿Bueno, entonces, hay que desollarlos, según tú? ¡Deja los bueyes ahí, canalla!

—No eres tú quien para mandarme. Ni tienes derecho a pegar. ¡Te voy a hacer papilla si no te estás quieto! Necesito acabar mi tarea y tú lo impides —gritaba Atamanchukov que, pálido de rabia, trataba de abotonarse con la mano izquierda el cuello de la camisa.

—¿Es que se puede arar con la lluvia? —le preguntó Davidov, quitándole a Madannikov la barra de hierro y arrojándola al suelo.

Los ojos de Atamanchukov relampaguearon. Torciendo su largo cuello, respondió de mal talante:

—Para un patrón, no; pero para el koljós, sí.

—¿Cómo que "sí"?

—Porque es necesario cumplir el plan. Llueva o no, hay que labrar. Si no, Liubishkin le roe, le roe a uno como el orín roe el hierro.

—Eso es una manera de hablar que... Ayer, que hacía buen tiempo, ¿acabaste tu norma?

—He labrado lo que he podido.

Maidannikov refunfuñó.

—Aró un cuarto de hectárea. ¡Y sin embargo ya ves sus bueyes! No se les llega a los cuernos. ¿Y qué ha labrado? Ven conmigo, Davidov, vas a verlo.

Agarrando a Davidov por la manga húmeda de su abrigo, le condujo al surco. La emoción le hacía tartamudear.

—Se había decidido cavar, por lo menos, diez centímetros en profundidad. Pues, bueno, mira esto. ¡No tienes más que medir tú mismo!

Davidov se agachó, metió el dedo en el surco blando y pegajoso. Del fondo a la superficie llena de hierbajos no había apenas más de cuatro a cinco centímetros.

—¿Es esto arar? Eso es arañar la tierra y no ararla. Esta misma mañana me estaban dando ganas de darle una paliza por el entusiasmo que demuestra. Y todo lo suyo está así.

—Ven aquí. A ti te hablo —gritó Davidov a Atamanchukov, que estaba desenganchando los bueyes de mala gana. Atamanchukov, perezoso, se acercó arrastrando los pies.

—¿Así labras tú? —preguntó en voz baja Davídov, descubriendo la brecha de su mandíbula.

—¿Qué es lo que queréis? ¿Qué se hagan surcos de treinta centímetros? —dijo Atamanchukov, con los ojos inyectados en cólera; y quitándose el gorro de su cabeza rapada saludó irónicamente: —¡Muchas gracias! Pruebe usted mismo labrar con mayor profundidad. Es muy fácil ser ligero de lengua, pero cuando se trata de trabajar... no se encuentra a nadie.

—¿Sabes qué es lo que quiero? Que te echen del koljós, canalla, —gritó Davídov todo rojo—. ¡Y te echarán!

—¡Hacedme ese favor! Me iré yo solito. No soy un forzado para que me obliguéis a reventar aquí trabajando... ¿Y para qué, pregunto yo?

Dicho esto se alejó silbando hacia el campamento.

Por la noche, cuando la brigada estuvo reunida, Davídov declaró:

—Voy a dirigir a la brigada una pregunta: ¿Qué se hace con los falsos koljosianos que engañan al koljós y al Poder soviético? En vez de dar a los surcos diez centímetros de profundidad, le dan solo cuatro. ¿Qué se hace con aquellos que inutilizan a propósito los bueyes, haciéndolos trabajar bajo la lluvia y que cuando el tiempo está bueno, no cubren más que la mitad de su norma?

—Hay que echarles —dijo Liubishkin.

Las mujeres le secundaron con un celo muy especial.

—Pues bien, entre vosotros hay uno de esos saboteadores koljosianos, ¡allí está!

Davídov señaló a Atamanchukov, que estaba sentado en la barra de un carro.

—Toda la brigada está aquí. Propongo que el caso se ponga a votación. ¿Quién opina que debe expulsarse al saboteador y holgazán Atamanchukov?

Veintitrés votantes de los veintisiete levantaron la mano. Davídov contó y después dijo secamente a Atamanchukov:

—¡Vete! Ya no perteneces al koljós. De aquí a un año, veremos: si te corriges se te volverá a admitir... Y ahora, camaradas, escuchad lo que os voy a decir. Seré breve. Casi todos vosotros trabajáis mal. Las tareas asignadas, exceptuando Maidannikov, no se cumplen. Esto es un

hecho vergonzoso, camaradas de la segunda brigada. Mancharéis vuestra reputación. Por este camino, terminaréis por ser apuntados en la pizarra negra, y no os borrarán fácilmente. ¡El koljós Stalin y semejante escándalo! ¡Hay que liquidar de raíz esto!

—Es que la norma es demasiado grande para nosotros.

—Los bueyes no resisten —dijo Akim.

—¿Demasiado fuerte? ¿Para los bueyes? ¡Tonterías!... ¿Por qué resisten entonces los bueyes de Maidannikov? Yo voy a quedarme en vuestra brigada, tomaré los bueyes de Atamanchukov y os mostraré con el ejemplo que se puede labrar en un día una hectárea y hasta una hectárea y cuarto.

—Vamos, Davídov, no eres tonto. Has cogido bien —dijo Kuzhenkov con una sonrisita, tirándose de la perilla.

—Con los bueyes de Atamanchukov se le puede romper los cuernos al mismo diablo. ¿Una hectárea? Con esos bueyes yo me comprometo.

—¿Y con los tuyos no puedes?

—Nunca jamás.

—Bueno ¿quieres cambiar? Tú coges los bueyes de Atamanchukov y yo los tuyos. ¿Hace?

Después de un corto silencio, Kuzhenkov, prudente, respondió con aire grave:

—Se puede probar.

Davídov pasó una mala noche. Acostado en la cabaña se despertaba frecuentemente, ya porque el viento hacía resonar el techo de lata, ya a causa del frío que penetraba bajo el abrigo empapado de agua o a causa de las pulgas que populaban en la piel de cordero extendida en el suelo.

Al amanecer, Maidannikov vino a despertarle. Ya había puesto en pie a toda la brigada. Davídov saltó de la cabaña. Al oeste las estrellas brillaban todavía con un débil resplandor. La luna en creciente daba un corte de oro en la coraza azul del cielo.

Davídov se lavó con agua sacada del estanque. Maidannikov estaba junto a él, mordisqueando la punta de su bigote y decía:

—Una hectárea y pico, en un día, es mucho, ¿sabes?... Ayer has exagerado un poco, camarada Davídov. Te expones a que quedemos mal...

—Todo depende de nosotros, todo nos pertenece. ¿De qué tienes tú miedo, hombre? —le animaba Davidov.

Pero para sus adentros se decía: "Reventaré en el surco, pero conseguiré lo que me propongo. Labraré por la noche, alumbrándome con una linterna, pero haré una hectárea y cuarto... No puedo menos... Sería una vergüenza para toda la clase obrera".

Mientras Davidov se secaba la cara con la blusa, Maidannikov había terminado de uncir sus bueyes y los de Davidov.

—¡Vamos! —gritó.

Entre el chirrido de las ruedas de los arados, Maidannikov expuso a Davidov los principios establecidos en el curso de años y años, para labrar con bueyes. Y terminó:

—Voy a lanzar su arado, trazaré dos surcos con usted, y después, ya se las arreglará solo...

El conductor de Davidov, un mozalbete, restalló su látigo y los bueyes delanteros arrancaron de un tirón. Emocionado Davidov puso las manos en la mancera. Andando tras el arado, veía los terrones de tierra pringosa y negra, cortada por la reja, subir a lo largo de la vertedera y caer luego de lado como peces somnolientos.

Antes del desayuno, Davidov labró cerca de un cuarto de hectárea. Desganado, tomó un poco de gachas y cuando acabó de comer guiñó el ojo a Maidannikov.

—¿Seguimos?

—Yo estoy listo... Aniutka —gritó a su mujer— trae los bueyes.

Y de nuevo la reja corta la tierra amontonada por los siglos. Las raíces de las hierbas removidas, abarquilladas, se yerguen hacia el cielo. La cresta musgosa del surco, desmigajada, se vuelca, se hunde en la sombra de los surcos. Dulce y vivificante es el olor marchito de la tierra negra. El sol está todavía alto en el cielo cuando ya el pelado cuero del buey rojo se oscurece con el sudor...

Por la tarde, Davidov, sentía un dolor insoportable en los pies rozados por las botas. Tenía los riñones deshechos. Tropezando midió su sector. Una sonrisa se esbozó en sus labios agrietados y ennegrecidos de polvo: había labrado en un día una hectárea.

—¿Bueno, cuánto he hecho? —preguntó con una sonrisa impregnada de ironía a Kuzhenkov, viéndole llegar al campamento arrastrando las piernas.

—¿Cuanto crees?

—¿Habrás removido una media hectárea?

—¡Ca, hombre!... Una hectárea y una vuelta más.

Kuzhenkov, ocupado en untarse con grasa de marmota un pie que se había herido con los dientes del rastrillo, suspiró y se fue a medir el sector de Davíдов. Media hora más tarde, ya de noche, volvió y se sentó no lejos de la lumbre.

—¿Por qué no dices nada, Kuzhenkov? —le preguntó Davíдов.

—Me duele el pie... No hay nada que decir, has hecho tu hectárea. ¿Y qué? —dijo de mala gana y tendiéndose cerca del fuego, se cubrió con su pelliza.

—¿Te han tapado la boca? —dijo riendo Maidannikov— Ahora ya no ladrarás más. Pero Kuzhenkov no respondió, como si no hubiera oído.

Davíдов se acostó cerca de la choza y cerró los ojos. La hoguera exhalaba un olor a ceniza de madera. Los pies le ardían, fatigados por la caminata. En las pantorrillas sentía un dolor agudo. En cualquier posición que adoptase se hallaba a disgusto, tenía siempre ganas de cambiar de postura... Apenas se acostó vio vagar ante sus ojos la gleba negra removida; la hoja blanca de la vertedera resbalaba sin ruido y la tierra se escurría por un lado como hirviente alquitrán... Acometido por un ligero vértigo y sintiendo náuseas, con el corazón palpitando, Davíдов abrió los ojos y llamó a Maidannikov.

—¿No puedes dormir? —le preguntó éste.

—No, la cabeza me da vueltas... Veo la tierra que sale por debajo del arado.

—¡Ah, siempre ocurre eso cuando no se tiene costumbre! En la voz de Kondrat se percibía una sonrisa de simpatía. Después de pasarse uno el día mirando hacia abajo se tienen vértigos, es natural. Y además la tierra, que emborracha con su endemoniado olor. Mañana, Davíдов, tienes que tener cuidado de no mirar mucho hacia abajo. Mejor será que te intereses por lo que hay a los lados.

Por la noche, Davídov no sintió ni las picaduras de las pulgas, ni el relinchar de los caballos, ni el grito de la tardía bandada de patos salvajes que pasaba sobre la cresta de la cañada: dormía como un muerto. Al despertarse, antes de romper el alba, vio acercarse a Maidannikov, arrebujado en su pelliza.

—¿De dónde vienes? —preguntó Davídov con la voz empapada de sueño, levantando la cabeza.

—He guardado nuestros bueyes, los tuyos y los míos... han comido una buena ración. Les he llevado al fondo de la cañada. Allí es mejor la hierba.

La voz enronquecida de Maidannikov se alejó rápidamente, después se apagó... Davídov no oyó el fin de la frase: el sueño le había hecho recostar de nuevo la cabeza en la pelliza empapada de rocío, sumergiéndole en el olvido.

Aquel día Davídov labró una hectárea y dos vueltas; Liubishkin, una hectárea justa; Kuzhenkov un poco menos. Y, cosa completamente inesperada para ellos, Antip Grach obtuvo el primer número en la clasificación, él, que hasta entonces había sido clasificado entre los retárdanos, a quienes Davídov llamaba en broma "el equipo de los débiles". Se le habían dado los enflaquecidos bueyes de Borodín. Durante la comida no dijo nada de lo que había arado. Después del almuerzo, su mujer, que servía de conductora, había dado de comer a los bueyes en su delantal, donde había puesto las seis libras de "concentrados" que formaban la ración de los animales. Antip había añadido hasta las migas de pan que habían quedado del almuerzo diciendo que "eso se encontrarán de más".

Liubishkin, habiendo visto la operación, bromeó:

—¡Nos vas alcanzando Antip!

—¡Y os alcanzaré! Nuestra familia en el trabajo no es de las últimas! —exclamó en tono de desafío Grach, a quien el aire primaveral había ennegrecido todavía más.

Y, realmente, los alcanzó: al atardecer había acabado de arar una hectárea y cuarto.

Había caído ya la noche cuando Maidannikov trajo sus bueyes al campamento. A la pregunta de Davídov: "¿Cuanto?" respondió con voz ronca:

—Una y media, menos una vuelta... Pásame el tabaco, no he fumado en todo este tiempo.

Al decir esto, miró a Davídov con ojos fatigados pero triunfantes.

Después de la cena, Davídov hizo el balance:

—La emulación socialista, camaradas de la segunda brigada, marcha aquí formidablemente. El ritmo adoptado es muy bueno. La dirección del koljós da a la brigada su agradecimiento bolchevique. Nuestra brecha, queridos camaradas, la tapamos, eso es evidente. ¿Y cómo no taparla puesto que se ha probado palpablemente, que la norma era realizable? Ahora se trata de apretar con el rastrillo. Y además hay que rastrillar en los tres sentidos, ¿eh? Gracias, y muy especialmente a Maidannikov, que es sin duda ninguna el mejor udarnik.

Las mujeres lavaron los cacharros. Los campesinos se habían acostado. Los bueyes fueron conducidos a los pastos. Maidannikov dormitaba ya, cuando su mujer se deslizó a su lado, bajo su pelliza. Dándole con el codo le preguntó:

—Kondrat, Davídov te ha hablado como... para elogiarte...

—Pero en fin, ¿que es un udarnik?

Maidannikov había oído repetidas veces esta palabra, pero era incapaz de explicarla. "Debería haberle preguntado a Davídov", pensó con un ligero despecho. Sin embargo, no podía empequeñecerse ante los ojos de su mujer. Tenía que responder. Así que lo explicó lo mejor que pudo:

—¿Un udarnik, dices? ¡Qué tonta eres! ¿Un udarnik? Mmm... Es... ¿Cómo explicártelo para que lo comprendas? Mira, por ejemplo, un fusil... Pues bueno, tiene un percutor que golpea el cebo y se llama también udarnik. En el fusil, el chisme ese, es lo principal, no se puede disparar sin él... Lo mismo pasa con el koljós: el udarnik es la figura principal, ¿comprendes?... ¡Bueno, ahora duérmete, y no me fastidies más!

XXXVII

El 15 de mayo la siembra de cereales en lo fundamental estaba terminada en todo el radio. El koljós Stalin de Gremiachi-Log, había ejecutado su plan íntegramente. El 10, a mediodía, la tercera brigada había acabado de sembrar las diez últimas hectáreas de maíz y girasol. Davídov había despachado inmediatamente un correo montado para anunciar al comité del Partido el fin de la siembra.

El trigo de otoño daba gusto verlo. Pero en el sector de la segunda brigada, había unas cien hectáreas de trigo del Kubán, que no se habían sembrado hasta los primeros días de mayo. Davídov temía que esta tardanza impidiera al trigo brotar. Su aprensión la compartía Liubishkin. Por su parte Ostrovnov declaró resueltamente:

—No, no brotará. De ningún modo. ¿Queréis sembrar en cualquier época y que salga algo? Los libros dicen que en Egipto se siembra y se recoge dos veces al año. Pero, cama-rada Davídov, Gremiachi-Log no es Egipto. Aquí hay que observar estrictamente los plazos.

Davídov se enfadaba:

—¡Bueno, ya estás tú con el oportunismo! Te digo que el trigo saldrá. Y si es preciso cosecharemos dos veces. La tierra es nuestra, y sacaremos de ella lo que queramos, eso es evidente.

—Habla como un niño.

—Bueno, ya veremos. Tú, ciudadano Ostrovnov, manifiestas una desviación hacia la derecha en lo que dices. Para el Partido esa desviación es indeseable y nociva. No lo olvides.

—Yo no hablo de desviación, hablo de la tierra. De vuestras desviaciones no entiendo ni jota.

Pero a Davídov, aunque tenía esperanzas en el trigo del Kubán, no dejaba de atormentarle la duda. Todos los días

ensillaba su caballo, para ir a ver los campos calcinados por el sol, preparados, pero de un negro inerte, siniestro.

La tierra se secaba rápidamente. El grano, mal nutrido, no tenía fuerza para desarrollar su germen, cuyo dardo, tierno y débil, permanecía inerte bajo la cálida y porosa tierra, que olía a sol; tendía a la luz pero era incapaz de perforar la endurecida capa de la tierra, privada de humedad.

Davídov se apeaba del caballo. De rodillas, escarbaba la tierra con las manos, examinando en la palma extendida los granos de trigo, con su tallito que empezaba a brotar. Experimentaba una amarga sensación de piedad por aquellos millones de granos enterrados, que tenían una sed angustiada de luz y que estaban casi condenados a muerte.

Su impotencia le ponía furioso. Que lloviese un poco y el trigo cubriría los campos con una verde pelusa. Pero la lluvia no venía. Los campos estaban invadidos por un oleaje de avenas locas vivaces y poco exigentes.

Cierta noche una delegación de viejos fué a ver a Davídov a su casa.

—Hemos venido a presentarte un humilde ruego —dijo el viejo Akim Palpagallinas, saludando y buscando en vano el ícono para hacer la señal de la cruz.

—Di lo que quieras... Aquí no hay iconos, abuelo, es inútil que los busques.

—¿Ah, no hay...? Bueno, no importa... Pues... Los viejos queríamos...

—¿Qué queríais?

—Parece ser que el trigo, en la segunda brigada, no crece.

—Todavía no sabemos, abuelo.

—No, no sabemos, pero eso parece.

—¿Y qué?

—Que se necesita lluvia.

—Sí que se necesitaría.

—Entonces, por hacernos un favor... Permítenos que llamemos al pope: cantará una misa.

—¿Para qué? —preguntó Davídov poniéndose ligeramente rojo.

—¡Hombre, para que Dios nos envíe la lluvia!

—Eso, abuelo... ¡Mira, vete, y no me hables más del asunto!

—¿Qué no hable más? Pero, oye, el trigo es nuestro, ¿no?

—Es del koljós.

—Y nosotros ¿qué somos? ¿No pertenecemos al koljós?

—Sí y yo soy el presidente.

—Ya lo sabemos. Tú no crees en Dios no te pedimos que creas. Pero déjanos a nosotros seguir con nuestras ideas. Nosotros somos creyentes.

—No, yo no permitiré semejante cosa. ¿Quién os ha delegado? ¿La asamblea?

—No, los viejos lo hemos decidido así.

—Ya veis. No sois numerosos. La asamblea no os hubiera autorizado. En nuestra opinión es la ciencia la que debe guiar la agricultura, y no los popes.

Davídov habló largamente, con prudencia, esforzándose en no herir el sentimiento religioso de los viejos. Estos guardaban silencio. Nagulnov llegó hacia el final. Había oído decir que unos viejos —una delegación de creyentes— iba a pedir autorización a Davídov para que se cantase una misa.

—¿Entonces no se puede? —suspiró el viejo Palpagallinas poniéndose en pie.

—¡Me niego! Además es inútil, tendremos lluvia de todos modos.

Los viejos salieron, seguidos de cerca por Nagulnov. Este cerró cuidadosamente la puerta de la habitación de Davídov y dijo con voz ahogada:

—¡Eh, gente caduca! ¡Os conozco! No tenéis más que una cosa en la cabeza: vivir a vuestro modo. ¡Diablos testarudos! Si os dejásemos os pasarías el tiempo organizando fiestas religiosas, llevando en procesión íconos por la estepa, pisoteando los trigales. Si llamáis al pope sin permiso y lo lleváis a los campos, yo me presento en seguida con un equipo de bomberos y os riego hasta ponerlos como sopas. ¿Enterados? Y al pope más le valdrá no presentarse. Porque yo, a ese garañón peludo, lo pelo delante de todo el mundo con unas tijeras de esquilar carneros. Sí, lo esquilaré para vergüenza suya y luego que se marche. ¿Comprendéis?

Con el entrecejo fruncido, se volvió a la habitación de Davídov y se sentó en el baúl. Davídov, desconfiado, le preguntó:

—¿Qué les estabas diciendo a los viejos?

—Hablamos del tiempo —respondió Nagulnov sin pestañear.

—¿Y qué?

—Pues que han resuelto definitivamente que no se cante la misa.

—¿Qué han dicho? —preguntó Davídov volviendo la cara para ocultar la risa.

—Dicen haber comprendido que la religión es opio... ¿Pero a qué tanta pregunta? Eres un verdadero pelmazo. Cuando la tomas con uno, no hay modo de hacerte soltar presa... "¿De qué has hablado?... ¿Y qué has dicho?" He dicho lo que he dicho. Tú tienes la manía de la democracia. Les razones, les suplicas. En mi opinión no es así como hay que hablarles a esos viejos. Viven en completa ignorancia. No vale la pena de gastar saliva, hay que llevarlos a tambor batiente: una, dos, y se acabó.

Davídov, con la sonrisa en los labios, hizo un gesto de desesperación. ¡Decididamente, Nagulnov era incorregible! Durante dos semanas, Nagulnov había permanecido fuera del Partido. Mientras tanto, se había cambiado la dirección del radio: Korzhinski y Jomutov habían sido relevados de sus funciones.

El nuevo secretario del comité de radio, que había recibido de la comisión de control la apelación de Nagulnov, despachó a Gremiachi-Log a un miembro de la junta para revisar este asunto. Después de lo cual, la decisión relativa a la expulsión de Nagulnov fué revocada. El motivo invocado fué que la severidad de la sanción no correspondía a la falta cometida. Además, una serie de acusaciones levantadas contra Nagulnov ("descomposición moral", "libertinaje sexual") fueron abandonadas en la segunda vista de la causa. Nagulnov fué censurado y allí quedó el asunto. Davídov, que desempeñaba provisionalmente las funciones del secretario de la célula, al hacer entrega del cargo a Nagulnov, le había preguntado:

—¿Te has corregido ahora? ¿Volverás otra vez a forzar la nota?

—¡Ya lo creo que estoy corregido! ¡Y cómo! Sólo que se trata de saber quién ha forzado la nota: yo o el comité de radio.

—Ambos. Cada cual por su parte.

—Y yo estimo que, el comité del distrito no está tampoco blanco como la nieve.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no se ha dado orden de devolver el ganado a los que marcharon del koljós? ¿No es eso colectivización forzada? Sí que lo es. La gente se marcha del koljós y no se les da nada: ni ganado ni material. Entonces, claro, como no saben qué hacer, vuelven al koljós. Refunfuñan, pero vuelven.

—Pero el ganado y el material forman parte del fondo indivisible del koljós.

—¿Para qué sirve ese fondo si vuelven al koljós de mala gana? Yo les diría en plena cara: "Vuestro material, lleváoslo, que mal provecho os haga". Y los tendría a una distancia de tiro de fusil. Tú has vuelto a admitir a un centenar de esos camaleones y crees que con ellos podrás hacer koljosianos conscientes y organizados. ¡Qué te crees tú eso! Esos malditos vivirán en el koljós, pero seguirán tendiendo el hocico a la vida individual y así hasta la tumba... ¡Los conozco bien! El que se les haya devuelto el ganado, desviación hacia la izquierda y el que se les vuelva a admitir en el koljós, desviación a la derecha. Es que ahora, ¿sabes? estoy fuerte en política, no podrás engañarme.

—¿Fuerte en política? ¿Tú que ni siquiera comprendes la imposibilidad de arreglar cuentas inmediatamente con los que salen, antes de terminar las labores?

—No, eso sí lo comprendo.

—¡Ah, Makar, Makar! No podrás vivir sin meter la pata. Pierdes la brújula con gran frecuencia, eso es evidente...

Continuaron discutiendo largo tiempo y terminaron por enfadarse y Davídov se marchó.

En estas dos semanas se habían producido muchos cambios en Gremiachi-Log. Con gran asombro de todo el pueblo,

Marina Poiarkova se había casado con Demid Molchun. Este se instaló en su casa. Por la noche, Demid, en un carro tirado por él mismo, se había llevado sus escasos bártulos, después de haber condenado la puerta y las ventanas de su choza.

Marina ha encontrado el zapato a su medida. Entre los dos podrán más que un tractor —decían en Gremiachi.

Andrei, destrozado por la noticia de este matrimonio, se hizo el valiente al principio. Después, sucumbiendo, se dio a beber sin que Davíдов se enterase. Este, sin embargo, lo llegó a descubrir y lo puso en guardia:

—Déjate de eso, Andrei. No te conviene.

—¡Lo dejaré, pero es que me duele hasta lo indecible!... ¡Por quién me ha cambiado esta perra, por quién!

—Allá ella.

—Pero es una vergüenza para mí.

—Vergüenza si quieres, pero no bebas. No es el momento oportuno. Pronto empezaremos la escarda.

Como si lo hiciera adrede, Marina se encontraba cada vez más a menudo con Andrei. Parecía contenta, feliz.

Demid trabajaba en su minúscula propiedad como un buey: en unos días había arreglado todos los cobertizos, había cavado una bodega inmensa. Llevaba sobre los hombros vigas y maderos de ciento cincuenta kilos.

Marina lavaba, le hacía prendas de vestir, le remendaba la ropa interior. Delante de las vecinas no escatimaba los elogios, alabando las fuerzas que Demid tenía para el trabajo...

—Pues sí, es un hombre muy útil en una granja. Fuerte como un oso. Cuando pone la mano en algo, ya está hecho. Verdad que no habla mucho, ¿pero qué importa? Así no disputaremos.

Andrei, a quién le llegaban noticias de lo contenta que estaba Marina con su nuevo marido, pensaba tristemente:

"Ah, Marina, ¿No hubiera podido yo reparar tus cobertizos o hacerte una bodega? ¡Me has estropeado la vida!"

Gaiev, el desposeído, había vuelto del destierro. La comisión electoral de la región le había devuelto sus derechos de ciudadano.

Davídov, al saber su vuelta, le llamó -inmediatamente a la Dirección.

—¿Cómo vas a arreglar tu vida, ciudadano Gaiev? ¿Te quedarás de individual o entrarás en el koljós?

—Según y cómo —respondió Gaiev, que aún guardaba rencor por su expropiación injustificada.

—Hombre, algo hay que decidir.

—Me parece que, no podré sortear el koljós.

—Entonces, haz la instancia.

—¿Y mi hacienda?

—Tu ganado está en el koljós. Tus herramientas también. Lo demás se ha distribuido y la cosa será más complicada. Te devolveremos lo que podamos. Por el resto se te dará una compensación en dinero.

—¿Y el trigo? Me cogisteis hasta el último grano...

—Eso es muy sencillo. Vete a ver al administrador; él le dirá al guarda almacén que te dé para empezar unos diez puds de harina.

Nagulnov, habiéndose enterado de la cosa, se indignó.

—Este Davídov está admitiendo en el koljós a todo el mundo —le decía a Andrei—. No le falta más que poner un anuncio en el Molot diciendo que acepta a los deportados que han cumplido.

La célula de Gremiachi, después de terminadas las siembras habían duplicado sus efectivos. Liubishkin, Loschilin, koljosiano de la tercera brigada, jornalero de Borodín durante tres años y Ushakov, eran candidatos al Partido. El día en que debía reunirse la célula para la admisión de Liubishkin y de los otros, Nagulnov había propuesto a Maidannikov.

—Oye, Maidannikov, ¿por qué no entras tú en el Partido? Te apoyaré gustosamente. Has servido a mis órdenes en mi escuadrón: y lo mismo que entonces eras un héroe rojo, ahora eres un koljosiano excepcional. En fin, ¿cómo se explica que no hayas entrado aún en el Partido? Las cosas han llegado a tal punto que la revolución mundial puede estallar de un momento a otro. Quizá tendremos nosotros dos que servir otra vez en el mismo escuadrón para defender el Poder soviético. ¡Y tú, en todo este tiempo, sin alistarte en el Partido! No está bien eso. ¡Vamos, haz tu instancia!

Maidannikov lanzó un suspiro y manifestó sus secretos pensamientos.

—No, camarada Nagulnov, mi conciencia no me permite entrar en el Partido por ahora... Yo iré, si es necesario, a batirme otra vez por el Poder soviético; trabajaré en el koljós honradamente. Pero inscribirme en el Partido, no... no puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Nagulnov frunciendo el ceño.

—Porque hasta ahora, aunque esté en el koljós, no puedo dejar de sufrir por mis bienes...

Los labios de Maidannikov temblaron nerviosamente. Bajó la voz y siguió hablando más aprisa:

—Se me parte el corazón cuando pienso en mis bueyes... Me dan lástima... No los cuidan como debieran... Akim tiene la culpa de que mi caballo se haya rozado el cuello con la collera durante la trilla. Yo lo vi y no pude comer en todo el día... ¿Hay quién sea capaz de poner en un caballito como ese un collero semejante? Esto es lo que me impide decidirme. Sintiendo aún apego por la propiedad, la conciencia no me permite entrar en el Partido. Así comprendo yo la cosa.

Nagulnov reflexionó y dijo:

—Tienes razón. Espera todavía algún tiempo. Lucharemos sin descanso contra todo lo que no marche bien en el koljós. Las colleras se ajustarán todas. Pero si ves en sueños a tus bueyes, claro que no puedes alistarte en el Partido. Uno entra en él, ¿comprendes? cuando no se acuerda de lo que antes tenía. Hay que estar puro y sin mancha y tener una sola idea: llegar a la revolución mundial. Mi padre vivía con desahogo. Quiso que yo, desde muy pequeño, aprendiera a dirigir la hacienda. Pero a mí no me gustaba. ¡No me decía nada aquello! Dejé nuestra regalona vida y nuestros cuatro pares de bueyes y me puse a jornal, para probar la miseria... De modo que tú no debes entrar en el Partido mientras no te libres de ese maldito apego a la propiedad.

La noticia de que Liubishkin, Ushakov y Loschilin se incorporaban al Partido, se había propagado rápidamente por

el pueblo. Algunos de los cosacos, para divertirse, habían dicho al viejo Chukar:

—¿Y tú qué esperas para hacer tu petición? ¿No eres del activo? Te darán un cargo, te comprarás una cartera de cuero, te la pondrás bajo el brazo y no tendrás más que pasearte con ella.

Chukar meditó la cosa, fué a ver a Nagulnov a su casa.

—Buenas, querido Makar.

—Buenas, ¿qué quieres?

—Pues... la gente está entrando en el Partido...

—¿Y qué? Acaba pronto.

—Mucha prisa tienes.

—Siempre. En fin ¿qué ocurre?

—Pues que me están dando ganas de hacer lo mismo. No voy a pasarme toda la vida cuidando caballos, ¿verdad? No estoy casado con ninguno.

—Bueno, pero ¿qué es lo que quieres?

—¡Ya te lo he dicho claramente! quiero hacerme del Partido. Si he venido a verte es para saber el cargo que vas a darme, etcétera... A ver, dime lo que hay que escribir...

—Pero, oye... ¿Tú te figuras que se entra en el Partido para tener cargos?

—Todos los que están en el Partido tienen alguno.

Nagulnov se contuvo, cambió de conversación:

—¿Ha venido el pope a verte durante las pascuas?

—Claro que sí.

—¿Le diste algo?

—Como siempre. Un par de huevos y naturalmente, un pedazo de tocino, cosa de media libra.

—¿Entonces sigues creyendo en Dios a estas horas?

—Hombre, tanto como creer, no diría yo. Pero, si caigo malo o tengo un disgusto o que caen rayos y centellas, entonces sí, rezo un poquito y pienso en Dios.

Nagulnov se había propuesto al principio ser amable con Chukar, explicarle detalladamente porqué no podían admitirle en el Partido. Pero no habiendo hecho de antemano provisión de paciencia, le soltó bruscamente esta andanada:

—¡Vete al diablo, viejo chocho! Le das huevos al pope, haces un Jordán de hielo, sueñas con tener un cargo y aún

no eres capaz de preparar el pienso para los caballos. ¿Para qué diantre necesita el Partido un molino de palabras como tú? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Te figuras que el Partido acepta los trastos viejos? Tú no sabes sino darle a la lengua y contar cuentos. ¡Hala, lárgate y no me molestes! Porque tengo los nervios de punta. Mi salud no me permite hablarte más dulcemente. ¡Hala, ahueca!

—"¡Ah, escogí mal momento! Hubiera debido venir después de la cena", se lamentaba el pobre Chukar al cerrar precipitadamente la puerta.

La última noticia que produjo gran consternación en Gremiachi-Log, sobre todo entre las muchachas, fué la muerte de Dimok.

Efim Trubachev y Baltalschikov, condenados por el tribunal a diversos plazos de trabajos forzados, habían escrito que camino de la estación, Dimok había sentido la nostalgia del país, ansia de libertad y había intentado huir. El miliciano que escoltaba el grupo de detenidos le había dado tres veces el alto. Pero Dimok atravesó los sembrados en dirección al bosque. No le faltaba más que treinta metros para llegar a la espesura. El miliciano hincó una rodilla en tierra se echó el fusil a la cara y al tercer disparo, lo mató instantáneamente.

A parte de su tía, no quedaba nadie para llorar al huérfano. Las muchachas a quien Dimok había iniciado en el arte poco complicado de amar, si tuvieron alguna pena, se consolaron muy pronto.

"Todo pasa, todo cansa, todo acaba." Y las lágrimas de las muchachas son como el rocío a la salida del sol...

XXXVIII

Fue en 1930 cuando desapareció por primera vez la "estación muerta".

En otros tiempos, cuando la gente vivía a la antigua, estos dos meses se llamaban, con justa razón, la "estación muerta". Terminadas las siembras, los labradores se preparaban sin prisa para la siega. En los pastos, los bueyes y los caballos reposaban, tomaban fuerzas, Los cosacos se ocupaban en menudencias, construían rastrillos, reparaban los carros, las guadañadoras. Era raro ver a un campesino trabajar los barbechos para las albores de mayo. El silencio pesaba sobre los caseríos. A mediodía no se encontraba alma viviente por las calles. Los hombres, si no estaban de viaje, descansaban en sus respectivas casas o bien manejaban remolonamente el hacha. Las mujeres, soñolientas, instaladas a la sombra, se buscaban los piojos. El vacío y la modorra reinaban por todas partes.

Pero el primer año de vida colectiva, suprimió la "estación muerta" en Gremiachi-Log.

En cuanto brotaban los trigos, se procedía a la escarda.

—Escardaremos tres veces, para destruir hasta la última brizna de hierba mala que se encuentre en los campos del koljós, declaró Davíдов en la reunión.

Ostrovnov estaba radiante. Le encantaba, a él tan activo y tan hacendoso, esta manera de llevar una explotación agrícola. Cuando todos los campesinos se agitaban, atareados, absorbidos por las ocupaciones.

"El Poder soviético, sube, sube cada vez más alto. Ahora se trata de ver donde va a posarse. Quiere que se escarden los trigales, que se labren los barbechos, que se críe ganado, que se repare el material. Pero, ¿y la gente querrá trabajar? ¿Podrán forzar a las mujeres a escardar los trigales? Nunca

se ha visto tal cosa. En toda la región de los cosacos del Don no se han escardado jamás los trigales. Mal hecho, por supuesto. La cosecha hubiera sido más abundante, eso de seguro. Yo también, idiota que soy, hubiera debido escardar, puesto que al fin y al cabo las mujeres no hacían nada en todo el verano". Así pensaba Ostrovnov, todo mohíno ante la idea de que, cuando era campesino individual, no había escardado sus trigales.

Hablando con Davídov le decía:

—Va a haber mucho trigo, camarada Davídov—. En otros tiempos, el hombre echaba la semilla y esperaba a salga lo que saliere. ¿Y qué salía? Trigo, naturalmente y malas hierbas, todo mezclado. Llega la trilla y el trigo parece bueno, pero a la molienda, apenas si sacaba uno cuarenta puds por hectárea, a veces menos.

Cuando la gente de Gremiachi saqueó los graneros, Davídov había querido destituir a Ostrovnov de su puesto de administrador. Le había asaltado una duda terrible... Creía haber visto deslizarse por la cara del viejo, mezclado entre la muchedumbre, además de la perplejidad una sonrisa de expectación malévol. Al menos eso era lo que había creído percibir Davídov entonces...

Al día siguiente, había llamado a Ostrovnov a su casa y había despedido a todo el mundo. La conversación tuvo lugar a media voz:

—¿Qué hacías ayer cerca de los graneros?

—Trataba de hacer entrar en razón a la gente, camarada Davídov. Les decía a los enemigos que reflexionasen, que no robasen el trigo colectivizado —respondió Ostrovnov sin pestañear.

—¿Y a las mujeres?... ¿Por qué les dijiste a las mujeres que yo tenía las llaves de los graneros ?

—¿Decir eso yo?... ¡En mi vida!

—Las mujeres mismas me lo repitieron, cuando me arrastraron por la aldea.

—¡Mentiras! Estoy dispuesto a jurarlo. Es una calumnia... Es que me tienen tirria...

Y Davídov vaciló en su decisión. Poco después, Ostrovnov desplegaba una actividad tan intensa a fin de preparar

la escarda y a fin de reunir todo lo necesario para organizar la alimentación común, hizo llover sobre la dirección tal cantidad de proyectos de explotación racional, que Davíдов quedó de nuevo subyugado por la energía de su administrador.

Todo esto dio por resultado que se afirmase la situación de Ostrovnov, comprometida por breve tiempo. Davíдов decidió quedarse con él a toda costa y animar por todos los medios el espíritu de iniciativa verdaderamente incansable que tenía este hombre.

Hasta Nagulnov había cambiado de actitud respecto a Ostrovnov. En una reunión de la célula llegó a decir:

—No importa que por su carácter nos sea extraño, si entiende cómo se hace marchar una explotación. Mientras no formemos un hombre tan competente como él, Ostrovnov seguirá siendo nuestro administrador. ¡Nuestro Partido, es sumamente inteligente! Tiene millones de cerebros: de ahí su fuerza. Entre los ingenieros se encuentran muchos que son unos canallas y unos contrarrevolucionarios perfectos. Hace ya tiempo que deberían estar fusilados... ¡Pues no! Se les da de comer y se les dice: "Tú tienes instrucción. Toma dinero, come hasta reventar; cómprale a tu querida medias de seda, pero tritúrate las meninges, haz obras de ingeniería para el bien de la revolución mundial". Y obedecen. No sin torcer la nariz hacia la vida de otros tiempos, pero obedecen. Si los fusiláramos, ¿qué sacaríamos de ello? Un pantalón raído, un reloj con dije, y nada más. Mientras que así trabajan y producen multitud de beneficios. Lo mismo pasa con Ostrovnov: que haga diques, que cave pozos, todo por el beneficio del Poder soviético y de la próxima revolución mundial.

La vida de Ostrovnov se había equilibrado nuevamente. Se daba cuenta de que todas las fuerzas que estaban a las espaldas de Polovtsev y que dirigían la rebelión habían fracasado esta vez. Estaba plenamente convencido de que habiendo pasado el momento, no habría más insurrección; de que cierto cambio se había operado en el espíritu de los cosacos hasta en los más hostiles al Poder soviético.

"Es de suponer que Polovtsev y Liatievski se habrán marchado al extranjero", pensaba.

A su acerbo despecho por no haber podido derrotar el Poder soviético, se unía una alegría sosegadora, un sentimiento de satisfacción: nada en adelante podría ya amenazar su existencia afortunada. Ahora cuando veía pasar al miliciano por Gremiachi-Log no se sentía desfallecer de miedo, mientras que antes con sólo vislumbrar su capote negro se estremecía de angustia indecible.

Su madre, cuando se quedaba a solas con Ostrovnov, le preguntaba:

—¿Y qué? ¿Termina pronto el poder de esos infieles? ¿Vienen pronto los nuestros?

Ostrovnov, indignado hasta más no poder por esta pregunta importuna, respondía con voz llena de amargura y de irritación:

—¿Pero a usted qué le importa, mamá?

—¿Cómo qué me importa? Han cerrado las iglesias, han expropiado a los popes... ¿Es esto justo?

—Ya tiene usted muchos años mamá, rece sus oraciones... No tiene para qué mezclarse en los asuntos de este mundo. ¡Es usted demasiado pesada, mamá!

—Y los oficiales ¿adónde se han ido? El otro, el tuerto. ¿adonde ha volado? ¡Estás bueno tú también! No hace mucho me pedías la bendición y ahora sirves a ese poder maldito.

La vieja no cesaba de refunfuñar. No podía comprender por qué su hijo no quería ya "cambiar el Poder".

—¡Mamá, me está quemando la sangre! ¡Déjese ya de tonterías! ¡A qué sirve sacar a cuento esas cosas? Además que es usted capaz de soltarlo todo delante de la gente... ¿Quiere mi muerte, mamá? ¿No era usted la que decía: "Todo lo que Dios hace bien hecho está"? Bueno, pues viva tranquilamente. Cierre el pico no diga nada. No le quitan el pan de la boca. ¿Qué más necesita, Dios mío?

Esas conversaciones con su madre ponían a Ostrovnov fuera de sí. Durante largo rato no podía recobrar la calma. A las mujeres y a Semión les recomendaba redoblando su severidad:

—¡Ojo con la abuela, mucho ojo! Acabará por perderme. En cuanto entre un extraño por la puerta, encerradla inmediatamente en su cuarto.

Desde entonces la vieja permaneció encerrada día y noche. Solamente el domingo le permitían salir. Iba de visita a casa de otras mujeres de su edad, viejecitas tan apolilladas como élla. Y venga a quejarse, venga a lamentarse:

—¡Ay, mis buenas amigas!... Sabéis, Iakov y su mujer me encierran con llave... No como ya más que pan seco... Sí, pan seco que riego con mis lágrimas. Antes, durante la cuaresma, cuando los oficiales, el comandante de Iakov y su amigo, vivían en nuestra casa, me daban una buena sopa de coles y luego otra cosa. Ahora no se qué les pasa conmigo. Y mi nuera, y mi hijo, todos iguales... ¡Ay, la vida que me dan, amigas mías...! aunque sea mi hijo, me quema la sangre ... Y es malo como la tina. ¿Por qué, digo yo? No hace mucho vino a pedirme la bendición para destruir el Poder de los descreídos. Ahora, si digo una palabra en contra, empieza a jurar y a atormentarme con una porción de tonterías ...

...Pero poco después y de una manera inesperada terminó la vida tranquila de Ostrovnov, amargada tan sólo por las conversaciones con su madre...

XXXIX

Desde que empezó la siembra, Lushka, la ex mujer de Nagulnov mujer alegre y de vida desordenada, se había puesto a trabajar en el campo. Formaba parte de la tercera brigada y se había instalado allí permanentemente. Por el día guiaba los bueyes de Krasnokutov. Por la noche, cerca de la cabaña donde vivía, se oía hasta el alba sonar la balalaika, suspirar los contrabajos y gemir las notas agudas del acordeón. Mozos y mozas cantaban y bailaban. Y era Lushka la que conducía Ja zarabanda.

Para ella la vida era luminosa y simple. Ninguna preocupación, ninguna inquietud arrugaba su frente vacía de pensamientos. Andaba con paso ligero y seguro por medio de la vida llevando siempre las cejas levantadas, como si esperase de un momento a otro una nueva alegría. Había dejado de pensar en Nagulnov desde el día siguiente de su divorcio y Timofei estaba muy lejos... ¡Además no era Lushka mujer para lamentar ausencias!... A las jóvenes y a las viejas que le hablaban de su semi-viudez, les decía con aire desdeñoso: "¡Perros de esos, siempre tendré bastantes detrás de mí!"

En efecto, tenía bastantes y aún de sobra.

Los muchachos y los casados jóvenes de la tercera brigada se disputaban los favores de Lushka. En el campamento, cerca de la cabaña, al claro de luna, los cosacos gastaban las suelas bailando "cracovianas" y "polacas" frenéticas.

Con frecuencia, entre los labradores, sembradores y trilladores que bailaban y pretendían intimar con Lushka, estallaban disputas, copiosamente sazonadas con palabras soeces que degeneraban en reyertas feroces. Todo esto a causa de Lushka. ¡Demonio! es que Lushka tenía un aire tan accesible, tan poco hurraño! Y, además todo el pueblo conocía sus relaciones escandalosas con Timofei y cada

cual hubiera tenido a honor ocupar la vacante dejada muy a pesar suyo por Timofei y muy de buena gana por Nagulnov. Dubtsov había tratado de hacer entrar en razón a Lushka, pero sin éxito ninguno.

—Yo cumplo con mi trabajo, ¿verdad? Bueno, pues en cuanto a bailar y a hacer el amor, nadie tiene derecho a impedírmelo. Con que tú, tío Dubtsov, no grites mucho, ¿eh? cúbrete con tu pelliza y échate a dormir. Si te come la envidia y quieres tomar parte en nuestras diversiones, vente cuando quieras. Aceptamos a los picados de viruelas también. ¡Para el amor dicen que son estupendos! —rió Lushka.

En cuanto tuvo ocasión de ir a Gremiachi, Dubtsov acudió a Davídov.

—Vaya un orden magnífico que ha implantado, camarada Davídov le dijo con voz malhumorada—. A Liubishkin le encajas al tío Chukar. A mí, Lushka Nagulnov. ¿Nos los mandas para el sabotaje o para qué? Ven una noche al campamento y verás... Lushka me ha alborotado a todos los mozos. Reparte sonrisas a todos, como haciéndoles promesas. Y los otros se pelean a su alrededor como gallitos. Por la noche bailan hasta hacer retemblar el suelo. Da lástima verles romperse los talones de tanto golpear, sin tener en cuenta la salud. Junto a la cabaña la tierra está apisonada, que parece cemento. Hasta cuando se apagan las estrellas, continua el jaleo, que parece que está uno en plena feria... Después de ser herido en el frente alemán, pasé una temporada en un hospital de Jarkov. Cuando uno estaba ya curado, las enfermeras le llevaban a la ópera, ¡El escándalo que hacían allí! Unos gritaban como locos, otros daban saltos, los demás allá rascaban el violín. No se podía oír nada. Un estrépito que le ponía a uno malo. Pues aquí lo mismo: se gritan canciones, se toca la charanga y se tejen piruetas. ¡Una verdadera boda de perros! Hacen el loco hasta el alba y luego, cuando amanece, ¿qué trabajo quieres que hagan? Se duermen de pie, se dejan pisotear por los bueyes... Camarada Davídov, una de dos: o la echas de la brigada a esa peste de Lushka o la mandas que se porte como una mujer casada.

—¿Pero, hombre, por quién me tomas? —dijo furioso Davíдов—. ¿Soy yo su confesor?... ¡Déjame en paz pelmazo! ¡No hacéis más que fastidiarme con vuestras tonterías !... ¿Qué quieres? ¿Qué le enseñe a ser recatada? Trabaja mal, pues échale de la brigada y nada más. A la menor cosa vienes a la Dirección: "Camarada Davíдов, se ha roto un arado", "camarada Davíдов, se ha puesto enferma la yegua". O esto: "Allí tenemos a una mujer haciendo de las suyas". ¿Y soy yo quien debe aconsejarla? ¡Caramba! ¿Hay que reparar el arado? Pues llama al herrero. Para la yegua, llama al veterinario. En fin, ¿cuándo aprenderéis a arreglárosela? ¿Hasta cuando tendré yo que llevaros de la brida? ¡Hala, fuera de aquí!

Dubtsov salió muy descontento de Davíдов.

Cuando se quedó solo, Davíдов cerró la puerta con estrépito y echó el pestillo. Se fumó dos cigarrillos, uno tras otro. El relato de Dubtsov le había dejado muy inquieto. Si se había puesto furioso y si había gritado, no era porque los jefes de brigada, en la ignorancia de sus obligaciones, le asediaban efectivamente con toda clase de pequeños problemas, sino porque Lushka, al decir de Dubtsov, "repartía a todos sonrisas como haciéndoles promesas".

Después de bromear con Lushka el día que se encontraron cerca de la Dirección y ella ocultando una sonrisa, le había pedido que le buscara un novio cualquiera, terminando por ofrecerse a él, Davíдов, sin darse cuenta, había cambiado de actitud respecto a ella. Desde hacía algún tiempo pensaba cada vez más en esta mujercita insignificante y de una frivolidad increíble. Si antes sentía respecto a ella una especie de piedad matizada de repugnancia y de indiferencia, ahora sentía otra cosa completamente distinta... Y el hecho de que Dubtsov hubiera venido a traer aquella estúpida queja, contra Lushka, no había servido a Davíдов sino de pretexto aparente para encolerizarse.

Se sentía atraído por Lushka muy inoportunamente, en plena siembra, en el momento en que era necesario el máximo esfuerzo. Lo que, sin duda, había contribuido a hacer germinar este sentimiento era que Davíдов había pasado todo el invierno "como un arzobispo", como le

decía bromeando Andrei Razmetnov. Quizá también la primavera ejercía su imperio sobre la carne flaca del intachable presidente del koljós de Gremiaehi, que había salido con honor de todas las campañas económicas y políticas.

Cada vez más a menudo, se despertaba por la noche sin motivo: entonces se ponía a fumar, con la cara dolorosamente crispada, prestando atento oído a la suave canción y a los apasionados trinos de los ruiseñores. Después cerraba rabioso la ventana, se tapaba la cabeza con la manta y permanecía acostado hasta la primera claridad de la aurora, sin cerrar los ojos, aplastando la almohada con su pecho tatuado.

La primavera de 1930 —impetuosa y precoz— había poblado los jardines y los bosquecillos de multitud de ruiseñores que llenaban con sus triunfantes canciones el vacío de la noche y no se apaciguaban ni de día. Las cortas noches primaverales no bastaban para calmar sus ardores amorosos. "Los muy cochinos tienen dos equipos para relevarse", murmuraba Davíдов al amanecer, luchando bravamente contra el insomnio.

Lushka se quedó en la brigada hasta el fin de la siembra. Pero en cuanto terminó la escarda se marchó del campo y aquella misma noche fue a ver a Davíдов. Este después de cenar se había metido en su cuarto a leer la Pravda.

Alguien —ni que fuera un ratón —arañó la puerta y una dulce voz de mujer preguntó:

—¿Se puede?

—Adelante.

Davíдов saltó de la cama, se puso la chaqueta.

Lushka entró, cerró la puerta sin ruido. Una pañoleta negra envejecía su cara curtida y tostada por el viento. Las pecas que cubrían sus mejillas tostadas se destacaban más. Pero los ojos, en la sombra del pañuelo, estaban más sonrientes y más brillantes que nunca.

—He venido a hacerle una visita...

—Entra, siéntate.

Davíдов, asombrado y contento de su venida, acercó un taburete, se abotonó la chaqueta y volvió a sentarse en la cama. Esperó sin decir palabra y lleno de inquietud y azaro.

Lushka se dirigió sin ningún azotamiento a la mesa, se arregló la falda con un gesto ágil e imperceptible para no arrugarla y se sentó.

—¿Cómo le va, presidente del koljós?

—Bastante bien.

—¿No se aburre?

—No tengo tiempo ni motivo.

—¿Y a mí no me echa de menos?

Davídov que no se turbaba nunca, enrojeció y frunció el ceño. Lushka afectando humildad, bajó los ojos. En las comisuras de sus labios se esbozaba una sonrisa.

—¡Qué tonterías se te ocurren! —dijo Davídov con voz algo insegura.

—¿De verdad que no me ha echado de menos?

—Te aseguro que no. ¿Vienes a hablar de algún asunto?

—Sí... ¿Qué se dice de nuevo en los periódicos? ¿Qué se oye de la revolución mundial?

Lushka de codos sobre la mesa tomó un aire serio, un aire de circunstancias. De su diabólica sonrisa de hacía un momento no quedaba ya ni huella.

—Se dicen muchas cosas... Bueno, ¿qué es lo que querías?

Había muchas probabilidades de que la patrona espiese su conversación. Davídov estaba como sobre ascuas. Su situación era intolerable, insostenible, por decirlo así. Al día siguiente la patrona iría a esparcir por todo Gremiachi la noticia de que la ex mujer de Nagulnov venía a ver de noche a su inquilino y allí acabaría la reputación sin tacha de Davídov.

Ávidas de chismes, las comadres empezarían a murmurar en las callejuelas y junto a los pozos. Los koljosianos le dirigirían al cruzarse con él, una sonrisa maliciosa. Andrea se pondría a dar matraca al camarada caído en las redes de Lushka. Después acabaría por saberse en el radio, en la Unión Agrícola. ¡Y quién sabe si no se lo colocarían en el expediente! Se diría: "Si no ha terminado la siembra hasta el 10, es porque recibía mujeres en su casa. Indudablemente se ha ocupado más del amor que de la siembra".

El secretario del comité del distrito había dicho, no sin razón, antes de repartir a los Veinticinco Mil por los radios;

"En el campo, debéis mantener el prestigio de la clase obrera, vanguardia de la revolución mundial. Hay que ser muy prudentes. No hablo de las cosas importantes, pero hasta en los menores detalles de la vida corriente hay que andarse con cuidado. Te gastaras un copek en beber y en el pueblo, te lo convertirán en seguida en cien rublos políticos..."

Davídov sudaba con sólo pensar en las consecuencias posibles de la visita de Lushka y de su conversación con élla. Su reputación estaba amenazada.

Pero Lushka seguía sentada sin observar los atormentadores sentimientos de Davídov. Este, con la voz ligeramente enronquecida por la emoción, preguntó en tono severo:

—En fin, ¿Qué te trae por aquí? Habla y acabemos. No puedo perder el tiempo en tonterías contigo, es evidente.

—¡Se acuerda de lo que me dijo entonces? Yo no he pedido permiso a Nagulnov, pero ya sé que se opone...

Davídov se puso otra vez en pie y dijo haciendo un gesto:

—Estoy ocupado. Después. Más tarde.

En este momento estaba dispuesto a cerrar la riente boca con la mano para hacerla callar. Ella lo comprendió. Frunció las cejas y dijo con aire desdeñoso:

—Bueno, bueno... Déme un periódico, algo que tenga interés. Aparte de eso, no tengo nada que decirle. Perdóneme la molestia...

Salió. Davídov lanzó un suspiro de alivio.

Pero, un minuto más tarde, de codos sobre la mesa, los dedos rabiosamente hundidos entre los cabellos, pensaba: ¡Qué idiota soy! Y si hablan, ¿a mi qué? Entonces, ¿es qué no voy a tener derecho a recibir una mujer en mi casa? ¡Al fin y al cabo no soy fraile! Eso no le importa a nadie en primer lugar y si élla me gusta, puedo dedicarle todo el tiempo que quiera, con tal de hacer el trabajo. ¡Lo demás me trae sin cuidado! Y ahora élla no volverá. He estado demasiado grosero... Y luego ha sospechado que tenía miedo... ¡Maldito sea, que idiota ha sido todo esto!

Pero en vano se preocupaba: Lushka no pertenecía a esa categoría de mujeres que abandonan fácilmente la partida.

En sus proyectos entraba el conquistar a Davídov. Al fin y al cabo ella no iba a ligar su suerte a la de cualquier mozo de Gremiachi. ¿Para qué? ¿Para derrengarse en la estepa conduciendo bueyes y pasarse la vida junto a la estufa? Davídov al menos era un buen muchacho, cuadrado de hombros y muy simpático. No se parecía en nada a Nagulnov, metido siempre en sus asuntos y esperando siempre la revolución mundial. No se parecía tampoco a Timofei... Tenía, sí, un pequeño defecto: una brecha en medio de la mandíbula. Pero Lushka se había reconciliado con ese defecto en el exterior del que había elegido. Su vida breve, pero rica en experiencia, le había enseñado que los dientes, para estimar a un hombre en su valor no eran lo esencial.

Al día siguiente Lushka volvió al anochecer, esta vez ataviada y emperifollada, más coqueta que nunca. El pretexto de su visita, fueron otra vez los periódicos.

—Vengo a devolverle el periódico... ¿Puede darme otros? ¿Y no tendría por casualidad un libro? Algo apasionante... sobre el amor...

—Periódicos, sí, pero libros, no tengo. No soy una biblioteca.

Lushka, sin esperar a que la invitasen, se sentó y muy seriamente entabló una conversación sobre las siembras de la tercera brigada, sobre los defectos que habían notado en la granja lechera que se acababa de montar en Gremiachi. Se adaptaba con un gran candor a Davídov, se interesaba por las cosas que, a su juicio, debían atañerle de cerca.

Davídov desconfiaba al principio, la dejó hablar. Después, arrastrado por la conversación, le expuso sus proyectos de organización de la granja. La enteró, entre otras cosas, de los recientes progresos técnicos realizados en el extranjero para el tratamiento de la leche. Por fin, no sin amargura, dijo:

—Necesitamos una buena cantidad de dinero. Primeramente para comprar becerras procedentes de buenas vacas lecheras. Después hay que agenciarse un toro de raza... Todo esto lo antes posible. Porque una economía de leche bien instalada nos daría grandes beneficios. Es seguro que

el koljós aumentaría de este modo su presupuesto. ¿Qué tienen allí ahora? Una desnatadora de cuatro cuartos que nunca dará el rendimiento necesario. Eso es todo. No tenemos ni una sola lata. La leche se echa como de costumbre en cántaros, lo cual no está bien. Acaban de decirme que la leche se les agria. ¿Y por qué? Pues porque la ponen en cántaros sucios.

—Los cántaros no se secan bien en el horno, por eso se les corta la leche.

—Es lo que yo digo. No cuidan de los cacharros como se debe. Tú debías ocuparte de eso. Haz lo que creas necesario, la Dirección te ayudará siempre. Porque si no, ¿qué va a suceder? La leche se perderá sino se tiene cuidado con las vasijas y si las ordeñadoras hacen lo que yo he visto... Se sienta una mujer junto a la vaca, no le lava la ubre, los pezones están cubiertos de mugre, de estiércol... Y luego las manos de la ordeñadora no están tampoco muy limpias que digamos. ¿Sabe uno lo que ella ha tocado antes de ir a ordeñar la vaca? Me ha faltado tiempo para ocuparme de este asunto. Pero me ocuparé. Y tú también, en vez de enharinarte la cara con toda clase de polvos y de pintarrajearte, harías mucho mejor en poner orden en la granja. Te nombraríamos encargada, te enviaríamos a que siguieras un curso, aprenderías lo que se debe hacer y serías una mujer calificada.

Lushka suspiró:

—¡Ah, no! ¡Que se las arreglen sin mí! Ya tienen bastante gente para poner las cosas en orden. Yo no tengo ningún interés en ser encargada, Y no quiero seguir cursos. ¡Es muy fastidioso! A mí me gusta trabajar sin exageración, para tener tiempo de descansar. Sólo los tontos se revientan trabajando.

—Ya estás otra vez diciendo estupideces —murmuró Davidov despechado, pero no insistió.

Lushka se levantó para marcharse. Davidov salió a acompañarla. Iban el uno al lado del otro por la calle oscura, sin decirse una palabra. Después Lushka, que no había tardado mucho en conocer todas las preocupaciones de Davidov, preguntó:

—¿Has ido a ver hoy el trigo del Kubán?

— Sí.

—¿Y qué?

—Va mal. Si no llueve esta semana temo que no va a salir. Y ya puedes figurarte ¡maldito sea! lo que pasará. Los viejos que vinieron a pedirme permiso para cantar una misa, empezarán a burlarse, eso es evidente. "Ah, naturalmente, no ha permitido que se cantara una misa. Y Dios no ha mandado la lluvia". Pero su Dios no tiene nada que ver en esto, puesto que el barómetro se ha fijado en "variable". Sólo que ellos se afirmarán en su estúpida fe. De todos modos es un fastidio... Nosotros tenemos parte de culpa. Nos hemos ocupado demasiado de los huertos y de las plantas de escarda en vez de sembrar el trigo más de prisa. Eso ha sido nuestro error. En cuanto al Melionopus, lo mismo. ¡Bien se lo dije yo, sin embargo, a ese cernícalo de Liubishkin! Según todos los datos agronómicos y vistas nuestras condiciones, esta variedad es la que más conviene...

Davídov se había animado de nuevo. Puesto a ello, hubiera hablado mucho tiempo y con gran entusiasmo si Lushka no le hubiese interrumpido con evidente impaciencia.

—¡Vamos, acaba ya de hablar del trigo! ¿Quieres que nos sentemos? Descansaremos un rato.

Señaló el declive de la hondonada, azul bajo los rayos de la luna.

Bajaron, Lushka se recogió la faldas y propuso:

—Si extendieras la chaqueta sobre la hierba, porque tengo miedo de mancharme... Es que me he puesto el vestido de los domingos.

Después de sentarse sobre la chaqueta extendida, Lushka acercó al rostro sonriente de Davídov su cara, que se había puesto singularmente bella y grave y dijo:

—¡Basta ya del trigo y del koljós! No se trata de eso ahora ¿Sientes cómo huelen los retoños de los álamos?

Y con esto terminaron las vacilaciones de Davídov. Deseaba a Lushka, pero seguía temiendo que las relaciones con ella comprometiesen su autoridad moral...

Al levantarse sus pies hicieron rodar hacia la hondonada terrones de arcilla seca. Lushka estaba tendida de espaldas,

con los brazos abiertos, los ojos cerrados de laxitud. Durante un minuto los dos guardaron silencio. Bruscamente ella se incorporó con viveza y apretó entre sus brazos sus piernas dobladas. Una risa silenciosa la sacudía toda. Reía como si la hicieran cosquillas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Davídov sorprendido y molesto.

Lushka dejó de reír. Alargó las piernas y acariciándose las caderas y el vientre dijo con aire soñador y con voz arrulladora.

—¡Qué ligera me siento ahora!...

—Si te pusieran alas, volarías. ¿eh? —gruñó Davídov.

—Haces mal en enfadarte, ¿sabes?... Es que me siento ligera, como si no tuviera nada dentro... Por eso me reía. ¿Qué querías, que llorase? Siéntate. ¿Por qué te has levantado ?

Davídov obedeció de mala gana. "¿Qué hacer ahora? Habrá que arreglar esto, encontrar una fórmula, porque será violento delante de Nagulnov, y en general... Estaba yo tan tranquilo y tenía que inventarme complicaciones", pensaba mirando de reojo la cara de Lushka verdeada por la luna.

Esta, sin tocar el suelo con las manos, se levantó, ágil, sonriente. Con los párpados entornados, preguntó:

—¿Soy guapa, verdad?

—Cómo decirte... —dijo Davídov indeciso, estrechando los estrechos hombros de Lushka...

XL

Al día siguiente, después de la lluvia torrencial que cayó sobre Gremiachi-Log, Ostronov se dirigió a caballo hacia el Bosque Rojo. Tenía que marcar los robles destinados a la construcción del dique, para que más tarde fueran cortados por los hombres de la tercera brigada.

Ostrovnov había salido temprano. El caballo, meneando la cola cuidadosamente atada, marchaba lentamente. Sus patas delanteras, sin herraduras, resbalaban constantemente en el resbaladizo y grasiento barro, pero Ostrovnov no levantó ni una sola vez el látigo: no llevaba prisa. Había soltado las riendas sobre el arzón y fumaba, contemplando la estepa que se extendía en torno a Gremiachi. Cada barranco, cada valle, cada vaguada, eran para él familiares y muy queridos por su corazón. Ostronov admiraba los campos de labranza, llenos de agua, los trigos lavados por oblicuos chubascos.

"Ya llovió, ya consiguió lo que quería ese bribón de Boca-Mellada —pensaba con despecho—. Ahora el trigo del Kubán va a brotar. Parece que hasta Dios mismo está por este maldito Poder. Antes, todas las cosechas eran malas... Mientras que, desde 1921 la recolección es siempre excelente. Toda la naturaleza se pone de parte del Poder soviético. ¡Así, claro, no es raro que se mantenga! No, si los aliados no nos ayudan a echar abajo a los comunistas, lo que es nosotros no saldremos adelante nunca... No hay Polovtsev que valga, por grande que sea su caletre. La fuerza lo rompe todo y no se puede ir contra la fuerza. Y, además, la gente se ha vuelto mala, mala... Se denuncian unos a otros... ¡Con tal de conservar la vida!... ¡Después de nosotros, el diluvio!... Si, malos están los tiempos. De aquí a un año o dos, quien sabe lo que pasará... Sin embargo, hay que creer que yo he nacido con buena estrella, porque en caso contrario no hubiera acabado tan bien mi asunto con Polovtsev. ¡Fresco estaría!

¡Gracias a Dios, todo se ha arreglado de la mejor manera posible! Ahora no tengo más que esperar y ver lo que pasa. Si esta vez no nos hemos separado del Poder soviético, puede ser que las cosas salgan mejor otra vez".

Sobre las briznas de hierba tendidas al sol, sobre los vigorosos brotes del trigo, temblaban, como perlas, gotas de rocío. El viento del oeste las sacudía y caían en una luz de arco iris sobre la tierra dulce y embriagadora, saturada de lluvia.

En los baches del camino había charcos aún no embebidos por la tierra. Sobre Gremiachi-Log flotaban ya, más altas que los álamos, las rosadas nieblas de la mañana. En el azul mate, palidecía como lavado por el chaparrón, el plateado creciente de la luna, sorprendido por el alba.

La luna tenía una finura de filigrana y prometía lluvias abundantes. Ostrovnov, mirándola, se afirmó en su idea: "Sí, la cosecha será buena".

Llegó al bosque hacia mediodía. Trabó las patas al caballo y lo dejó paciando. Luego, sacando de su cinto un hacha de carpintero, se puso a marcar los troncos destinados para el koljós de Gremiachi por el guarda forestal.

En los linderos del bosque marcó así cinco o seis robles. Iba a hacer otra señal en el siguiente. Era un roble magnífico, alto como un mástil de navío y de una rectitud sorprendente, que dominaba orgulloso los olmos ya caducos de alrededor. Un nido de cuervos ponía una mancha en su sombría y brillante copa. A juzgar por el espesor del tronco debía de tener la misma edad que Ostrovnov. Este, escupiéndose en las palmas, consideró con melancólica compasión el árbol condenado.

Hizo un corte y escribió con un grueso lápiz de tinta las iniciales K.G, Luego, después de haber apartado con la bota las virutas húmedas de savia, se sentó a fumar.

"¡Cuántos años has vivido, hermano! Nadie podía nada contra ti. Y ahora tienes que morir... Vendrán a cortarte, te despojarán, te quitarán a hachazos todos tus adornos, tus ramas, tus retoños, te llevarán rodando hasta el estanque y te hundirán en tierra para servir de pilote al dique —pensaba Ostrovnov con los ojos levantados hacia la enorme copa del roble—. Y te pudrirás en el estanque del koljós,

hasta que no te desmorones y una primavera te arrastrarán las aguas al barranco... Y allí acabarás".

Una tristeza, una angustia, indecible, se apoderó repentinamente de Ostronov. Se sentía desazonado.

"¿Y si yo te perdonase, eh? ¿Si te dejase ahí? El koljós tendrá siempre de sobra". Y como quitándose un peso de encima decidió "¡Vive, pues! Crece. La vida es bella para ti; tú no sabes de impuestos ni de contribuciones y no estás obligado a entrar en el koljós... ¡Vive como el Señor te ha ordenado!"

Se levantó rápidamente, cogió un puñado de barro arcilloso y tapó cuidadosamente la marca que había hecho. Luego se apartó satisfecho, calmado...

Cuando hubo marcado sesenta y siete árboles, Ostronov, emocionado, montó a caballo otra vez y partió bordeando el lindero del bosque.

—Iakov Lukich, espera un momento —gritó una voz.

Detrás de una mata de espina apareció un hombre. Estaba cubierto con un gorro y vestido con una blusa de paño sin abrochar. Tenía la cara negra y demacrada, la piel tendida sobre los pómulos, los ojos hundidos en las órbitas. Sobre sus labios pálidos y agrietados negreaba un bigote plumoso, como dibujado al carboncillo.

—¿No me reconoces? Se quitó el gorro y mirando recelosamente en torno a él, salió de la espesura. Entonces fue cuando Ostronov reconoció a Timofei, el hijo de Frol el Desgarrado.

—¿De dónde vienes? —le preguntó asombrado por este encuentro y por el aspecto de Timofei, tan horriblemente enflaquecido que apenas podía reconocer.

—Vengo de donde no se vuelve nunca... Del destierro.. De Koltlas.

—¿Cómo? ¿Te has evadido?

—Sí... Pero, oye, Ostronov, ¿no llevas nada que comer? ¿No tienes un poco de pan?

—Sí.

—¡Dame un cacho, por amor de Dios! Ya va para cinco días que me alimento de bayas podridas...

Su garganta se estremeció con un espasmo. Los labios le temblaban y sus ojos lucían como los de un lobo, mientras Ostronov sacaba de debajo de su blusa un pedazo de pan.

Se tiró a él con tal rabia, que Ostronov se quedó mirándole sin poder respirar de asombro. Mordía vorazmente la corteza tostada, desgarraba la miga entre sus dedos ganchudos, tragaba casi sin masticar, moviendo trabajosamente su prominente nuez. Hasta dar fin al último bocado, no levantó hacia Ostronov sus ojos turbios, de donde se había borrado el brillo febril que tenían hacía un momento.

—¡Ya tenías hambre, ya! —dijo Ostronov lleno de compasión...

—Te digo que no he tomado nada en cinco días. Unas veces comía bayas medio podridas, otras veces caía sobre una zarzamora del año pasado. Me he agotado.

—¿Cómo has hecho para venir aquí?

—A pie desde la estación. He andado de noche —respondió Timofei con voz cansada.

Palidecía por momentos, como si en comer hubiera gastado sus últimas fuerzas. Un hipo incontenible lo sacudía todo, le hacía gesticular dolorosamente.

—Y tu padre, ¿vive todavía? ¿Tu familia está bien?— preguntó Ostronov que, sin separarse del caballo echaba inquietas ojeadas a su alrededor.

—Mi padre murió de un flemón en el pecho. Mi madre y mi hermana se han quedado allá... ¿Y por el pueblo qué ocurre? ¿Qué hace Lushka?

—Pues, sabes, se ha divorciado...

—¿Dónde está ahora? —dijo Timofei animándose.

—Vive con su tía...

—Voy a pedirte un favor. Iakov Lukich. Cuando vuelvas, dile que me traiga aquí algo para comer... Hoy mismo... Sin falta ¿eh? Estoy tan débil que no puedo moverme. Tengo que reparar fuerzas... ¡Ciento sesenta verstas de noche! Y ya sabes lo que es marchar de noche por tierra desconocida. Se marcha a ciegas... Bueno, le dirás que me traiga de comer. Cuando tenga fuerzas me llegaré al pueblo. ¡No podía estar sin verlo, me moría! —y sonrió confuso—

—¿Cómo vas a hacer para vivir? —preguntó Ostronov desagradablemente impresionado por este encuentro.

Timofei, con gesto sombrío, respondió:

—¿No lo sabes? Ahora me he convertido en lobo. Descansaré y después, por la noche, iré al pueblo a recoger mi fusil... Lo enterré en el granero... Luego ya me las arreglaré. Para mí no hay más que un camino. Puesto que me matan, mataré yo también. Hay varios a quienes les tengo destinada una píldora... ¡Ya verán lo que es bueno! Pasaré el verano en el bosque, hasta el otoño. Y a los primeros hielos me iré al Kubán o a otra parte. El mundo es grande... Habrá centenares como yo...

—Pero ¿sabes? la Lushka de Nagulnov, desde hace algún tiempo se arrima al presidente del koljós —dijo con voz vacilante Ostronov, que había visto más de una vez a Lushka entrar en casa de Davidov.

Timofei fue a tenderse bajo unas matas. Un intolerable dolor en el estómago le hacía doblarse. Pero, aunque con pausas, dijo:

—Davidov será el primero que se la gane. ¡Ya puedes rezar por él...! Lushka me es fiel... Los viejos amores no se olvidan... No es como un servicio que se hace... Yo encontraré siempre el camino de su corazón... ¡Para mí no se cerrará nunca...!

—¡Ay, ay qué daño me ha hecho el pan que me has dado! Tengo el estómago destrozado... Entonces, le dirás a Lushka, que me traiga tocino y pan... Pan sobre todo.

Ostronov advirtió a Timofei que al día siguiente se procedería a la tala de árboles.

Cuando salió del bosque, se dirigió a los campos de la segunda brigada para inspeccionar los trigos del Kubán. Sobre toda la extensión de la labranza, recientemente de un negro carbón todavía, las briznas habían al fin brotado, cubriendo la tierra de una alfombra verde...

Ostronov no volvió al pueblo hasta la noche. Desde la cuadra del koljós se dirigió a su casa, siempre con la penosa impresión que no había podido quitarse en todo el día, de su encuentro con Timofei. Pero una nueva preocupación mucho más terrible, le esperaba.

Aún en el zaguán, la nuera que había salido corriendo de la cocina, le previno en un susurro:

—Padre... hay gente en casa...

—¿Quién?

—Po. Polovtsev y el otro... el tuerto. Han llegado al caer la noche. Estábamos ordeñando las vacas, mamá y yo... Están ahí, en el cuarto. Polovtsev viene bebido... El otro no sé... Vienen tan andrajosos que dan miedo. Los piojos se les pasean por encima de la ropa.

En el cuarto se oían voces. Liatievski, con una tosecita, decía mordaz y burlón:

—¡Evidente! ¿Quién es usted, querido señor? ¿Quién es usted pregunto, excelentísimo señor Polovtsev? Yo voy a decírselo, yo... ¿Quiere usted? Aunque no quiera. Es usted un patriota sin patria, un general sin ejército. Y si estas comparaciones le parecen demasiado elevadas y abstractas, entonces diré.. un mal jugador, sin un ochavo en el bolsillo.

Ostrovnov oyó la voz ahogada de Polovtsev. Sin fuerzas para sostenerse, se apoyó en la pared, se cogió la cabeza entre las manos...

El pasado volvía a comenzar.

NOTAS:

1. En 1930, el Partido Comunista movilizó veinticinco mil obreros para que ayudasen a la colectivización agraria.
2. Vestido cosaco
3. Asociación para el cultivo de la tierra en común, sin colectivización del ganado ni los aperos de labranza. (N. del T.)
4. Bebida fermentada.
5. Hasta la época actual en el Don superior está extendida la creencia de que si la vaca se come la placenta, no se puede usar su leche 12 días.
6. Juego de palabras, Kvadrat, en ruso, significa cuadrado.
7. Kliment Voroshilov.
8. Especie de compota de peras.
9. En 1930, la jornada de trabajo era generalmente marcada con un palote en las notas del jefe de brigada.
10. De la palabra rusa schuka, sollo.